

Jesús Majada

Norman Bethune



BEN
77
MAJ
nor

Norman Bethune



La huella solidaria
Trail of solidarity
La trace solidaire



Arroyo de la Miel
Sig.: BEN 77 MAJ nor
Tit.: Norman Bethune : La huella s
Aut.: Majada Neila, Jesús
Cód.: 1002678035 R.40159 FL



Norman Bethune



La huella solidaria

Trail of solidarity

La trace solidaire

"La huella solidaria" / "Trail of solidarity" / "La trace solidaire"

© Jesús Majada Neila
© Centro Andaluz de la Fotografía

Traducción/ Translation / Traduction

Agradecemos al Museo McCord de Historia de Canadá su colaboración en la traducción de los textos en francés e inglés del capítulo V.

We would like to thank the McCord Museum of Canadian History for its collaboration in the translation of the French and English texts in Chapter V.

Nous remercions le Musée McCord d'Histoire Canadienne pour leur collaboration dans la traduction des textes en français et en anglais du chapitre V.

Français:

Supervision générale: Olivier Bailly (châpîtres I et IV) et Hélène Joly (châpître V).
Témoignages de Manuel Muñoz y Ángeles Vázquez (châpître IV): Estrella Carricas.
Châpîtres I, IV y V: Anne Lise Malachane, Aurélie Kherchaoui, Carine Pascal, Cheryane Arfouni, Ema Jouis, Gulen Agnel, Gwenael Formica, Héloïse Masson, Laure Maillet, Laurie Agnel, Mandy Sanjel, Marion Gilles, Romain Dutil, Sarah Cron, Séverine Combe, Thomas Boisson, Tom Treguer, élèves d'espagnol de 4e du collège Armand Coussens, Saint-Ambroix (Francia), sous la direction du professeur Gérard Pagès.

English:

Chapters I, III and IV: Centro Andaluz de la Fotografía
Chapter V: Jill Corner

Edita:

JUNTA DE ANDALUCÍA CONSEJERÍA DE CULTURA

Una iniciativa de:

Centro Andaluz de la Fotografía

C/ Pintor Díaz Molina, 9
04001 ALMERÍA
Tlfonos. 950 18 63 60 - Fax 950 18 63 84
E-mail: caf.ccul@juntadeandalucia.es

Todos los derechos reservados. No está permitida la reimpresión de parte alguna de este libro, ni tampoco su reproducción, ni utilización, en cualquier forma o por cualquier medio, bien sea electrónico, mecánico o de otro tipo, tanto conocidos como los que puedan inventarse, incluyendo el fotocopiado y grabación, ni se permite su almacenamiento en un sistema de información y recuperación, sin el permiso anticipado y por escrito de los autores.

Imprime: Escobar Impresores, S. L.

Depósito legal: AL-1160-2008

I.S.B.N: 978-84-8266-815-4

Impreso en España

Norman Bethune

■
La huella solidaria

Trail of solidarity

La trace solidaire

Jesús Majada

R.40159



CONSEJERÍA DE CULTURA

Centro Andaluz de la Fotografía

NOTION

ONLINE

ONLINE

ONLINE

ONLINE

ONLINE

ONLINE

ONLINE

ONLINE

Capítulo I

Norman Bethune

Hay personajes que subyugan por encima de ideologías, confesiones o pronunciamientos políticos. Son esos personajes altruistas, solidarios, desinteresados y generosos que dedican su vida a una idea. Son esos personajes en quienes la idea que les marca el camino les lleva siempre a ayudar a los demás. Son esos personajes a quienes los jóvenes deseosos de cambiar el mundo miran como punto de referencia.

Entre estos personajes se encuentra Norman Bethune.

Nacido en 1890 en Gravenhurst (Ontario, Canadá), Norman Bethune interrumpió sus estudios de medicina en la Universidad de Toronto para enrolarse como camillero de ambulancia durante la Primera Guerra Mundial. Luego obtuvo la licenciatura en 1916. Realizó estudios de posgraduado en diversos hospitales de Gran Bretaña. En Edimburgo conoció a Frances Campbell Penney, una hermosa y rica muchacha, con la que se casó en 1923. Sin embargo, sus personalidades chocaron pronto.

Se instaló en Detroit, pero al descubrir en 1926 que estaba enfermo de tuberculosis regresó a Gravenhurst, en donde permaneció en el sanatorio de Calydor. Su

esposa estaba decidida a permanecer a su lado, pero Bethune ya había solicitado el divorcio, y quería que Frances volviese a Escocia. Consciente de que su enfermedad era incurable, deseaba que su mujer pudiese rehacer su vida. A pesar de la separación, siguieron escribiéndose con frecuencia y permanecieron siempre muy unidos. Bethune prácticamente había abandonado su combate contra la enfermedad, cuando desde el sanatorio Troudeau en el lago Saranac de New York recibió una llamada que cambió su vida. Allí descubrió un nuevo y controvertido tratamiento de la tuberculosis, el neumotórax (inyección de aire en el pecho a fin de comprimir el pulmón). En aquel momento sólo había trece médicos en el mundo capaces de practicar esta técnica. Bethune se sometió al tratamiento y se curó. Poco más tarde abandonó el sanatorio Troudeau y se instaló en Montreal para poder investigar sobre cirugía torácica junto al Dr. Archibald, uno de los pioneros de la nueva técnica. Bethune escribió diversos artículos sobre el desarrollo de nuevos instrumentos quirúrgicos*, que tuvieron como resultado la creación de una obra que sirvió de libro de referencia esencial para cualquier cirujano.

Estas innovaciones constituyeron la primera manifestación de su extraordinaria aptitud para la invención mecánica aplicada a la medicina. A lo largo de su vida se caracterizó Bethune por la búsqueda (y

consecución) de soluciones nuevas para los problemas con que se encontraba en el tratamiento de sus pacientes. Se caracterizó tanto por su éxito en poner en marcha adelantos quirúrgicos que luego se desarrollaron en todo el mundo, como por su habilidad para fabricarse él mismo el instrumental quirúrgico a partir de hierros, piedras, maderas o cualquier material de desecho, cuando las extremas condiciones de penuria con que hubo de trabajar, más tarde, lo requirieron.

Entre 1928 y 1936 se convierte en un célebre especialista en el tratamiento de la tuberculosis. Se encontraba por estos años en el cénit de su carrera profesional. El éxito, la fama y el dinero le rodeaban. Reputado cirujano pulmonar, pintor, escritor, buen orador, coleccionista de arte, se convierte en uno de los personajes más solicitados de la alta sociedad de Montreal. Despliega una sorprendente actividad. Lleva una vida mundana, pero tiene tiempo para sus aficiones artísticas, para sus investigaciones médicas y para las actividades filantrópicas: organiza y costea unas clases de arte para niños pobres en su propio apartamento todos los sábados por las mañanas. De igual manera que gana dinero lo derrocha.

Pero Bethune se da cuenta de que algunos de sus pacientes no terminan de curarse, porque después de ser tratados no viven en las condiciones higiénico-sanitarias adecuadas. Y emprende una

encendida defensa de una sanidad que generalizara los tratamientos médicos a toda la población de Canadá, es decir, la implantación de un régimen público de asistencia sanitaria. Defiende que la mejor protección de la salud sería el cambio del sistema económico que engendra la falta de higiene, y la eliminación de la ignorancia, la pobreza y el paro: "Si no se puede cambiar el modo de funcionamiento de la sociedad, si no estamos seguros de poder detener la pobreza y la iniquidad, entonces es necesario actuar de forma que otras cosas -como la atención sanitaria pública-sean ofrecidas en un nivel aceptable que ayude a nivelar esta desigualdad".

Sin duda se trataba de un verdadero visionario que luchaba por un mundo más justo e igualitario. Pero por este tipo de planteamientos, así como por su controvertida personalidad, empieza a ser considerado demasiado radical en ciertos ambientes médicos. Bethune sigue adelante y propone al gobierno de Canadá un programa que tiene como fin establecer un sistema de cuidados sanitarios de carácter universal. Su propuesta no fue aceptada. Sin embargo, la irrefutabilidad de sus recomendaciones, avalada por el prestigio y los buenos trabajos de Bethune en el extranjero, terminó por hacerse sitio -años más tarde- en el seno del sistema sanitario canadiense.

Pero Bethune se sentía insatisfecho en su acomodada situación de Jefe de Servicio del Hospital Sacré-Coeur de Montreal. Es el año 1936. Intuye que la guerra de España es un ensayo general de la Guerra Mundial que se avecina, un enfrentamiento entre dos conceptos sociales opuestos, democracia y fascismo: "La democracia se debate entre la vida y la muerte. Comenzaron en Japón, ahora en España, y después en todas partes. Si no los detenemos en España, ahora que aún podemos hacerlo, convertirán el mundo en un matadero".

En el invierno de 1936 renuncia a su envidiable puesto de cirujano, abandona todo y se enrola como voluntario para ayudar a los republicanos en la Guerra Civil española: "Me niego a vivir sin rebelarme contra un mundo que engendra crimen y corrupción. Me niego a cerrar los ojos por pasividad o por negligencia sobre las guerras que los hombres codiciosos libran contra los otros hombres". Llega a España el 3 de noviembre de 1936 para coordinar y organizar la ayuda médica que desde Canadá se envía al Gobierno de la República.

Examinada la situación, decide crear un Servicio Médico Canadiense que trabajará cerca de los heridos, en el mismo frente de batalla, para suministrar sangre: es la primera vez que se utiliza una unidad móvil de transfusiones. Este sistema lo

pondrá en funcionamiento también en China, y su utilización se generalizará durante la Segunda Guerra Mundial. Con un reducido equipo de colaboradores (Hazen Sise, Henning Sorensen y Allen May) acomoda en una furgoneta comprada en Francia el material médico necesario (un generador, un frigorífico, una autoclave, botellas, jeringuillas, etc.) y crea un *Servicio Canadiense de Transfusión de Sangre*, que la distribuirá desde Madrid y Barcelona a los distintos frentes, a los que a veces sólo puede llegar transportando el aparato de transfusión a lomos de una mula.

Su espíritu emprendedor y pragmático hace que en muy pocas semanas el Servicio Canadiense empiece a funcionar y vaya extendiendo y ampliando su radio de acción. Primero desarrolla su actividad en las afueras de Madrid, pero pronto distribuye y transfunde sangre en la sierra de Guadarrama: de la sierra confecciona Bethune un mapa con detalle de todos los arroyos en donde podía ponerse a enfriar la sangre en caso de que se estropeará el frigorífico o el generador. Luego amplía su campo de acción a Guadalajara. Y más tarde trabaja también en Cataluña y Valencia.

El 7 de febrero de 1937 la población de Málaga, temerosa de las represalias del ejército del general Franco, huye despavorida y en masa en dirección hacia Almería, única salida posible. Más de cien

mil personas, la gran mayoría civiles inermes, son perseguidos por las columnas italianas y atacados despiadadamente por la aviación alemana y por los buques de la marina nacionalista. Es una inmensa hilera humana, que se estira de Málaga a Almería. La componen los más débiles: sobre todo ancianos, niños y mujeres. Aunque menos conocido que otros, fue el hecho más vergonzante de la Guerra Civil: más que las matanzas de Badajoz, más que el bombardeo de Guernica.

Ante las noticias del éxodo, Bethune se había dirigido a Almería para socorrer a los refugiados que hasta allí llegaban. Cuando comprueba la dimensión de la tragedia, decide desmontar los utensilios médicos de la ambulancia y utilizar el vehículo para llevar hasta Almería a los más necesitados, especialmente niños. Durante tres días sin descanso él y sus ayudantes Hazen Sise y Thomas Worsley hacen incursiones en la carretera para transportar a niños y ancianos.

Los horrores de estos hechos (la muerte, el hambre, el cansancio, el miedo, la angustia y la desesperación de los malagueños) quedaron reflejados en el inquietante relato (*El crimen de la carretera Málaga-Almería*) que escribió el Dr. Bethune y en las tremendas fotografías de su colaborador Hazen Sise.

Persona de un carácter fuerte y a veces difícil, chocó en repetidas ocasiones con algunos de los médicos españoles de la

República; incansable en su actividad, no soportaba ver a la gente inactiva; no comprendía que en plena guerra la gente durmiera la siesta cuando había tantas cosas que solucionar. Sin embargo, otras muchas personas lo recuerdan brillante, enérgico, pragmático, infatigable y generador de confianza; personas que están convencidas de haber tenido la suerte de trabajar al lado de un personaje singular, admirable y dispuesto a cambiar el mundo tanto con sus ideas como con su acción.

En junio de 1937 regresó a Canadá y Estados Unidos. Realizó una gira en la que, a través de conferencias y de la proyección del documental *Corazón de España*, dio a conocer el trabajo realizado por el Servicio Canadiense de Transfusión de Sangre. Bethune ya no volvió. Sólo había permanecido ocho meses en España. Con el dinero recaudado en esta gira, el Servicio Canadiense de Transfusión de Sangre siguió funcionando.

Pero poco más tarde, 1938, su inquietud le lleva a China, para ayudar como médico a las tropas de Mao Tse-Tung en su lucha contra la invasión de los japoneses: "El hecho de que me dirigiera a España no me concede ni a mí ni a nadie indulgencia alguna para quedarnos ahora tranquilamente al margen. España es una herida en mi corazón. ¿Entiendes? Una herida que nunca cicatrizará. El dolor permanecerá siempre conmigo, recordándome siempre las cosas

que he visto... España y China son parte de la misma talla. Me marché a China porque es allí donde la ayuda es más necesaria; donde yo puedo ser más útil".

Dedicará el resto de su vida, como Jefe Médico del Ejército Popular, a la incansable y extenuante labor de cirujano de campaña y de formador de personal sanitario chino. Asimismo, llevó a cabo la implantación y organización del sistema de sanidad pública. A pesar de los limitadísimos medios de que disponía, creó la primera unidad médica móvil del mundo, que salvó la vida a multitud de soldados; se componía de ocho personas: un intérprete, un cocinero-ayudante y el personal médico.

Su vida en China fue muy solitaria. Sólo su intérprete sabía inglés; él aprendió sólo unas pocas palabras y frases elementales en chino. En sólo dos años había pasado de ser el más reputado cirujano de Montreal a un médico perdido en China, sin medios para trabajar y sin absolutamente nadie con quien hablar. Para Bethune, brillante orador y conversador, tuvo que resultar difícil y dolorosa esta situación de incomunicación. Tal vez por ello dedicaba sus ratos libres a escribir.

La falta de equipamiento y suministros con los que desarrollar su actividad era su principal problema. La ausencia de guantes de goma para operar tuvo consecuencias funestas. A finales de octubre de 1939 se cortó un dedo durante una operación de

urgencia. Su condición física era ya delicada, y la herida se infectó. Enseguida la infección se propagó por todo el cuerpo. Murió el 12 de noviembre de 1939.

Moría un hombre que había dedicado su vida a ayudar a muchos chinos, que se había empeñado en mejorar la atención sanitaria de los canadienses más pobres, que abandonó todo para venir a España a defender la libertad, y que no dudó en dedicarse en cuerpo y alma a socorrer a los miles de malagueños que huían en febrero de 1937. Siempre al lado de los más desfavorecidos, siempre al lado de la humanidad, que para él nunca fue un concepto sino una realidad palpable.

A veces encontramos gentes, heroicas en su actitud y en su compromiso, que son mensajeras de esperanza, y que son una inspiración para todos nosotros. Personas de coraje extraordinario que dicen con franqueza lo que piensan, cualesquiera sean las consecuencias; que creen en la libertad y en la necesidad de no aceptar jamás la tiranía bajo cualquier forma que se presente; que actúan porque consideran que hay que ser consecuentes e intervenir en aquello en que se cree.

Norman Bethune es un hombre de ese temple. Por ello es símbolo perdurable del papel del individuo en la transformación de la sociedad. Canadá lo recuerda como un genio de la medicina y como el símbolo de la solidaridad humana. En China es uno de los personajes más queridos y admirados de su reciente historia, y lo veneran como a un santo. En España, en Málaga, es un desconocido.

(*) Norman Bethune contribuyó notablemente al avance del instrumental quirúrgico desarrollando o perfeccionando doce nuevos instrumentos, casi todos ellos referidos a la curación de la tuberculosis. Inventó nuevos aparatos de neumotórax, así como las cizallas de seccionar las costillas, el tubo estanco de aire para la operación del empiema, el torniquete utilizado en lobectomía y las tijeras para la toracoscopia.

Norman Bethune

There are individuals who enthrall over ideologies, creeds and political pronouncements. They are altruists, supportive, unselfish and generous —and they devote their lives to an idea. This idea marks the way of these individuals and it always leads them to help the rest of the people. Young people eager to change the world consider them as points of reference.

Norman Bethune was one of these individuals.

Dr Norman Bethune was born in Gravenhurst (Ontario, Canada) in 1890. He interrupted his Medicine studies at the University of Toronto to enroll himself as an ambulance stretcher-bearer during the First World War. He obtained his Bachelor's degree in 1916. He carried out postgraduate studies in several hospitals in Great Britain. In Edinburgh he met Frances Campbell Penney, a beautiful and rich woman, and he married her in 1923. However, their characters would soon collide.

He settled in Detroit, but when he discovered in 1926 that he suffered from tuberculosis, he came back to Gravenhurst, where he stayed in Calydor's sanatorium. His wife had decided to stay next to him, but Bethune had already applied for divorce, and he wanted Frances to go back to Scotland. He was aware that he had an incurable disease, so he wanted his wife to rebuild her life. In spite of the separation,

they continued writing each other frequently and always remained very close.

Bethune had practically abandoned his fight against the disease when he received a call from the Troupe sanatorium in Lake Saranac, New York, that would change his life. There he discovered a new and controversial treatment against tuberculosis, the pneumothorax (an air injection in the chest with the purpose of compressing the lung.) At that time only thirteen doctors in the world were able to carry out this technique. Bethune followed the treatment and healed. Later on he left the sanatorium Trudeau and settled in Montreal to research on thoracic surgery together with Dr Archibald, one of the pioneers of this new technique. Bethune wrote several articles on the development of new surgical instruments*, providing a work that served as an essential reference book for any surgeon.

These innovations constituted the first manifestation of his extraordinary aptitude for mechanical invention applied to medicine. Throughout his life Bethune was characterized by the search (and achievement) of new solutions for the problems he found in the treatment of his patients. He was noted by his success in using surgical advances that would be later developed in the whole world, as well as by his ability to make his own surgical instruments using iron, stones, wood or

any waste material when the extreme conditions of poverty with which he had to work later required it.

Between 1928 and 1936 he became a famous specialist in the treatment of tuberculosis. During those years he was in the peak of his professional career. He was surrounded by success, fame and money. He was a reputed lung surgeon, a painter, a writer, a good orator, an art collector; he became one of the most popular figures of Montreal's elite.

He showed an amazing activity. He led a mundane life, but he had time to develop his artistic tastes, his medical researches and his philanthropic activities, organizing and paying some art classes for poor children in his own apartment every Saturday morning. He squandered money in the same way he earned it.

But Bethune realized that some of his patients did not heal well because after having been treated they did not live with the appropriate hygiene and health conditions. And he undertook a passionate defense of a health service which spread medical treatments to the whole population of Canada, that is to say, the implementation of a public health care service. He argued that the best health protection was the change of the economic system causing the lack of hygiene and the elimination of ignorance, poverty and unemployment: "If we cannot change the way society works,

if we are not sure how to stop poverty and injustice, then it is necessary to act in a way that other things besides the public health care are offered with an acceptable standard that helps to level out this inequality."

Indeed, he was a true visionary who fought to get a more fair and egalitarian world. But due both to this kind of approach and to his controversial personality, he began to be considered too radical in some medical environments. Bethune went ahead and proposed to the Canadian government a programme to establish a universal health care system. His proposal was rejected. However, the irrefutability of his recommendations supported by the prestige and the good works that Bethune did abroad found a place some years later in the Canadian health service.

But Bethune felt dissatisfied with his well-off post of Head of Service of the Sacré-Coeur Hospital in Montreal. It was the year 1936. He had the feeling that the Spanish War was a prelude of the impending World War, a confrontation between two opposed social concepts -democracy and fascism: "Democracy struggles between life and death. It started in Japan, now in Spain, and eventually everywhere. If we do not stop them in Spain now that we can still do it, they will turn the world into a slaughterhouse."

In the winter of 1936 he resigned to his enviable post of surgeon, leaving

everything behind and enlisting as a volunteer to help the Republicans in the Spanish Civil War: "I refuse to live without rebelling against a world that gives rise to crime and corruption. I refuse to close my eyes passively or negligently before the wars that covetous men wage against other men." He came to Spain on November 3, 1936 to coordinate and organize the medical help that Canada was sending to the Republican Government.

Once he examined the situation, he decided to create a Canadian Medical Service which would work near the wounded, in the war front itself, to supply blood: this is the first time that the mobile blood transfusion unit is used. He also used this system in China, and its use was generalized during the Second World War. With a small team of collaborators (Hazen Sie, Henning Sorensen and Allen May) he put the necessary medical equipment (a generator, a refrigerator, an autoclave, bottles, syringes, etc.) in a van purchased in France and created the Canadian Blood Transfusion Unit to distribute blood from Madrid and Barcelona to the different fronts where sometimes he could only access by carrying the transfusion device on a mule.

His enterprising and pragmatic spirit caused that in just a few weeks the Canadian Unit started to work and spread and widened its field of action. Originally it developed its activity in the outskirts of Madrid, but soon it distributed and transfused blood in the

Guadarrama range; Bethune drew a detailed map of all the streams located in the Guadarrama range where he could keep blood cold in case the refrigerator or the generator broke down. Then he widened his field of action to Guadalajara. Later, he also worked in Catalonia and Valencia.

On February 7, 1937 Málaga's inhabitants were afraid of the retaliations of General Franco's army, so they ran away terrified and flocked to Almería, the only possible way out. More than a hundred thousand people —most of them civil citizens without weapons— were chased by the Italian troops and were mercilessly attacked by German planes and by the Nationalist navy's ships. This immense human row extended from Málaga to Almería and was made up by the weaker ones -especially old people, children and women. Although this fact was lesser known than others, it was the most shameful fact of the Civil War -more shameful than the slaughters in Badajoz and the bombardment in Guernica.

When he heard the news about the exodus, Bethune went to Almería to help the refugees who were arriving there. When he became aware of the importance of the tragedy, he decided to dismantle the medical equipment from the ambulance and to use the vehicle to transport the needier ones, especially children, to Almería. During three restless days he and his

assistants Hazen Sise and Thomas Worsley took to the road to transport children and old people.

The horrors of these facts (death, hunger, tiredness, fear, anguish and despair of the people from Málaga) were reflected in the worrying report (*The Crime on the Road Málaga-Almería*) that Dr. Bethune wrote and in the terrible twenty-six photographs taken by his collaborator Hazen Sise.

He had a strong and sometimes difficult character; he argued with some of the Republican Spanish doctors in several occasions; he was a tireless worker, he did not bear to see inactive people; he did not understand that people took a siesta in the war while there were so many things to solve. However, many people remember him as a brilliant, vigorous, pragmatic, tireless and a confidence-inspiring person; people who are convinced that they were lucky to have worked with an outstanding and admirable personage who was ready to change the world with his ideas as well as with his actions.

In June 1937 he came back to Canada and the United States. He made a tour where he made known the work carried out by the Canadian Blood Transfusion Unit through lectures and the showing of the documentary *Heart of Spain*. Bethune never came back again. He only spent eight months in Spain. The Canadian Blood

Transfusion Unit followed working with the money collected in this tour.

But later on, in 1938, his concern led him to China to help as a doctor Mao Tse-Tung' troops in their fight against the Japanese invasion. "The fact that I went to Spain does not give me nor anyone any indulgence to remain now calmly on the sidelines. Spain is a wound in my heart. Do you understand? A wound that will never heal. The pain will remain always with me, always reminding me the things that I have seen... Spain and China are part of the same business. I go to China because my help is more necessary there, where I can be more useful.

As Medical Head of the Popular Army he devoted the rest of his life to the tiring and exhausting work of field surgeon and educator of the Chinese sanitary staff. Likewise, he carried out the implementation and organization of the public health service. In spite of the very limited means he had, he created the first mobile medical unit in the world, saving many soldiers' lives; it consisted of eight people: an interpreter, a cook-assistant and the medical staff.

He lived a very lonely life in China. Only his interpreter spoke English; he just learnt a few words and some basic phrases in Chinese. In only two years he stopped being the most reputed surgeon in Montreal to become a lost doctor in China, without means to work and nobody to talk with.

For Bethune, a brilliant speaker and talker, this lack of communication was probably difficult and painful. Maybe for this reason he wrote in his spare time.

His main problem was the lack of equipment and supplies to develop his activity. The lack of gloves to operate had disastrous consequences. At the end of October 1939 he cut his finger while doing an urgent operation. His physical condition was already delicate, and the wound got infected. The infection spread immediately to the whole body. He died on November 12, 1939.

This man had devoted his life to help many Chinese people and had insisted on improving the health care of the poorest Canadians. He had left everything behind to come to Spain to struggle for freedom and did not hesitate to dedicate heart and soul to help the thousands of people from Málaga who ran away in February 1937. He always stood close to the poorest ones, always next to humanity, which he always considered as a palpable reality, not as a concept.

Sometimes we find people who are heroic in their attitude and in their commitment, who are hope messengers, and who are an inspiration for all of us. These people have an extraordinary courage and say frankly what they think whatever the consequences may be; they believe in freedom and in the need of

rejecting tyranny under any circumstances; and they act because they consider that people have to be consistent and take part in the matters they believe in.

Norman Bethune is a man of that nature. Therefore, he is a perdurable symbol of the individual role in the transformation of society. Canada

remembers him as a medicine genius and as the symbol of human solidarity. In China's recent history he is one of the most loved and admired personages and Chinese people venerate him as a saint. In Spain, in Málaga, he is an unknown person.

(*) Norman Bethune contributed a lot to the advance of surgical instruments, developing and improving twelve new instruments, most of them related to the treatment of tuberculosis. He invented new pneumothorax devices as well as the shears to cut ribs, the airtight tube for empyema operations, the tourniquet used in lobectomy and the scissors used for thoracoscopies.

Norman Bethune

Il y a des personnages qui fascinent au-delà des idéologies, des confessions ou des engagements politiques. Ce sont ces personnages altruistes et solidaires, désintéressés et généreux qui consacrent leur vie à une idée. Ces mêmes personnages dont les idées, qui guident leurs pas, les amènent toujours à aider les autres. Ces personnages qui constituent un point de référence pour les jeunes, désireux de changer le monde.

Norman Bethune fait parti de ce genre de personnages.

Né en 1890 à Gravenhurst (Ontario, Canada) Norman Béthune interrompit ses études de médecine qu'il réalisait à l'université de Toronto pour s'engager comme brancardier d'ambulance pendant la Première Guerre Mondiale. Puis, il obtint sa licence en 1916 et effectua des études postuniversitaires dans divers hôpitaux de Grande Bretagne. À Edinburgh, il connut Frances Campbell Penney, une jeune fille belle et riche avec laquelle il se maria en 1923. Cependant, leurs fortes personnalités se heurtèrent bien vite.

Il s'installa à Détroit, mais quand il découvrit en 1926 qu'il était atteint de tuberculose il revint à Gravenhurst, et il se fit soigner dans le sanatorium de Calydor. Son épouse était décidée à rester à ses côtés, mais Béthune avait déjà demandé le divorce et il voulait que Frances retourne en Ecosse: conscient que sa maladie était

incurable, il désirait que sa femme puisse refaire sa vie. Malgré leur séparation, ils continuèrent à correspondre fréquemment et restèrent toujours très unis.

Béthune avait pratiquement abandonné son combat contre la maladie lorsqu'il reçut, du sanatorium Troudeau, situé sur le lac Saranac à New York, un appel qui bouleversa sa vie. Il y fit la découverte d'un nouveau traitement de la tuberculose, encore controversé, le pneumothorax (injection d'air dans la poitrine afin de comprimer le poumon). A cette époque, il n'y avait que treize médecins dans le monde capables de pratiquer cette technique. Béthune se soumit au traitement et guérit. Peu de temps après, il quitta le sanatorium Troudeau et s'installa à Montréal pour effectuer des recherches en chirurgie thoracique aux côtés du Docteur Archibald, un des pionniers de la nouvelle technique. Béthune écrivit divers articles sur le développement de nouveaux instruments chirurgicaux* qui aboutirent à une œuvre se révélant être un livre de référence essentiel pour tout chirurgien.

Ces innovations constituèrent la première manifestation de son extraordinaire aptitude pour l'application des inventions mécaniques à la médecine. Tout au long de sa vie, Béthune se consacra à chercher et à trouver de nouvelles solutions aux problèmes qu'il rencontrait lors du traitement de ses patients. Il se distingua

autant par son génie à mettre en œuvre les avancées chirurgicales, qui par la suite, allaient se répandre dans le monde entier, que par son habileté à fabriquer lui-même les instruments chirurgicaux au moyen de morceaux de fer, de pierres, de bois ou tout autre matériau de récupération, lorsque les conditions de pénurie extrême dans lesquels il dut travailler plus tard l'exigèrent.

Entre 1928 et 1936, il devient un spécialiste de renom dans le traitement de la tuberculose. Dans ces années-là, il se trouvait au zénith de sa carrière professionnelle. Le succès, la renommée et l'argent constituaient dorénavant son lot quotidien. Spécialiste réputé en chirurgie du poumon, peintre, écrivain, bon orateur, collectionneur d'art, il devient l'un des personnages les plus demandés de la haute société de Montréal. Bethune déploie une activité surprenante. Il mène une vie mondaine, mais trouve cependant le temps pour satisfaire ses goûts artistiques et continuer ses recherches médicales et ses activités philanthropiques: tous les samedis matin, dans son propre appartement, il organise et finance des cours d'art destinés aux enfants défavorisés. L'argent qu'il gagne il le gaspille aussitôt.

Toutefois, Bethune se rend compte que certains de ses patients n'en finissent pas de guérir parce que, après avoir été soignés, ils ne vivent pas dans les conditions hygiéno-sanitaires adéquates. Il entreprend

donc une défense acharnée des soins de santé qui aboutira à la généralisation des traitements médicaux à toute la population du Canada, c'est-à-dire l'implantation d'un service public d'assistance sanitaire. Il soutient que le meilleur moyen pour protéger la santé serait de changer le système économique, qui engendre le manque d'hygiène, et de mettre fin à l'ignorance, à la pauvreté et au chômage: «Si on ne peut changer la manière de fonctionner de la société, si nous ne sommes pas sûrs de pouvoir endiguer la pauvreté et l'inégalité, il est alors nécessaire de faire en sorte que des contreparties, comme le service de santé publique, soient offertes à un niveau acceptable pour aider à niveler cette inégalité».

Bethune était sans nul doute un véritable visionnaire qui luttait pour un monde plus juste et égalitaire. Mais dans certains milieux médicaux, ce type de positions, tout comme sa personnalité controversée, commence à être considéré comme trop radical. De plus, Bethune ne s'arrête pas là et propose au gouvernement du Canada un programme dont le but est d'établir un système de soins sanitaires de caractère universel. Son projet ne fut pas accepté. Cependant, l'irréfutable de ses recommandations cautionnées par ses travaux brillants et son prestige à l'étranger, finit par trouver une place, des années plus tard, au sein du système sanitaire canadien.

Mais Béthune se sentait insatisfait dans sa confortable fonction de chef de service de l'hôpital Sacré-Coeur de Montréal. Nous sommes en 1936. Il a le sentiment que la guerre d'Espagne est une répétition générale avant la guerre mondiale qui s'approche, un affrontement entre deux concepts sociaux opposés, démocratie et fascisme: «La démocratie se débat entre la vie et la mort. Ils ont commencé au Japon, maintenant en Espagne, et après, ils seront partout. Si nous ne les arrêtons pas en Espagne, tant qu'il en est encore temps, ils transformeront le monde en abattoir».

Pendant l'hiver 1936, il renonce à son poste de chirurgien convoité, abandonne tout et s'engage comme volontaire pour aider les républicains lors de la guerre Civile espagnole: «Je refuse de vivre sans me révolter contre un monde qui engendre le crime et la corruption. Je refuse de fermer les yeux par passivité ou négligence sur les guerres que les hommes avides livrent contre les autres hommes». Il arrive en Espagne le 3 novembre 1936 pour coordonner et organiser l'aide médicale, envoyée au gouvernement de la République depuis le Canada.

Après avoir étudié la situation, il décide de créer un Service Médical Canadien qui travaillera près des blessés, sur le front de bataille même, pour fournir du sang: c'est la première fois que l'on utilisera une unité

mobile de transfusion. Il mettra également en oeuvre ce système en Chine, et son utilisation se généralisera pendant la deuxième guerre mondiale. Assisté par une équipe réduite de collaborateurs (Hazen Sise, Henning Sorensen et Allen May) il installe dans une fourgonnette achetée en France le matériel médical nécessaire (un générateur, un réfrigérateur, un autoclave, des flacons, des seringues, etc.) et il crée le Service Canadien de Transfusion Sanguine, qui depuis Madrid et Barcelone, fera parvenir le sang aux différents fronts, qui parfois ne pouvait arriver qu'en transportant à dos de mule les appareils de transfusion.

Son esprit entreprenant et pragmatique fait qu'en quelques semaines le Service Canadien commence à fonctionner et à étendre peu à peu son rayon d'action. Tout d'abord, il développe son activité à la périphérie de Madrid, mais très tôt, il distribue et transfuse du sang dans la Sierra de Guadarrama: Béthune élabore une carte de la Sierra en indiquant de façon détaillée tous les ruisseaux dans lesquels on pouvait tenir le sang au frais au cas où le réfrigérateur ou le générateur tomberait en panne. Puis, il étend son champ d'action à Guadarrama. Et par la suite, il travaille aussi en Catalogne et à Valence.

Le 7 février 1937, la population de Malaga, craignant les représailles de l'armée du général Franco, s'enfuit terrorisée et en

masse vers Almeria, seule issue possible. Plus de cent mille personnes, pour la plupart des civils sans armes, sont poursuivies par les colonnes italiennes et attaquées sans pitié par l'aviation allemande et par les bateaux de la marine nationaliste. C'est une immense file humaine qui s'étire de Malaga à Almeria; elle est composée des personnes les plus faibles, principalement des femmes, des enfants et des personnes âgées. Bien qu'il soit moins connu que d'autres, cet événement fut le plus honteux de la guerre civile: plus que les massacres de Badajoz, plus que le bombardement de Guernica.

Ayant pris connaissance de l'exode, Béthune s'était dirigé vers Almeria pour porter secours aux réfugiés qui arrivaient jusque là. Prenant conscience de l'ampleur de la tragédie, il décide de démonter les appareils médicaux situés dans l'ambulance et d'utiliser le véhicule pour conduire jusqu'à Almeria les plus nécessiteux, tout particulièrement les enfants. Pendant trois jours, sans repos, lui et ses collaborateurs, Hazen Size et Allen May, ne cessent de faire des allées et retours pour transporter les enfants et les personnes âgées.

Les horreurs de ces événements (la mort, la faim, la fatigue, la peur, l'angoisse et le désespoir des habitants de Málaga) furent rapportées dans le récit terrifiant *Le crime de la route Málaga - Almería* qu'écrivit le docteur Béthune ainsi que dans les

photos saisissantes de son collaborateur Hazen Size.

Personnalité avec un fort tempérament et parfois même difficile, Béthune se heurta à maintes reprises à quelques uns des médecins espagnols de la République; infatigable dans son labeur, il ne supportait pas de voir les gens inactifs et ne comprenait pas non plus qu'en pleine guerre il y ait des gens qui fassent la sieste alors qu'il y avait tant de problèmes à résoudre. Cependant, nombreuses sont les personnes qui gardent le souvenir de quelqu'un de brillant, énergique, pragmatique, infatigable et inspirant la confiance; des personnes qui sont convaincues d'avoir eu la chance de travailler aux côtés d'un personnage singulier, admirable et disposé à changer le monde tant par ses idées que par son action.

En juin 1937, il retourna au Canada et aux Etats-Unis. Il effectua une tournée qui lui permit de faire connaître, au moyen de conférences et de projections du documentaire *Coeur d'Espagne*, le travail réalisé par le service Canadien de Transfusion Sanguine. Béthune ne refoula plus le sol espagnol. Il n'y était resté que huit mois. Avec l'argent récolté lors de cette tournée, le Service Canadien de Transfusion Sanguine put continuer à fonctionner. Mais peu de temps après, en 1938, ne pouvant rester inactif il se rend en Chine pour aider en tant que médecin les troupes

de Mao Tse Tung dans leur combat contre l'invasion japonaise: Le fait que je sois allé en Espagne ne me donne, ni à moi ni à personne, aucune indulgence que ce soit pour rester maintenant tranquillement en marge. L'Espagne est une blessure dans mon coeur, tu comprends?, une blessure qui ne se refermera jamais. La douleur restera toujours en moi, me rappelant sans cesse les choses que j'ai vues... L'Espagne et la Chine ont un destin identique. Je pars en Chine car c'est là où l'aide est la plus pressante; là où moi je peux être le plus utile.

Il consacra le reste de sa vie, en tant que médecin chef de l'Armée Populaire, à l'inlassable et exténuant labeur de chirurgien de campagne et formateur du personnel de santé chinois. Il mena également à bien l'implantation et l'organisation du système de santé publique. Malgré des moyens très limités, il créa la première unité mobile au monde qui sauva la vie de nombreux soldats; elle était composée de huit personnes: un interprète, un aide cuisinier et le personnel médical.

Sa vie en Chine fut très solitaire. Seul son interprète savait parler anglais; il n'apprit que quelques mots et phrases élémentaires en chinois. En seulement deux ans, il était passé du chirurgien le plus réputé de Montréal à un simple médecin perdu en Chine, sans moyens pour travailler et sans

personne à qui parler. Pour Bethune, brillant orateur et grand parleur, ce manque de communication dut certainement être difficile et douloureux. C'est peut-être pour cette raison qu'il consacrait ses moments libres à l'écriture.

Le manque d'équipement et d'approvisionnements indispensables pour réaliser convenablement son activité était son principal problème. L'absence de gants de caoutchouc pour opérer eut notamment des conséquences funestes. À la fin du mois d'octobre 1939, il se coupa un doigt lors d'une opération d'urgence. Sa condition physique étant déjà délicate, la blessure s'infecta. L'infection se propagea rapidement dans tout le corps. Il mourut le 12 novembre 1939.

Mourait un homme qui avait consacré sa vie à aider une multitude de chinois, qui s'était acharné à améliorer l'aide sanitaire des canadiens les plus pauvres, qui abandonna tout pour venir en Espagne défendre la liberté et qui n'hésita pas à se consacrer corps et âme au secours des milliers d'habitants de Málaga qui fuyaient la ville en février 1937. Toujours aux côtés

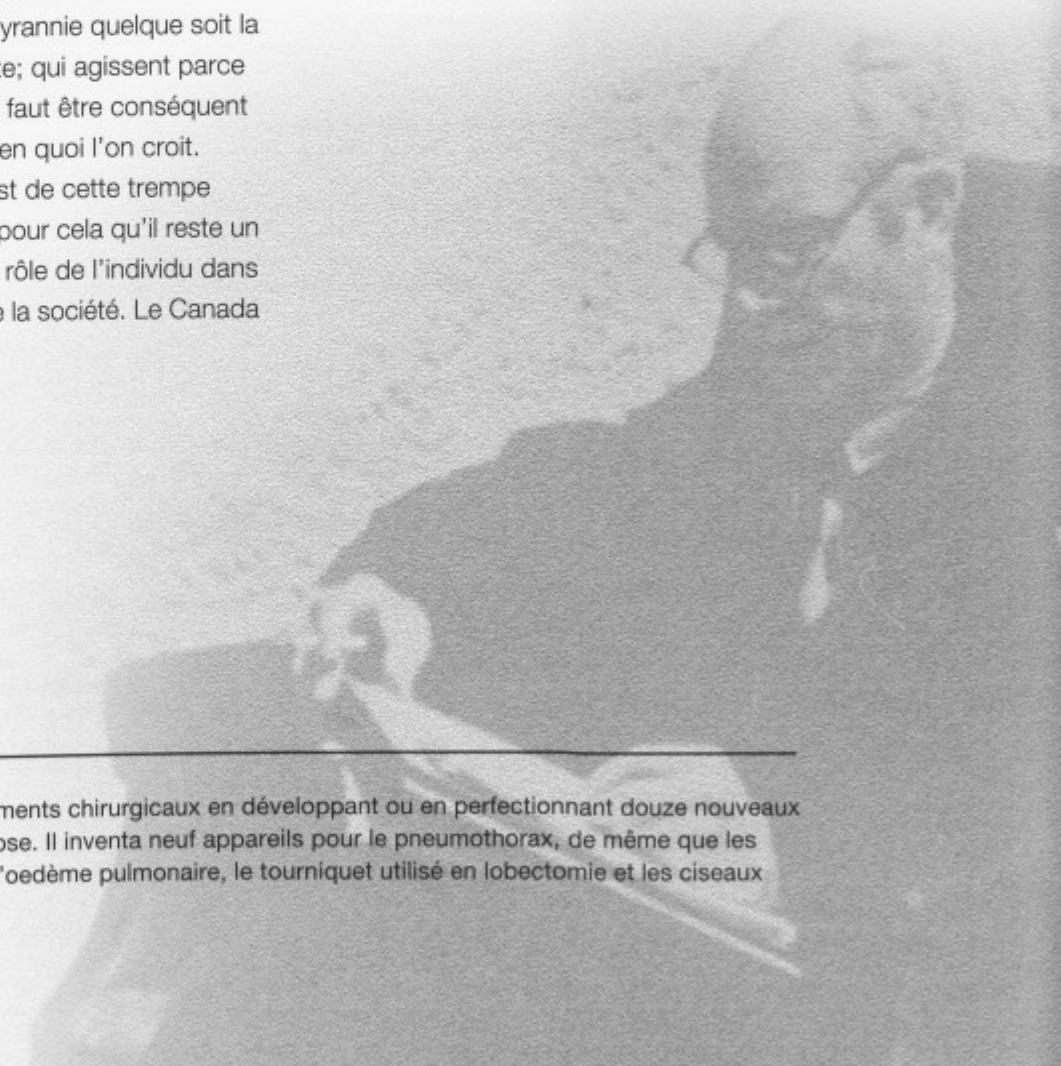
des plus défavorisés, toujours aux côtés de l'humanité, qui pour lui ne fut jamais un simple concept sinon une réalité bien palpable.

Il arrive de rencontrer des personnes, héroïques dans leur attitude et leur engagement, qui sont porteurs d'espoir et dont nous pouvons tous nous inspirer. Des personnes au courage extraordinaire qui disent avec franchise ce qu'ils pensent, quelles que soient les conséquences; qui croient à la liberté et à la nécessité de ne jamais accepter la tyrannie quelque soit la forme qu'elle adopte; qui agissent parce qu'ils estiment qu'il faut être conséquent et s'employer à ce en quoi l'on croit. Norman Bethune est de cette trempe d'homme. Et c'est pour cela qu'il reste un symbole éternel du rôle de l'individu dans la transformation de la société. Le Canada

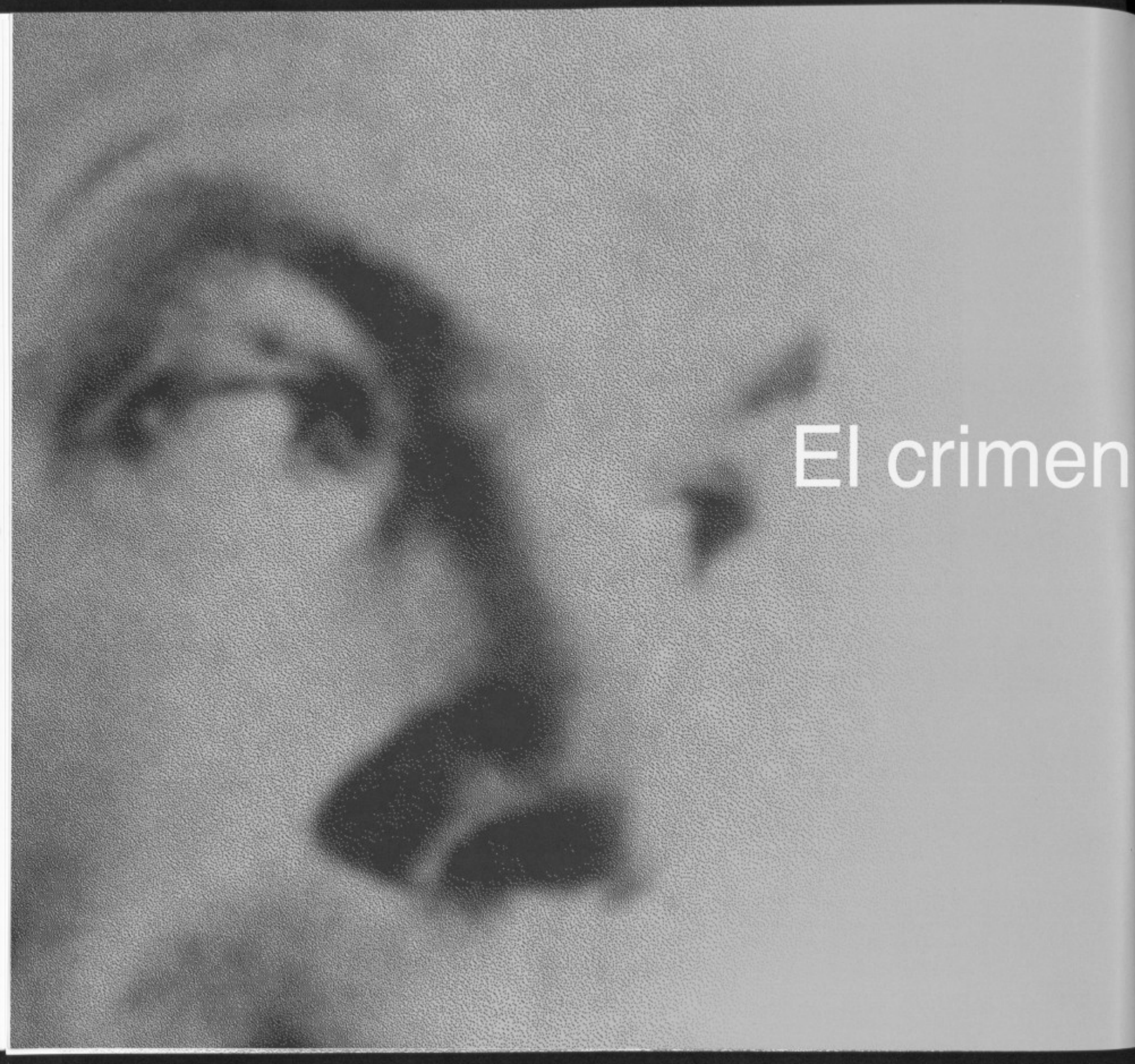
conserve de lui le souvenir d'un génie de la médecine et du symbole de la solidarité humaine. En Chine, il est l'un des personnages les plus aimés et admirés de son histoire récente, et on le vénère comme un saint.

En Espagne, à Malaga, c'est un inconnu.

(*) Norman Bethune contribua grandement à l'amélioration des instruments chirurgicaux en développant ou en perfectionnant douze nouveaux instruments, presque tous en rapport avec la guérison de la tuberculose. Il inventa neuf appareils pour le pneumothorax, de même que les cisailles à sectionner les côtes, le tuyau étanche pour l'opération de l'oedème pulmonaire, le tourniquet utilisé en lobectomie et les ciseaux pour la thoracoscopie.



Capítulo II



El crimen de la carretera Málaga-Almería

Relato con documentos
reveladores
de la crueldad fascista

La muchedumbre, enloquecida por el pánico y la desesperación, marchaba por los caminos de Motril a Almería. Todo un pueblo en fuga huía de Málaga, que acababan de ocupar las legiones de

azul, bajaban los aviones -alemanes e italianos- y sembraban, con el plomo de sus ametralladoras, la muerte por doquier.

A la izquierda del camino, las estribaciones de Sierra Nevada cortaban toda esperanza de liberación para los que huían. Del cielo y del mar, el frío aliento de la muerte apagaba millones de vidas. Bajo el estruendo de las granadas al estallar, y el tableteo de las ametralladoras de los

horrorosamente hinchados y sangrantes por la larga caminata, atormentados por el hambre y la sed, caían rendidos. Otros caían muertos. El camión sanitario llevaba en sus flancos la siguiente inscripción: "Servicio Permanente de Transfusión de Sangre". En su "baquet", vestidos con monos azules, tres hombres: el doctor canadiense Norman Bethune, su ayudante Hazen Sise, y un conductor del vehículo, también canadiense.

Estos tres hombres fueron de los primeros en acudir en auxilio de los enfermos, niños, mujeres y heridos que huían, de Málaga y de los pueblos del trayecto de esta capital hasta Almería, empujados por el terror a la dominación fascista. Tres figuras magníficas de la solidaridad humana. Durante siete días estos hombres afrontaron peligros de toda clase, sufrieron hambre y sed y salvaron de una muerte segura a centenares de mujeres y niños, que trasladaron en su ambulancia desde las líneas fascistas hasta Almería.

Los nombres del doctor Norman Bethune y de sus colaboradores, en esta obra de abnegación y de sacrificio inigualables, merecen ser perpetuados, con un culto de devoción y admiración entrañables, en las memorias de todas las conciencias honradas del mundo. No se trata de unos combatientes: se trata de tres personalidades, de una egregia

italianos y alemanes, de moros y del Tercio Extranjero.

A la derecha del camino, abierto al mar, vomitaban su fuego mortífero los cañones de los navíos piratas, secundados por las unidades de las escuadras alemanas e italianas. Bajo la explosión de las granadas, que sembraban la muerte, se abrían en el torrente humano, que avanzaba sin cesar, claros trágicos: centenares de mujeres, de hombres, viejos y niños, caían, para no levantarse jamás, horriblemente ametrallados. Desde el cielo de un impasible

aparatos en vuelo, las multitudes seguían su marcha apresurada, su carrera de desesperación y de angustia infinitas. La meta que perseguían estaba aún muy lejos: ningún medio había para poder acortarla. De pronto -era en la jornada del 10 de febrero- un camión ambulancia, pintado de gris, pugna por abrirse paso en dirección contraria al tumultuoso discurrir del torrente humano. A la derecha y a izquierda de la carretera, centenares de heridos, de niños que, en vano, llamaban a sus padres y de mujeres desfallecidas, con los pies

ejecutoria moral, en las que por encima de toda otra consideración se acusa el sentido, profundo y austero, del sacrificio por el semejante. A la pluma honrada del eminente doctor Norman Bethune pertenecen las apreciaciones que en este documento se publican sobre la terrible marcha emprendida por los españoles de la ciudad de Málaga, éxodo pavoroso de todo un pueblo que prefiere, antes de someterse a la dominación extranjera y la criminal tiranía del fascismo, mil veces la

muerte. El doctor Bethune va a denunciar ante el mundo, con su palabra justa e imparcial, el crimen cometido -uno más y de los más monstruosos- contra el pueblo español por las hordas extranjeras que pugnan por someterle a la negra tiranía de la barbarie fascista.

Alardo Prats

Relato

"La evacuación en masa de la población civil de Málaga empezó el domingo 7 de febrero. Veinticinco mil soldados alemanes, italianos y moros hicieron su aparición en la ciudad al día siguiente, lunes 8, por la mañana. Tanques, submarinos, aeroplanos y buques de guerra entraron en juego simultáneamente para destrozar las defensas de la ciudad, sostenidas por un jirón heroico de tropas españolas sin tanques, sin aeroplanos, sin auxilio... Los llamados nacionalistas entraron, lo mismo que han entrado en los pueblos y las ciudades capturadas de España, en una ciudad abandonada.

Imaginaos ciento cincuenta mil hombres, mujeres y niños que huyen en busca de refugio hacia una ciudad situada a cerca de doscientos kilómetros de distancia. No hay más que un camino. No hay más vía de escape. Y este camino, encajonado entre los altos picos de la Sierra Nevada y el mar, cortado en sus mismos tajos, sube y baja desde el nivel del mar a las montañas, en declives de más de treinta metros. La ciudad que buscan es Almería, y hay que andar hasta allá cerca de doscientos kilómetros. Bien puede el mozo sano y robusto caminar cuarenta o cincuenta kilómetros al día, pero la jornada

representa para estas mujeres, para estos ancianos y para estos niños, una caminata de cinco días con sus noches, cuando menos. Y no encontrarán alimento en los poblados por donde pasan, ni trenes ni autobuses para transportarlos. Tienen que caminar... y caminan tambaleándose, tropezando, abriéndose los pies en los pedernales del camino polvoriento, mientras que los fascistas los bombardean sin piedad desde los aviones y los cañonean desde el mar.

Lo que quiero contaros es lo que yo mismo vi en esta marcha forzada, la más grande, la más horrible evacuación de una



ciudad que hayan visto nuestros tiempos. Habíamos llegado a Almería el miércoles 10, a las cinco de la mañana. Llevábamos de Barcelona un camión con sangre preparada para transfusión con destino a los heridos de Málaga. En Almería supimos la noticia de la caída de Málaga y nos aconsejaron que no siguiésemos nuestro camino, porque ya no se sabía dónde estaban nuestros frentes, y se tenía por seguro que Motril había caído también. Entonces resolvimos ir a ver en qué condiciones se estaba llevando a cabo la evacuación de heridos. Salimos por el camino de Málaga, a eso de las seis de la tarde, y a unos cuantos kilómetros nos encontramos con los que encabezaban la desventurada procesión. Venían primero los más fuertes, los que habrían podido transportar sus cosas en burros, mulas y caballos. Los dejamos atrás y, a medida que íbamos avanzando, el espectáculo se hacía más lastimoso. Miles de niños (contamos cinco mil menores de diez años), y por lo menos mil de entre ellos descalzos y cubiertos apenas con un harapo. Las madres los llevaban echados al hombro o tiraban de ellos por la mano. Pasó un hombre con sus dos pequeños a la espalda, niños de uno y dos años, y cargando además con cacerolas y trastos, y recuerdos queridos de su hogar. Engrosaba el río de gente, y nuestro coche se abrió paso a duras penas. A ochenta y ocho kilómetros de Almería nos decían que no siguiéramos más

adelante, porque allí detrás venían ya los fascistas. Habíamos visto tantas mujeres y tantos niños angustiados, que resolvimos regresar para dedicarnos a transportar a los más desvalidos.

Difícil tarea la de elegir entre todos. Una multitud de padres y madres frenéticos se apretó alrededor del coche. Tenían la cara y los ojos congestionados por el polvo y el sol de cuatro días, y levantaban hacia nosotros, en sus brazos cansados, los cuerpecitos de sus hijos.

"Llévate a este", "Mira este niño", "Este va herido". Niños con los bracitos y las piernas enredados en trapos ensangrentados; niños sin zapatos, con los pies hinchados; niños que lloraban desesperados de dolor, de hambre, de cansancio. Doscientos kilómetros de miseria. Imaginemos lo que serían cuatro días de andar escondiéndose en las montañas, perseguidos por los aviones de los bárbaros fascistas, y cuatro noches de caminar en grupo compacto hombres, mujeres, niños, mulas, burros y cabras, tratando de mantenerse juntas las familias, llamándose por el nombre propio, buscándose en las sombras. ¿A quién íbamos a subir al coche? ¿Al niño que se moría de disentería o a la madre que nos miraba silenciosa, con los ojos hundidos, apretando contra su pecho desnudo al pequeño que había nacido en el camino?

Aquella madre habría descansado solamente diez horas. Había una mujer de sesenta años que no podía dar un paso más: la sangre de las úlceras de sus piernas hinchadas teñía de rojo sus alpargatas blancas. Muchos viejos abandonaban toda esperanza y, tumbados en la cuneta del camino, esperaban la muerte.

Decidimos llevarnos a los niños y a las madres, pero sufrían tanto al separarse padre e hijo, marido y mujer, que resolvimos transportar a las familias que tuviesen más niños, y a los niños sin padres, que eran incontables. Llevábamos treinta o cuarenta personas en cada viaje, y trabajamos así tres días y tres noches. En el hospital del Socorro Rojo Internacional de Almería, los refugiados recibían atención médica, alimento y ropa. Al incansable esfuerzo de los conductores del camión, Hazen Sise y Thomas Worsley, se debe la salvación de muchas vidas. Iban y venían, alternando, día y noche, durmiendo a campo abierto entre los turnos, sin más alimento que naranjas y pan.

Oíd ahora el final. Como si no fuese bastante haber bombardeado y cañoneado a esa procesión de campesinos inermes a lo largo de su caminata interminable, el día 12 de febrero, cuando el pequeño puerto de Almería estaba atestado de gente refugiada, cuando la población se había duplicado, cuando aquellas cincuenta mil personas exangües habían llegado al sitio



que creía un abrigo seguro, los aeroplanos fascistas, alemanes e italianos, desataron sobre la población nutrido bombardeo. La sirena de alarma sonó treinta segundos antes de que cayera la primera bomba. Los aviones enemigos no buscaron blanco en los buques de guerra del Gobierno español que estaban en el puerto. Deliberadamente arrojaron diez bombas en el centro mismo de la ciudad, en la calle principal, donde, amontonados en el pavimento, dormían exhaustos los refugiados.

Cuando se habían alejado los aviones, levanté del suelo los cadáveres de tres niños que habían estado tres horas de pie en una cola frente al comité provincial de evacuación, esperando su ración de una taza de leche condensada y un pedazo de

pan, único alimento disponible. La calle parecía un degolladero, con los muertos y los agonizantes alumbrados por las llamas de los edificios que ardían. En la oscuridad, los quejidos de los niños heridos, los gritos de las madres agonizantes y las maldiciones de los hombres, se alzaban en un lamento de masa hasta hacerse intolerable. Sentía yo el cuerpo pesado, como el cuerpo de los muertos, pero hueco y vacío, y en mi cerebro se encendía una llama de odio. Aquella noche fueron ametrallados, desde los aeroplanos, cincuenta paisanos, y hubo más de cincuenta heridos. Murieron dos soldados.

¿Qué crimen habían cometido estos hombres de la ciudad para ser asesinados de modo tan sangriento? Su único crimen había sido el de votar por un Gobierno del

pueblo; moderado paliativo contra la carga aplastante de siglos de codicia del capitalismo. Alguien pregunta por qué no se quedaron en Málaga a esperar la entrada de los fascistas. Porque bien sabían lo que había de sucederles. Bien sabían lo que habría de ser de sus hombres y de sus mujeres, puesto que ya ha sucedido muchas veces en otras ciudades capturados por ellos. Todos los hombres de quince a sesenta años que no pudiesen probar que se les había forzado a apoyar al Gobierno legítimo, serían fusilados sin más trámite. Por eso, dos terceras partes de la población de España se ha concentrado en la mitad del territorio que está amparado por el Gobierno de la República".

Dr. Norman Bethune

The Crime on the Road Málaga-Almería

Narrative with graphic documents revealing fascist cruelty

Most of the people, crazed by panic and desperation, took the road to Motril and Almería. A whole town in flight. They fled from Málaga; which had just been occupied by the legions of Italians and Germans, by Moors and the Tercio.

On the right of the road open to the sea, the guns of the pirate ships were pouring out fire, seconded by the units of the German and Italian squadrons. Beneath the explosion of grenades, which sowed death, there opened in the human torrent which advanced unceasingly, tragic gaps: hundreds of women, men, old people and children, fell, never to rise again, horribly hit. From the sky, of a passive blue, the

airplanes swooped down —also German and Italian— and sowed with the lead of their machine-guns, death wherever they pleased.

On the left of the road, the scarps of the Sierra Nevada cut off all hope of escape for those who fled. From sky and sea the cold breath of death extinguished thousands of lives. Under the noise of exploding shells and the rattle of machine guns from the

airplanes, the multitude continued their hasty march, their career of desperation and infinite anguish. Their goal was still very distant and they had no means of shortening it.

Very soon—it was the day of the 10 of February—an ambulance, painted grey, attempted to open a way, in the opposite direction to of the tumultuous human torrent. To the right and left of the road, hundreds of wounded, children calling in vain for their parents, and fainting women, with feet horribly swollen and bleeding from the long tramp, tormented by hunger and thirst, had fallen completely overcome. Others fell dead. The ambulance carried on its sides the following inscription: "Permanent service of blood transfusion". On the front seat, dressed in blue overalls were three men: the Canadian doctor, Norman Bethune, his assistant Hazen Sise and the driver, also Canadians. These three men were among the first to go to the aid of the sick, children, women and wounded, who fled from Malaga and the villages on the way from that capital to Almeria, impelled by the terror of fascist domination. Three heroes, three magnificent figures of human solidarity. For seven days these men confronted dangers of every kind, suffered hunger and thirst and saved from certain death hundreds of women and children, whom they carried in their ambulance from the fascist lines to Almeria.

The names of Dr. Norman Bethune and his collaborators, in this work of unexampled unselfishness and sacrifice, deserve to be perpetuated, with a cult of devotion and affectionate admiration, in the memories of all the honorable consciences in the world. It is not a question of some combatants: it is a question of three personalities of the highest moral calibre, who possess above everything else a deep and austere feeling of sacrifice for their kind. The descriptions which are published in this pamphlet are from the honoured pen of the eminent Dr. Norman Bethune, on the subject of the terrible march undertaken by the Spaniards of the city of Malaga, the frightened exodus of a whole town, who preferred death a thousand times rather than submit to the criminal tyranny of fascism. Dr. Bethune, with his just and impartial words, will denounce before the world the crime committed—one more and one of the most monstrous—against the Spanish people by the foreign hordes which are fighting to subjugate them under the black tyranny of fascist barbarism.

Alardo Prats

Narrative

"The evacuation en masse of the civilian population of Malaga started on

Sunday Feb. 7. Twenty-five thousand German, Italian and Moorish troops entered the town on Monday morning the eighth. Tanks, submarines, warships, airplanes combined to smash the defenses of the city held by a small heroic band of Spanish troops without tanks, airplanes or support. The so-called Nationalists entered, as they have entered every captured village and city in Spain, what was practically a deserted town.

Now imagine one hundred and fifty thousand men women and children setting out for safety to the town situated over a hundred miles away. There is only one road they can take. There is no other way of escape. This road, bordered on one side by the high Sierra Nevada mountains and on the other by the sea, is cut into the side of the cliffs and climbs up and down from sea-level to over 500 feet. The city they must reach is Almeria, and it is over two hundred kilometers away. A strong, healthy young man can walk on foot forty or fifty kilometers a day. The journey these women children and old people must face will take five days and five nights at least. There will be no food to be found in the villages, no trains, no buses to transport them. They must walk and as they walked they staggered and stumbled with cut, bruised feet along that flint, white road the fascists bombed them from the air and fired at them from their ships at sea.

Now, what I want to tell you is what I saw myself of this forced march—the largest, most terrible evacuation of a city in modern times. We had arrived in Almeria at five o'clock on Wednesday the tenth with a refrigeration truckload of preserved blood from Barcelona. Our intention was to proceed to Malaga to give blood transfusions to wounded. In Almeria we heard for the first time that the town had fallen and were warned to go no farther as no one knew where the frontline now was but everyone was sure that the town of Motril had also fallen. We thought it important to proceed and discover how the evacuation of the wounded was proceeding. We set out at six o'clock in the evening along the Malaga road and a few miles on we met the head of the piteous procession. Here were the strong with all their goods on donkeys, mules and horses. We passed them, and the farther we went the more pitiful the sights became. Thousands of children, we counted five thousand under ten years of age, and at least one thousand of them barefoot and many of them clad only in a single garment. They were slung over their mother's shoulders or clung to her hands. Here a father staggered along with two children of one and two years of age on his back in addition to carrying pots and pans or some treasured possession. The incessant stream of people became so dense we

could barely force the car through them. At eighty eight kilometers from Almeria they beseeched us to go no farther, that the fascists were just behind. By this time we had passed so many distressed women and children that we thought it best to turn back and start transporting the worst cases to safety.

It was difficult to choose which to take. Our car was besieged by a mob of frantic mothers and fathers who with tired outstretched arms held up to us their children, their eyes and faces swollen and congested by four days of sun and dust. "Take this one." "See this child." "This one is wounded." Children with bloodstained rags wrapped around their arms and legs, children without shoes, their feet swollen to twice their size crying helplessly from pain, hunger and fatigue. Two hundred kilometres of misery. Imagine four days and four nights, hiding by day in the hills as the fascist barbarians pursued them by plane, walking by night packed in a solid stream men, women, children, mules, donkeys, goats, crying out the names of their separated relatives, lost in the mob. How could we chose between taking a child dying of dysentery or a mother silently watching us with great sunken eyes carrying against her open breast her child born on the road two days ago. She had stopped walking for ten hours only. Here was a woman of sixty unable to stagger another

step, her gigantic swollen legs with their open varicose ulcers bleeding into her cut linen sandals. Many old people simply gave up the struggle, lay down by the side of the road and waited for death.

We first decided to take only children and mothers. Then the separation between father and child, husband and wife became too cruel to bear. We finished by transporting families with the largest number of young children and the solitary children of which there were hundreds without parents. We carried thirty to forty people a trip for the next three days and nights back to Almeria to the hospital of the Socorro Rojo International where they received medical attention, food and clothing. The tireless devotion of Hazen Sise and Thomas Worsley, drivers of the truck, saved many lives. In turn *they* drove back and forth day and night sleeping out on the open road between shifts with no food except dry bread and oranges.

And now comes the final barbarism. Not content with bombing and shelling this procession of unarmed peasants on this long road, but on the evening of the 12th *when* the little seaport of Almeria was completely filled with refugees, its population swollen to double its size, when forty thousand exhausted people had reached a haven of what they thought was safety, we were heavily bombed by German and Italian fascist airplanes. The siren alarm

sounded thirty seconds before the first bomb fell. These planes made no effort to hit the government battleship in the harbor or bomb the barracks. They deliberately dropped ten great bombs in the very center of the town where on the main street were sleeping huddled together on the pavement so closely than a car could pass only with difficulty, the exhausted refugees. After the planes had passed I picked up in my arms three dead children from the pavement in front of the Provincial Committee for the Evacuation of Refugees where they had been standing in a great queue waiting for a cupful of preserved milk and a handful of dry bread, the only food some of them had for days. The street was a shambles of the

dead and dying, lit only by the orange glare of burning buildings. In the darkness the moans of the wounded children, shrieks of agonized mothers, the curses of the men rose in a massed cry higher and higher to a pitch of intolerable intensity. One's body felt as heavy as the dead themselves, but empty and hollow, and in one's brain burned a bright flame of hate. That night were murdered fifty civilians and an additional fifty were wounded. There were two soldiers killed.

Now, what was the crime that these unarmed civilians had committed to be murdered in this bloody manner? Their only crime was that they had voted to elect a government of the people, committed to

the most moderate alleviation of the crushing burden of centuries of the greed of capitalism. The question has been raised:—why did they not stay in Malaga and await the entrance of the fascists? They knew what would happen to them. They knew what would happen to their men and women as had happened so many times before in other captured towns. Every male between the age of 15 and 60 who could not prove that he had not by force been made to assist the government would immediately be shot. And it is this knowledge that has concentrated two-thirds of the entire population of Spain in one half the country and that still held by the Republic".

Dr. Norman Bethune

Le crime de la route Málaga-Almería

Récit accompagné de documents graphiques qui révèlent la cruauté fasciste

La foule, rendue telle par la panique et le désespoir, marchait sur les chemins qui vont de Motril à Almería. Toute une population en fuite. Elle fuyait Málaga, que les légions d'Italiens et d'Allemands, de Maures et du Tercio, venaient d'occuper.

Le côté droit de la route, ouvert sur la mer, recevait le feu meurtrier des canons des navires pirates, aidés par les unités des escadres allemande et italienne. Sous l'explosion des obus qui semaient la mort, des vides tragiques s'ouvraient dans la torrent humain qui avançait sans arrêt: des centaines de femmes, d'hommes, de vieillards, d'enfants, tombaient pour ne plus se relever, affreusement mitraillés. Du ciel, d'un bleu impassible, les avions

descendaient —allemands et italiens aussi— et avec le plomb de leurs mitrailleuses semaient partout la mort.

Le côté gauche de la route, bordé par les contreforts de la Sierra Nevada, ne permettait aucun espoir de libération pour ceux qui tuaient. Venant du ciel et de la mer, l'haleine froide de la mort éteignait des milliers de vies. Dans le tonnerre des éclatements d'obus, le crépitement des mitrailles d'avions en vol, la multitude

poursuivait sa marche précipitée, sa route de désespoir et d'angoisse infinies. Le but qu'ils poursuivaient c'était encore lointain: il n'y avait aucun moyen de l'abrégé. Soudain -c'était dans la journée du 10 Février-, on vit un camion ambulance, peint en gris, s'efforcer de s'ouvrir passage en sens contraire du cours du torrent humain. À droite et à gauche de la route, des centaines de blessés, d'enfants qui appelaient en vain leurs parents, de femmes défaillantes, les pieds affreusement enflés et ensanglantés, par la longue route, tous tourmentés par la faim et la soif, tombaient exténués. Le camion sanitaire portait sur les côtés l'inscription suivante: «Service permanent de transfusion du sang». Sur les sièges avant se trouvaient trois hommes: le médecin canadien Dr. Norman Bethune, son aide, Hazen Sise et le chauffeur, également canadiens. Ces trois hommes furent les premiers à venir à l'aide des malades, des enfants, des femmes, des blessés, qui s'étaient enfuis de Málaga et des villages se trouvant sur le parcours, poussés par la terreur de la domination fasciste. Trois héros trois figures magnifiques de la solidarité humaine. Pendant sept jours, ces hommes affrontent des dangers de toutes sortes, souffrirent de la faim et de la soif, et sauvèrent d'une mort certaine des centaines de femmes et d'enfants qu'ils transportèrent, dans leur ambulance, des lignes fascistes à Almeria.

Les noms du Dr. Norman Bethune et de ses collaborateurs, dans cette oeuvre inégalable d'abnégation et de sacrifice, méritent d'être perpétués, avec un sentiment de dévotion et d'admiration profondes, dans la mémoire de toutes les consciences honnêtes du monde entier. Il ne s'agit pas là de combattants: il s'agit de trois personnalités d'une haute lignée morale, chez lesquelles le sentiment profond et austère du sacrifice pour son semblable domine toute autre considération. C'est à la plume de l'éminent Dr. Bethune que l'on doit les notes publiées dans ce document sur la terrible marche entreprise par les Espagnols de Málaga, effrayant exode de toute une population qui préfère mille fois la mort à la soumission à une domination étrangère et à la tyrannie criminelle du fascisme. La parole juste et impartiale du Dr. Bethune dénoncera au monde entier le crime qui a été commis —un de plus, et de un des plus monstrueux—, contre le peuple espagnol, par les hordes étrangères qui veulent le soumettre à la sombre tyrannie de la barbarie fasciste.

Alardo Prats

Récit

"L'évacuation en masse de la population civile de Málaga commença le Dimanche 7 Février. Le lundi matin 8 Février,

vingt cinq mille hommes, Allemands, Italiens, Maures, entraient dans la ville. Les tanks, les sous-marins, les navires de guerre, les avions étaient entrés en action combinée pour écraser la défense d'une ville soutenue par une petite troupe héroïque d'Espagnols, sans tanks, sans avions, sans aide. Les dénommés Nationalistes pénétrèrent dans une ville en fait déserte, ainsi d'ailleurs qu'il en est chaque fois qu'ils entrent dans un village ou une cité capturés.

Et à présent, tâchez de vous représenter cent cinquante mille hommes, femmes et enfants partant pour se mettre en sûreté dans une ville éloignée de plus de deux cents kilomètres. Il n'y a qu'une seule route qu'ils puissent prendre, un seul chemin pour échapper: bordé d'un côté par la haute Sierra Nevada, de l'autre par la mer, corniche taillée à même le roc, à cent cinquante mètres d'altitude. C'est Almeria qu'ils doivent atteindre, à deux cent vingt kilomètres de distance. Un homme jeune, fort, peut parcourir à pied quarante à cinquante kilomètres par jour. Le voyage de ces femmes, de ces enfants, de ces vieillards devra durer au moins cinq jours et cinq nuits. Pas de nourriture dans les villages traversés en route, pas de trains, pas d'autobus pour les transporter. Il faut marcher à pied et tandis qu'ils marchent, hagards, chancelants, trébuchant sur leurs pieds blessés et

sanglants, au long de cette route blanche, les avions ennemis les bombardent et les mitraillent, les bateaux ennemis les arrosent d'obus.

Je veux vous dire maintenant ce que j'ai vu, moi, de cette marche forcée, —la plus terrible, la plus longue des évacuations d'une ville des temps modernes—. Nous étions arrivés à Almeria le mercredi 10 Février, à cinq heures du matin, avec un camion frigorifique contenant, des ampoules de sang stérilisé, venant de Barcelone. Notre intention était d'aller à Málaga pour les transfusions de sang à faire aux blessés. C'est à Almeria que nous entendîmes, pour la première fois, que Málaga était tombée et on nous conseilla de ne pas continuer notre route, ne sachant pas où se trouvait à présent la ligne de feu. Mais tout le monde était certain que Motril aussi était tombé. Nous décidâmes, cependant, de continuer notre chemin pour nous rendre compte de la façon dont était organisée l'évacuation des blessés. Nous prîmes la route de Málaga, à six heures du soir et quelques kilomètres plus loin nous trouvâmes la tête de la lamentable procession. Ceux-là étaient les forts, tous leurs biens chargés sur des ânes, des mules, des chevaux. Nous les dépassâmes et, à mesure que nous avançons, le spectacle devenait plus pitoyable. Il y avait là des milliers d'enfants, —cinq mille au moins au dessous de dix ans—, dont plus

d'un millier pieds nus, à peine vêtus. Ils étaient accrochés aux épaules de leurs mères ou pendus à leur main. Ici, un père trébuchait au long du chemin, deux enfants d'un et deux ans agrippés à son dos, portant: en outre des pots et des casseroles ou quelque autre trésor domestique. L'incessant flot humain devenait si dense que c'est à grande peine que nous pouvions y frayer le passage du camion. A quatre-vingt huit kilomètres d'Almeria, on nous conjura de ne pas aller plus loin, nous disant que les fascistes étaient juste derrière. A ce moment, nous avions dépassé tant de femmes et d'enfants que nous jugeâmes préférable de faire route arrière pour transporter et mettre en sûreté ceux qui étaient dans le plus mauvais état. Il était bien difficile de choisir ceux qu'il fallait prendre. Notre camion était assiégé par des groupes de mères et de pères affolés, les yeux et le visage enflés et congestionnés par quatre jours de soleil et de poussière, et dont les faibles bras exténués tendaient vers nous leurs enfants. «Prenez celui-ci». «Occupez-vous de cet enfant». «Celui-ci est blessé». Nous voyions des gosses avec des lambeaux de tissus tachés de sang enroulés autour de leurs bras et de leurs jambes blessés; des enfants sans souliers, les pieds enflés au double de leur dimension normale, pleurant désespérément de douleur, de faim, de fatigue. Deux cents kilomètres de misère.

Imaginez quatre jours et quatre nuits, se cachant le jour derrière les collines pour échapper à la poursuite des avions fascistes, marchant la nuit, entraînés par le flot compact, mêlé, hommes, femmes, enfants, mules chèvres. On entendait les gens, dans l'obscurité hurler l'appel du nom de membres de leur famille perdus dans la foule. Comment pouvions-nous choisir, prendre plutôt un enfant mourant de dysenterie qu'une mère nous surveillant en silence, avec ses grands yeux enfoncés dans les orbites, portant sur sa poitrine nue l'enfant qu'elle avait mis au monde sur la route deux jours auparavant? Elle n'avait arrêté sa marche que pendant dix heures. Ici encore, cette femme de soixante ans, incapable de faire un pas de plus, avec ses gigantesques jambes enflées dont les ulcères variqueux ouverts laissaient couler le sang sur ses sandales de toile. Beaucoup de vieilles gens renonçaient, simplement, s'étendaient sur les côtés de 'la route et attendaient la mort'.

Nous décidâmes d'abord de ne prendre que les mères et les enfants. Mais la séparation du père et des enfants, du mari et de la femme, devint un spectacle d'une cruauté insoutenable. Nous finîmes par transporter ensemble les familles ayant le plus grand nombre d'enfants, ou les enfants isolés, dont il y avait des centaines. Nous transportâmes trente à quarante personnes par voyage pendant les trois

jours et trois nuits suivants, les conduisant à Almeria, à l'Hôpital du Secours Rouge International où ils recevaient des soins médicaux, de la nourriture et des vêtements. L'infatigable dévouement de Hazen Sise et de Thomas Worsley, conducteurs du camion, sauva bien des vies. A tour de rôle ils faisaient la navette, jour et nuit, dormant sur la route, sans autre nourriture que du pain et des oranges.

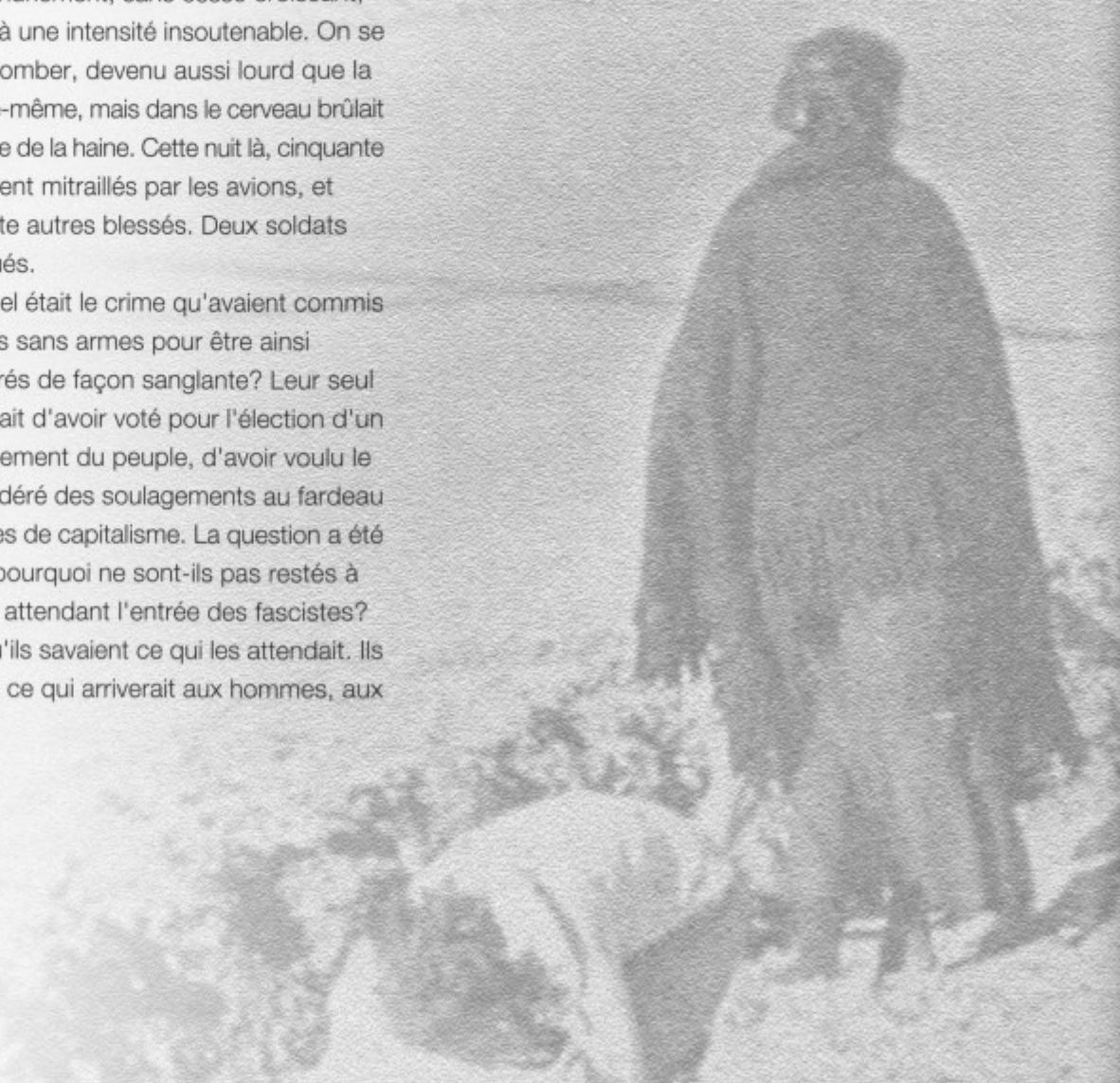
Et voici maintenant la barbarie finale: non contents de bombarder et de mitrailler cette procession de paysans sans armes sur cette longue route, dans la soirée du 12 Février, alors que le petit port d'Almeria était bondé de réfugiés, alors que quarante mille êtres épuisés avaient atteint ce qu'ils croyaient être un havre de sécurité, nous fûmes intensément bombardés par les avions fascistes allemands et italiens. La sirène d'alarme sonna trente secondes avant la chute de la première bombe. Les avions ne tentèrent pas d'atteindre la flotte gouvernementale du port ni les baraquements militaires: ils laissèrent délibérément tomber dix grosses bombes sur le centre même de la ville où, dans la rue principale, les réfugiés épuisés dormaient à même le sol, en telle agglomération qu'une voiture pouvait à peine passer. Après le passage des avions, je pris dans mes bras trois enfants morts, frappés en face du Comité Provincial pour l'Évacuation des Réfugiés, où ils

attendaient, en grand nombre, une tasse de lait condensé, un morceau de pain sec, seule nourriture que quelques uns d'entre eux avaient eue depuis plusieurs jours. La rue n'était plus qu'un lit de morts et de mourants, éclairés par la seule lueur orange des maisons en flammes. Dans l'obscurité, les gémissements des enfants blessés, les cris des femmes agonisantes, les imprécations des hommes s'élevaient en un seul hurlement, sans cesse croissant, arrivant à une intensité insoutenable. On se sentait tomber, devenu aussi lourd que la mort elle-même, mais dans le cerveau brûlait la flamme de la haine. Cette nuit là, cinquante civils furent mitraillés par les avions, et cinquante autres blessés. Deux soldats furent tués.

Quel était le crime qu'avaient commis ces civils sans armes pour être ainsi massacrés de façon sanglante? Leur seul crime était d'avoir voté pour l'élection d'un gouvernement du peuple, d'avoir voulu le plus modéré des soulagements au fardeau de siècles de capitalisme. La question a été posée: pourquoi ne sont-ils pas restés à Málaga, attendant l'entrée des fascistes? C'est qu'ils savaient ce qui les attendait. Ils savaient ce qui arriverait aux hommes, aux

femmes, ce qui était arrivé tant de fois dans des villes capturées. Tout homme, de 15 à 60 ans, ne pouvant prouver qu'il avait été obligé par force à. aider le gouvernement, serait fusillé immédiatement. Et c'est de savoir cela qui a concentré les deux tiers de la population entière de l'Espagne sur une seule moitié du territoire: celle qui appartient à la République".

Dr. Norman Bethune



Capítulo III



El bisturí, la espada*

El mismo Bethune describió los hechos que ocurrieron después de dejar Almería: "Pasamos una hora en Almería, suficiente para buscar una comida que fue imposible conseguir. El pequeño puerto había sido bombardeado desde el aire y bloqueado desde el mar. El hambre se sentía en la calle. Un niño harapiento nos llevó hasta un pequeño bar, pero estaba completamente lleno de militares, todos ellos comiendo una especie de sopa caliente. Muchachos andrajosos vagaban entre las mesas abalanzándose sobre los

restos de comida. En un hotel del centro de la ciudad el dueño, disculpándose, nos sirvió alubias, el único menú disponible.

Cuando volvimos a la calle, la gente empezaba a agolparse. Las noticias sobre Málaga estaban extendiéndose. Los hombres formaban grupos preguntándose si sería conveniente quedarse, y si los fascistas podrían llegar hasta allí.

Sise dirigió el camión hacia el puerto y después hacia las montañas. Desde allí hasta Málaga había sólo una carretera que seguía la quebrada línea de la costa, subiendo y bajando empinadas cuestas flanqueadas por montes a la derecha y mirando al mar hacia la izquierda. Atrás

quedaba Almería, ya fuera del alcance de nuestra vista. Por debajo, el Mediterráneo lanzaba sus olas espumosas contra las rocas.

Dieciséis kilómetros más adelante mis pensamientos fueron interrumpidos por una extraña procesión. Miré por el parabrisas con curiosidad. ¿Campesinos? Sí, caminando con el típico asno. Después, cuando nos acercamos, vimos que no eran simples campesinos. Viniendo hacia nosotros nos encontramos a un hombre que llevaba un burro tirado por una cuerda. Caminaba con los pies a rastras, su cabeza caída hacia delante y con un niño a su espalda sujeto con una manta. El burro iba cargado con una colchoneta, cazuelas y sartenes, un par de botas, mantas y una jarra de agua. Un niño iba casi colgado sobre la cola del animal. Tras él venía una mujer con otro niño en brazos, y más atrás un viejo cojeando con un bastón y arrastrando a otro niño por la mano.

Los refugiados pasaban al lado del camión sin reparar apenas, como si no lo vieran. Seguían caminando cansinamente, con los hombros caídos, las bocas abiertas, los ojos entornados hacia el suelo como síntoma inconsciente de extenuación.

Más adelante otro grupo caminaba en fila en una curva. Era como si acompañaran a un cortejo fúnebre. Los hombres miraban atónitos bajo sus sombreros anchos. Las mujeres avanzaban

lentas con sus vestidos oscuros. Los niños llevaban solamente su pantalón y las niñas su vestido ancho, medio desnudos todos bajo el sol.

El segundo grupo pasó a nuestro lado, y ya me inundó un sentimiento de ira, pena e impaciencia. Seguíamos adelante y en cada curva del camino encontrábamos más refugiados. Al principio eran grupos dispersos. Después aparecían a intervalos más frecuentes, y por último una hilera continua, unos pisando los talones a los otros. Una fila interminable a lo largo del camino con el sol encima y el mar por debajo.

Había familias que caminaban juntas llevando unas cuantas posesiones sin valor. Hombres y mujeres que parecían ir solos, caminado sin remedio al paso que marcaban los demás. Niños con cara alucinada pasando de mano en mano. Parecían haber nacido del suelo; otras veces eran como sombras moviéndose hacia ninguna parte. Entre el murmullo del mar y el eco de los montes el único ruido era el de las sandalias arrastradas sobre las piedras, el silbido de la respiración cansina y el lamento que salía de los labios agrietados y se perdía en la distancia.

Eran de todas las edades, pero sus caras estaban dibujadas con los mismos rasgos de agotamiento. Pasaban al lado de nuestro camión sin expresión. Una joven, como de dieciséis años, iba montada en





un burro con la cabeza inclinada sobre un niño apoyado en su pecho. Una abuela, con la cara medio oculta en su pañuelo arrastrándose entre dos hombres; un patriarca consumido hasta quedar apenas en piel y huesos, con sus pies descalzos goteando sangre sobre el camino; un joven cargado con un hato de ropa de cama, con las correas de cuero clavándose en la carne a cada paso. Una mujer sujetando su vientre, sus ojos abiertos, aterrorizados. Era una corriente silenciosa de hombres y animales: los animales gimiendo como hombres, y los hombres impasibles como animales.

Sise detuvo el camión. Yo salí y me paré en medio de la carretera. ¿De dónde venían? ¿A dónde iban? ¿Qué estaba ocurriendo? Me miraban tímidamente. No tenían fuerza para seguir, pero temían detenerse. Decían que los fascistas venían detrás de ellos. ¿Málaga? Sí. Málaga había caído. Málaga. Nada más. ¿A dónde iban? A donde el camino los llevara. No había otra carretera. Los fascistas habían llegado a Málaga. Las armas habían tronado. Las casas fueron arrasadas. La ciudad había sido golpeada duramente, y toda persona capaz de andar se había echado al camino. "Den la vuelta", nos aconsejaban. No había quedado nada. Nada tras ellos, excepto más gente en la carretera y más atrás aún, los fascistas otra vez.

Volví al camión. Hazen tenía lista la cámara. Yo miraba mientras él hacía fotos

desde un lado del camino o desde encima del camión. Yo pensaba en Málaga. ¡Una gran derrota! ¿Cómo había sucedido? Pero ahora no servía de nada pensar en ello. Lo que importaba ahora era que en alguna parte las fuerzas leales se estarían reagrupando. En algún lugar habría nuevas defensas y nuevas respuestas más duras aún. Al final del camino habría lucha, al menos acciones de retaguardia, heridos y moribundos que necesitarían la sangre que habíamos traído desde Madrid.

Aceleramos la marcha. La carretera se inclinaba y la línea de refugiados se hacía más ancha. Llegamos a una curva en dirección al interior, una pequeña subida, y de repente una bajada hacia una llanura. Sise, sorprendido, pisó el freno bruscamente. Una muchedumbre de personas y animales ocupaba todo el ancho de la carretera. Mujeres gritando, burros rebuznando, caras pegadas a nosotros y, tan pronto como llegamos al alto, la muralla de refugiados se había formado de nuevo tras el camión.

Pero fue la escena siguiente la que nos dejó mudos. La llanura se extendía tan lejos como la vista podía alcanzar, y por ella serpenteaba una hilera de treinta kilómetros de seres humanos, como un gusano gigantesco con innumerables pies que levantaba una nube de polvo que se extendía hasta más allá del horizonte a lo largo de la árida llanura y se elevaba hasta las montañas.

Yo me puse de pie sobre el pescante del camión, haciendo visera con la mano protegiéndome los ojos del sol para mirar la llanura. La carretera ya no se veía en ningún sitio. Estaba desbordada por los refugiados. Miles y miles, agolpados, cayéndose unos sobre los otros, como un enjambre de abejas entrando en la colmena, llenando la llanura con un murmullo de voces, gritos, lamentos y los grotescos ruidos de los animales.

Comenzamos a descender lentamente. Sise tocaba la bocina sin parar. Yo, sobre el estribo, intentaba apartar a los refugiados. Ellos no prestaban atención a mis voces ni al sonido de la bocina. Simplemente fluían a los lados del coche con la vista baja golpeándose contra los costados y después ocupando de nuevo todo el ancho de la carretera.

Si ellos venían de Málaga, habrían estado andando durante cinco días y cinco noches. ¿Sería posible?

Aquella anciana con heridas abiertas en las piernas ¿habría podido sobrevivir cinco días en la carretera? Pero allí estaba, arrastrando su vestido sobre el polvo. ¿Y los niños?, de todas las edades, casi todos descalzos ¿habían sobrevivido? ¡Demasiados niños! Una rápida mirada a lo largo del camino le producía a uno un fuerte escalofrío: kilómetros de gente, y en medio miles de niños.

Pasamos al lado de muchos rezagados. Familias descansando al lado del camino.



Hombres y mujeres amontonados, durmiendo sobre la tierra. Atravesamos pueblos tristes, vacíos por la retirada general. A lo largo de las orillas del camino, los impactos de bombas y las chabolas quemadas. Después la masa de gente caminante cambió casi imperceptiblemente, como un manantial que de pronto se torna lodo. Juré en voz baja: ¡Militares! Al principio unos pocos perdidos entre los refugiados, pero un kilómetro más allá venían a cientos. A miles. Sus uniformes estaban rotos; sus armas, inservibles; las caras, con barba de días; los ojos, hundidos por la derrota. ¿Qué hacían entre los refugiados? ¿Eran desertores? Detrás venía la caballería. Algunos caminaban con desgana, con las botas colgadas al cuello tirando de su caballo, con las mujeres y los niños colgados de la silla. Ya no eran militares. Eran refugiados como el resto, en silencio, tristes, huyendo...

...El sol de España era aquel día tan despiadado como los fascistas. El calor era un enemigo temible. La carretera giró hacia el mar de nuevo. El ruido de las olas sobre las rocas retumbaba en la distancia bajo los sonidos del éxodo.

Ahora había más signos de pánico, prisa y desorden. Teníamos que maniobrar entre los carros rotos y los camiones abandonados. Los burros moribundos habían sido arrojados a las playas, donde la gente yacía también, con la lengua

inflamada en sus bocas secas. Más niños. Más militares. Más pueblos desiertos. Paramos un momento a causa de una obstrucción en la carretera, y fuimos engullidos por una multitud de súplicas, manos intentando alcanzar el camión, gente pidiendo agua y transporte hasta Almería. Arrojé mis cantimploras por la ventana y seguimos avanzando. Pasamos al lado de un autobús militar y el conductor, asomado a la ventanilla, nos gritaba: "¡Gasolina!". Sise gritó: "¡Al frente!"

Detrás del autobús una niña con el dedo en la boca gemía agachada al borde de la carretera. Vi a un miliciano tender la mano y coger la niña a la espalda. Al lado, un campesino llevaba a hombros a una mujer como si fuera un saco de patatas. La carretera descendió de nuevo y pasamos entre campos de caña de azúcar. Los penachos de las cañas se mecían suavemente con la brisa. Las hojas corrían empujadas por el viento bajo los pies descalzos sobre la carretera. Al lado de otro autobús averiado, un grupo de militares nos hacía señas de dar la vuelta. Yo volví a gritar "¡Al frente!"

Por fin el sol comenzaba a bajar cuando llegamos de nuevo a la costa. El cielo brillaba y el Mediterráneo parecía temblar como lenguas de fuego. Pronto se hizo de noche. A nuestro lado oíamos el paso apresurado de los refugiados. Sise encendió las luces del camión.

Inmediatamente oímos gritos enfurecidos. "¡Las luces, las luces!". En las ciudades sitiadas los niños estaban creciendo sin saber que el hombre había vencido a las tinieblas hacía mucho tiempo, y aquí, en las hermosas costas que en otro tiempo habían atraído a los turistas, las luces eran una amenaza, y sólo la noche oscura podía traer algo de seguridad.

Sin luces era casi imposible conducir. Tocábamos la bocina, pero no servía de nada. En una hora avanzamos muy poco, y al fin nos detuvimos. Nos sentamos, pensativos, en la cabina del camión. Un grupo de militares, preocupados pero con un cierto aire de disciplina se acercó a nosotros. Nos pidieron la documentación, la examinaron, saludaron y fueron a informar a los otros. —Los fascistas avanzan deprisa hacia el este —nos dijeron. La siguiente ciudad era Motril, y ya debía de estar en manos enemigas o le faltaría poco. No había frente. No había resistencia. Esto era más que una derrota. Toda la región costera del sur estaba cayendo como una ciruela madura en manos de las tropas extranjeras de Franco.

La puerta del camión se abrió. En la oscuridad un hombre sujetaba a un niño en brazos, sus ojos fijos en mí. Me mostró al niño, escuálido, con temblores de fiebre. Comenzó a hablar deprisa. No necesitaba traducción. Habría sido comprendido en cualquier idioma: "Mi chico, muy malo..."



Morirá antes de llegar a Almería... Tómelo. Déjelo en donde haya un hospital. Dígales que yo iré detrás. Diga que es Juan Blas, y que yo iré pronto a buscarlo".

Cogí al niño y lo puse sobre el asiento. El hombre tomó mi mano convulsivamente e hizo el signo de la cruz sobre mí. Necesitaría algo más que saber hablar español para expresar mis sentimientos a aquel hombre, a las caras que venían en tumulto hacia mí con movimientos nerviosos, a los brazos que se alzaban como un bosque, a las voces suplicantes. -Camarada, por favor, sálvenos -gritaban. Y yo entendía sus anhelos, aunque no comprendía sus palabras.

-Llévese a nuestras mujeres y niños... Los fascistas estarán pronto encima...

-Tenga compasión, camarada, por el amor de Dios...

-Déjenos ir en su camión. No podemos caminar más...

-Camarada, los niños, los niños...

Me subí al estribo del camión. La gente me rodeaba, tirando de mi ropa.

Los pensamientos más amargos se agolpaban en mi mente: ¿Dónde están esta noche los ministros del Dios cristiano, los mensajeros del Amor y la Salvación?, ¿dónde están, que no oyen a los que claman a su Señor?

¿En qué oscura cueva se ha escondido el amor humano? ¿Dónde la piedad y la conciencia de la humanidad?

Palabras, ¡bah! Por todas partes una lluvia de palabras vanas, y bajo esa lluvia, aquí, en la carretera de Málaga, los condenados y los perdidos.

Si yo tuviera mil pares de manos y en cada mano mil fusiles y en cada fusil mil balas, y cada bala marcada y asignada para cada uno de los asesinos de niños, ¡entonces sabría bien cómo hablar! Desde cada fusil hablaría de muerte a los corruptos y con voz como la trompeta de Gabriel rugiría al oído del mundo dormido, ahogando a los necios y falsos que aún siguen extendiendo la mentira. Con la voz de la trompeta de Gabriel despertaría a los millones de indiferentes que hay más allá de las fronteras de esta España invadida: "¡Vuestras manos están manchadas de sangre de inocente; todos vosotros, que dormís tranquilamente esta noche. Vuestras ciudades son Sodoma y Gomorra, si no os preocupa la venganza que se asienta sobre la carretera de Málaga esta noche!".

Me incliné para mirar a Sise, por encima del cuerpo tembloroso del niño.

-Tienen razón -dije-. No tiene sentido seguir avanzando ahora. Sólo podemos hacer una cosa: llevar a cuantos podamos a Almería. Descargaremos todo lo de la trasera del camión para hacer sitio y mandaremos todo el material con la primera ambulancia que pase. Acogeremos sólo a los niños.

Paramos el camión en la estrecha carretera, descargamos el equipo y las existencias de sangre, y después abrimos las puertas traseras. Se podía ver la excitación en los rostros de los refugiados. Todos esperaban, pero sin saber si tendrían posibilidades. Inspeccioné el camión, calculando cuántos cabrían dentro. Salté al suelo y dije:

-Solamente los niños.

Pero las palabras se perdieron en el murmullo. Una corriente de cuerpos me arrastró hacia atrás. Las puertas de la salvación estaban abiertas y, para cada uno de ellos era cuestión de "ahora o nunca".

-¡Sólo los niños! -grité furioso.

Sise vino rápidamente a mi lado para ayudarme.

-¿Cómo lo vamos a hacer? -preguntó Sise-. Los que se queden se volverán locos.

-Lo único que podemos hacer es llenar de niños el camión. Yo te los pasaré y tú vas acomodándolos. No dejes pasar a nadie más, aunque tengas que hacerlo por la fuerza.

Lenta y metódicamente fui abriéndome paso gritando entre la multitud histérica:

-Niños, solamente niños.

Parecía cruel, ahora, decidir quién se iría y quién se quedaría. Más aún que estar mirando impasible.

-Tú -dije señalando a una mujer que llevaba a un bebé en brazos-. Llevaremos a este niño.

Enseguida, docenas de manos voluntariosas la empujaron hacia mí. Pronto estuve junto a ella.

-Llevaremos al niño -repetí.

Pero la madre me miró con ojos grandes asustados y sujetando más fuertemente al niño. Quizá no me entendió. Alargué los brazos, pero ella seguía mirándome sin expresión, y enseguida vi que el hijo era demasiado pequeño para separarlo de su madre. Sentí de pronto un momento de indecisión. Era muy fácil decir "niños sólo"; pero los ojos de aquella mujer me habían contestado: "Llévate a mi hijo sólo y nos matarás a los dos".

Abrí camino hacia el camión, donde Hazen esperaba con los brazos estirados y le dije:

-Los dos.

Y así estuve, de un lado, ordenando, tratando de calmar a las mujeres, seleccionando a los más jóvenes, llevándolos en brazos. Mientras el camión se iba llenando, una multitud de voces angustiados me perseguía. Las madres cuyos hijos estaban en el camión se agolpaban al lado intentando infundir ánimos. Los hombres miraban en silencio, mientras sus esperanzas se hundían a medida que el camión se llenaba. Después fueron a echarse en el suelo en medio del campo. Yo me pregunté:

"¿Quién soy yo para decidir su destino?".

-¿Cuántos más? -pregunté a Sise.

-Dos más, apurando un poco.

Sentí que alguien me tocaba el brazo. Miré por encima del hombro y vi la cara de un anciano, la espalda encorvada, con la pregunta implícita en su mirada llena de lágrimas. Lo miré un instante hasta que recobré el aliento. Después moví la cabeza.

-Esta cara me va a causar pesadillas en sueños, amigo- pensé, pero quité su mano de mi manga.

La mano de un anciano como si fuera la de un niño.

-Dos más.

Y un silencio repentino se produjo entre todos los presentes mientras la luz de la verdad iluminaba sus mentes, como una visión. Era el silencio del patio de cárcel mientras el verdugo fijaba la cuerda alrededor del cuello del condenado, mientras los espectadores intentan darse ánimos para asistir al increíble acto final. Pero aquí no había espectadores. Todos eran víctimas. Todos sentían la soga alrededor de sus cuellos.

Pasé al lado de una mujer de cincuenta años. Envejecida antes de tiempo, pero muy joven para morir. Casi no podía tenerse en pie. Sus piernas estaban inflamadas de venas varicosas, sangrando sobre sus sandalias de esparto. Me volví hacia ella.

Si fuera mi propia madre ¿qué haría?, ¿cómo decidiría? Pero si no la mía, sería

la de cualquier otro, una madre de España y, por tanto, la mía también. Sujeté sus hombros huesudos. Ella miró a otro lado, como si no tuviera nada que preguntar. Tomé una niña de los brazos de una mujer y empezó a gritar, como si estuviera parándola otra vez, como si se la arrancara del mismo vientre. Me llevé a la pequeña, entre la gente, hasta el camión.

De pronto una mujer, delante de mí, se agarró a las puertas del camión y, con alguna dificultad, subió adentro. Yo la agarré del tobillo mientras juraba en voz baja; pero ella se soltó y se colocó en el espacio que había libre y se dio la vuelta para mirar.

-¡Fuera! -le ordené mostrándole a la niña-. Tú o ella, ¿entiendes?; ¿vas a ocupar el sitio de la niña?.

Era una joven de pelo negro largo que le caía sobre la cara pálida. Me miró con ojos suplicantes. Después abrió su camisa y me mostró su vientre en el que se veía que dentro había otra criatura. Por un momento nos quedamos mirándonos, yo con la niña en mis brazos y ella con su hijo en el vientre. Se agachó, apretujada en el pequeño espacio que quedaba bajo sus pies, con su gran barriga entre las rodillas. Me sonrió y alargó sus brazos. Con los ojos, las manos y la sonrisa parecía decirme:

-Mira, yo cogeré a la pequeña y será como si yo no estuviera aquí, como si no ocupara el sitio de otro.



Y así, colocó a la niña sobre sus rodillas, que apoyó su cabecita sobre su hombro.

Ya estaba hecho. Cuarenta niños y dos mujeres dentro del camión. La mitad sentados en el suelo y la otra mitad de pie. Para bien o para mal, ya estaba hecho. Cerré las puertas y ordené a Sise que los llevara directamente al hospital de Almería sin detenerse por nada ni por nadie. Si podía coger a unos cuantos militares sobre los estribos laterales para contener a los demás, mejor. Debería procurar a los niños comida y atención médica, y después comunicar al gobernador la situación y pedirle que enviara transporte urgente: si no habría más muertos por hambre y agotamiento que por la propia acción enemiga. Debería también llenar el depósito de gasolina y volver por otra carga. Sise se dio la vuelta sin mirar atrás, subió a la cabina y encendió el motor...

El camión se fue. Las mujeres lloraban por los hijos que se habían ido y por los que habían quedado atrás. Los hombres cargaron los bultos a la espalda de nuevo y comenzaron a avanzar, con el pensamiento del enemigo como una amenaza constante.

A un lado del camino estaba sentada la mujer que tenía las piernas sangrando, mirando hacia arriba con la misma expresión de resignación en su cara consumida por el dolor. Cogí un rollo de

venda y le vendé los pies. "Vamos! -le dije-; todavía queda un largo camino hasta Almería. Caminaremos un rato hasta que estemos seguros para descansar". Ella no entendió nada, pero me dio sus manos y la levanté suavemente mientras le hablaba en aquella lengua extraña para ella que nunca antes había oído. Juntos, con su cabeza contra mi hombro, alcanzamos al resto de los refugiados y seguimos el duro peregrinar hacia Almería.

Arrastrado por la corriente de refugiados miré el reloj. ¿Eran sólo las doce de la noche? ¿Había caminado sólo cuatro horas? Cuatro horas que parecían una eternidad, ¡y los demás llevaban cuatro días! Había dejado a aquella mujer dos horas antes cuando ya ella no pudo caminar más. Le había hecho una cama en el suelo entre otros más que no poseían nada excepto una cama de tierra. Pensé que quizá alguna ambulancia perdida la recogería, aunque, tal vez, los fascistas la alcanzarían antes.

Había usado ya la última prenda, administrado la última pastilla, entregado la última barrita de chocolate y fumado el último cigarrillo. Sólo me quedaban mis manos vacías y mi impaciencia por la tardanza de Hazen. Y después, ¿qué? Después sería como querer vaciar el océano con un dedal (...).

(...) Hubo de pronto una conmoción en la carretera. Avancé con el camión con las luces apagadas. Sise saltó fuera, con la cara de cansancio dispuesto a (...).

(...) Así estuvimos cuatro días y cuatro noches yendo y viniendo, trabajando esforzadamente para evacuar a la población que quedaba de toda una ciudad. Sise estuvo al volante durante cuarenta y ocho horas mientras yo me quedaba en la carretera preparando el siguiente grupo. Nuestras caras estaban ya partidas por falta de sueño. Perdimos la noción del tiempo. Vivíamos con el dolor de los que habían quedado atrás, pero con la alegría de los que habíamos llevado a la salvación. Trabajamos sabiendo que cada viaje podía ser el último y con el miedo de que los últimos evacuados fueran aniquilados por los fascistas.

En cada viaje a Almería Sise se detenía en la oficina del gobernador para pedir ayuda de camiones, carros o cualquier otro medio para acelerar la evacuación. En toda la ciudad no quedaba ya nada que se moviera sobre ruedas.

El segundo día, decidí que ya no era posible llevar solamente a los niños. La visión de las madres y padres separados de sus hijos se hizo demasiado triste, insoportable. Comenzamos a trasladar a familias enteras, dando preferencia a los que tenían niños. El segundo día nosotros mismos sentimos lo que los otros habían

sufrido durante cinco días: el hambre. En Almería no había ningún sitio donde poder conseguir comida.

Entonces, como una burla para nuestra necesidad, apareció en la carretera un hombre empujando un carrito de naranjas y gritando para anunciar su mercancía. ¡En medio de la guerra, de la huida, de la muerte, un vendedor callejero, vulgar y prosaico! Le compré el carro enteró de naranjas quedándome con una y repartiendo las demás entre la gente.

Y así seguimos, cuatro días y cuatro noches. Durante el día trabajamos entre nubes de polvo, bajo un sol que quemaba la piel, con los ojos enrojecidos y con las tripas haciendo ruido. De noche, el frío era insuportable y deseábamos el calor de nuevo.

Un profundo silencio reinaba entre los refugiados. Yacían hambrientos en los campos, atenazados, moviéndose solamente para mordisquear alguna hierba. Sedientos, estaban sentados sobre las rocas o vagaban temblorosos sin rumbo con la mirada vidriada y perdida por la alucinación. Los muertos estaban esparcidos entre los enfermos, con los ojos abiertos bajo el sol.

Entonces, unos cuantos aviones pasaron sobre nuestras cabezas. Brillantes aviones plateados: bombarderos italianos y Heinkels alemanes. Se lanzaron hacia la carretera y, como en una maniobra de tiro rutinaria, sus ametralladoras trazaban

complicados dibujos geométricos entre los refugiados que huían (...)

De nuevo vi el camión que volvía. Cargamos a cuantos pudimos. Esta vez subí yo también, llevando un niño en mis brazos, que gemía y me miraba con ojos febriles. Probablemente meningitis. Después de un rato, parecía no tener dolor. Un mal síntoma. Yo esperaba llegar a tiempo a Almería. El niño tenía unos siete u ocho años.

Me quedé dormido por un momento. Cuando desperté vi el camión bajando lentamente la cuesta del último kilómetro. Pero ¡que kilómetro! Decenas de miles de refugiados surgían de entre las montañas y se extendían como un abanico. Parecía un enorme enjambre sobre las colinas, la carretera, las playas. Algunos caminaban en el agua para llegar antes a la ciudad. A la entrada de la ciudad el camión avanzaba al mismo paso que la multitud apretada, centímetro a centímetro. Pero al fin estábamos en Almería.

En cuatro días la ciudad se había convertido en un vasto campamento. Las calles estaban llenas de refugiados que no tenían dónde estar ni adónde ir. Varios miles estaban en la plaza principal, al aire libre. Hombres y mujeres se levantaban lentamente del suelo para dejarnos pasar. Desde el Socorro Rojo nos enviaron a un viejo edificio donde había sido improvisado un hospital y un centro de acogida para los

niños. Ayudamos a entrar a los refugiados y dejamos al niño enfermo en manos de un médico. Después encontré un pequeño camastro y caí sobre él rendido.

Me desperté sobresaltado con una sensación fría. Por un instante pensé que estaba echado en el suelo, al lado de la carretera, en la montaña; pero mi mano tocó el suelo y recordé que ya estábamos en Almería. Creo que habría dormido una hora más o menos. De pronto me di cuenta de que había un zumbido en mis oídos. Era la sirena lo que me había despertado. Me puse en pie con dificultad y volví a caer de rodillas al oír la primera bomba. La explosión fue como un puño gigantesco golpeando la tierra.

Se oían los terribles gritos de los niños asustados. En la salida del edificio la gente corría. Me levanté de nuevo. El suelo vibraba todavía bajo mis pies. Sonaron algunas explosiones más: algunas cerca, otras más lejos.

Corrí por los pasillos oscuros a empujones entre la gente que se apresuraba en todas direcciones. En los dormitorios los niños lloraban asustados. Conseguí salir y llegué corriendo hasta el centro de la ciudad. Los aviones seguían pasando, uno tras otro. El ruido de los motores llenaba las calles. Creí que me iban a estallar los tímpanos. Después vinieron las bombas.



Pude ver un bombardero girando tranquilamente, inclinado bajo la luz de la luna, desdeñando la protección de la altura o de la oscuridad. ¡Los demonios podían permitirse tomarse su tiempo! El resplandor del fuego antiaéreo, de vez en cuando, sólo conseguía adornar el cielo como velitas de cumpleaños.

En pocos minutos llegué a la zona más poblada de la ciudad. Aquí las calles ya no estaban oscuras. De los esqueletos de los edificios salían enormes llamaradas provocadas por las bombas incendiarias. A la luz de los edificios ardiendo se veían multitudes de gente que surgían de cualquier sitio, corriendo sin saber hacia dónde, escapando de las bombas o pasando bajo paredes que se tambaleaban, cayendo en los enormes hoyos que las bombas habían hecho en el suelo, agarrándose y gritando mientras desaparecían.

No había ruido de bombas en la dirección del puerto. ¡Los bombarderos no estaban interesados por el puerto! Iban siguiendo presas humanas. Iban tras los cien mil que habían conseguido huir de ellos en Málaga, que habían rehusado vivir bajo los fascistas, y que estaban ahora acorralados aquí y que hacían un blanco perfecto. Durante una semana habían dejado tranquila Almería. Durante una semana se habían preparado. Ahora que la dura marcha desde Málaga había

terminado, ahora que los refugiados estaban recogidos entre unos cuantos bloques de ciudad donde el asesinato en masa requería un mínimo número de bombas, ahora Franco estaba saciando su sed de venganza. No importaba nada el puerto. Un puerto no puede pensar, ni desafiar al fascismo, ni sangrar. Sólo la gente tenía cerebro, corazón, valor. ¡Matadlos, mutiladlos, mostradles las garras despiadadas del fascismo! (...).

Me abrí camino como pude entre las masas de gente, gritando: "¡Médico, médico!". Mi voz se perdía entre el silbido de las sirenas, las explosiones, y el rebuznar de algunos asnos que se clavaban en los hierros retorcidos de algunos edificios.

De pronto el bombardeo cesó y el rugido de los aviones se perdió en el cielo. Las llamas iluminaban las caras de los hombres y mujeres paralizados por el horror.

El ataque había acabado. Los oídos me dolían con el silencio. ¿Silencio? No. Con el final del bombardeo habían llegado las voces, los lamentos (...) El ataque había pasado, pero quedaban los muertos y los moribundos.

Até las heridas de la gente con tiras de tela de algodón sacadas de sus propios vestidos. En una casa derrumbada encontré a una pequeña de unos tres años gimiendo bajo un montón de vigas. Retirándolas pude sacarla y la llevé en brazos hasta que pasó una ambulancia.

La eché sobre la camilla pensando que sería menos cruel para ella si muriera, pues aunque su cuerpo ya paralizado sobreviviera, la luz de la salud ya había volado de sus ojos infantiles.

En el centro de la ciudad llegué hasta un círculo de hombres y mujeres en silencio. Dentro del círculo había un enorme cráter abierto por una bomba. Dentro del cráter había tuberías retorcidas, ropas rasgadas, una masa aplastada de lo que una vez fueran seres humanos.

Sentía mi cuerpo tan pesado como el de los mismos muertos, pero hueco y vacío. Y en mi cabeza ardía una llama de odio".

Este es el diario de sus cuatro días y cuatro noches en la carretera de Málaga. Escribía en una especie de ataque de furia, durante el siguiente día y noche. Cuando terminó se paró delante de la ventana rota del hospital de niños, mirando a la ciudad, aún humeante bajo la luz del amanecer.

Su cuerpo estaba dolorido de no dormir, pero estuvo un buen rato de pie, junto a la ventana, pensando. En Madrid, en el frente, había oído alguna vez el grito "¡Muerte al franquismo!". Él se había unido al grito, pero ahora, por primera vez, sabía lo que realmente significaba. Era como una

sentencia que debía ser ejecutada para poder volver a sentir paz y cordura de nuevo. Sí. ¡Muerte y castigo eterno para aquella furia de asesinos que mataba mujeres y niños! ¡Infamia y maldición para los que miraban indiferentes! Y para los pobres inocentes que, engañados en todas partes, miran a los enterradores cavando las fosas sin pensar que pronto se abrirán para ellos, piedad y una advertencia. *En cada casa que entre, curaré a los*

enfermos.... ¡Qué confiadamente había hecho el juramento hipocrático, como tantos otros compañeros! Pero en la casa en que él entraba ahora, la muerte venía de las bombas, las mentiras, los hombres que quemaban ciudades enteras bajo la bandera del anticomunismo.

Aquí, en Almería, bajo los escombros yacía algo más que una ciudad. Aquí, dos mundos se habían encontrado en colisión sangrienta. Sobre la memoria de Almería,

juró cambiarse a sí mismo para aplastar las debilidades y la vanidad, para vivir como piden los soldados, para hacerse un hombre de acero, porque sólo los hombres de acero serían capaces de defender a un mundo que lucha por nacer.

() El texto corresponde al capítulo 28 de la biografía de Bethune escrita por Ted Allan: El bisturí, la espada. Agradecemos a Jullie Allan la licencia para publicar aquí este capítulo de la obra de su padre.*

The Scalpel, the Sword^{*}

Bethune himself described the events that took place after they left Almería:

We spent one hour in Almería –long enough to look for a meal that was unobtainable. The small seaport had been bombed from the air and blocked from the sea. Hunger could be felt in the streets. A street urchin led us to a small bar, but it was completely filled with militiamen, all of them having a sort of hot soup. Ragged youngsters wandered among the tables, pouncing on the leftovers. The owner of a hotel in the town center apologetically served us the only available menu: beans stew.

When we went out again people were gathering in the street. The news about Málaga was spreading. Men stood around in groups wondering whether to stay or not and whether the fascists could get that far. Sise drove the truck to the harbour and later into the hills. From here to Málaga there was only one road which followed the jagged coastline, circling up and down steep curves banked on the right by mountains and overlooking the sea on the left. Behind us Almería was cut off from view; below us the Mediterranean tossed its breakers against the rocks.

Ten miles out of Almería my reveries were interrupted by a strange procession. I peered through the windshield wonderingly. Peasants? Yes, plodding along with the ever-present donkey. Yet as they drew closer they were no longer merely peasants. Coming towards us we saw a man leading a donkey with a string, dragging his feet, his head hanging, a child tied onto his hack with a shawl. The donkey was heaped high with a mattress, pots and pans, a pair of boots, blankets, a water jug. A boy hung onto the donkey's tail. Behind him came a woman with an infant in her arms, and behind her

an old man hobbling with a stick, dragging another child by the hand.

The refugees passed the car without seeming to notice it. They plodded along wearily, their feet scuffing the hard road, their shoulders drooping as if to pull them forward, their mouths hanging open, their eyes rolling upwards in the unconscious symptom of complete exhaustion.

Further down the road another group was filing round the bend. They were like mourners following a hearse. Men staggered under their wide hats, women trailed haltingly in their traditional dark cotton cloaks, children wore only short pants or shifts, their half-naked bodies under the sun.

The second group stumbled by us and I felt a jab of pity, anger, impatience. We drove on, and around every bend there were more refugees. At first they came on in scattered groups, then at more frequent intervals—a hundred yards apart, fifty yards, then following on each others' heels: a thin line flowing without break along the side of the road, with the hot sun above and the sea below.

There were families walking together, carrying a few trivial possessions; men and women who seemed to be alone, moving without choice at the pace set by the others; children with tired, bewildered faces, passing from hand to hand. They seemed to have sprung from the ground; they were

like shadows moving from nowhere to nowhere. Between the noise of the sea and the echoing cliffs the only sound they made was the scuffing of their sandals on stone, the hiss of labored breathing, the moaning that burst from cracked lips and traveled along the wavering line till it expired in the distance.

They were of all ages, but their faces were drawn with the same weariness. They flowed past our truck without expression: a young girl, hardly sixteen, straddling a donkey, her head drooping over an infant at her breast; a grandmother, her old face half-hidden in her dark shawl, dragging along between two men; a patriarch, shriveled down to skin and bone, his bare feet dripping blood on the road; a young man with a pile of bedding strapped to his shoulders, the leather thongs cutting into his flesh with every step; a woman holding her stomach, her eyes wide and fearful—a silent, haggard, tortured flood of men and animals, the animals bellowing in complaint like humans, the humans as uncomplaining as animals.

Sise stopped the car. I got out and stood in the center of the road. Where were they from? Where were they going? What had happened? They looked at me slowly, sideways. They had no strength to go on, but feared to linger. The fascists were behind them, they said. Málaga? Yes, they were from Málaga, and Málaga had fallen.

Málaga! Nothing else! Where were they going? Wherever the road led. There was no other road. Fascists had come to Málaga, guns had roared, houses had crumbled, the city had been gored and everyone able to walk had taken to the roads. Turn back, they advised; there was nothing left, nothing left behind them but more people on the road, and behind them again, the fascists.

I came back to the truck. Hazen had his camera ready. I watched grimly while he took pictures from the roadside and the top of the truck. I thought of Málaga; a stunning defeat! How had it happened? But it was no use thinking about that now. What mattered was that somewhere this side of the captured city Loyalist lines, surely, would be regrouping. Somewhere there would be new defenses, more bitterly contested now. Somewhere down the road there would be fighting, rear-guard actions at the very least, wounded and lying needing the blood we had brought from Madrid.

We drove more quickly now and as the road banked steeply the line of refugees grew wider. Then there was a sharp turn away from the sea, a slow climb, and suddenly we breasted a hill falling away to a long, level plain. Sise rammed his foot on the brake with a surprised grunt. The truck jolted to a stop against a shuddering wall of refugees and animals. They filled the entire road. Women screamed, donkeys

reared, faces pressed in upon us, and as quickly as we had reached the hilltop, the wall of refugees reformed to move around the truck.

But it was the scene below that held us speechless. The plain stretched into the distance as far as the eye could see, and across the plain, where the road should have been, there wriggled twenty miles of human beings, like a giant caterpillar, its many limbs raising a cloud of dust, moving slowly, ponderously, stretching from beyond the horizon, across the arid, flat country and up into the foothills.

I hoisted myself onto the running board, shielding my eyes to look down onto the plain. Nowhere was the road visible. It was blotted out by the refugees, thousands upon thousands of them, pressed together, falling against each other, like bees swarming in a hive, and like bees filling the plain with the hum of voices, cries, wailings, the grotesque noises of the animals.

We began to descend slowly, Sise sounding his horn without stop. On the running board I tried to wave the refugees aside. They paid no attention to my shouts or to the sound of the horn; they merely flowed around the car with downcast eyes, bumping against its sides and then spreading across the road behind it again.

If they came from Málaga they had been walking at least five days and five nights. Was it possible? That old woman with the

open ulcers on her legs –could she have survived five days and five nights on the open road? Yet here she was, her cloak trailing in the dust, swallowed up now behind the truck. And the children? Of all ages, most of them barefoot –could they have survived? Too many children! One quick glance along the road immediately ahead gave one a sickening wrench. Five squirming miles of people, and among them thousands of children!

We drove past stragglers, families resting by the roadside, men and women huddled together, sleeping on the bare earth; through wretched villages emptied by the general retreat; alongside bomb-pits and burnt-out peasants' hovels. Then the plodding mass changed imperceptibly, like a spring suddenly filled with mud. I swore under my breath: militiamen! At first there were only a few, lost among the refugees, but a mile further they came on in hundreds, then in thousands. Their uniforms were torn, their weapons gone, their faces covered with stubble, their eyes hollow with defeat. What were they doing among the refugees? Deserters? I had no time to wonder, for behind the militiamen came lines of cavalry. Horses and riders were spent. Some of the cavalymen slouched along with their boots slung about their necks, leading their mounts, women or children clinging to the saddle. They were no longer cavalry; they were refugees like the rest, silent, grim, in flight...

The Spanish sun was as merciless as the fascists that day. The heat became a tangible, hated enemy. The road swerved back to the sea, and we heard the sound of the surf on the rocky coast again, rumbling like a distant drum beneath the sounds of the exodus.

Now there were more signs of panic, hurry, disorder. We had to maneuver around broken-down carts and abandoned trucks. Dying donkeys had been pushed onto the beaches below, where people lay stretched in exhaustion, their swollen tongues hanging from puckered mouths. More children, more militiamen, more deserted villages. Stopped momentarily by an obstruction on the road, we were engulfed by shouted pleas, hands reaching out towards us, people begging for water, for transport to Almería. I threw my water canisters out of the window and we pushed ahead. We passed an empty bus with a militiaman at the wheel. As we passed, the militiaman stuck his head out of the bus, waving his hands and shouting "Petrol!" Sise shook his head and cried back: "At the head!"

Behind the bus a little girl crouched beside the road, all alone, howling with her thumb in her mouth. Out of the line of refugees I saw a militiaman's hand reach out and hoist her on his back. Beside the militiaman a peasant was carrying a woman over his shoulder, like a sack of potatoes.

The coast fell away again and we drove between fields of sugar cane. The heads of the sugar cane swayed gently in the breeze. Green leaves drifted across the road and under the bare feet. Beside another stalled bus a group of militiamen waved at us to turn back. Through the window we shouted again: "At the head!"

We came out on the coastline again just as the sun mercifully began to set. The sky glowed, long tongues of flame trembled in the Mediterranean, then it was suddenly dark. We sensed the quickened pace of the refugees around us. Sise switched on the headlights. Immediately we heard angry cries: "The lights, the lights!" In the besieged cities children were growing up unaware that man had long ago conquered the darkness, and here too, on the beautiful coast that had once drawn tourists, lights were a menace and only the dark night held some safety.

Without headlights it was almost impossible to drive. We sounded the horn, but it was no good. In an hour we moved a very short distance, then we moved no further. We sat in the lorry cabin, thinking, then a group of militiamen came up, harassed, but with some semblance of discipline. They asked for our documents, examined them carefully, saluted, and reported the situation behind them. "Fascists are coming eastwards swiftly", they said. The next town was Motril, and it was already

in enemy hands or would be soon. There was no front; no stand was being made anywhere this side of Almería. It was more than a defeat—it was a collapse, with the southern coastal region falling like a ripe plum into the hands of Franco's foreign troops.

The door of the lorry flew open. In the darkness a man held a boy in his arms, his wide eyes fixed on me. He held out the child, emaciated, shivering with fever, and began to talk quickly. He needed no translation; his words would have been understood in any language: "*Mi chico, muy malo*. My child is very ill. He will die before I carry him to Almería... I will stay behind. Leave him wherever there is a hospital. Tell them that I will follow. Tell them this one is Juan Blas and that I will come soon to find him."

I took the child and laid him gently on the seat. The Spaniard seized my hand convulsively and made the sign of the cross over me. I needed more than Spanish to speak my heart to this stranger, to the faces coming out of the tumult and the night, the faces gathering around me, twitching with fear, to the arms reaching out like a wavering, stricken forest, to the voices beseeching me.

"*Camarada, por favor, sálvenos*" they cried, and I understood their pleas without understanding the words.

"Take our women and children... the fascists will be upon us soon..."

"Have pity, *camarada*, save us, for God's sake..."

"Let us go with you in your truck, we can walk no further..."

"*Camarada, los niños, the children...*"

I hoisted myself onto the running board. They surrounded me, plucking at my clothes. The bitter thought burned in my mind: Where are they tonight, the appointed ministers to the Christian God, bearers on earth of His love and salvation? Where are they, that they hear nothing of those who cry out to their Lord? Into what dark cave has the love of man been hounded? And the mercy and the conscience of humanity?

Words—bah! Everywhere a deluge of fat words, and under the deluge, here on the Málaga road, the lost and the damned.

If only I had a thousand pairs of hands, and in each hand a thousand deadly guns, and for each gun a thousand bullets, and each bullet marked for an assigned child killer, then I would know how to speak! From every rifle in every hand I would speak death for the corrupted breed, and with a voice like Gabriel's trumpet I would roar at the ears of the slumbering world, drowning fools and liars still spreading their clamorous deceit abroad. With a voice like Gabriel's trumpet I would awaken the indifferent millions beyond Spain's invaded borders: "Your hands are polluted with innocent blood, all you who sleep peacefully tonight! Your cities are Sodom and Gomorrah if you

care nothing for the shame on Málaga road tonight!"

I bent down to peer at Sise across the shivering body of the child. "They're right" I said. "It's senseless now to go further. There's only one thing we can do—get as many of these people to Almería as we can manage. We'll unload everything in the back to make room, and send the stuff along with the first ambulance that comes by. We'll take children only..."

We stopped the truck on the narrow road, unloaded the equipment and the blood stock, and when we were finished I opened the back doors of the truck. A thrill of excitement ran through the refugees, all of them waiting but none daring to hope. I inspected the truck, calculated the number of people it would accommodate, and jumped to the ground.

"*Solamente niños*" I announced, but the words were lost in the hubbub and I was thrown back by the sudden surge of bodies. The doors to safety had opened, and for every refugee it seemed rescue was a matter of now or never.

"Children only!" I shouted furiously.

Sise came plunging to my side to help.

"How will we manage it?" Asked Sise. "Those left behind will go mad!"

"There's nothing we can do except fill up the truck with children. I'll pass them to you and you will accommodate them

—let nobody else in even if you have to do it by force."

Slowly, methodically, I fought my way into the hysterical ranks of the refugees, shouting: "*Niños! Solamente niños!*"

It seemed gruesome now to decide who would go and who would stay, more terrible even than to be a helpless onlooker. "You", I called, pointing over the heads at a woman holding a baby about her neck, "we'll take your child." Dozens of willing hands pushed her towards me. Soon I reached her, standing close in the press of bodies. "We'll take the child" I repeated, but the mother merely looked up at me with great, dark, sunken eyes and held the child tighter. Perhaps she didn't understand? I put out my arms, but still she made no move, looking up at me without expression, and I saw that the child was too young to be separated from her mother. I felt a stab of uncertainty. It was easy to say, "Children only", but this woman's dark, sunken eyes replied: "Take my child alone, and you kill us both." I put my arms around her, opened a way for her to the truck and into Hazen's waiting arms. "Both of them", I said and pushed into the crowd again.

Back and forth I went, ordering, trying to soothe the women, selecting the youngest, grimly turning adults away, carrying the children in my arms. And as I filled the truck the anguished voices pursued

me. I heard men and women calling for families lost somewhere in the night. Mothers whose children were in the truck stood nearby and whispered encouragement. Men who watched silently, their hopes sinking as the truck filled up, went off into the fields to throw themselves on the ground. I asked myself: "Who am I to decide their fate?"

"How many more?" I called to Sise.

"Two more with a tight squeeze."

I felt a touch on my arm. I looked over my shoulder and saw an old face, a stooped back, tears, and the unspoken inquiry glimmering through the tears. I looked at the old man, waiting for my wind to come back, then slowly shook my head. "This face will haunt my dreams, my friend" I thought, but I put aside the hand on my sleeve—an old man's hand on my sleeve like a child's hand.

"Two more to go."

And there was a sudden silence as the truth dawned on the waiting refugees with a blinding vision: this was the silence that filled the prison courtyard as the hangman fitted the noose around his victim's neck and the spectators braced themselves for the last unbelievable act. But there were no spectators here. Here all were victims, all felt the noose tightening around their own necks.

I passed a woman of fifty, old before her time, but still too young to die. She

could hardly stand erect. Her legs were gigantic, her varicose veins visible in the darkness, knotted like swollen thongs of torture, blood seeping into the cuffs of her linen sandals. I came back to her. What if this were my own mother—how would I decide? I stood before her. My own mother? But if not my own, then someone else's—a Spanish mother, and therefore my own. I steadied her swaying shoulders, but she looked calmly away, as if she had nothing to ask.

I took the last child from the arms of a woman who held her and started to scream as if she was giving birth again, in blood and pain, from her very womb. I carried the child, a little girl, through the silent crowd to the truck.

Suddenly a woman pushed in front of me, seized the door and clambered into the truck. I caught her ankle in mid-air and swore, but she shook free and turned about in the confined space to face me.

"Get out!" I ordered, holding the child towards her.

"It's you or the child! Do you understand? Will you take the place of the child?"

The woman was young. Her long black hair fell about her pale face. She looked at me with hunted eyes, then flung open her cloak and raised her cotton shift high. Her belly was distended with a baby. For a moment we looked at each other, I

with the child in my arms, she with the child in her womb. She pressed herself down on the tiny space of flooring at her feet, her great stomach between her knees, smiled at me and held out her arms. With her eyes, her arms and her smile she seemed to be saying: "See, I will take the child, and it will be as if I am not here, as if I am taking nobody's place." She placed the girl on her knees, pillowing the little head on her shoulders.

Now it was done. Forty children and two women were jammed together in the truck and the front cab. Half of them sat on the floor, for the remainder there was only space to stand. For better or worse, it was done.

I banged the doors shut and ordered Sise to take them directly to the hospital in Almería and to stop for nothing and nobody. If he could pick up a few armed militiamen to ride the running boards and keep others off, all the better. He was to make sure they got food and medical attention, then report to the governor's office, inform the governor of the situation, and tell him to send transport at once or there would be more dead from hunger and exhaustion than from enemy action. Then he was to get the tank filled with petrol and come back for another load. He turned, walked to the cab without looking back, climbed in, and started the motor...

The truck was gone, the women wept for their departed children, for the children left behind, the men hoisted the packs to their backs, they moved forward again, the thought of the enemy like a hot wind on their necks.

At the side of the road I found the old woman with the bleeding legs. She was sitting on the ground, her head on her knees. She looked up, the same calm resignation on her gaunt face. I took a roll of bandage from my kit and bandaged her feet. "Come on" I said, "it's a long way to Almería. We'll walk a while till it's safe for you to rest." She understood nothing of what I said, but she gave me her hands. I raised her gently, talking to her in a strange language she had never heard before. Together we joined the other refugees on the road, her head resting on my shoulder. With the others falling in behind, we began the trek to Almería...

Carried along by the stream of refugees I peered at the illuminated dial of my wristwatch. Was it only midnight? Had I been walking only four hours? Four hours that seemed like an eternity, yet the others had been walking at least four days! I had left the old woman two hours ago when she could go no further, after making a bed of earth for her in an open field, among the many others who owned nothing now but a bed of earth. Perhaps, I thought, a stray ambulance would pick her up; perhaps,

on the other hand, the fascists would reach her first.

I had used up my last bandage, administered my last pill, given away my last chocolate bar, smoked my last cigarette, and thrown away my empty kit. I had only my bare hands now, and my impatience for Hazen's delay. And then what? Then it would be like trying to drain the ocean with a thimble (...)

(...) Suddenly there was a commotion on the road. I made out our truck, crawling along with dimmed headlights. Sise jumped out, his face haggard but elated.

Back and forth we shuttled, for four days and four nights, working furiously to evacuate the remnants of a whole city. For 48 hours Sise stayed behind the wheel while I stayed on the road, assembling the next group to be transported. We grew white-faced with lack of sleep. We lost track of time. We lived with the heart-break of those left behind, and the weary joy of those brought to safety. We worked with the knowledge that every trip might be the last, with the fear that the evacuees furthest from the city would be swept up by the fascists.

On every trip to Almería, Sise stopped at the governor's office to ask for trucks, carts or anything moveable to speed the evacuation. But there was nothing left on wheels in the city.

On the second day I decided it was no longer possible to take children only: the sight

of parents separated from their children became too ghastly to bear. We began to move whole families, giving preference to those with children. On the second day we tasted too what the others had tasted for five days—hunger. There was no food to get anywhere in Almería.

Then, as if to mock our hunger, a man appeared on the road from nowhere, pushing a cart of oranges and shouting his wares in a stentorian voice. In the midst of war, flight, death, an ordinary, prosaic street-hawker! I bought the whole cart of oranges, keeping one for myself and distributing the others.

Thus it went, for four days and nights. By day we worked in clouds of dust, under a hot sun that blistered the skin, our eyes red-rimmed, our bellies rumbling. At night the cold grew unbearable, so that we longed for the heat once more.

A great silence settled over the refugees. The starving lay in the fields, gripped by torpor, stirring themselves only to nibble at fugitive weeds. The thirsty sat on the rocks, trembling, or staggered about aimlessly, the wild glassy stare of delusion in their eyes. The dead lay indiscriminately among the sick, looking unblinkingly into the sun.

Then the planes swept overhead—glinting, silvery Italian fighters and squadrons of German Heinkels. They dived toward the road, as casually as at target-practice, their machine guns weaving intricate geometric patterns about the fleeing refugees...

Again I saw the truck return. We piled in as many as we could. This time I got in as well, a child on my lap, moaning, looking at me with hot, feverish eyes. Probably meningitis. After a while he no longer seemed to be in pain. A bad sign. I hoped we would get him to Almería in time. He was about seven or eight.

I dozed, then awoke to find the truck rolling slowly downgrade. This looked like the last mile. But what a mile! From the Sierras into the city tens of thousands of refugees were fanned out like a funnel with a giant spout and a narrow, twisting stem. They swarmed over the hills, the road, the beaches below, some wading into the sea to get to the city sooner. Where the highway entered the city the truck could move only as the jam-packed bodies moved, inch by inch, till it seemed we had been stalled for hours. Then the line of refugees in front of us surged forward and we were in Almería at last.

In four days the city had become a vast encampment. The streets were filled with refugees who had nowhere to stay and nowhere to go. Several thousand were quartered on the main square, out in the open. Men and women rose wearily from the pavement to let us through.

At Socorro Rojo we were directed to an old building where a hospital and reception centre for the children had been improvised. We helped the refugees in and

put the sick child in a doctor's care. Then I found a cot and collapsed...

I jerked awake with a feeling of discomfort. For a moment I thought I was lying out in the hills, beside the road, but my hand slid over the rough floor and I remembered this was no longer the road but Almería. I think I had been sleeping an hour or so. I wondered at the ringing in my ears. From my stupor I guessed I had slept an hour or so. It was the wailing of the siren that had awakened me. I scrambled to my feet, and fell on my knees again as the first bomb went off. The explosion was like a giant mailed fist smashing deep into the earth. I could hear the terrible, frightened screams of the children. In the hallway people were running. I scrambled up again, the floor still vibrating under my feet. More explosions sounded, some nearby, some distant.

I ran through the dark corridors, jostling against people hurrying in every direction. In the dormitories children were crying with fright. I found my way into the street, and made for the city centre, on the run. The planes kept sweeping in, one after another, the roar of the engines filling the streets till it seemed my eardrums would burst. Then came the bombs.

I caught a glimpse of one bomber banking gracefully in the moonlight, disdaining the protection of height or

darkness. Devils could afford to take their time! The occasional burst of anti-aircraft fire merely prettied up the sky like Roman candles.

In a few minutes I reached the densely populated section of the city. Here the streets were no longer dark. Great sheets of flame shot up from the skeletons of buildings, hit by incendiaries. In the glare of the burning buildings, as far as the eye could see, vast crowds of people surged about wildly, running away from the bombs, going down under toppling walls, falling, crawling, disappearing into bomb pits, clutching and screaming as they vanished.

There were no sounds of bombing from the direction of the harbour. Bombers weren't interested in the harbour! They were after human prey. They were after the hundred thousand people who had eluded them in Málaga, who had refused to live under the fascists, who were now penned together here in a perfect target. For a week they had let Almería alone. For a week they had prepared themselves. Now that the hard trek from Málaga was over, now that the refugees were caught in a few city blocks where mass murder required only a minimum number of bombs—now Franco was slaking his thirst for revenge. He cared little for the harbour. A harbour couldn't think, defy Fascism or bleed. Only people had brains, hearts,

courage. Kill them, maim them, show them the merciless claw of Fascism...

I fought my way through the dense crowds, shouting, "*Médico! Médico!*" My voice was lost in the shrieking of the sirens, the explosions, the fearful braying of donkeys impaling themselves on twisted railings.

Then suddenly the bombing stopped and the roar of the planes faded away in the sky. The flaming buildings lit up the faces of men and women looking numbed, shocked, horror stricken.

The raid was over. My ears ached in the silence. Silence? No. With the bombing over I could hear the voices, the groans. The raid was over, but the dead and dying remained.

I bound the wounds of the injured with strips of cotton torn from their shirts. In a gutted house I found a little girl whimpering beneath a pile of beams. I pulled the beams away and carried her in my arms till I came across an emergency ambulance. I laid her on the stretcher, thinking it would be kinder if she died, for if the crippled body survived, the light of sanity had gone out of her childish eyes.

In the city centre I came to a silent circle of men and women. Inside the circle was a great bomb crater. Inside the crater were twisted drain pipes, torn clothing, a splattered mass of what had once been human beings.

My body felt as heavy as the dead themselves, but empty and hollow. And in my brain a bright flame of hate burned."

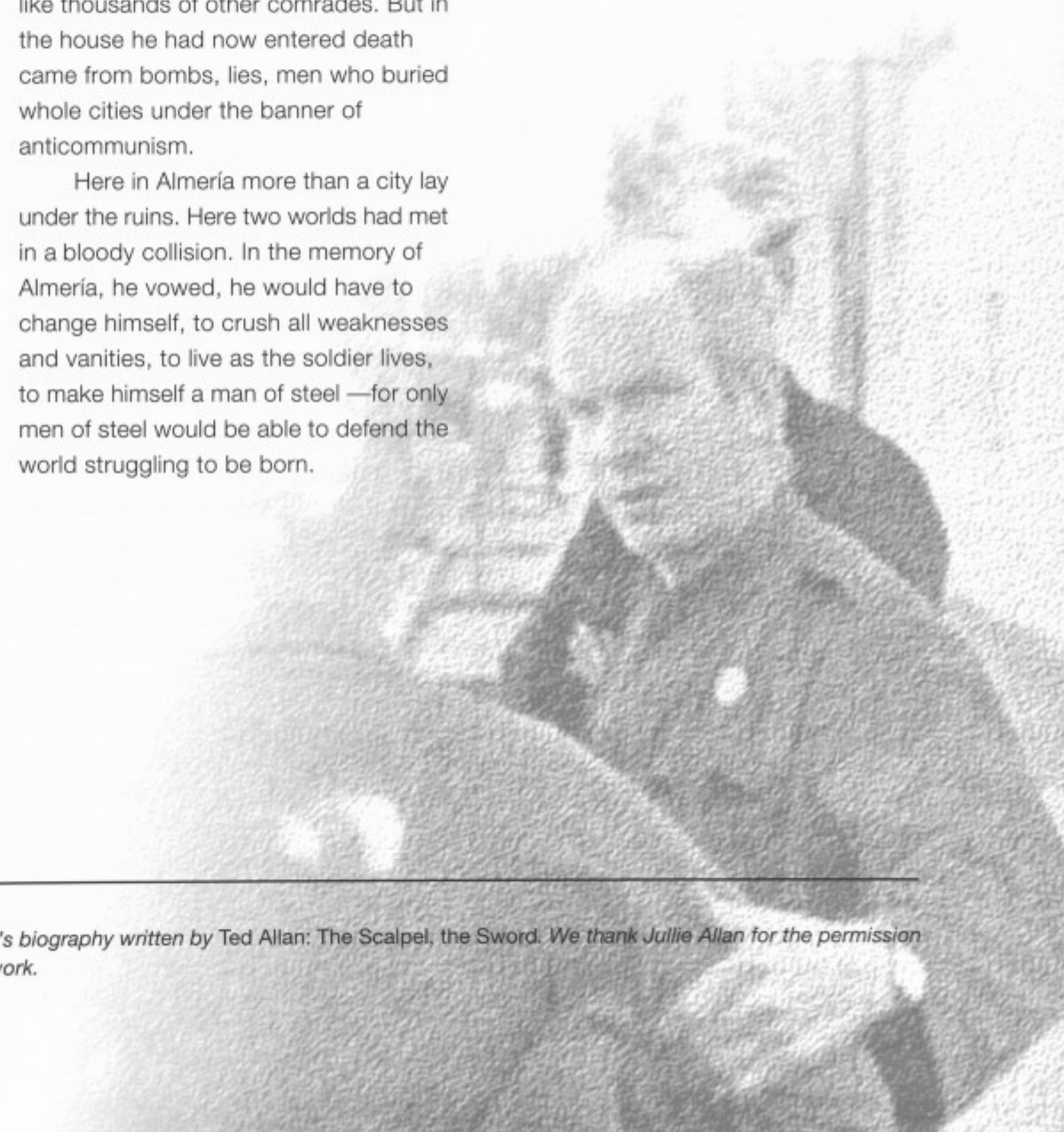
So went the journal of his four nights and days on the Málaga road. He wrote it in a burst of cold fury, during most of the next day and night. When he had finished he stood by a shattered window of the children's reception centre, looking out at the city still smoking in the dawn.

His body ached for sleep, but he stayed at the window a long time, thinking. In Madrid, at the front, he had heard the cry, "Death to Fascism!" He had joined in the cry, but now he seemed to understand the meaning of the words for the first time, like a deep, passionate judgment that had to be carried out before he would ever know peace and sanity again. Yes, death and damnation to the evil, murderous brood that slaughtered women and children! Infamy and a curse for those who stood by with smirking indifference! And for the deluded, the innocents in all

lands still watching the gravediggers without thinking the same grave would some day open wide for them —pity, and a warning. "Into whatsoever house I enter, there shall I heal the sick...". How jauntily he had once taken the Hippocratic Oath, like thousands of other comrades. But in the house he had now entered death came from bombs, lies, men who buried whole cities under the banner of anticommunism.

Here in Almería more than a city lay under the ruins. Here two worlds had met in a bloody collision. In the memory of Almería, he vowed, he would have to change himself, to crush all weaknesses and vanities, to live as the soldier lives, to make himself a man of steel —for only men of steel would be able to defend the world struggling to be born.

(*) The text is taken from chapter 28 of Bethune's biography written by Ted Allan: *The Scalpel, the Sword*. We thank Jullie Allan for the permission to publish here this chapter from her father's work.



Le bistouri, l'épée*

BETHUNE a raconté lui-même ce qui s'est passé après son départ d'Almeria: Nous passâmes une heure à Almeria, le temps de chercher un repas introuvable. Le petit port avait été bombardé par les avions et bloqué de la mer. On y devinait la faim dans les rues. Un gamin nous conduisit à un petit café rempli de miliciens qui mangeaient tous le même brouet épais et fumant. Des enfants en guenilles erraient entre les tables, se précipitant sur les restes. Dans un hôtel du centre de la ville, le propriétaire servait en s'excusant le seul plat disponible; des haricots. Quand nous sommes repartis, les rues s'emplissaient de gens. La nouvelle de la chute de Malaga se répandait.

Les hommes s'attroupaient, se demandant s'il était sage de rester, et s'il était possible que les fascistes remontent aussi haut.

Sise nous conduisit jusqu'au port, puis dans les montagnes. Il n'y a qu'une route pour Malaga. D'Almeria, elle suit la côte découpée, toute en courbes, dominée à droite par des falaises grises, bordée à gauche par la mer. Derrière nous, Almeria disparut rapidement. La Méditerranée déferlait contre les rochers.

A dix milles d'Almeria, je fus tiré de ma rêverie par une étrange procession. Je regardais par le pare-brise, stupéfait. Des paysans, avec leur éternel bourricot. Mais

en approchant, je vis qu'ils n'étaient plus seulement des paysans.

Nous vîmes venir un homme qui tirait un âne au bout d'une laisse. Il se traînait les pieds, la tête basse, et portait sur son dos, retenu par une écharpe, un petit enfant. L'âne portait un matelas, des casseroles, une paire de bottes, des couvertures et une grosse cruche. Un petit garçon s'agrippait à sa queue. Derrière suivaient une femme avec un bébé dans les bras et un vieil homme appuyé sur une canne et tenant un autre enfant par la main. Les réfugiés croisèrent le camion sans même lever la tête. Ils avançaient, las, en se traînant les pieds sur les cailloux du chemin, le dos courbé comme des gens qui tirent un fardeau, la bouche ouverte, les yeux hagards, au bord de l'épuisement. Un peu plus loin, un autre groupe surgissait d'une courbe. On aurait dit en enterrement. Les hommes trébuchaient. Ils étaient coiffés de larges chapeaux, leurs femmes étaient vêtues des grandes robes de coton noir traditionnelles et les enfants, à demi nus sous le soleil, ne portaient qu'une culotte ou une chemise.

Quand le second groupe passa à côté de nous, je ressentis un déchirement de pitié, de colère, d'impatience. Nous avançons, et chaque courbe nous révélait d'autres réfugiés, d'abord clairsemés, puis se suivant de plus en plus près. A tous les cent mètres, à tous les cinquante mètres,

puis sur les talons les uns des autres, un fleuve ininterrompu sur le côté de la route, entre mer et falaise.

C'étaient des familles, serrées ensemble, protégeant de maigres biens; ou des hommes et des femmes seuls, qui suivaient le mouvement; des enfants fatigués, ahuris, qu'on se passait d'un groupe à l'autre. Ils semblaient surgir du sol, ombres venues de nulle part et n'allant nulle part. Entre le fracas des rouleaux et l'écho de la falaise, on n'entendait que le raclement des sandales sur la pierre, le ahanement des poitrines, des plaintes échappées entre des lèvres parcheminées et qui suivaient le long serpent des fugitifs jusqu'à se perdre au loin.

Il y en avait de tous les âges, mais les visages étaient tous pareillement tirés. Ils défilaient sans expression à côté du camion: une jeune fille, seize ans peut-être, assise sur un âne, la tête courbée sur l'enfant qu'elle allaitait; une vieille, enroulée dans son châle noir, supportée par deux hommes; un vieillard ridé, dont tous les os saillaient sous la peau sèche, et dont les pieds nus laissaient des taches de sang sur la route; un jeune homme portant sur ses épaules une montagne de literie, retenue par des courroies de cuir que chaque pas enfonçait dans sa chair; une femme, les mains pressées sur l'estomac, les yeux exorbités, pleins de crainte; tout un troupeau d'hommes et d'animaux,

silencieux, hagard, écrasé de terreur. Les animaux se plaignaient comme des hommes, les hommes étaient muets comme des bêtes.

Sise arrêta le camion. Je descendis et je restai au milieu de la route. D'où venaient-ils? Où allaient-ils? Qu'était-il arrivé? Ils me regardèrent du coin de l'oeil, lentement. Ils n'avaient plus la force d'avancer, mais craignaient de s'attarder. Les fascistes étaient derrière eux. Malaga? Oui, ils étaient bien de Malaga, mais il n'y avait plus de Malaga. Malaga était tombée. Nada más! Où allaient-ils? Au bout du chemin. Il n'y en avait pas d'autre. Les fascistes avaient pris Malaga, les canons avaient tonné, les maisons étaient détruites, la ville éventrée. Tous ceux qui pouvaient marcher avaient fui. Retournez, nous disaient-ils. Il n'y avait plus rien... plus rien que des fugitifs sur la route et, plus loin, les fascistes.

Je remontai dans le camion. Hazen avait sorti son appareil photographique. Je le regardai prendre des photos, grimpé sur la cabine du camion. Je pensais à Malaga: quelle défaite écrasante! Comment était-ce arrivé? Mais c'était une question futile. Ce qui comptait, c'étaient les troupes loyalistes qui allaient sûrement se regrouper, former un nouveau front, installer de nouvelles défenses, et que l'on garderait mieux cette fois. Quelque part le long de la route, on se battait, certainement, ne fût-

ce qu'un combat d'arrière-garde. Et il y aurait des mourants, des blessés, qui avaient besoin du sang que nous apportions de Madrid.

Nous roulions plus rapidement. La file des réfugiés se faisait plus large. La route s'incurva, quitta la mer, grimpa lentement jusqu'au sommet d'une haute colline qui surplombait une immense plaine. Sise enfonça le frein au plancher en poussant une exclamation. Le camion piqua du nez et s'arrêta devant un mur mouvant d'hommes et de bêtes. La route en était noire. Des femmes qui gémissaient, des ânes qui se cabraient, une mer de visages qui se exclamation le long du camion, une mer qui se refermait silencieusement derrière nous.

Mais c'était le paysage qui s'étendait sous nos yeux qui nous avait laissés stupéfaits.

A perte de vue, au lieu de la route, sur vingt milles de longueur c'étaient des hommes que nous voyions, comme une interminable chenille, soulevant des nuages de poussière de ses milliers de pattes, avançant lentement, paresseusement, des limites de l'horizon, au-delà de la plaine aride, jusqu'au flanc des collines.

Je me mis debout sur le marchepied, pour mieux voir dans la plaine, en me protégeant les yeux du soleil. La route avait disparu. Elle était couverte de réfugiés, des milliers et des milliers de refuies, pressés

les uns contre les autres, se pressant, se bousculant, comme des abeilles à l'entrée d'une ruche, et comme des abeilles aussi, emplissant l'air d'un infini bourdonnement de voix, de cris, de pleurs, de grotesques bruits animaux.

Nous commençâmes à descendre lentement. Sise devait klaxonner sans arrêt. Debout sur le marchepied, je faisais signe aux fugitifs de s'écarter. Ils ne faisaient pas attention à mes cris ni au klaxon et se contentaient de se faufiler le long du camion, s'y heurtant, les yeux rivés à la route, et se fondant de nouveau en une foule compacte derrière nous.

S'ils étaient de Malaga, ils avaient marché au moins cinq jours et cinq nuits. Était-ce possible? Cette vieille femme, que j'ai vue, avec des ulcères aux jambes, comment avait-elle pu durer cinq jours et cinq nuits sur la route? Et pourtant, nous l'avons rencontrée, traînant son manteau dans la poussière, bientôt disparue derrière nous. Et les enfants... de tous les âges, la plupart pieds nus, comment avaient-ils survécu? Un seul coup d'oeil devant soi, et on en avait un haut-le-cœur. Une colonne qui serpentait à l'infini, et des enfants par milliers!

Nous vîmes ensuite des retardataires, des familles qui se reposaient au bord du chemin, des hommes et des femmes qui dormaient par terre, blottis l'un contre l'autre, des villages déserts, des cratères

de bombes et les masures incendiées des paysans. Puis la masse lente des réfugiés changea, imperceptiblement d'abord, comme une eau où apparaissent des coulées boueuses. Des miliciens! Je jurai malgré moi. Je n'en vis d'abord que quelques-uns, disséminés parmi les réfugiés, mais un mille plus loin, ils arrivèrent par centaines, par milliers. Leurs uniformes étaient en lambeaux, ils n'avaient plus d'armes. Ils arboraient une barbe de trois jours et avaient les yeux brûlés par la défaite. Que faisaient-ils parmi les réfugiés? Étaient-ce des déserteurs, des irresponsables dépourvus de sens politique? Je n'eus pas à chercher longtemps la réponse: derrière les miliciens arrivait la cavalerie, chevaux et cavaliers à bout de forces. Certains des cavaliers marchaient courbés devant leurs montures, leurs bottes attachées au cou. Des femmes et des enfants s'agrippaient à la selle de leur cheval. Ce n'était plus de la cavalerie, mais une masse de réfugiés comme les autres, silencieux, abattus, en fuite.

... Ce jour-là, le soleil espagnol était aussi impitoyable que les fascistes. Sa brûlure nous était un ennemi immédiat et abhorré. La route rejoignit la mer et nous entendîmes de nouveau le bruit du ressac sur les rochers de la côte, comme un lointain roulement de tambours accompagnant le bruissement de l'exode.

Les signes d'affolement et de panique se faisaient plus nombreux. Nous devions contourner les chariots brisés et les camions abandonnés. On avait jeté sur les grèves des ânes mourants; à côté d'eux gisaient des fugitifs épuisés, la langue enflée visible entre les lèvres parcheminées. Toujours des enfants, des miliciens, des villages abandonnés. Momentanément arrêtés par des obstructions, nous fûmes assiégés de mains suppliantes et de cris: on nous demandait de l'eau ou une place jusqu'à Almeria. Je tendis mes bidons d'eau par la portière et nous reprîmes notre chemin. Un peu plus loin, nous vîmes un autobus vide, sauf pour un milicien, immobile au volant et qui passa la tête par la fenêtre quand il nous vit, demandant: «De l'essence!» Sise secoua la tête et répondit: «Al frente!» Derrière l'autobus, il y avait une petite fille recroquevillée sur la chaussée et qui hurlait, le pouce dans la bouche. Un milicien s'écarta de la file des réfugiés et la prit sur ses épaules. A côté de lui, un paysan transportait une femme sur son dos, comme un sac de pommes de terre.

La côte s'éloigna de nouveau. Nous roulions entre des champs de canne à sucre que le vent faisait doucement onduler, poussant à travers la route et sous les pieds des marcheurs de longues feuilles vertes. A côté d'un autre autobus immobilisé, un groupe de miliciens nous fit signe de rebrousser chemin. Nous criâmes de

nouveau par la fenêtre: «Al frente!»

Nous retrouvâmes la côte à l'heure où le soleil enfin descendait. Le ciel était écarlate et de longues traînées de flamme frémissaient sur la Méditerranée. Puis l'obscurité tomba d'un coup. Nous sentîmes les réfugiés presser le pas tout autour de nous. Sise ouvrit les phases. Immédiatement s'élevèrent des cris irrités: «Luz! les phases!» Dans les villes assiégées, les enfants grandissaient sans savoir que depuis longtemps l'homme avait vaincu l'obscurité. Sur cette côte que ne visitaient plus les touristes extasiés, la lumière n'était qu'un danger. La sécurité, c'était la nuit. Sans phares, il était presque impossible d'avancer. Les cris, les coups de klaxon ne servaient à rien. En une heure, nous avançâmes à peine. Nous arrêtâmes. Nous étions assis dans la cabine, en train de réfléchir, quand arriva un peloton de miliciens épuisés mais avec un reste de discipline. Ils nous demandèrent nos papiers, qu'ils examinèrent longuement, saluèrent et nous décrivirent la situation là d'où ils arrivaient. Les fascistes avançaient rapidement vers l'est. La ville suivante était Motril, que l'ennemi tiendrait bientôt s'il n'y était déjà. De front, il n'y en avait plus. On ne résistait plus nulle part avant Almeria. Ce n'était pas une défaite, c'était l'effondrement. Tout le Sud tombait aux mercenaires de Franco comme un fruit mûr.

La portière du camion s'ouvrit. Je vis dans l'obscurité un homme qui la retenait de l'épaule, les yeux fixés sur moi, un enfant de cinq ans dans les bras. Il tenait cet enfant émacié, frissonnant de fièvre, en nous parlant de façon saccadée, d'abord d'une voix rauque, puis de plus en plus stridente, comme un chanteur de flamenco. Je n'avais pas besoin d'interprète: il disait des choses que j'aurais comprises dans n'importe quelle langue: «Mi chico muy malo ... L'enfant est très malade ... il mourra avant Almeria. Je vais rester ici, prenez-le. Ne prenez que lui. Emmenez-le à l'hôpital et dites que j'arriverai bientôt ... Dites qu'il s'appelle Juan Blas et que j'irai le chercher.»

Je pris l'enfant et le déposai doucement sur la banquette. L'Espagnol me prit la main très fort et me marqua du signe de la croix. Il m'aurait fallu plus que de l'espagnol pour lui dire ce que j'éprouvais, pour le leur dire à tous, à ces visages qui émergeaient de la nuit et du chaos, visages tordus de peur, m'entourant, entre des bras tendus comme une forêt ravagée, dans un tumulte de voix suppliantes.

«Camarada, por favor ... aidez-nous!» J'entendais la supplication, sans comprendre les mots.

«Prenez nos femmes et nos enfants ... les fascistes seront bientôt ici ...»

—Pitié, camarade, pour l'amour de Dieu...

—Nous ne pouvons plus marcher,

laissez-nous monter!» —«Camarada, los niños... les enfants!»

Je me mis debout sur le marchepied. Ils m'entouraient en s'agrippant à mes vêtements. Je n'avais à l'esprit que cette amère pensée: où étaient tous les soi-disant ministres du Dieu des chrétiens, dispensateurs sur cette terre de Son amour et du salut, où étaient-ils pour n'entendre personne de tous ces gens qui appelaient? Dans quelle sombre caverne l'amour de l'homme s'est-il réfugié? Où sont la pitié et la conscience d'un monde qui va son lugubre chemin?

Des mots! Tout n'est qu'un déluge de mots bien gras, et sous ce déluge, partout, ici sur la route de Malaga, des damnés, des égarés. Que n'avais-je mille paire de bras, et au bout de chaque bras mille fusils qui crachent la mort de mille balles, chacune destinée à un tueur d'enfants ... c'étaient là le genre de mots qu'il fallait. Chaque fusil, au bout de chaque bras annoncerait l'heure de la mort à ce troupeau corrompu; d'une voix pareille à celle de la trompette de l'archange Gabriel, je hurlerais par ces fusils dans les oreilles d'un monde qui dort, étouffant les discours des menteurs et des illuminés qui clament partout leur tromperie. D'une voix pareille à celle de l'archange, j'éveillerais les masses qui dorment dans l'indifférence repues, loin des frontières de l'Espagne: «Vos mains sont souillées, vous tous qui dormez ce

soir, souillées de sang innocent! Que vos villes aient le sort de Sodome et de Gomorrhe si vous ne rougissez pas de ce qui se passe ce soir sur la route de Malaga. Que vos enfants errent dans la solitude de la terreur et de la mort, vous tous qui entendez les cris de l'Espagne et qui restez cois!»

Je me penchai au dessus du corps tremblant de l'enfant pour regarder Sise. «Ils ont raison, dis-je. Il serait insensé d'aller plus loin. Il n'y a qu'une chose à faire: ramener à Almeria le plus de gens possible. Nous allons vider le camion pour faire de la place. La première ambulance à passer prendra l'équipement. Et nous ne prendrons que les enfants...

Nous fîmes volte-face sur la route étroite, déchargeâmes l'équipement et les stocks de sang. J'avais ouvert l'arrière du camion. Un frémissement parcourut la masse des réfugiés, qui attendaient tous sans oser espérer. J'examinai le camion, calculant le nombre de personnes qu'on pourrait y loger, et je sautai sur la route. «Solamente niños!» annonçai-je, mais les mots se perdirent dans le tumulte et je fus rejeté à l'intérieur par la poussée de la foule. J'avais ouvert les portes de la sécurité et chaque fugitif semblait y voir sa dernière chance. En reculant sous le choc, je m'arc-boutai entre les portières pour les retenir, en criant: «Les enfants seulement! Niños! Les enfants seulement!» Sise se précipita

à mes côtés pour me prêter main-forte. «Qu'allons-nous faire?» me demanda Sise, à bout de souffle, se raidissant contre cette marée. «Ils vont devenir fous de rage ...» «Pas d'adultes», répétais-je. Je me faisais sec contre les pleurs et les supplications. «Nous ne pouvons prendre que les enfants; je vais te les passer et ne laisse entrer personne, même s'il faut utiliser la force.» Lentement, méthodiquement, je me frayai un chemin dans les rangs des réfugiés en criant: «Niños! Solamente niños!» Il semblait barbare de choisir entre ceux qui allaient partir et ceux qui devraient rester, et c'était plus terrible encore pour moi que pour un simple spectateur. «Vous! dis-je, en montrant une femme qui tenait un bébé contre elle. Nous allons emmener votre petit.» On la poussa vers moi. Nous étions tout près l'un de l'autre, pressés par la foule. «Nous allons emmener votre bébé», répétais-je. Elle se contenta de lever vers moi de grands yeux sombres et hagards et s'agrippa à l'enfant. Peut-être ne comprenait-elle pas? Je tendis les bras, mais elle ne réagit pas, me regardant sans expression. Je vis que l'enfant était trop jeune pour être séparé de sa mère. L'incertitude me prit. Il était facile de dire: «Les enfants seulement!» mais les yeux creusés et éteints de cette femme me disaient: «Ne prenez que l'enfant, et tuez nous tous les deux.» Je l'entourai de mes bras et lui frayai un chemin jusqu'au camion

où je la poussai dans les bras de Hazen: «Prends-les tous les deux», lui dis-je, et je m'enfonçai de nouveau dans la cohue. J'allais et je revenais, donnant des ordres, tentant d'apaiser les femmes, triant les plus jeunes, repoussant les adultes malgré moi, toujours un enfant dans les bras. Le camion s'emplissait et j'entendais derrière moi ces voix désespérées. Des hommes et des femmes cherchaient leur famille perdue quelque part dans la nuit. Les mères dont l'enfant était déjà dans le camion restaient tout près et lui parlaient pour le rassurer. A côté d'elles, des hommes surveillaient en silence, l'espoir s'effaçant à mesure que s'emplissait le camion; puis ils partaient vers les champs où ils se jetaient par terre.

«Qui suis-je, pour décider de leur sort?» me demandais-je.

«Combien encore, demandai-je à Sise.
—Encore deux, en tassant ...»

On me prit le bras. Je tournai la tête et je vis un visage très vieux, un dos courbé, des larmes et des supplications muettes à travers les pleurs. Je regardai le vieil homme, suffoqué, puis je secouai la tête. «Je n'oublierai jamais ton visage», me disais-je. Mais je pris sa main, l'arrachai de mon veston—une main ridée qui s'accrochait à moi comme celle d'un enfant. Encore deux. Le silence se fit. La vérité se faisait aveuglante pour cette foule qui attendait, comme pour des condamnés à qui le bourreau passe un noeud autour du

cou pendant que les spectateurs se raidissent en attendant le dénouement. Mais il n'y avait pas de spectateurs, il n'y avait que des condamnés qui voyaient filer leur dernière chance.

Je passai à côté d'une femme de cinquante ans, vieille avant l'âge, mais trop jeune encore pour mourir. Elle avait des jambes monstrueuses, crevées de varices visibles dans la nuit et d'où perlaient des gouttes de sang coulant jusque dans ses sandales de toile. Je revins vers elle. Et si c'était ma mère, que ferais-je? Je me plantai devant elle et touchai son épaule maigre. Ma mère. Si ce n'était pas la mienne, c'était la mère de quelqu'un d'autre, d'un Espagnol, et donc la mienne. Je l'aidai à se tenir, mais elle détourna lentement la tête, comme quelqu'un qui ne demande rien.

J'emmenai un enfant prendre la dernière précieuse place, un enfant que j'avais cueilli dans les bras d'une femme qui s'y accordait en pleurant et qui ne me l'abandonna qu'avec un cri, comme si elle en accouchait une nouvelle fois, dans le sang et la douleur. Je portai l'enfant, une petite fille, jusqu'au camion, à travers la foule silencieuse, mais soudain, une femme se précipita devant moi, s'agrippa à la portière et se hissa dans le camion. Je l'attrapais par la cheville en jurant, mais elle m'échappa et se retourna pour m'affronter. «Sortez!» lui dis je, en tendant l'enfant.

«C'est vous ou la petite. Vous comprenez? Allez-vous prendre la place d'un enfant?» Elle était jeune. De longs cheveux noirs tombaient sur son visage blanc. Elle me regarda d'un air affolé, puis ouvrit son manteau et releva très haut sa robe de coton. Le ventre était gonflé, elle était enceinte.

Nous nous regardâmes un instant, moi l'enfant dans les bras, elle forte de celui qu'elle portait. Elle se recroquevilla dans le petit espace qui restait, le ventre supporté par les genoux, et me regarda en souriant et en tendant les bras. Elle semblait me dire, avec ses bras et son sourire: «Regarde! Je vais la prendre. Ce sera comme si je n'étais pas ici, comme si je ne prenais pas de place.» Elle mit la petite fille sur ses genoux, lui calant la tête contre ses épaules.

C'était tout. Il y avait quarante enfants et deux femmes dans le camion. La moitié étaient assis par terre, les autres debout. Pour le meilleur ou pour le pire, les jeux étaient faits.

Je claquai la portière et j'ordonnai à Sise de les conduire directement à l'hôpital d'Almeria et de n'arrêter en route pour rien au monde. S'il pouvait cueillir quelques miliciens qui s'installeraient sur les marchepieds et empêcheraient les gens de monter, tant mieux. Il devait voir à ce qu'on soigne et qu'on nourrisse ses passagers, puis se rendre au bureau du

Gouverneur, l'informer de la situation et lui demander d'envoyer tous les transports disponibles, pour empêcher que la faim et l'épuisement ne fassent plus de victimes que l'ennemi. Je lui dis aussi de refaire le plein d'essence et de revenir prendre d'autres malades. Il fit demi-tour, se rendit à l'avant du camion sans me regarder, y grimpa et fit tourner le moteur.

Le camion était parti. Les femmes pleuraient leurs enfants, enfants partis, enfants restés; les hommes reprirent leurs fardeaux et s'ébranlèrent de nouveau. La pensée de l'ennemi les fouettait comme un vent chaud sur la nuque.

Je trouvai au bord de la route une vieille femme dont les jambes saignaient. Elle était assise par terre, la tête sur le genoux. Elle me regarda, le visage hâve, l'air résigné. Je pris dans ma trousse un peu d'onguent et quelques bandages et je lui pensai les jambes.

«Venez, lui dis-je. Almeria est encore loin. nous allons marcher un peu et trouver un endroit sûr pour vous reposer.» Elle ne comprit rien de ce que je lui disais, mais me donna la main. Je l'aidai à se lever, en lui parlant dans cette langue étrange qu'elle n'avait encore jamais entendue.

Nous rejoignîmes les autres réfugiés sur la route. Elle s'appuyait la tête sur mon épaule. Et ensemble, avec tous ceux qui nous suivaient, nous reprîmes la longue marche vers Almeria...

Porté par le flot des réfugiés, je regardai le cadran lumineux de ma montre. Il n'était que minuit. N'avais-je marché que quatre heures? Ces quatre heures m'avaient paru une éternité. Les autres avaient marché au moins quatre jours! J'avais déjà quitté la vieille femme depuis deux heures. Elle ne pouvait plus avancer et je lui avais préparé dans un champ un lit de terre, entre tous les autres qui n'avaient rien eux non plus qu'un lit creusé dans le sol. Peut-être, pensais je, une ambulance attarda: finira-t-elle par la prendre; peut-être aussi les fascistes la trouveront-ils les premiers.

Je n'avais plus de pansements; j'avais administré mon dernier comprimé, donné mon dernier morceau de chocolat, fumé ma dernière cigarette et jeté ma trousse inutile. Il ne me restait plus que mes mains, et l'espoir que Hazen revienne. Et à quoi bon? Autant essayer de vider l'océan avec un dé à coudre ...

On s'agitait sur la route. Je devinai notre camion qui avançait lentement, à la lueur des feux de position. Sise en sortit, vidé mais heureux ...

Nous fîmes la navette quatre jours et quatre nuits, travaillant comme des damnés pour retrouver les survivants de toute une ville. Sise resta au volant quarante-huit heures pendant que sur la route, je regroupais les gens à transporter les premiers. Nous étions gris de fatigue. Nous

vivions le désespoir de ceux qui devaient rester derrière et la joie lasse de ceux que nous menions en lieu sûr. Nous travaillions en nous disant que chaque voyage était peut-être le dernier, et avec la crainte que les fascistes ne rejoignent la queue de la colonne.

A chaque voyage à Almeria, Sise se présentait au bureau du Gouverneur pour exiger des camions, des voitures, n'importe quoi qui puisse transporter des gens. Mais il n'y avait plus rien qui roulât dans la ville. Le deuxième jour, je me rendis compte qu'il n'était plus possible de ne prendre que les enfants: je ne pouvais plus supporter de séparer les parents de leurs petits. Nous commençâmes à prendre des familles entières, en donnant la préférence à celles qui comptaient des enfants. Le deuxième jour, nous éprouvâmes nous aussi ce que les autres connaissaient depuis cinq jours: la faim. Il n'y avait plus rien à manger à Almeria. Puis, comme pour moquer notre faim, un homme surgit de nulle part qui poussait sur la route un chariot d'oranges et les annonçait d'une voix de stentor. Au coeur de la guerre, entre la mort et la fuite, un vulgaire colporteur. J'achetai toutes les oranges, j'en gardai une et je distribuai les autres.

Ce fut ainsi pendant quatre jours et quatre nuits. Le jour, nous travaillions dans des nuages de poussière, sous un soleil

de feu qui faisait éclater la peau. Nous avions les yeux brûlés et le ventre qui criait. La nuit, le froid était si insupportable que nous souhaitions le retour du soleil et de la chaleur.

Un silence de mort s'était étendu sur la file des réfugiés. Certains mouraient de faim dans les champs, frappés de torpeur, ne remuant que pour mordiller quelques herbes sèches. Les assoiffés tremblaient, assis sur les rochers, le regard vitreux et plein de mirages qu'ils tentaient de rejoindre, se levant pour errer sans but. Les morts et les malades gisaient ensemble, les yeux fixés sur le soleil. Puis vinrent les avions, flèches brillantes, chasseurs italiens tout argentés, escadrons de Heinkel allemands. Ils plongeaient sur la route, comme à l'exercice, toutes mitrailleuses dessinant une dentelle compliquée dans la poussière et parmi les réfugiés...

Je vis encore une fois le camion revenir. Nous y entassâmes le plus de gens possible. Cette fois, j'y montai moi aussi, un enfant sur les genoux, qui pleurait et me regardait les yeux brûlants de fièvre, probablement d'une méningite. Au bout d'un certain temps, il sembla ne plus avoir mal. Mauvais signe. J'espérais que nous arriverions à Almeria à temps. Il pouvait avoir sept ou huit ans.

Je m'assoupis. Quand je m'éveillai, le camion descendait une pente douce.

C'était le dernier mille, mais quel mille! Des sierras jusqu'à la ville, des dizaines de milliers de réfugiés formaient un immense entonnoir qui ne pouvait se vider dans la ville que par un col minuscule. Ils couvraient la route, les collines, la grève. Certains marchaient dans la mer pour entrer plus vite dans la ville.

À la porte d'Almeria, le camion n'avancait plus que pouce à pouce, au rythme des marcheurs. Il nous semblait être paralysés depuis des heures. Jusqu'au moment où la colonne de fugitifs s'engouffra dans la ville. Nous étions enfin arrivés.

Almeria était un immense campement. Les rues grouillaient de réfugiés qui n'avaient nulle part où loger, nul endroit où aller. Des milliers s'étaient installés sur la grande place, à la belle étoile. Nous ne pouvions avancer qu'en demandant aux hommes et aux femmes de se lever.

Au Socorro Rojo, on nous indiqua un vieil édifice où l'on avait installé à l'improviste un centre de réception et de soins pour les enfants. Nous aidâmes les réfugiés à entrer et nous remîmes l'enfant malade à un médecin. Puis je trouvai un grabat et je m'écroulai...

Je m'éveillai en sursaut avec un profond sentiment de malaise. Un instant, je crus que je gisais dans les collines, le long de la route, mais ma main toucha le parquet rugueux et je me souvins que je

n'étais plus sur la route, mais à Almeria. Je m'inquiétai du vacarme que j'entendais. De l'état de stupeur où j'étais, je conclus que j'avais dormi environ une heure. C'étaient les sirènes qui m'avaient éveillé. Je sautai sur mes pieds, mais je tombai à genoux quand la première bombe explosa. On aurait dit un poing colossal qui s'abattait contre le sol et le faisait vibrer . . . J'entendais les cris de terreur des enfants. Dans le hall, des gens criaient et couraient. Je me relevai. Le sol tremblait encore. Puis il y eut d'autres explosions, certaines toutes proches, d'autres distantes.

Je courus dans les couloirs sombres, bousculant des gens qui se précipitaient dans toutes les directions. Dans les dortoirs, les enfants criaient de peur. Je me frayai un chemin jusqu'à la rue, et je courus jusqu'au centre de la ville.

Les avions se succédaient, le hurlement de leurs moteurs emplissant les rues à me déchirer les tympans. Puis les bombes tombèrent devant moi.

Je me souviens d'un bombardier basculant gracieusement sur l'aile au clair de lune, ne cherchant la sécurité ni de l'altitude ni de l'obscurité. Les monstres prenaient tout le temps qu'il leur fallait: les défenses anti-aériennes ne faisaient que décorer le ciel ici et là d'une étoile orangée.

Quelques minutes plus tard, j'étais dans la partie la plus densément peuplée de la ville. Les rues n'étaient plus obscures.

De grandes flammes s'élevaient des maisons frappées par les bombes incendiaires et dont il ne restait que le squelette. Dans la lueur de l'incendie, aussi loin que portait le regard, on voyait une multitude de gens qui couraient en tous sens, fuyant les bombes, qui tombaient, rampaient, disparaissaient dans des cratères ou sous les décombres, criaient et s'agrippaient avant d'être emportés.

On n'entendait pas d'explosions en direction du port. Les bombardiers ne s'intéressaient pas au port. Ils cherchaient le gibier humain. Ils cherchaient les cent mille fugitifs qui leur avaient échappé à Málaga, qui avaient refusé de vivre sous le régime fasciste et qui s'étaient regroupés en une cible parfaite. Pendant une semaine, ils avaient évité de toucher Almeria. Ils s'étaient préparés. Maintenant que l'odyssée avait pris fin, que les réfugiés de Málaga s'étaient réunis à l'intérieur d'un périmètre où on pouvait les massacrer avec un minimum de bombes, Franco étanchait sa soif de vengeance. Le port lui importait peu. Un port ne pense pas, ne peut pas défier le fascisme. Un port ne souffre pas. Seuls les hommes ont du coeur, du courage, des idées ... Il fallait les tuer, les mutiler, leur montrer que le fascisme avait une poigne de fer...

Je me frayai un chemin à travers la foule en criant: «*Médico! Médico!*», mais ma voix se perdait dans le hurlement des

sirènes, les explosions, le braiement horrible d'ânes empalés sur une grille de fer. Le bombardement cessa soudainement. Le bourdonnement des avions s'éteignit dans le lointain. Les immeubles en flammes éclairaient des visages frappés d'horreur, engourdis par le choc...

Le raid était fini. Le silence me tenaillait les oreilles. Le silence? Non. J'entendais les voix des blessés. Le raid était fini, mais il restait les morts et les mourants.

Je pensai les blessés avec leurs propres chemises déchirées en morceaux. Dans une maison en ruines, je trouvai une petite fille qui geignait sous un amoncellement de lourdes poutres. Elle avait environ trois ans. J'écartai les poutres et je la portai dans mes bras jusqu'à ce que je trouve une station d'urgence où je l'étendis sur une civière, en me disant qu'elle serait mieux morte, car s'il était possible de guérir son corps meurtri, toute lueur d'intelligence avait disparu de ses yeux.

Au centre de la ville, je trouvai un groupe d'hommes et de femmes qui faisaient cercle en silence autour d'un immense cratère où l'on pouvait reconnaître des tuyaux tordus, des vêtements déchirés et une masse informe de restes humains . . .

Je sentais mon corps aussi lourd que ceux des morts, mais vide. Creux. Et dans mon esprit brûlait la flamme brillante de la haine.»

Tel est le journal de ses quatre journées et de ses quatre nuits sur la route de Malaga. Bethune l'écrivit dans un mouvement de colère froide, au cours de la journée et de la nuit qui suivirent. Quand il eut fini, il se rendit à la fenêtre brisée du centre d'accueil des enfants et regarda la ville d'où s'élevaient encore des fumées dans le petit matin.

Il était courbatu et tombait de sommeil, mais il resta longtemps à la fenêtre, songeur. A Madrid, au front, il avait entendu le cri: «Mort au fascisme!» Il l'avait poussé lui aussi, mais il venait, lui semblait-il, de comprendre pour la première fois la signification de ces mots, comme une sorte de sentence passionnée et venue du plus profond de lui-même et qu'il lui faudrait appliquer avant de trouver de nouveau le repos et la paix. Mort et malédiction à cette race maudite et meurtrière qui massacrait des femmes et des enfants! Malheur à tous ceux qui laissaient faire, indifférents! Et pitié pour tous les innocents et les naïfs qui

regardaient les fossoyeurs sans voir que c'était pour eux que l'on creusait. Pitié, et puissent-ils s'ouvrir les yeux.

"Dans quelque maison que j'entre, j'y guérirai les malades..." Il avait prêté le millénaire serment avec une certaine insouciance, comme des milliers de collègues. Mais dans la maison où il se trouvait, la mort venait des bombes, des mensonges, d'hommes qui rasaient des villes entières au nom de l'anticommunisme. Á Almería, il n'y avait plus que des ruines. Deux mondes s'y étaient affrontés dans un choc sanglant. A la mémoire d'Almeria, il fit le voeu de devenir un homme nouveau,

d'étouffer chez lui toute faiblesse et toute suffisance, de vivre comme un soldat. Il serait un homme d'acier, car désormais seuls des hommes d'acier pourraient défendre un monde qui demandait encore à naître.

(*) Le texte est pris du chapitre 28 de la biographie de Bethune écrite par Ted Allan: *Le bistouri, l'épée*. Nous remercions Julie Allan de nous avoir autorisé à publier ici ce chapitre du travail de son père.

Capítulo IV



Testimonios

Rosendo Fuentes Ayllón*

Lo que voy a escribir es un somero relato de lo que este anciano abuelo, entonces niño, sufrió.

Salimos de Málaga la madrugada del día 8 de febrero. Mi padre era representante de farmacia. Pertenecía al partido socialista. Recuerdo que aquella noche yo estaba dormido, y me despertaron para salir. Yo tenía 12 años, y en el camino hasta Almería, el día 10, cumplí los 13. En un camión de transportes de mercancías íbamos mis padres, mis hermanos, cuatro tíos y una

prima hermana; luego subió más gente al camión. Llevábamos lo puesto. Nos marchamos por las aterradoras noticias que

venían de la zona ocupada por los nacionales; además, mi padre era un socialista activo.

Cuando salimos había mucha gente, pero en la carretera había más, mucha más; tanta, que a Motril llegamos a las ocho de la mañana, después de 10 horas de carretera. Allí nos quedamos sin gasolina. Por el camino encontramos mucha gente aterrorizada y alguna persona fallecida por motivos que nunca supe. También oía hablar a las personas mayores sobre los numerosos fallecidos a lo largo del camino: unos por bombas, otros

ametrallados y otros muertos de cansancio e inanición.

En el trayecto hasta Almería nos ametrallaron, mis padres nos cubrían con sus cuerpos. A nosotros no nos pasó nada, pero sí hubo víctimas en la carretera; desde luego yo vi algunas de ellas.

El día de mi cumpleaños, por la mañana, un hidroavión italiano nos bombardeó en el pueblo de Motril. Lo recuerdo muy bien porque una bomba nos tiró por los aires a un tío mío y a mí. Fue una suerte que estuviéramos en un campo recién arado: la bomba, de no gran tamaño, penetró en la tierra y esto atenuó la explosión de la misma. Eso era lo que decían quienes parecían saber algo sobre el tema. Lo que sí es verdad es que mi tío salió con una clavícula rota.

En los pocos días que estuvimos en Almería no vimos otra cosa que terror, espanto y llanto de todas las personas que tuvieron la dolorosa fortuna de haber salido de aquel infierno.

En el camino pasamos hambre y comíamos caña de azúcar. Sólo al llegar a Aguadulce nos dieron los vecinos del pueblo algo de comida guisada. En Almería permanecimos durante nueve días, y luego vinimos a Valencia, donde hasta hoy vivo. No sufrimos represalias después: mi padre murió justamente cuando la guerra terminó. Mi familia y yo no tenemos para los valencianos otra cosa que agradecimiento.

Lo mismo que pasó en la carretera de Málaga-Almería lo he visto luego, y lo sigo viendo, muchas veces en el cine y en la televisión. Creo que lo que hicieron en Málaga, fue como un ensayo de lo que posteriormente sucedió en otras guerras. Pero la primera vez que se atacó y bombardeó así a la población civil fue a nosotros, en aquella carretera: ocuparon Málaga y prepararon una trampa criminal a la salida.

(*) Tenía 12 años en febrero de 1937



Rosendo Fuentes Ayllón *

I am writing a brief account of all the misfortunes that this old grandfather, who was a child at that time, suffered.

We left Málaga in the early morning on February 8th. My father was a pharmacy sales representative. He was a member of the Socialist Party. I remember that I was asleep that night and they woke me up to leave. I was 12 years old, and on the road to Almería, on February 10th, it was my 13th birthday. I went on a freight truck with my parents, my brothers, four uncles and a cousin; later more people got into the truck. We only carried what we wore. We left because we heard the terrifying news that came from the area occupied by the nationalists; moreover, my father was an active socialist.

When we left there were many people, but on the road there were even more; there were so many that we arrived to Motril at eight o'clock in the morning, after 10 hours on the road. There, we ran out of petrol. On

the road we found many terrified people and some who had died for reasons that I never knew. I also heard old people talking about the numerous people who had died along the road —some of them due to bombs, to machine guns, as well as to tiredness and starvation.

On the way to Almería we were machine-gunned, my parents covered us with their bodies. We did not suffer any injuries, but there were victims on the road; indeed, I saw some of them.

On my birthday, in the morning, an Italian seaplane bombed us in the village of Motril. I remember that very well because a bomb threw my uncle and me into the air. We were lucky to be in a field which had just been ploughed; the bomb, which was not very large, penetrated into the land and so the explosion was reduced. This was said by those who seemed to know a little about this matter. But the truth is that my uncle broke one of his collarbones. In the few days that we spent in Almería we saw nothing but terror, panic and crying of

all the people that had the painful luck of having come through that hell.

On the road we were hungry and ate sugarcane. Only when we got to Aguadulce, residents gave us some stew. We stayed in Almería for nine days, and after that we went to Valencia, where I have lived up to now. We did not suffer retaliations later: my father died just when the war ended.

My family and I are extremely grateful to Valencian people. I have seen the same events that happened on the road Málaga-Almería, and I still see it in the cinema and on TV. I think that what they did in Málaga was like a test of what happened in later wars. But it was the first time that civil population was attacked and bombed this way, on that road: they occupied Málaga and prepared a criminal trap when we were leaving.

(*) He was 12 in February 1937

Rosendo Fuentes Ayllón *

Ce que je vais écrire c'est un récit sommaire de ce que ce vieux grand-père, alors enfant, a enduré.

Nous sommes partis de Malaga

le huit février au lever du jour. Mon père était représentant en pharmacie. Il était membre du parti socialiste. Je me souviens que cette nuit là, je dormais et on m'a réveillé pour partir. J'avais douze ans et sur le chemin d'Almeria,

j'ai eu mes treize ans le dix février. Mes parents et moi, mes frères et soeurs, quatre oncles et une cousine germaine voyagions dans un camion de transport de marchandises. Par la suite, d'autres personnes sont montées dans le

camion. Comme bagage, nous n'avions que les vêtements que nous portions. Nous sommes partis à cause des terrifiantes nouvelles qui provenaient de la zone occupée par les Nationalistes; en plus, mon père était un socialiste actif.

Quand nous sommes partis il y avait beaucoup de monde, mais sur la route, il y en avait beaucoup, beaucoup plus. Il y avait tant de monde que nous sommes arrivés à Motril à huit heures du matin, après dix heures de route. Et là, nous sommes tombés en panne d'essence. Sur le chemin nous avons rencontré beaucoup de gens terrorisés et une personne morte, je n'ai jamais su dans quelles conditions. J'entendais aussi les adultes qui parlaient de nombreux morts.

Allongés le long du chemin: les uns victimes des bombes, les autres tombés sous les balles des mitrailleuses et d'autres enfin morts de fatigue et d'inanition. Sur le trajet jusqu'à Almeria, on nous tirait dessus à la mitrailleuse et mes parents nous protégeaient de leurs corps. À nous, il ne nous est rien arrivé, mais oui, il y a eu beaucoup de victimes sur la route et bien sûr j'en ai vu quelques unes.

Le jour de mon anniversaire, dans la matinée, un hydravion italien nous a bombardés dans le village de Motril. Je m'en souviens très bien parce qu'une bombe nous a projetés en l'air, un de mes oncles et moi-même.

Heureusement que nous étions dans un champ fraîchement labouré: la bombe, pas tellement grosse, a pénétré dans la terre et grâce à cela, son explosion a été atténuée. C'est ce que disaient certains qui paraissaient être experts en la matière. Ce qui est certain, c'est que mon oncle s'en est tiré avec une clavicule cassée.

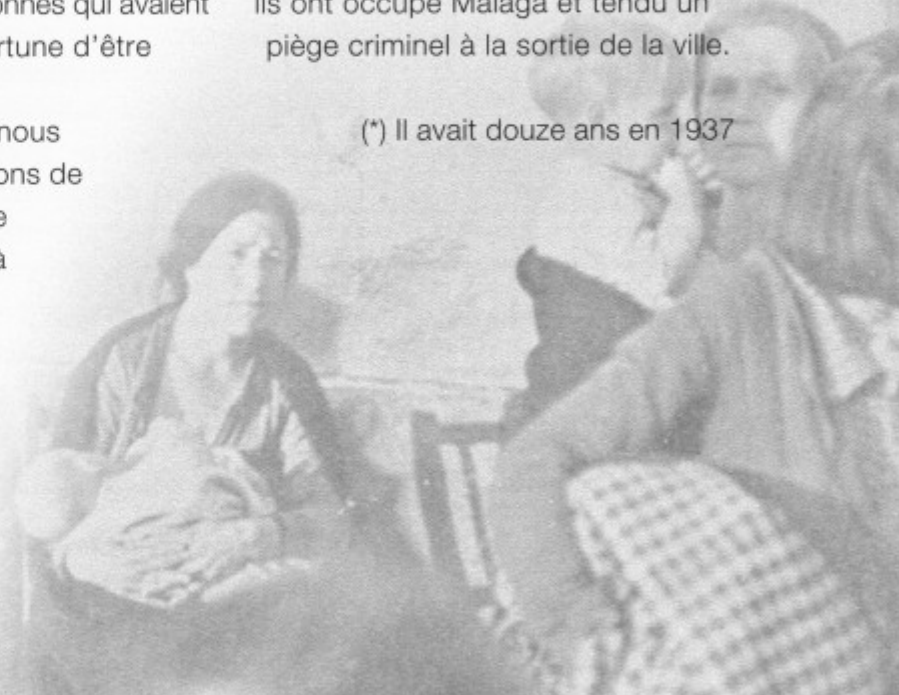
Pendant les quelques jours où nous sommes restés à Almeria, nous n'avons vu que terreur, effroi et larmes chez toutes ces personnes qui avaient eu la douloureuse fortune d'être sorties de cet enfer.

Sur le chemin, nous avions faim et mangions de la canne à sucre ; Ce n'est qu'en arrivant à Aguadulce que les habitants du village nous on donné quelques aliments cuisinés. Nous

sommes restés neuf jours à Almeria et ensuite nous sommes venus à Valence où je vis encore aujourd'hui. Par la suite nous n'avons pas souffert de représailles ; mon père est mort au moment où la guerre s'est terminée. Ma famille et moi nous n'avons pour les habitants de Valence que de la reconnaissance. Ce qui s'est passé sur la route Malaga-Almeria je l'ai également vu après et je continue de le voir souvent au cinéma et à la télévision.

Je crois que ce qu'ils ont fait à Malaga a été comme une répétition de ce qui postérieurement est arrivé dans d'autres guerres. Mais pour la première fois c'est nous qui avons subi l'attaque et le bombardement de la population civile sur cette route ; ils ont occupé Malaga et tendu un piège criminel à la sortie de la ville.

(*) Il avait douze ans en 1937



Miguel Escalona Quesada*

Por entonces yo tenía diez años. Vivía en el Colegio Municipal de Huérfanos de Torremolinos, porque mi padre había muerto en un accidente unos años antes. Desde los primeros días del 37 todos los campos de alrededor de Torremolinos, sobre todo donde ahora se sitúa la feria, empezaron a llenarse de gente que, con sus bestias, llegaban desde la provincia de Cádiz y de la parte occidental de Málaga huyendo de los fascistas. Todos los días veíamos pasar los aviones que continuamente bombardeaban Málaga. Un día bombardearon Los Manantiales del agua de Torremolinos, porque con ellos se abastecía a Málaga.

A finales de enero, y ante el temor de que fuéramos cogidos entre dos frentes, las autoridades —con permiso de nuestras familias— nos evacuaron a todos los niños del orfanato hasta Nerja, en donde permanecimos varios días. Creíamos que sólo sería cosa de unos días. Pero al poco se produjo la huida general de Málaga, y desde Nerja nosotros nos unimos a los fugitivos. Éramos ochenta niños, y esperábamos en la acera, cada uno con su ropa y alguna cosa más en un hatillo, a que llegaran unos autobuses del Socorro Rojo que nos iban a trasladar hasta Almería. El gentío que pasaba era enorme. Llegaron los autobuses y toda la gente quería subir. En ese momento alguien dio la alarma y apareció un avión que, siguiendo la línea

de la carretera, ametrallaba y bombardeaba a baja altura. Muchos salimos corriendo a refugiarnos en el campo; otros prefirieron quedarse en el autobús para asegurarse la plaza hasta Almería. Cuando se marchó después de hacer varias pasadas en las que arrojó bombas incendiarias, volvimos y encontramos nuestro equipaje y los autobuses ardiendo: los que se quedaron estaban muertos, y de los ochenta niños que éramos del orfanato nos juntamos diez; de los demás y de los profesores ya no volvimos a saber, pues como había tanta gente fue imposible reunirse de nuevo. Los diez recogimos unas mantas y con ese equipaje, juntos y solos, nos fuimos hasta Almería. Tardamos una semana en llegar, y casi siempre campo a través, alejados de la línea de la costa, pues los barcos no paraban de bombardearnos. Pasamos mucha hambre y por las noches dormíamos en las cunetas, apretados unos contra otros, pues había frío y humedad de levante. Durante el camino me encontré con Manuel Prieto López, un hombre de Torremolinos que yo conocía mucho, y le di mi manta porque él no tenía con qué taparse, y yo, como era chico, me arreglaba con las de los otros niños.

Pasamos muchas calamidades. Conforme iba pasando la avalancha de refugiados, todo se iba agotando. Era tal el terror, que si se divisaba a lo lejos un cuervo, se llegaba a pensar que era un

avión, y la gente huía aterrorizada. Después de varios días andando, nos habíamos quedado sin calzado, y caminábamos descalzos. Nunca he olvidado a aquella mujer que, herida por un obús, en medio de un charco de sangre amamantaba y abrazaba a su hijo de dos meses. El puerto de Motril estaba abarrotado de gente. Allí me encontré con un pariente lejano mío y le pregunté por mi hermano, que era miliciano. Me dijo: "No te preocupes, que lo he visto, pero irse enseguida de aquí". Seguimos camino, y desde un poco más allá, desde Torrenueva y con un hambre espantosa, vimos cómo bombardeaban el puerto de Motril.

En Aguadulce nos recogieron en un camión unos marineros de un barco fondeado en el puerto. Llegamos a Almería, preguntamos por el Socorro Rojo y se hicieron cargo de nosotros. Todavía sufrimos otro terrible bombardeo sobre Almería. A los pocos días nos llevaron en tren hasta Barcelona, a un colegio de Pedralbes que se llamaba Francesc Macià. Allí me volví a encontrar con muchos de mis compañeros de Torremolinos. Aunque casi todos los niños como yo iban siendo enviados a Francia, algunos profesores de Málaga que había allí me decían: "Espérate. No te vayas todavía". Y así me fui quedando. Pero cuando dos años más tarde se produjo la retirada general de Cataluña, también en febrero, me pasó lo

mismo que cuando salí de Málaga: éramos un grupo con otros cinco niños, pasamos mucho frío, mucho miedo, bombardearon la casa en que estábamos refugiados y nos salvamos de milagro, volvimos a ver personas y animales muertos en la huida, cerraron la frontera de Le Perthus y allí a todos agolpados no nos dejaban pasar... Cuando pudimos entrar en Francia nos llevaron cerca de Angoulême a un campo de concentración. Luego viví con una familia francesa, que se puso en contacto con la mía. Yo lloraba mucho (hacía casi tres años que no veía a mi madre) y, aunque ella me daba a entender que las cosas no estaban

nada bien, volví a casa en agosto de 1939. Ya tenía 13 años.

Mi vuelta fue un acontecimiento: cuando llegué a la panadería que había en el centro, había medio pueblo detrás de mí. Pero Torremolinos era un desbarajuste: mi hermano estaba en la cárcel condenado a muerte; a mi madre y a mis cuatro hermanas las habían pelado y les habían dado aceite de ricino; sólo de la calle Rafael Quintana, al lado de mi casa, habían fusilado a diez: era gente noble, trabajadora y sencilla; a María la Calderona le fusilaron sus tres hijos: no volvió a comer y se murió de pena.

Al poco de yo llegar, fueron las fiestas de San Miguel. Pasaba la procesión y yo me acerqué a verla: para mí era una cosa nueva, pues primero había estado en el orfanato y luego fuera durante la guerra. El sacristán era el jefe de Falange de Torremolinos; iba vestido de falangista, con las flechas y todo eso. Cuando me vio allí parado y que no estaba en las filas, detuvo la procesión y, señalándome, dijo a voces: "Ved cómo los rojos educan a los niños".

(*) Tenía diez años en febrero de 1937

Miguel Escalona Quesada *

I was ten years old at that time. I lived in the Colegio Municipal de Huérfanos (Municipal School of Orphans) in Torremolinos, because my father died some years before in an accident. Since the first days of 1937, all the fields surrounding Torremolinos —particularly where the fairground is now located— began to be filled with people with their beasts coming from the province of Cádiz and from the western part of Málaga, running away from the fascists. Every day we saw planes passing through the air, continually bombing

Málaga. One day they bombed the water Springs of Torremolinos because they supplied Málaga with water.

At the end of January, and fearing that we were captured between two fronts, the authorities —with our families' authorization— evacuated all the children from the orphanage to Nerja, where we spent several days. We believed that it would be only for a few days. But a few days later, a flight en masse from Málaga took place and we joined the fugitives from Nerja. We were eighty children and we were waiting on the pavement, each of us with our clothes and some other belongings, for some buses from the Socorro Rojo that

were going to take us to Almería. There was a huge crowd passing by. When the buses arrived everybody wanted to get into them. At that moment, somebody gave the alarm and a plane appeared following the line of the road, machine-gunning and bombing at a low height. Many of us ran to get shelter in the country; others preferred to stay in the bus, making sure they had a seat to get to Almería. When the plane left, after having thrown several incendiary bombs, we came back and found our luggage and the buses burning: those who had stayed on the bus were dead, and from the eighty children who were in the orphanage, now we were only ten, we did

not have any more news about the rest of the children and the teachers because there were so many people that it was impossible to meet them again.

The ten of us took some blankets and with that luggage, together and on our own, went to Almería. It took us a week to get there, and most of the time we travelled cross-country, far from the coastline, because the ships continued bombing us. We were very hungry and at night we slept squeezed together in the ditches, because it was cold and damp coming from the East. On the road I met Manuel Prieto López, a man from Torremolinos that I knew very much, and I gave him my blanket because he had nothing to cover with, and as I was a child I managed with other children's blankets.

We suffered many calamities. As the avalanche of refugees was passing by, we were running out of everything. There was such terror that if you sighted a raven in the distance you thought it was a plane, and people ran away terrified. After several days walking, our shoes were worn out, and we walked barefoot. I will never forget a woman who had been wounded by a shell, and was breast-feeding and hugging his two-month baby in the middle of a blood puddle.

Motril harbour was crowded. There I came across a distant relative and I asked him about my brother, who was a

militiaman. He told me: "Don't worry, I have seen your brother, but go away immediately from here." We followed our way and a little farther away from Torrenueva and with a voracious hunger we saw how Motril harbour was bombed.

In Aguadulce some seamen from a ship anchored in the port took us in a truck. We arrived in Almería and asked for the Socorro Rojo and they took charge of us. We still suffered another awful bombardment over Almería. A few days later we were taken to Barcelona by train, to a school in Pedralbes called Francesc Macià. There I found many of my schoolmates from Torremolinos. Although most of the children were being sent to France, some teachers coming from Málaga who were there told me: "Hold on. Don't go yet." And therefore, I stayed. But two years later, when the general retreat from Catalonia took place, also in February, I suffered the same as when I left Málaga: we were a group with other five children, we were cold and frightened, the house where we were sheltered was bombed and it was a miracle that we survived. Again, we saw dead people and animals in the flight, the frontier of Le Perthus was closed, and they did not let the crowd enter... When we were able to enter France we were taken to a concentration camp near Angoulême. Then I lived with a French family, who got in touch with my family. I

used to cry a lot (I had not seen my mother for almost three years) and, although she made me understand that things were not well, I came back home in August 1939. I was already 13 years old.

My return was an event: when I arrived to the central bakery, half of the locals were behind me. But Torremolinos was a chaos: my brother was sentenced to death in prison; they had cut my mother and my four sisters' hair and they had been given castor oil; only on Rafael Quintana Street, next to my house, ten people were executed: they were honest, hard-working and simple persons; María la Calderona's three sons were shot: she never ate again and she died of a broken-heart.

Shortly after I arrived, the fiesta of San Miguel took place. While the procession was passing I approached to see it: it was a new thing for me, because first I was in the orphanage and later I was out during the war. The sacristan was the head of Falange in Torremolinos; he wore the Falangist uniform, with the arrows and everything else. When he saw me standing there and that I was not in the rows, he stopped the procession and pointing at me, shouted:

"See how the Reds bring up their children."

(*) He was 10 in February 1937

Miguel Escalona Quesada *

À ce moment-là j'avais dix ans. J'habitais dans le collège municipal d'orphelins de Torremolinos, parce que mon père était mort dans un accident quelques années auparavant.

À partir des premiers jours de l'année 37, tous les champs qui se trouvaient autour de Torremolinos, surtout à l'endroit où se situe la Feria actuellement, ont commencé à se remplir de gens qui, avec leurs bêtes, arrivaient de la province de Cadix et de la partie occidentale de Malaga pour fuir les fascistes. Tous les jours nous voyions passer des avions qui sans arrêt bombardaient Malaga. Un jour ils ont bombardé le château d'eau de Torremolinos qui alimentait Malaga. À la fin janvier, craignant que nous soyons pris entre les deux fronts, les autorités, avec l'accord de nos familles, ont évacué tous les enfants de l'orphelinat à Nerja où nous sommes restés plusieurs jours. Nous croyions que cela ne durerait que quelques jours. Mais, peu de temps après a eu lieu la fuite générale de Malaga et depuis Nerja nous avons rejoint les fugitifs. Nous étions quatre-vingts enfants et, sur le trottoir, chacun chargé de ses vêtements et d'un minimum de choses dans un balluchon, nous attendions l'arrivée des autobus du Socorro Rojo qui allaient nous emmener à Almeria. Le nombre de gens qui passaient

était énorme. Les autobus sont arrivés et tout le monde voulait y monter. À ce moment-là, quelqu'un a donné l'alarme et un avion, qui suivait la ligne de la route, a surgi en mitraillant et bombardant à basse altitude. Nous avons été nombreux à sortir en courant pour nous réfugier dans la campagne mais d'autres ont préféré rester dans l'autobus pour garder leur place jusqu'à Almeria. Quand l'avion est parti après avoir fait plusieurs passages durant lesquels il a lancé des bombes incendiaires, nous sommes revenus et nous avons trouvé les autobus en train de brûler: ceux qui étaient restés étaient morts et, sur les quatre-vingts enfants de l'orphelinat nous n'étions plus que dix. Nous n'avons plus rien su de nos camarades et professeurs car la foule était tellement nombreuse que nous n'avons pas pu les retrouver.

Tous les dix nous avons récupéré quelques couvertures comme bagages et, seuls, nous sommes allés à Almeria. Nous avons mis une semaine pour y arriver, et presque toujours à travers champs, loin de la côte car les bateaux n'arrêtaient pas de nous bombarder. Nous avons souffert de la faim, et, la nuit nous dormions dans les fossés qui bordent la route, les uns serrés contre les autres car il faisait un froid humide venant de l'est. En chemin j'ai rencontré Manuel Prieto Lopez un habitant de Torremolinos que je connaissais bien ; je lui ai donné ma couverture car il n'avait rien

pour se protéger et moi, comme j'étais petit, je profitais de celle des autres enfants. Nous avons beaucoup souffert. À mesure que s'avancait la caravane des réfugiés tout s'épuisait peu à peu. La terreur était telle que si on apercevait un corbeau dans le lointain, on en arrivait à penser qu'il s'agissait d'un avion et terrifiés on fuyait. Après plusieurs jours de marche nous n'avions plus de chaussures et nous avançons pieds nus. Je n'ai jamais oublié cette femme qui, blessée par un obus, donnait le sein à son enfant de deux mois en l'étreignant au milieu d'une mare de sang.

Le port de Motril était noir de monde. J'y ai rencontré un parent éloigné et je lui ai demandé des nouvelles de mon frère qui était milicien. Il me dit: "Ne t'inquiète pas, je l'ai vu mais va-t-en vite d'ici".

Nous avons continué notre chemin et un peu plus loin depuis Torrenueva et tenaillés par une faim de loup, nous avons vu comment ils bombardaient le port de Motril.

À Aguadulce, des marins d'un bateau ancré dans le port nous ont pris dans un camion. Nous sommes arrivés à Almeria, nous avons demandé où était le Socorro Rojo et on s'est occupé de nous. Nous avons subi encore une fois un terrible bombardement sur Almeria. Quelques jours après on nous a emmenés en train jusqu'à Barcelone dans un collège de Pedralbes qui s'appelait Francesc Macià. J'ai retrouvé

là de nombreux camarades de Torremolinos. Bien que presque tous les enfants qui comme moi étaient sur le point d'être envoyés en France, quelques professeurs de Malaga qui se trouvaient là me disaient: "Attends. Ne pars pas encore." Et c'est pour cette raison que je suis resté. Mais quand deux ans plus tard a eu lieu la retraite générale de Catalogne, en février aussi, il m'est arrivé la même chose que lors de mon départ de Malaga: nous étions un

groupe de cinq enfants, nous avons beaucoup souffert du froid et de la peur ; ils ont bombardé la maison dans laquelle nous étions réfugiés et nous nous en sommes tirés par miracle ; à nouveau nous avons vu des gens et des animaux morts dans leur fuite ; ils ont fermé la frontière du Perthus et là, tous rassemblés ils ne nous laissaient pas passer.

Quand nous avons pu entrer en France ils nous ont conduits près d'Angoulême dans un Camp de Concentration. Ensuite j'ai vécu avec une famille française qui a contacté la mienne. Je pleurais beaucoup, cela faisait presque trois ans que je n'avais pas vu ma

mère, et bien qu'elle me fit comprendre que les choses n'allaient pas bien du tout, je suis rentré à la maison en août 1939. J'avais alors treize ans.

Mon retour a été un événement: quand je suis arrivé à la boulangerie qui était dans le centre, la moitié du village était derrière moi. Mais Torremolinos n'était que confusion: mon frère était en prison, condamné à mort ; ma mère et mes quatre sœurs avaient été tondues et ils leur avaient fait avaler de l'huile de ricin ; rien que dans la rue Rafael Quintana, à côté de chez moi, ils avaient fusillé dix personnes: c'était des personnes nobles, travailleuses et simples ; ils ont fusillé les trois fils de Maria la Calderona qui ne s'est plus alimentée et qui est morte de peine.

Peu de temps après mon arrivée, les fêtes de Saint Michel ont eu lieu. La procession passait dans la rue et moi je me suis approché pour la voir ; c'était pour moi tout nouveau car d'abord j'avais été à l'orphelinat et ensuite loin du village durant toute la guerre. Le sacristain était le chef de la Phalange de Torremolinos, il portait l'uniforme de phalangiste avec les flèches et tout le reste. Quand il m'a vu planté là et non dans la file, il a arrêté la procession et, en me montrant il dit en criant: "Voyez comment les Rouges éduquent leurs enfants".

(*) Il avait dix ans en 1937



Manuel Muñoz Robles*

En el año 37, cuando dio comienzo la ocupación de Málaga por los ejércitos franquistas, contaba tan sólo doce años. Mi padre, José Muñoz Bonilla, en aquel tiempo, era un panadero que estaba sindicado en UGT, en el gremio de panaderos, del cual ocupaba el cargo de tesorero en Vélez-Málaga. Pudo ser ésta la razón. Probablemente. Pero lo cierto es que las noticias y rumores que llegaban desde Sevilla sobre las detenciones y fusilamientos masivos no hacían presagiar nada bueno para aquellos que tenían algún tipo de filiación ya fuera política o sindical. Mi padre, como tantos otros, intuyó lo que, pasados los días, sería una cruel realidad. Por este motivo, junto a un buen amigo y compañero de trabajo, ante la inminente caída de Vélez, decidieron, en los primeros momentos y para protegerse, alquilar una casa de campo en Río Seco, justo un mes antes de la entrada de las tropas italianas y nacionales, que bajaban desde Ventas de Zafarraya. Ante esta situación decidieron abandonar la casa alquilada y emprender la marcha hacia el exilio. El día 7 de febrero, por la mañana, salimos río abajo hasta llegar a Caleta de Vélez, donde nos integramos en una verdadera riada de gente procedente de Málaga y provincia.

Mi familia -que estaba compuesta por mis padres, tres hermanos (José, de quince años; Remedios, de tres; Carmelina, de siete meses) y yo, que contaba tan sólo

con doce años- hizo todo el trayecto en compañía de su amigo y compañero Manolo González, su mujer, Adelaida, y tres hijos también de corta edad. Una vez en Caleta de Vélez continuamos la marcha hacia Almería en la que nos encontraríamos con lo que iba a ser uno de los mayores crímenes de guerra cometidos en esta contienda fratricida.

La primera parada fue en Nerja. Allí, mi padre y su compañero aprovecharon para comprar un burro, al que pusimos de nombre "Cayetano": estaba equipado con sus arreos y vino muy bien para el largo camino que nos aguardaba. Lo cargaron con algunos de los pocos utensilios que nos acompañaban, mientras en cada serón iba un niño. En Nerja encontramos un hervidero de gente, verdaderas riadas procedentes de otras ciudades y pueblos, de todas las edades. A nosotros se unieron dos conocidos de Vélez que caminaban solos y nos acompañarían también hasta el final.

A la mañana siguiente, día ocho de febrero, más bien temprano, comenzamos nuevamente la marcha: mi padre transportando a mi hermana de tres años sobre sus hombros, mi madre a la pequeña en sus brazos, y los niños mayores, detrás de "Cayetano", cogidos como podíamos a su cola para no extraviarnos. Y, desde ese momento -entrados ya en la carretera de los "Caracolillos"- iba a dar comienzo

nuestro infierno y el de todos los que tuvieron que pasarla. Desde ese día y camino de Almería empezaron los sufrimientos, el miedo y otros padecimientos que no podíamos imaginar: hambre, miseria, sueño, agotamiento... Efectivamente, se vivieron momentos muy críticos: el constante ametrallamiento de la aviación alemana e italiana, los obuses lanzados desde los buques "Canarias", "Balears" y "Cervera", acompañados también por barcos alemanes e italianos que, supuestamente descargaban también su artillería contra la retirada de las fuerzas republicanas en su repliegue, pero que siempre ocasionaban las víctimas entre los refugiados. De esta manera nuestra andadura tenía que hacerse de noche entre miles y miles de refugiados no sólo de Málaga y provincia sino también de Granada, pues éstos pasaron por Vélez procedentes de Loja, Alhama de Granada, Ventas de Zafarraya y otros pueblos de esa provincia.

Algunos momentos del día los aprovechábamos bien para descansar un poco, bien para comer, si es que había algo. Mucha gente agotada descansaba en los mismos bordes de la carretera. Era impresionante. En una ocasión, sería el diez de febrero, mi familia en unión con otros refugiados, aprovecharon un descanso para guisar una comida, pero, cuando ya estábamos preparados para

comer, tuvimos que dejarlo de inmediato por la proximidad de las tropas italianas y moras; todos nos quedamos con esas ganas.

Caminar de noche era lo más seguro, pero resultaba igualmente horrible, pues escuchábamos las llamadas entre padres, madres e hijos para no perder el contacto. A veces, al borde de la carretera, aparecieron algunos comercios de comestibles y calzado abandonados que, en algo, vinieron a paliar nuestras fatigas, pues aprovechábamos para coger algo de alimento y sobre todo de calzado (alpargatas), ya que las ampollas iban apareciendo en los pies.

A la salida de Salobreña, con la carretera a tope de refugiados, empezaron a descargar artillería de nuevo los buques, así como la aviación alemana. Fueron momentos de mucho miedo: en unos minutos desaparecimos de la carretera, casi todos se escondieron entre las cañas de azúcar. En aquella ocasión, mi padre y yo, no recuerdo el porqué, quedamos descolgados del resto de mi familia y de su compañero de viaje, por lo que solamente nos dio tiempo a arrojarnos sobre una parte del camino y, como pudo, mi padre me protegió echándose sobre mí, los brazos por encima y cubriéndome con su cuerpo. Así presenciábamos los ametrallamientos de los aviones y los cañonazos de los buques asesinos. Fue un milagro escapar a ese fuego. Una vez terminada la batida, el horror

y la angustia se hicieron presentes en nuestros ojos y de qué manera ... Salían de entre las cañas muchedumbres despavoridas y desorientadas, gritando, llorando, llamándose unos a otros... Fueron momentos de mucho horror. Al salir nuevamente a la carretera nos encontramos con los primeros muertos, serían unos cuatro o cinco, distantes unos de otros. De esta manera iban pasando las noches. En una de ellas, tuvimos que pasar en fila india entre unas casas, que estaban ardiendo en el mismo borde de la carretera, pues a la derecha teníamos el mar y era imposible pasar en caravana. Otra, entre Almuñécar y Motril, nos encontramos con que el puente sobre el río Guadalfeo lo habían volado al mediodía; por fortuna lo habían reparado de forma provisional aunque muy precaria, (sería el día once o doce). En esta ocasión nos acompañó la suerte y pudimos pasarlo con mucho cuidado, muy despacio y con poca carga. Aquí tuvimos que abandonar a "Cayetano", que tan bien nos había servido en esta primera fase del recorrido. Lo más lamentable fue que media hora después, el puente se desplomó causando multitud de pérdidas humanas. Ya no volvieron a repararlo.

Llegamos a Motril al día siguiente y de qué manera: sólo queríamos descansar en cualquier parte o comer algo. Por fin encontramos un local, abarrotado, pero en

él las dos familias empezamos a preparar comida, con la mala suerte de que, cuando estaba hecha, nuevamente tuvimos que salir huyendo, porque teníamos a los italianos y a los moros pisándonos los talones. En esta zona, posteriormente, las tropas republicanas consiguieron reagruparse y frenar temporalmente el avance de las tropas italianas y moras. Transcurridos unos días llegamos a Adra. Ante nosotros se presentaba una carretera recta e interminable, pero parecía que habíamos dejado atrás lo peor: pues, si durante casi todo el camino habíamos tenido a la derecha el mar y a la izquierda los montes, y del mar nos venían los mortíferos cañonazos de las escuadras facciosas y por detrás la aviación alemana e italiana, a partir de este momento, sentimos ciertos alivios. A veces atravesábamos por los montes para acortar algunos kilómetros y al mismo tiempo resguardarnos de los buques y de la aviación. Incluso veíamos pasar camiones completamente cargados para Almería aunque nos era imposible acceder a alguno de ellos. Así seguimos para Almería atrapados en la desesperación, el dolor, y al mismo tiempo dándole gracias a no sé quién por sobrevivir a esta inmensa tragedia y, en cierto modo, conscientes de nuestra condición de refugiados.

Al fin, sobre el día catorce de este mes de febrero llegamos a Almería al caer

la noche, recibidos, por cierto, con nuevos bombardeos desde el aire y desde el mar. La ciudad estaba llena de refugiados. Ese recibimiento fue la culminación de esa travesía de la muerte.

Una vez más, pasada esa tragedia, jamás podía imaginar a mi corta edad lo que mis ojos veían: gente tirada en las calles, deshecha, agotada, desesperada porque habían perdido familiares, desaparecidos o

muerdos, quién podría saberlo... Especialmente recuerdo la enorme cantidad de niños que deambulaban solos.

(*) Tenía doce años en febrero de 1937

Manuel Muñoz Robles^{*}

In 1937, when Franco's Army started the occupation of Málaga, I was only twelve years old. My father, José Muñoz Bonilla, at that time was a baker who had joined the bakers association within the UGT Union, and he held the post of treasurer in Vélez-Málaga. This might be the reason. Probably. But the truth is that the news and rumours coming from Seville about arrests and massive shootings presaged no good for those who had joined a political party or a union. My father, like so many others, intuited what, some days later, became a cruel reality. For this reason, he decided, together with a good friend and colleague and before the imminent fall of Vélez, to hire a country house in Río Seco for a start and to protect themselves, just a month before the entry of the Italian and national troops coming down from Ventas de Zafarraya. Given this situation, they decided to leave the rented house and to set out to exile. On February 7th, in the

morning, we went downstream to Caleta de Vélez, where we joined a real flood of people coming from Málaga and its province. My family, which consisted of my parents, one brother (José, fifteen years old); and two sisters (Remedios, three years old, and Carmelina, seven months old) and me (only twelve years old) were together with my father's friend and colleague Manolo González, his wife Adelaida and their three children also of young age, during all the way. Once we got to Caleta de Vélez we followed walking towards Almería, where we would find one the biggest war crimes committed during this fratricide battle.

The first stop was in Nerja. There, my father and his friend seized the opportunity to buy a donkey, which we called "Cayetano": it was equipped with its tack and it was very useful for the long way that awaited us. They loaded it with some of the few utensils that we had, while one child was carried in each pannier. In Nerja we found a swarm of people, real floods coming from other cities and towns, of all

ages. Two acquaintances from Vélez, who were walking alone, joined us until the end. The following morning, February 8th, rather early in the morning, we started to walk again: my father carrying my three years old sister on his shoulders, my mother holding the little one in her arms, and the oldest children following "Cayetano" held the donkey's tail as we could in order not to get lost. And from that moment, once we entered the road to "Caracolillos", our hell was to begin, and also the hell of those who had to suffer it. From that day onwards, on the way to Almería, our sufferings, fears and other misfortunes we could not imagine began: hunger, misery, sleepiness, exhaustion.

Indeed, we went through some very critical moments: the constant machine gunning by German and Italian planes, the shells fired from *Canarias*, *Baleares* and *Cervera* vessels, together with German and Italian ships that were supposedly discharging their artillery against the retreating Republican forces, but they

always caused victims among the refugees. Thus, we had to walk at night among thousands and thousands of refugees coming not only from Málaga city and its province but also from Granada, since they passed through Vélez coming from Loja, Alhama de Granada, Ventas de Zafarraya and other towns of that province.

During some moments of the day we seized the opportunity to rest a little or to eat, if there was something to eat. Many exhausted people even rested on the edges of the road. It was amazing. On a certain occasion, it would be February 10th, my family and other refugees prepared a stew while having a rest, but when we were ready to eat we had to leave immediately since the Italian and Moorish troops were approaching us; none of us had the chance to enjoy such stew.

It was safer to walk at night, but it was also horrible, because we heard fathers, mothers and children calling each other in order not to lose their trace. Sometimes, on the edge of the road, there were some abandoned food and shoes shops, and they somewhat alleviated our fatigues, because we seized the opportunity to take some food and specially to take shoes (canvas shoes), since blisters were appearing in our feet.

When we were leaving Salobreña, with the road crowded with refugees, both ships and German planes began to

discharge artillery again. These moments were dreadful: in a few minutes we disappeared from the road and most of us hid among the sugar canes. In that occasion, my father and I—I do not remember why—got lost from the rest of my family and from his journey mate, we only had time to throw ourselves over a part of the road and my father protected me as he could, covering me with his body and placing his arms over me. This is how we witnessed the machine-gunning of the planes and the gunshots of the murderous ships. It was a miracle to escape from that fire. Once the raid was over, an overwhelming horror and anguish appeared again before our eyes... Terrified and disoriented crowds came out from among the canes, shouting, crying, calling each other... Those were horrible moments. When we came back again to the road we found the first dead—they would be four or five—, far from each other. Nights passed this way. One of those nights we had to walk in a single file among some houses which were burning on the very edge of the road, as we had the sea on the right side and it was impossible to go through in a caravan. Another night, between Almuñécar and Motril we found that the bridge over the Guadalfeo River had been blown up at midday; fortunately it had been repaired provisionally, although in a very precarious way, (it would be on

the eleventh or twelfth.) In this occasion we were lucky and we were able to cross it carefully, slowly and with little load. Here, we had to abandon "Cayetano", which was so useful for us in this first stage of the journey. The most regrettable fact was that half an hour later the bridge collapsed, causing many victims. It was never repaired again.

We arrived in Motril the following day in such conditions that we just wanted to rest anywhere or have something to eat. At last we found a crowded place where the two families were able to prepare a meal, but we were unlucky because when it was ready we had to run away again, as the Italians and Moorish were on our heels. Later on, the Republican troops in this area were able to regroup themselves and temporarily stop the advance of the Italian troops and legionnaires.

Some days later we arrived to Adra. In front of us there was a straight and endless road, but it seemed that we had left the worst behind: during most of the journey the sea was on the right side and the mountains on the left, and the deadly gunshots of the factious squads came from the sea and behind the German and Italian aircrafts, but from that moment on we felt a certain relief. Sometimes we crossed the mountains to take a shortcut and at the same time to protect us from the ships and the planes. We even saw how trucks

overloaded with people drove to Almería, although it was impossible to get into any of them. So we continued the way to Almería suffering despair, pain, and at the same time, giving thanks to I don't know who for having survived to this huge tragedy, and somehow, we were aware of our refugee condition.

At last, around February 14th we arrived to Almería at dusk where, by the

way, we were received with more bombardments from the air and the sea. The city was full of refugees. This reception was the culmination of this deadly journey.

Once again, when this tragedy was over, I could never imagine at such a young age what my eyes were seeing: people laying down in the streets, shattered, exhausted, desperate because they had lost their relatives, either disappeared or

dead, who could know it?... I remember specially the huge amount of children wandering around on their own.

(*) He was 12 in February 1937

Manuel Muñoz Robles *

En 1937, lorsque l'occupation de Málaga par les armées franquistes a commencé, j'avais seulement douze ans. Mon père, José Muñoz Bonilla, en ce temps, était un boulanger qui était syndiqué à UGT, dans la corporation des boulangers, où il occupait le poste de trésorier à Vélez-Málaga. Cela a peut-être été la raison. Probablement. Mais il était sûr que les nouvelles et les rumeurs qui arrivaient de Séville au sujet des arrêts et des fusilleries massifs ne présageaient rien de bon pour ceux qui avaient une filiation quelconque, politique ou syndicale. Mon père, comme tant d'autres, a pressenti ce qui, après quelques jours, serait une réalité cruelle. Pour cette raison, avec un bon ami et collègue de travail, face à la chute imminente de Vélez, ils ont décidé, dans

les premiers moments et pour se protéger, de louer une maison de campagne à Río Seco, juste un mois avant l'entrée des troupes italiennes et nationales, qui descendaient en provenance de Ventas de Zafarraya. En vue de cette situation, ils ont décidé d'abandonner la maison louée et de commencer la marche vers l'exile. Le sept février au matin, nous sommes partis en descendant le long de la rivière jusqu'à Caleta de Vélez, où nous avons intégré une véritable ruée de gens provenant de Málaga et de sa province.

Ma famille, qui était formée par mes parents, mes trois frères (José, de quinze ans; Remedios, de trois; Carmelina, de sept mois) et moi, qui avais seulement douze ans, a fait le trajet en compagnie de son ami et camarade Manolo González, sa femme, Adelaida, et leurs trois enfants, d'un jeune âge aussi. Une fois à Caleta de

Vélez, nous avons continué la marche vers Almería, où nous tomberions sur ce qui a été un des plus grands crimes de guerre commis dans ce conflit fratricide.

La première halte a été à Nerja. Là, mon père et son compagnon ont profité pour acheter un âne, qu'on a appelé "Cayetano": il était équipé avec des harnais et il a été très utile pour le long chemin qui nous attendait. Il a été chargé avec quelques uns des ustensiles que nous emportions, tandis que chaque couffe transportait un gamin. À Nerja, nous avons rencontré une fourmilière de gens, des vrais ruées qui provenaient d'autres villes et villages, de tous les âges. Deux connaissances de Vélez, qui marchaient seules, se sont unies à nous et elles nous accompagneraient aussi jusqu'à la fin.

Le lendemain matin, le huit février, assez tôt, nous avons commencé la

marche: mon père transportant ma soeur de trois ans sur ses épaules, ma mère, la petite dans ses bras, et les enfants plus âgés, derrière "Cayetano", accrochés comme on pouvait à sa queue pour ne pas se perdre. Et, à partir de ce moment-là –déjà sur la route des "Caracolillos"– notre enfer, et celui de tous ceux qui durent la passer, allait commencer. Dès ce jour et sur la route d'Almería ont commencé les souffrances, la peur et d'autres épreuves que nous ne pouvions imaginer: faim, misère, sommeil, épuisement...

En effet, on a vécu des moments très critiques: le mitraillage continu de l'aviation allemande et italienne, les obus lancés depuis les bateaux "Balears" et "Cervera", accompagnés aussi par des bateaux allemands et italiens qui, à ce qu'on supposait, déchargeaient aussi leur artillerie contre la retraite des forces républicaines dans leur repli, mais qui faisaient toujours des victimes parmi les réfugiés. De cette façon notre marche devait se faire la nuit, parmi des milliers et des milliers de réfugiés non seulement de Málaga et sa province, mais aussi de Grenade, puisqu'ils sont passés par Vélez en provenance de Loja, Alhama de Granada, Ventas de Zafarraya et d'autres villages de cette province.

Pendant certains moments de la journée, nous profitions pour nous reposer un peu, ou pour manger, s'il y avait quelque

chose. Beaucoup de gens épuisés se reposaient sur les bords mêmes de la route. C'était impressionnant. À une occasion, cela devait être le dix février, ma famille et d'autres réfugiés ont profité d'un repos pour cuisiner un repas, mais, lorsqu'on était prêts à manger, on a dû tout arrêter aussitôt à cause de la proximité des troupes italiennes et marocaines; on est tous restés sur notre faim.

Le plus sûr était de marcher la nuit, mais c'était aussi terrible, puisque on entendait tous les appels entre pères, mères et fils pour ne pas perdre contact. Des fois, au bord de la route, apparaissaient quelques épiceries et magasins de chaussures abandonnés qui ont pallié nos fatigues, puisque nous profitions pour prendre quelques aliments et surtout des chaussures (des espadrilles), car les ampoules commençaient à apparaître sur nos pieds.

À la sortie de Salobreña, avec la route blindée de réfugiés, les bateaux ont commencé de nouveau à décharger l'artillerie, tout comme l'aviation allemande. On a eu très peur: en quelques minutes, nous avions disparu de la route, presque tout le monde s'est caché parmi les cannes à sucre. À cette occasion, mon père et moi, je ne me souviens pas pourquoi, on est restés à l'écart du reste de ma famille et de notre compagnon de voyage, et on n'a donc eu que le temps de nous jeter sur

une partie de la route, et mon père m'a protégé comme il a pu, en se jetant sur moi, les bras par dessus et en me couvrant avec son corps. C'est comme ça qu'on a été témoins des mitraillages des avions et des coups de canon des bateaux assassins. Ça a été un miracle d'échapper à ce feu. Une fois la battue terminée, l'horreur et l'angoisse sont apparus devant nos yeux, et de quelle façon... Parmi les roseaux, des foules épouvantées et désorientées apparaissaient, criant, pleurant, s'appelant les uns aux autres... Ça a été des moments très horribles. En sortant de nouveau à la route, on a trouvé les premiers morts, ils devaient être quatre ou cinq, distants les uns des autres. Les nuits passaient ainsi. L'une d'elles, on a dû passer en file indienne entre des maisons qui brûlaient sur le bord même de la route, puisqu'à droite il y avait la mer et c'était impossible de passer en caravane. Une autre nuit, entre Almuñécar et Motril, on a découvert que le pont sur le fleuve Guadalfeo avait été bombardé à midi; heureusement, il avait été réparé de façon provisoire, bien que très précaire (on devait être le onze ou le douze). Cette fois-ci la chance nous a accompagnés et on a pu le passer en faisant très attention, très lentement et avec peu de poids. On a dû abandonner à ce point "Cayetano", qui nous avait tant bien servi pendant la première partie de notre parcours. Le plus

lamentable, c'est qu'une demie heure après, le pont s'est effondré en causant une multitude de pertes humaines. Il n'a plus été réparé.

On est arrivés à Motril le jour suivant et de quelle manière: on ne voulait que se reposer n'importe où ou bien manger quelque chose. On a enfin trouvé un local, plein à craquer, mais là, les deux familles, on a commencé à préparer à manger, avec tant de malheur que, quand c'était prêt, on a dû fuir à toute vitesse parce que les italiens et les marocains nous marchaient sur les talons. Dans cette zone, plus tard, les troupes républicaines ont réussi à se regrouper et à freiner de façon temporaire l'avancée des troupes italiennes et marocaines.

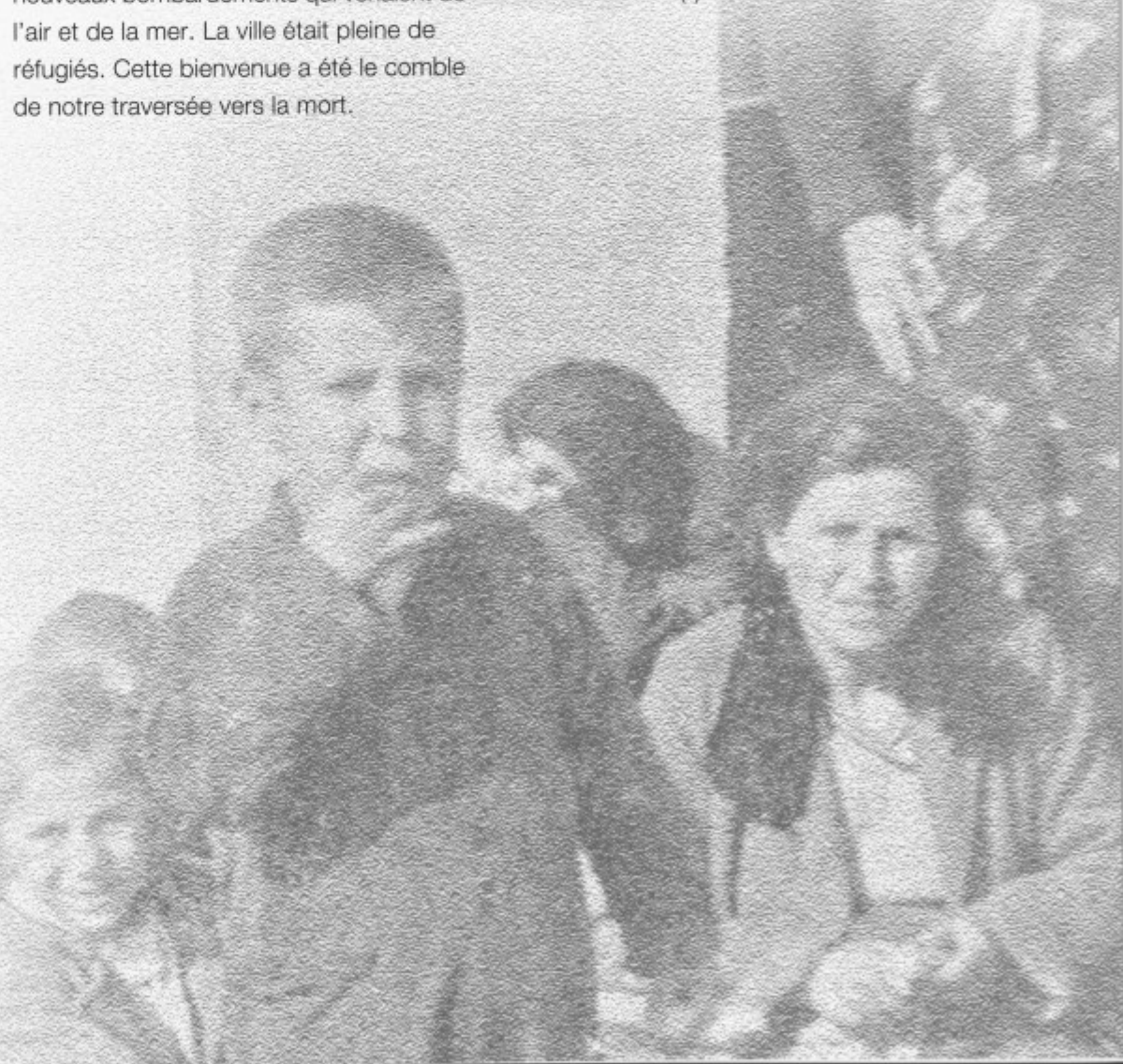
Après quelques jours, on est arrivés à Adra. Devant nous se présentait une route droite et interminable, mais il semblait que nous avions passé le pire, puisque, si pendant toute la route la mer avait été à droite et la montagne à gauche, et de la mer provenaient les coups de canon meurtriers des escadres fascistes et par derrière l'aviation allemande et italienne, à partir de ce moment on a éprouvé une certaine tranquillité. Des fois, on traversait par la montagne pour raccourcir quelques kilomètres et en même temps pour nous protéger des bateaux et de l'aviation. On voyait même passer des camions complètement chargés vers Almería, mais

il était impossible d'accéder à l'un d'eux. On a continué comme ça vers Almería, attrapés par la désespérance, la douleur, et, en même temps, en remerciant je ne sais qui d'avoir survécu à cette immense tragédie et, en quelque sorte, conscients de notre condition de réfugiés.

Finalement, vers le quatorze de ce mois de février, on est arrivés à Almería au tomber de la nuit, reçus, d'ailleurs, par de nouveaux bombardements qui venaient de l'air et de la mer. La ville était pleine de réfugiés. Cette bienvenue a été le comble de notre traversée vers la mort.

Une fois encore, la tragédie passée, je ne pouvais pas imaginer, à mon jeune âge, ce que mes yeux voyaient: des gens jetés dans les rues, effondrés, crevés, désespérés parce qu'ils avaient perdus des familiers, disparus ou morts, qui pouvait le savoir... Je me souviens spécialement de l'énorme quantité d'enfants qui déambulaient seuls.

(*) Il avait dix ans en 1937



Natalia y Maruja Montosa Roa*

Mi padre era de derechas, y durante los siete primeros meses de la Guerra apenas salía de casa por miedo a que lo cogieran. Por eso cuando la gente empezó a irse, él no quería hacerlo. Pero nosotras teníamos mucho miedo, especialmente yo (Natalia) porque decían que iban a entrar en Málaga los moros y que cortaban los senos a las niñas y a las muchachas, y las violaban. También teníamos miedo porque oíamos a Queipo de Llano por la radio que decía: "Malagueños, maricones, ponedle pantalones a la luna..." Además, un vecino nuestro llegó el día 7 diciendo que el Gobierno Civil (la Aduana) estaba cerrado y que había un cartel que decía: "Sálvese quien pueda". Convencimos a mi padre, y salimos.

La huida fue totalmente desorganizada. Íbamos mi padre, mi madre, mi hermano Antonio y nosotras dos; con nosotros también iba una familia vecina nuestra. Salimos el día 7, que era domingo de carnaval, a las diez de la noche, y siempre fuimos andando, hasta que llegamos a Maro el miércoles. La carretera estaba llena de gente, como la calle Larios en ferias o en Semana Santa. Mi padre cada poco llamaba: ¡Natalia!, ¡Antonio!, ¡Maruja!... para que no nos perdiéramos. Una de las noches durmió a nuestro lado un muchacho de Antequera, como de catorce años, que se había perdido de su hermano y de sus padres.

El tren no funcionaba. Pasaban muchos camiones y muchos coches, que no llegaron muy lejos porque se acabó la gasolina. Pero la mayoría de la gente iba andando. Cada uno llevaba lo que más apreciaba: el ajuar, el traje de novia, máquinas de coser...; yo (Natalia) cogí los zapatos blancos (habían costado 13 pesetas) y el vestido celestino de escobón que había estrenado ese día. Luego, mucho más adelante, empezamos a ver muchas cosas abandonadas por la carretera, porque la gente no podía cargar con ellas; nosotras queríamos coger las cosas, pero mi padre no nos dejaba porque pesaban mucho. Nosotras creíamos que en un día de caminata llegaríamos a Almería, pero hasta Maro tardamos dos días y medio. Había muchos milicianos que pasaban con vehículos y ofrecían llevarse a los niños, pero mi padre nunca permitió que nos separáramos.

Nos alimentábamos de azúcar moreno, lechugas y cañadú que mi padre iba cortando. Nos dolían las mandíbulas de tanto masticar... Un día mi padre consiguió un poco de arroz y lo cocinó en una palangana que encontró por allí. Durante todos los días del camino dos barcos nos estuvieron bombardeando. Estaban muy cerca, casi en la orilla. Aunque yo creo que no tiraban a dar; lo hacían para asustar a la gente para detenerla y para que se volviera. Pero murió mucha gente:

no se me olvidará nunca una mujer con un niño pequeño en brazos; habían disparado desde el barco un proyectil, y las piedras que saltaron le dieron a la mujer en la cara: ella quedó muerta con el niño en brazos, al que no le pasó nada... En Torre del Mar nos metieron a mucha gente en un almacén. A mi hermano se le hicieron dos agujeros en los zapatos, y mi padre le compró unas alpargatas.

La última noche, mientras íbamos andando yo vi a lo lejos, detrás de nosotros, muchas luces que antes no había visto; le preguntaba a mi padre, y él me decía: "Calla, y sigue andando". Las luces se acercaban cada vez más. Al día siguiente nos dijeron que eran los italianos, que estaban muy cerca. La mayoría de la gente se escondió en el monte. Desde los tanques disparaban con las ametralladoras a todas partes.

Pasaron los tanques de los italianos, y empezamos a bajar a la carretera. Cuando volvimos a la carretera unos italianos nos dieron azúcar, higos y vino blanco malo. Una mujer escondida en la cuneta había sido aplastada por los tanques.

Ya no tenía sentido seguir adelante, pues ya no podíamos llegar a Almería, porque los nacionales habían conseguido cortar la carretera en Motril. Comenzamos el regreso a Málaga. Por la carretera vimos muchos muertos: entre otros, milicianos

ahorcados, una familia entera (el padre miliciano, la madre y tres niños) con tiros en la cabeza; muchos prefirieron suicidarse y dar muerte a su familia antes que caer en manos de los nacionales. Mi madre tenía las piernas hinchadas y

no podía andar más. Al principio volvíamos andando, pero luego subimos al tren.

Cuando llegamos a Málaga a nosotros no nos pasó nada, pero a mucha gente la encerraron en un barco

que había en el puerto, y a muchos los fusilaron, sobre todo en el cementerio de San Rafael.

(*) Tenían 14 y 13 años
en febrero de 1937

Natalia and Maruja Montosa Roa *

My father had right-wing views, and during the first seven months of the Spanish Civil War he hardly went out from home because he was afraid of being captured. For this reason, when people began to leave, he did not want to do it. But we were very frightened, especially me (Natalia) because it was said that the legionnaires (Moors) were going to enter Málaga and that they would cut girls' breasts and rape them. We were also frightened because we heard General Queipo de Llano saying on the radio: "Málaga's citizens, queers, put trousers to the moon..." Furthermore, on February 7th one of our neighbours came saying that the Civil Government (Customs) was closed and that there was a sign saying: "Every man for himself!" We persuaded our father and went out.

The flight was totally disorganised. My father, my mother, my brother Antonio and both of us went out; a neighbouring family also came with us. We left on the 7th at ten

o'clock p.m., it was Carnival Sunday, and we kept walking until we arrived to Maro on Wednesday. The road was crowded, just like Larios Street during the local fiesta or at Easter. My father called us every now and then: Natalia!, Antonio!, Maruja!... so that we did not get lost. One night, a fourteen-years-old boy from Antequera who had got lost from his parents and his brother slept next to us.

The train did not work. Many trucks and cars passed by, but they did not go far because they eventually ran out of petrol. But most people walked. All carried their most valuable items: the trousseau, the wedding dress, sewing machines...; I (Natalia) took the white shoes (they cost 13 pesetas) and the sky-blue dress I had worn for the first time that day. Then, much further on, we began to see many things left on the road because people could not carry them; we wanted to take these things with us, but my father did not let us take them because they were too heavy. We believed we would arrive to Almería on foot in one day, but it took us two and a half days to get to Maro.

There were many militiamen who passed by in their vehicles and offered themselves to take the children, but my father never allowed that we separated from each other.

We fed ourselves on brown sugar, lettuces and sugar canes that my father cut. Our jaws were hurting because we chewed a lot... One day, my father managed to get some rice and cooked it in a washbasin that he found.

During all the days that we spent on the road, two ships were bombing us. They were very near, almost on the shore. I think that they didn't really want to reach us, they shot to frighten people in order to stop them and make them come back. But many people died: I will never forget a woman with a little child in her arms; a projectile had been shot from the ship, and the stones that blew up hit her on her face: she died with the child in her arms, but the child was unhurt...

In Torre del Mar, many people were put in a warehouse. My brother had two holes in his shoes, and my father bought him a pair of canvas shoes.

The last night, while we were walking, I saw back in the distance many lights that I had not seen before; I asked my father, and he told me: "Be quiet and continue walking." The lights were approaching us closer and closer. The following day we heard that these lights were the Italians who were very near. Most people hid in the mountains. They shot from the tanks with the machine guns to everywhere.

The Italian tanks passed by, and we began to go down to the road. When we came back to the road, some Italians gave

us sugar, figs and a bad white wine. A woman hidden in the ditch had been flattened by the tanks.

There was no point in going ahead, as we could not get to Almería because the nationals had managed to cut the road in Motril. We began our return to Málaga. We saw many dead people on the road, including hanged militiamen, a whole family (the father —a militiaman—, the mother and three children) with shots in their heads; many preferred to commit suicide and kill their families rather than falling into the

Nationals' hands. My mother's legs were inflamed and she could not walk any more. At the beginning we came back walking, but later we got on the train.

When we arrived to Málaga we were lucky because we were not captured, but many people were shut in a ship that was in the harbour, and many of them were executed, above all in San Rafael's cemetery.

(*) They were 14 and 13 in February 1937

Natalia et Maruja Montosa Roa *

Mon père était de droite et pendant les sept premiers mois de la guerre il sortait à peine de la maison car il avait peur qu'on ne l'arrête. C'est pour cette raison que, lorsque les gens ont commencé à partir, lui ne voulait pas en faire autant. Mais nous, nous avions très peur, surtout moi (Nathalie), parce qu'on disait que les arabes allaient entrer à Malaga, qu'ils coupaient les seins aux fillettes et aux jeunes filles et qu'ils les violaient. Nous avions peur aussi car nous entendions Queipo de Llano à la radio qui disait: "Habitants de Malaga, pédés,

mettez des pantalons à la lune...". En plus, un de nos voisins est arrivé le sept en disant que le Gobierno Civil (la Aduana) était fermé et qu'il y avait une affiche sur laquelle était écrit: "sauve qui peut". Nous avons convaincu mon père et nous sommes partis.

La fuite a été totalement désorganisée. Nous étions mon père, ma mère, mon frère Antonio et nous deux. Une famille voisine se trouvait également avec nous. Nous sommes partis le sept, qui était dimanche de Carnaval, à dix heures du soir et, sans nous arrêter, nous sommes arrivés à Maro le mercredi. La route était remplie de monde comme la Rue Larios les jours de Féria de Semaine Sainte. Mon

père à tout instant nous appelait: Natalia, Antonio, Maruja ! Pour que nous ne nous perdions pas. Une nuit, un garçon d'Antequera, âgé de quatorze ans environ, a dormi à côté de nous car il avait perdu son frère et ses parents.

Le train ne marchait pas. Beaucoup de camions et de voitures passaient mais ils ne sont pas allés très loin car il n'y avait plus d'essence. La plupart des gens marchaient à pied. Chacun portait ce qu'il appréciait le plus: le trousseau, la robe de mariée, des machines à coudre... Moi (Natalia) j'avais pris mes chaussures blanches qui avaient coûté treize pesetas et ma robe bleu ciel que j'avais étrennée ce jour-là.

Par la suite, beaucoup plus loin, nous avons commencé à voir de nombreuses choses abandonnées sur la route parce que les gens ne pouvaient plus les porter; ma sœur et moi nous voulions prendre ces choses-là mais mon père s'y opposait car elles étaient trop lourdes; nous croyions qu'en un jour de marche nous arriverions à Almería, mais nous avons mis deux jours et demi pour arriver jusqu'à Maro.

Il y avait beaucoup de miliciens qui passaient sur des véhicules; ils proposaient de porter les enfants mais mon père n'a jamais voulu que nous nous séparions. Nous mangions du sucre brun, des laitues et de la canne à sucre que mon père coupait. Les mâchoires nous faisaient mal tellement nous mastiquions. Un jour mon père s'est procuré un peu de riz et il l'a fait cuire dans une cuvette qu'il a trouvée à l'endroit où nous étions. Tout au long de ces jours de marche deux bateaux n'ont jamais cessé de nous bombarder. Ils étaient tout près, presque au bord de la mer. Cependant je crois qu'ils ne tiraient pas pour tuer; ils le faisaient pour effrayer les gens, pour les arrêter et pour qu'il fassent demi-tour. Mais beaucoup sont morts; je n'oublierai jamais cette femme portant un petit enfant dans ses bras; un projectile avait été tiré depuis le bateau et les éclats de pierre ont atteint la femme en plein visage: elle est morte avec son enfant dans ses bras, et lui s'en est sorti sain et sauf...

A Torre del mar on nous a entassés dans un entrepôt. Comme mon frère avait deux trous dans ses chaussures mon père lui a acheté des espadrilles.

La dernière nuit, alors que nous marchions, j'ai vu dans le lointain, derrière nous, de nombreuses lumières que je n'avais pas vues auparavant; je demandais à mon père ce que c'était et il me répondait: "Tais-toi et continue de marcher." Les lumières s'approchaient de plus en plus. Le jour suivant on nous a dit que c'était les italiens, qu'ils étaient très près. La plupart des gens se sont cachés dans la montagne. Depuis les tanks on tirait à la mitrailleuse dans toutes les directions.

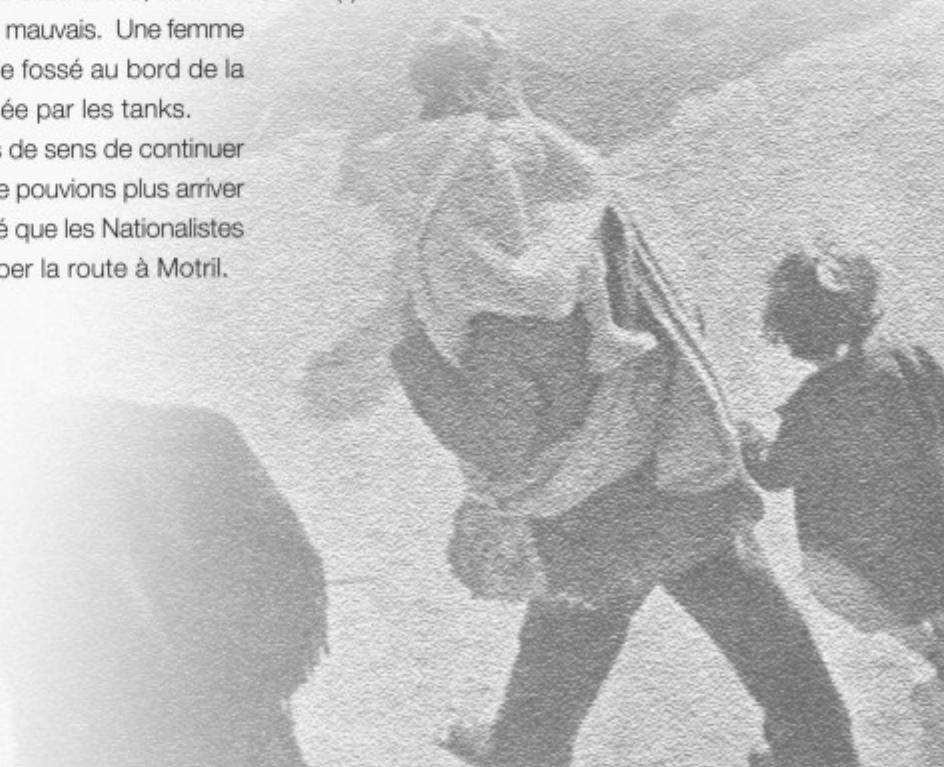
Les tanks des italiens sont passés et nous avons commencé à descendre sur la route. Une fois arrivés sur la route des italiens nous ont donné du sucre, des figues et du vin blanc mauvais. Une femme qui se cachait dans le fossé au bord de la route avait été écrasée par les tanks.

Cela n'avait plus de sens de continuer à avancer car nous ne pouvions plus arriver à Almería étant donné que les Nationalistes avaient réussi à couper la route à Motril.

Nous avons commencé notre retour à Malaga. Sur la route nous avons vu beaucoup de morts: parmi eux des miliciens pendus, une famille entière (le père milicien, la mère et les trois enfants) abattus d'une balle dans la tête; de nombreuses personnes ont préféré se suicider et tuer les membres de leur famille plutôt que de tomber aux mains des Nationalistes. Ma mère avait les jambes enflées et ne pouvait plus marcher. Au début nous sommes revenus à pied mais par la suite nous avons pris le train.

Quand nous sommes arrivés à Malaga, à nous il ne nous est rien arrivé mais de nombreuses personnes ont été enfermées dans un bateau qui était dans le port, nombreuses celles qui ont été fusillées surtout dans le cimetière de San Rafael.

(*) Elles avaient 14 et 13 ans en 1937



Ángeles Vázquez*

Mi padre se fue al Sindicato para ver si conseguía un camión. Antes nos dijo que lo tuviéramos todo preparado. Mi padre llegó al fin con el camión. Así que cargamos en él nuestras cosas, que eran ropas, colchones y cacharros de cocina; la ropa que estaba al sol aún mojada, la envolvió mi madre. Cuando salimos a la calle, vimos mucha gente que caminaba hacia El Palo, cantidad de gente. Preguntamos qué pasaba y dijeron que estaban atacando Málaga, que estaban en las afueras. Aquello nos hizo darnos más prisa. Subimos por fin al camión y emprendimos la marcha. No íbamos nosotros solos: iban varias personas más, que lo llenábamos. Por las calles que atravesamos seguía la afluencia de gente que caminaba hacia las afueras. Yo pensé que habíamos tenido suerte al tener el camión, pero poco nos iba a durar.

Llegamos a la salida de Málaga para enfilar la carretera de Almería cuando nos salió un grupo de carabineros que hicieron parar el camión y nos ordenaron bajar. El chófer discutió con ellos, pero le dijeron que nada, que el camión lo necesitaban para ir al frente, que nosotros siguiéramos a pie, que más adelante habían puesto autobuses para evacuar a todo el mundo. Así que todos al suelo y con nosotros nuestras pertenencias. Ellos subieron al camión y se fueron, pero hacia adelante, hacia Almería, no hacia atrás, que era donde estaba la lucha. Y allí nos dejaron, rodeados de

paquetes y bultos y muertos de pena y desolación. ¿Qué hacíamos? Había que seguir, no podíamos volver, Málaga estaba amenazada de muerte.

Había que continuar andando en busca de esos autobuses que nos habían dicho, pero lo que no podíamos llevar con nosotros era el equipaje, la ropa toda, sábanas, mantas, colchones... Allí quedaron en el suelo a las afueras de Málaga, las pocas cosas que nos quedaban. No todo, mi madre nos distribuyó alguna ropa a cada uno. A mí me dio un canasto lleno de platos y cosas de cocina y un lío de ropa mojada, que me puso en la cabeza; así, con estas dos cosas que pesaban como demonios, emprendimos nuestra marcha, todos cargados menos mis dos hermanos pequeños. Caminamos junto con mucha gente. Pasaba el tiempo y los dichosos autobuses no los veíamos. Aquello que llevaba me pesaba horrores, la ropa en la cabeza me la estaba mojando y aplastándomela y el asa del canasto, con el peso que tenía, me cortaba el brazo; me lo cambiaba de uno a otro, pero aquello iba de mal en peor. No sé cuantos kilómetros anduvimos. Yo les decía a mis padres que no podía más; ellos me contestaban que aguantara un poco más, que no tardaríamos en llegar a los autobuses. ¡Pobres padres míos! Ellos también fueron engañados. ¡No había autobuses ni nada! Andábamos, andábamos sin poder con la carga. Yo no podía.

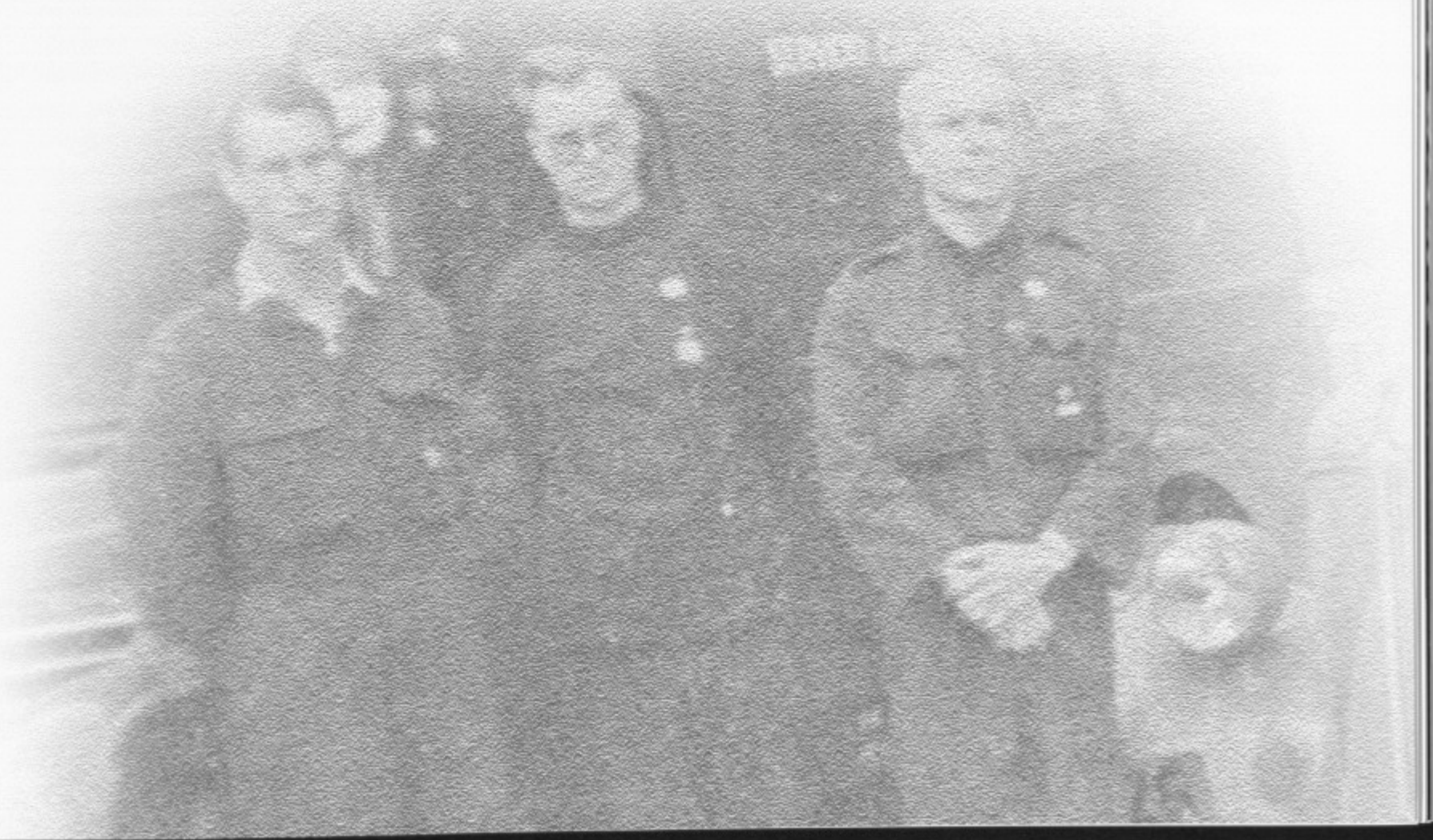
Después de mucho caminar, se dieron cuenta de que no había tales autobuses, que sólo teníamos la carretera para ir. Así que, en un momento en que nos sentamos a descansar en unos pretilos, yo ladeé un poco la cabeza y cayó la ropa mojada al otro lado. Allí se quedó, era imposible continuar con ella. El canasto lo conservé aún, yo no sé para qué. Quizás guardábamos una esperanza de ayuda, que se iba desvaneciendo a medida que andábamos, pues sólo encontramos gente huyendo como nosotros: familias enteras, algunos llorando, otros serios, tristes, desesperados como nosotros. El canasto no sé cuando lo dejé, ya no podía más. Sólo tenía ganas de llorar. ¿Adónde iba esta caravana de gente desesperada, cansada, hambrienta, sacando fuerzas para continuar? Mis pobres hermanos pequeños andaban y andaban sin decir nada, sin pedir nada de comer y debían de estar hambrientos. A pesar de su edad, se daban cuenta de lo que estábamos pasando y caminaban cogidos de la mano de uno o de otro, callados, mi hermano con tres años y mi hermana con siete. Lo único que podíamos decir es que caminábamos tranquilos. Aún no nos azuzaban. Así pasamos Torre del Mar. Pero todo cambió cuando íbamos llegando a Nerja. Poco antes de llegar, empezó un cañoneo de los barcos. Todos corrimos a los cañaverales a refugiarnos. Los obuses silbaban sobre

nuestras cabezas e iban a estrellarse en las montañas de enfrente. Los barcos estaban disparando casi desde la playa; yo creo que esto fue lo que nos salvó a muchos, pues estábamos más bajos. Permanecimos allí mucho tiempo, pero aquello no terminaba y, para colmo, empezó a caer una lluvia torrencial, como pasa muchas veces en Andalucía. Nos pusimos caladitos, goteábamos agua por todas partes. Cuando ya nos dejaron tranquilos, aunque salió el sol, estábamos ateridos de frío, con las ropas mojadas.

Así continuamos la marcha y entramos en Nerja.

La carretera iba llena. Mientras fue de día, todo iba bien, nos veíamos unos a otros y las familias íbamos juntas. Una marcha penosa, pues los pies no nos respondían, teníamos ya vejigas y eran muy dolorosas. Yo, además, me puse con la regla. Esto empeoraba mi marcha, pues al no poder asearme ni cambiarme, estaba muy molesta. Así continuamos todo el día. La carretera era una riada de gente, unos pegados a otros como en una

manifestación, las madres y los padres con los niños pequeños en brazos. Ya nadie llevaba bultos ni maletas, todos los habíamos ido dejando en el camino. Los niños lloraban, los padres ya no tenían fuerzas ni para consolarlos. Así llegó la noche y lo peor, pues al ser tantos miles en la oscuridad no nos veíamos, y el miedo se apoderó de todos. Entonces fue un griterío infernal, todos nos llamábamos para saber que íbamos al lado. Así las voces de unos ahogaban las de los otros y los gritos de alguien a quien no le respondían los



suyos a su llamada. Yo no podía andar más, las vejigas de los pies se me habían reventado. Me sentía los pies mojados, me escocían tanto que lloraba de dolor, apenas podía andar. Creo que fui la más débil de todos los míos. Llorando, llamaba a mis padres, y éstos me contestaban:

-Vamos aquí, hija.

Yo hacía un esfuerzo para estar junto a ellos y les pedía que nos sentáramos un poco, pero me decían:

-¡Sigue! Ya nos sentaremos.

De noche era cuando mejor se podía andar, pues los barcos y los aviones nos dejaban tranquilos. Durante el día, desde por la mañana temprano ya empezaban, primero los barcos. Pero éstos me daban menos miedo, pues no recuerdo que tiraran a la carretera directamente. Si disparaban hacia donde íbamos, nos tirábamos al suelo y los obuses silbaban por encima de nosotros. Con los aviones, no. Estos venían a por nosotros y tan pronto estaban en un lado como en otro. Venían muchos, bombardeaban y nos ametrallaban. Supongo que estos aviadores se sentirían muy orgullosos de su valentía: atacaban a un enemigo muy peligroso, un enemigo de mujeres y niños en su mayoría. Además nos podían atacar a mansalva, pues estaban solos. Yo no sé a quien odiaba más en aquellos momentos, si a aquéllos que nos masacraban o a los que nos estaban dejando masacrar, sin venir en nuestra ayuda. Pero,

¿es que no había ningún barco que viniera a impedir la acción de aquéllos? ¿Es que no había aviones-caza que atacaran a los que nos bombardeaban? ¿Es que no había camiones que vinieran a recogernos? Aún estaba casi toda España en manos del Gobierno, no era el caos final que fue luego. ¿Cómo no organizaron aquello? Pues no fue un día sólo; fueron ocho para nosotros; para otros, muchos más, suficientes para reaccionar... Los odié a todos y les deseé que se encontraran en igual situación. De aquella chiquilla alegre que yo era, llena de sueños y de ilusiones, no quedaba nada. Y les odié con todas mis fuerzas por aquello y por haberme hecho dura e insensible, pues al ver los muertos destrozados, sólo pensaba: "menos mal que me he librado yo". Y pasaba a su lado casi sin horrorizarme.

Caminaba muy despacio. Sólo tenía ganas de dejarme caer al suelo y descansar y dormir. Seguía el griterío y era tal, que había que estar muy cerca para reconocer la voz de los tuyos. No se veía casi nada, sólo la silueta de una masa negra. Yo seguía llamando a mi madre. Iba detrás de ellos y de mis hermanas. Mis padres llevaban a mis hermanos más pequeños de la mano o en brazos. Yo tenía los pies llenos de llagas. No sé si en un momento tardé en hacer la llamada: lo cierto es que cuando la hice no obtuve respuesta. Grité con todas mis fuerzas y nada. Ninguno de los míos me contestaba. Empecé a llorar,

llamándolos. Estaba aterrorizada. No tenía fuerzas para continuar y me había perdido... Lloraba desconsoladamente sin parar de andar, sacando fuerzas de donde no las tenía y llamando entre mi llanto a los míos. Pero nada. Ninguna respuesta. Sólo los gritos de los demás llamándose, indiferentes a mi desesperación, cada uno a lo suyo. De todas formas, poco podíamos hacer los unos por los otros. Todos estábamos en igual situación; así y todo alguien a mi lado, un hombre, me dijo que me apoyara en su brazo, que me ayudaría a andar. Así lo hice. Aquello sólo me ayudaba a mantenerme en pie, pues los pies me seguían torturando y, aunque quería darme prisa por si alcanzaba a mis padres, no podía. Aquel hombre tuvo mucha paciencia, pues tenía que ir a mi paso. Ni siquiera supe su nombre. Todo mi pensamiento estaba centrado en encontrar a mis padres. Ya empezaba a amanecer y como quiera que ya no podía más, me senté al lado de la carretera. Él se sentó también y allí amaneció casi del todo. Entonces el hombre dijo que él no seguía por la carretera, que se iba por las montañas, que cortaría camino y evitaría los bombardeos. Me propuso continuar con él. Yo le dije que no, que yendo por la carretera podría quizás encontrar a mis padres. Además, si me resultaba tan penoso andar por la carretera, por la montaña sería peor aún. Entonces se despidió de mí, yo le di las gracias por su ayuda y se fue. Me volví a encontrar sola.

Ya no lloraba. Andaba casi arrastrando los pies. Ya no había tanta gente por la carretera, todos iban más deprisa. Así seguí algún tiempo, pero no podía más, los pies me dolían para dar gritos. ¡Y me rendí! Me senté en una piedra al lado de la carretera, en una curva saliente hacia el mar, y allí me quedé a lo que fuera, resignada a todo, siempre pensando en lo peor. La gente seguía pasando cada vez menos y llegó un momento que ya no pasaba nadie. Yo seguía sentada allí, oyendo explosiones de la parte de Málaga y tiroteo. Pensaba que no sólo había caído Málaga sino que la habían rebasado, pues el tiroteo se oía claro, no muy lejos.

Me entró otra vez el miedo a que me cogieran y me puse de pie para tratar de andar. ¡Imposible! No valía la pena dar más pasos, no iba a poder continuar. Me volví a sentar y empecé a llorar de miedo y más aún al verme allí sola. No se veía un alma ya por la carretera. Estuve mucho tiempo así: veía los barcos frente a mí, que se disponían a cañonear. No puedo explicar todo lo que sentía en esos momentos y si sentía siquiera ya nada. Era como si estuviera muerta. Los barcos empezaron el cañoneo. No me moví, no merecía la pena luchar más por sobrevivir...

Me abracé a mis piernas, eché la cabeza sobre mis rodillas, achicándome lo más posible, como si quisiera desaparecer. Pensaba: ¡Mamá, papá! ¿Dónde estáis?

¡Me van a matar, voy a morir! ¿Cómo puede pasarme esto a mí, cómo he podido llegar a esta situación? ¿Por qué yo, por qué yo? Los pensamientos se me agolpaban. Os podéis hacer idea de esta niña tan ingenua, tan ilusa, tan soñadora, verse en una realidad tan cruel, tan horrible, tan inhumana, sin comprender todo aquello y sin querer morir. Sobre todo sin querer morir. Y sintiendo la muerte de cerca, en la soledad, en la terrible soledad en que estaba, sin poder dar un paso más, sin poder luchar por mi vida, allí abandonada de todos, sin fuerzas. Mi llanto era de impotencia y de pena. Ahora, cuando lo pienso y recuerdo aquellos momentos, me echo a llorar. ¡Una chiquilla tan llena de ilusiones, tan llena de querer hacer cosas, de vivir, de disfrutar de la vida! Me encontraba allí, sola, esperando lo peor, horrorizada al pensar en lo que me iba a pasar, viendo cómo se acercaban. Podía ver el humo de los disparos. Ya estaban cerca. ¿Qué harían de mí? ¿Dolería mucho la muerte? ¿Me torturarían, me violarían antes de matarme?... ¡Cuántas, cuantísimas cosas pensaba sin querer pensar! ¡Qué soledad, qué soledad más grande, qué desolación, qué desolación más grande! ¿Os imagináis a una chiquilla tan ingenua, tan ilusa, enfrentándose a su muerte? Esa era yo. Tantas, tantísimas cosas pasaron por mi mente, menos la de salvar mi vida, allí acurrucada a mis piernas, hasta casi

hacerme daño. Esperaba, esperaba desconsolada y aterrorizada mi fin... No sé cuánto tiempo estuve así, mientras a mi izquierda, hacia Motril, se oía el cañoneo de los barcos y, a mi derecha, los tiros, cuyo humo incluso podía ver. Y yo en medio, sola, impotente, pensando en lo que me esperaba y sin poder hacer nada por tratar de evitarlo. Mis pobres pies me habían condenado y no tenía escapatoria posible. Llegué incluso a desear que cuanto antes mejor, así terminaría el sufrimiento de aquel calvario...

Así estaba cuando, de pronto, oí a mi derecha sobre la carretera que no podía ver (ya digo que estaba en una curva saliente hacia el mar) el trote de un caballo. Se me heló la sangre. ¡Ya estaban allí! Los cascos del caballo golpeando la carretera me golpeaban en las sienes, el corazón me latía más fuerte que aquellos cascos, las piernas y los brazos me dolían de la fuerza con que los oprimía. ¡Nunca podré describir todo lo que sentí! Hasta que el caballo se paró ante mí, no levanté la cabeza. No quería ver a mi verdugo. Sólo al oír una voz que me decía:

-Pero, ¿qué haces aquí sola, chiquilla?

Entonces la levanté y le miré. Al pronto, no creía ver lo que estaba viendo. ¡No era un enemigo, era uno de los nuestros! Casi sin poder hablar y llorando a torrentes, le dije lo que me pasaba, que me había perdido de mis padres y que tenía los pies

lentos de llagas y no podía andar. Entonces él me dijo:

-¡Sube a mi caballo y vámonos pronto, que ya están muy cerca!

Yo, casi como en un sueño, me subí como pude a la piedra y, con su ayuda, subí al caballo. Si yo creyera en los milagros, pensaría que aquél fue uno. ¿Cómo era posible que aquel soldado solo viniera de la parte del frente? Lo normal habría sido que viniera con su batallón, en retirada quizás. Pero ¿solo? Cuando ya no pasaba nadie, aquel soldado y su caballo vinieron a salvarme a mí, porque si hubiera venido a pie, no habría podido. El cañoneo seguía y, entonces, me dijo:

-No podemos guarecernos; no hay tiempo que perder, pues los fascistas están muy cerca.

Yo le contesté que no me importaba, que mientras más pronto nos alejáramos mejor. Poco a poco, me fui haciendo a la idea que podía salvarme, que no me cogerían. Y mi alegría fue tan grande que no pensé siquiera que podíamos morir destrozados por un obús. Sólo quería que corriera. Íbamos casi al galope, yo agarrada con fuerza a su cintura, a aquel ángel de la guarda que me había llovido del cielo. Y me volvieron las ganas de luchar otra vez por mi vida, con más fuerza que nunca. Yo, que no podía sostenerme sobre mis pies tan doloridos, iba casi volando al galope de aquel caballo. No se podía pedir más. Dentro

de tanto dolor y tanto sufrimiento, pensé:

-¡Qué suerte la mía!

Y es que el destino de las personas es imprevisible: pasé del abatimiento total, de la resignación absoluta a morir a la euforia más optimista. Y eso que aún quedaba mucho camino, muchos bombardeos y cañoneos. Pero mi optimismo natural renació en mí, como siempre. Luchar, luchar sin tregua para sobrevivir.

El muchacho me contó que se había perdido de su batallón, que se fue por las montañas y que se reuniría en Motril con su batallón, como así habían quedado si esto sucedía. De ahí su retraso. Yo le dije que cuando encontrara a mis padres, me iría con ellos. Era mi obsesión, sin pensar que no podría andar. Íbamos a galope tendido y, al fin, empezamos a alcanzar a los últimos de la caravana. El cañoneo era mucho detrás de nosotros. Esto nos dejaba el camino para correr. Ya nos habíamos metido en medio de la gente, cuando llegaron los aviones. De éstos no se podía escapar, había que tirarse al suelo.

Recuerdo que había un río. Este río, creo, se llama Guadalfeo e hizo honor a su nombre. Las cosas fueron muy feas para muchos desgraciados. Él no tuvo culpa, pues discurría tranquilo por su cauce. Es por eso que me extrañé tanto cuando supe que habían muerto tantas criaturas en él. Pero fueron los aviones los que bombardearon la presa y ésta, al romperse,

se llevó a todos los que estaban atravesándolo en ese momento y no tuvieron tiempo de llegar a la otra orilla ni retroceder. La riada se los llevó, agotados además como estaban por la larga marcha de varios días. Las escenas que nos contaron fueron espeluznantes: familias enteras perecieron y, lo que es peor aún, miembros de algunas, mientras los que quedaban enloquecían de dolor.

Teníamos que atravesar el río porque el puente estaba destrozado. Buscando un sitio por donde pudiéramos pasarlo, llegaron los aviones, nos echamos al suelo y nos refugiábamos en los cañaverales de la orilla. Éramos cientos allí agazapados.

Cuando pasó el bombardeo, continuamos galopando. Llegamos a Motril al atardecer, sin haber encontrado a mis padres. Fuimos a una posada donde estaban los compañeros del soldado. Allí había también una muchacha de mi edad, hija de uno de los militares. Nos dieron algo de cenar, pero yo no comí. Seguía sin ganas. Después de la cena, el capitán me dijo que él se iba en su coche para Almería, que si quería podía ir también. La otra muchacha se iba en el coche, su padre así se lo dijo, pero yo le contesté que no, que lo que quería era encontrar a mis padres y si me iba en coche, no los encontraría. Me respondió que hiciera lo que quisiera, pero que si no podía andar ¿qué iba a hacer cuando los encontrara? No lo sabía, pero

yo tenía que encontrarlos vivos. Quería saber que no les había pasado nada, que estaban vivos. Así que me quedé. Pasamos la noche en aquella posada en el comedor, en el suelo. Dormimos la otra muchacha y yo juntas. Al amanecer, se fue en el coche con el capitán y varios más. Yo continué a caballo. Todos los demás soldados se

portaban muy bien conmigo y cambiaba de un caballo a otro de vez en cuando para no cansarles con el peso de dos personas.

Así continuamos hasta que no sé a cuantos kilómetros de Motril, di un grito que me lastimó la garganta:

- ¡Mis padres, mis padres!

Allí estaban. Sentados en uno de los

quitamiedos de la carretera. Salté del caballo y, llorando de alegría, me abracé a ellos. ¡Estaban vivos, estaban vivos! Ellos lloraban también.

(*) Tenía 13 años en febrero de 1937

Ángeles Vázquez^{*}

My father went to the Union to try to get a truck. Before leaving, he told us that we should have everything ready. At last, my father arrived with the truck, so we loaded it with our belongings, clothes, mattresses and kitchen utensils; my mother wrapped the clothes that were still wet under the sun. When we went out to the street, we saw many people who walked towards El Palo, lots of people. We asked what was happening and they told us that Málaga was being attacked, that they were in the outskirts. For this reason, we hurried up. We got into the truck and set off. We were not alone: some more people came with us, we filled it. The flow of people walking towards the outskirts was still in the streets we were crossing. I thought we had been lucky to have the truck, but our luck wouldn't last for long.

We had arrived to the outskirts of Málaga to take the road to Almería when a group of customs officers made us stop the truck and ordered us to get out. The driver argued with them, but they told him that they needed the truck to go to the front, and that we should follow on foot, and that there were some buses further on to evacuate everybody. Therefore, we had to get out and take our belongings with us.

They got into the truck and left, but forwards, towards Almería, instead of backwards where the fight was. And they left us there, surrounded by parcels and luggage, broken-hearted and devastated. What could we do? We had to go on, we could not come back, and Málaga was threatened by death.

We had to follow walking and look for those buses that they had told us, but what we could not carry was the luggage, all the clothes, sheets, blankets, mattresses... We left the few things that we had by then on

the ground in the outskirts of Málaga. But not everything, as my mother gave some clothes to each of us. I was given a basket full of dishes and kitchen utensils and some wet clothes that she put on my head; so with these two things that were too heavy we set off, all of us loaded except my two youngest brothers. We walked along with many people. Time passed by and we did not see the damned buses. Those things I was carrying were too heavy, the clothes on my head were wetting and crushing it, and the handle of the basket was so heavy that it was badly hurting my arm; I kept changing the basket from one arm to the other one, but this went from bad to worse. I do not know how many kilometres we walked. I told my parents that I could not stand it any more; they answered me that I had to hold on a bit longer, that we would arrive soon to the buses. Poor my parents!

They were also deceived. There were no buses at all! We walked and walked but

we could not carry the load any more. I was exhausted.

After a long walk, they realised there weren't such buses, and that we only had the road to go on. Therefore, when we sat on some parapets to have a rest, I leant my head a little bit and the wet clothes fell to the other side. I left the clothes there, it was impossible to go on with them. But I kept the basket, I do not know why. Maybe we had a hope of help, which was vanishing as we walked, for we only found people running away: whole families, some of them crying, other serious, sad, despair people

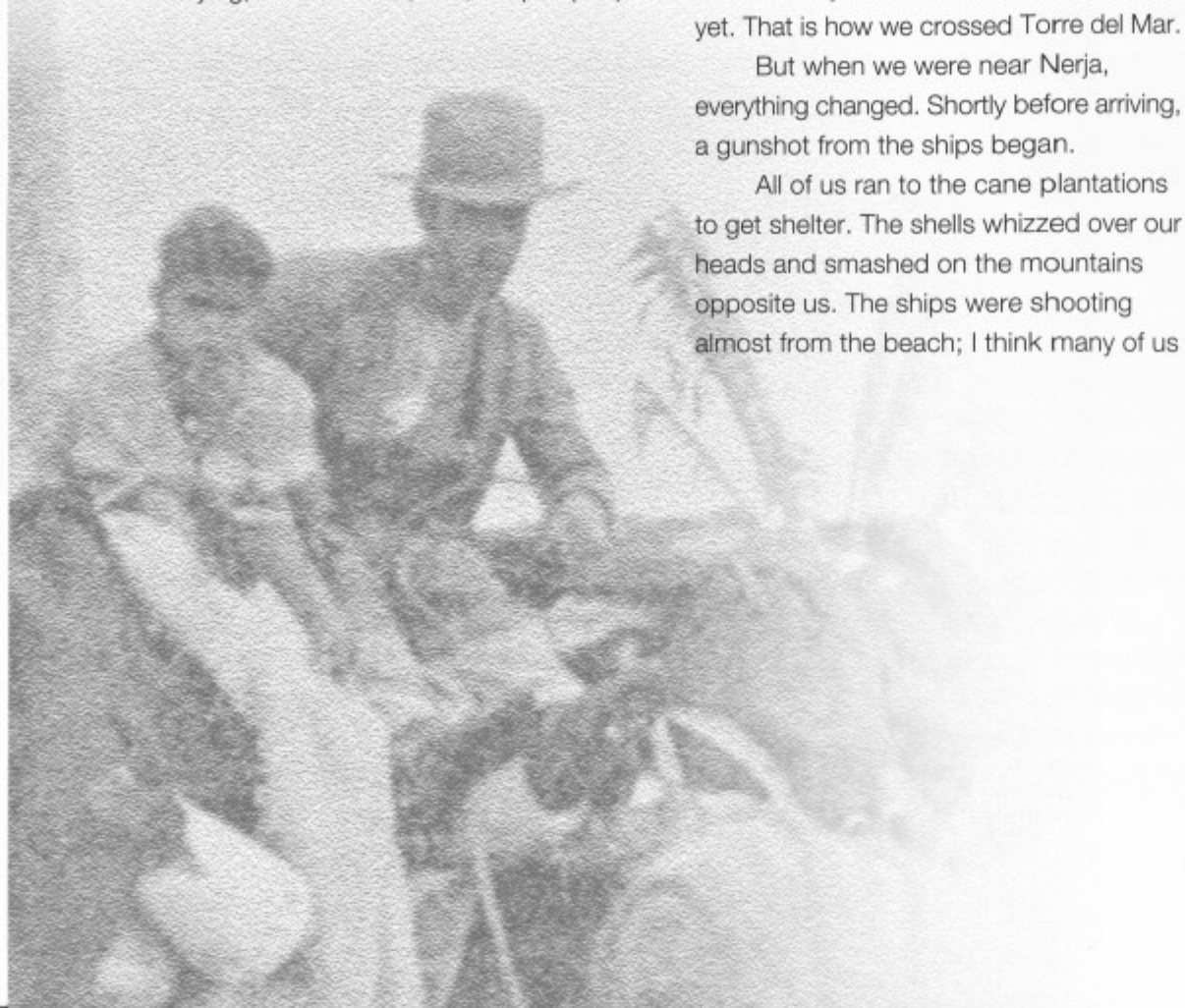
like us. I do not know when I left the basket; I could not stand any more. I only felt like crying. Where was this caravan of despair, exhausted and hungry people going? How did these people find the energy to follow? My poor youngest brothers walked and walked without saying a word, without asking for food, and they were probably hungry. In spite of their age, they were aware of the situation and they walked hand in hand, quiet, both my three-years-old brother and my seven-years-old sister. The only thing we could say is that we walked calmed. They had not caused us any trouble yet. That is how we crossed Torre del Mar.

But when we were near Nerja, everything changed. Shortly before arriving, a gunshot from the ships began.

All of us ran to the cane plantations to get shelter. The shells whizzed over our heads and smashed on the mountains opposite us. The ships were shooting almost from the beach; I think many of us

survived because of it, because we were in a lower location. We stayed there for a long time, but it did not finish, and to top it all, a torrential rain broke out, as usual in Andalusia. We were soaking, we were dripping water from all over. When they left us alone, although the sun had come out, we were freezing and our clothes were wet. That is how we followed our way and entered Nerja.

The road was crowded. During the day, everything was all right; we saw each other and families walked together. A painful walk, because our feet could not stand any more, and we had painful blisters on them. Furthermore, I had the menstruation and this worsened my walk, since I could not wash myself nor get changed, and I felt very uncomfortable. We continued like this all along the day. The road was flooding with people close to each other like in a demonstration, parents with their little children in their arms. By then nobody carried bags nor cases, as all of us had left them on the road. Children cried, parents didn't even have energy to comfort them. When the night fell the worst was to come—since we were thousands and thousands in the dark, we could not see each other and we were seized by fear. Then, a dreadful shouting followed, all of us called each other to know if we were together. Some people's shouts stifled other people's and the shouts of those who did not find



an answer when calling their relatives. I could not walk any more, the blisters on my feet had burst out. I felt my feet wet, they were so sore that I cried of pain, I could hardly walk. I think I was the weakest of my family. I cried calling my parents, and they answered me:

-We are here, my daughter.

I was making an effort to be next to them and I asked them to sit for a while, but they told me:

- Go on! We will sit down later.

The best time to walk was at night, because the ships and planes left us alone. During the day, from the early morning, the first ships began to shoot us. But we were less afraid of ships, because I remember that they did not shoot directly to the road. Whenever they shot towards our way, we threw ourselves on the ground and the shells whizzed over us. The situation was different with the planes. They came for us and at a given moment they were on one side and suddenly they were on the other one. Many planes came to bomb and machine gun us. I guess these air force pilots felt very proud of their bravery: they attacked a very dangerous enemy, an enemy formed especially by women and children. Furthermore, they could attack us at close range because they were alone. I do not know whom I hated more at those moments: those people who massacred us or those who were allowing that we were

massacred without helping us. But was not there any ship that could come to stop the planes from acting? Were not there any fighter planes to attack those who were bombing us? Were not there trucks to pick us up? Most of Spain was still in the Government's hands, this was not the final chaos that happened later. Why was not it organized? Because it was not only one day; it took us eight days, many more to others, enough to react... I hated all of them and I wished them the same situation. There was nothing left from the lively girl I used to be, with lots of dreams and illusions. And I hated them with all my might for that and for having made a hard and insensitive girl of me, because when I saw the wrecked corpses I just thought: "It's a good job that I have escaped from that." And I passed next to them almost without feeling horrified. I walked very slowly. I only felt like dropping on the ground, resting and sleeping. The shouting continued and it was so strong that you had to be very close by to recognise your relatives' voice. I could hardly see; I just saw the shape of a dark masse. I kept calling my mother. I walked behind them and my sisters. My parents carried my youngest brothers on their arms.

My feet were full of sores. I do not know if it took me long to call them, but the thing is that when I did I got no answer. I shouted with all my might, but nothing happened. None of my relatives answered

me. I began to cry, calling them. I was terrified. I did not have energy to follow and I got lost... I cried inconsolably without stopping walking, finding the energy that I did not have and crying and calling my family. But nothing happened. No answer. I only heard other people's shouts, indifferent to my desperation, everyone doing his own thing. Anyway, we could do little for each other. All of us were in the same situation; even so, a man who was next to me told me to lean on his arm so he could help me to walk. I did so. This only helped me to stand, because my feet followed torturing me, and although I wanted to hurry up in order to reach my parents, I could not stand any more. That man was very patient because he had to keep pace with me. I did not even know his name. All my thoughts were focused on finding my parents. The day began to break and as I could not stand any more, I sat next to the road. He sat down too and it was almost dawn. Then, this man said that he would not stay on the road, that he would cross the mountains because it was shorter and he would avoid the bombardments. He proposed me to follow with him. But I answered him that I preferred staying by the road because maybe I could find my parents. Furthermore, if it was already hard for me to walk on the road it would be even worse in the mountains. Then, he said goodbye to me, and I thanked

him for his help and he left. I was alone again.

I did not cry any more. I walked almost dragging my feet. At that time there were not so many people on the road, everybody walked in a hurry. I kept on like this a little longer but I could not stand any more, I almost screamed with the pain in my feet. I surrendered! I sat down on a stone next to the road, in a bend above the sea, and there I stayed, resigning myself to all, thinking the worse. Less and less people passed by, until nobody else passed. I kept sitting there, hearing explosions and shots coming from Málaga. I thought that not only Málaga had fallen, but also it had been overtaken because the shots were clearly heard not very far away.

I was again afraid of being captured so I stood up and tried to walk. Impossible! It was not worth following walking, I could not continue. I sat down again and began to cry with fear and even more when I noticed I was there alone. There was not a living soul on the road. I stayed like this for a long time, seeing the ships opposite me ready to shoot. I cannot explain what I felt at those moments, I did not even know if I felt something. It was as if I was dead. Ships began the gunfire. I did not move, it was not worth fighting for surviving any more...

I held my legs, leant my head on my knees, shrinking myself as much as possible, as if to disappear. I thought: Mum, dad!

Where are you? They are going to kill me, I am going to die! How can this happen to me? How have I got to this point? Why me, Why me?

Lots of thoughts filled my head. Can you imagine such a naïve, gullible, dreamy girl in such a cruel, horrible, inhuman reality, without understanding all that and fearing to die? Above all, fearing to die. And I felt death so close, in my loneliness, in the terrible loneliness I felt, without being able to take one more step forward, without being able to fight for my life, abandoned by all, exhausted. I cried helplessly and sadly. Now, when I think about it and remember those moments, I begin to cry. A girl filled with illusions, wishing to do lots of things, to live, to enjoy life! I found myself there alone, waiting the worse, and feeling terrified about what was going to happen to me, watching how they were approaching me. I could see the smoke of the shots. They were very near. What would they do with me? Would death be painful? Would they torture me, would they rape me before killing me?... What loneliness, what a huge loneliness, what desolation, what a huge desolation! Can you imagine such a naïve, gullible girl facing her own death? That was me. So many things came to my mind, except saving my life. I was there, curled up to my legs so strongly that almost hurt myself. Grief-stricken and terrified, I waited for my end...

I do not know how long I stayed like that, while on my left, towards Motril, I could hear the gunshot from the ships and, on my right the shots whose smoke I could even see. And there I was, in the middle of this, alone, helpless and thinking of what I had ahead of me and not being able to do something to avoid it. My poor feet had doomed me and I had no way out. I even wished that the sooner the better so that torment would finish...

I was in this situation when, suddenly, I heard a horse trotting on the right, on the road I could not see (because I was in a bend above the sea.) I was stunned. They were already there! The horses' hoofs hitting the road also hit my temples, my heart beating louder than those hoofs, I was clasping my legs and arms so strongly that they hurt. I will never be able to describe what I felt! I did not raise my head until the horse stopped in front of me. I did not want to see my executioner. I just heard a voice telling me:

-But what are you doing here alone, my girl?

Then I raised my head and looked at him. At the beginning I could not believe my eyes. He was not an enemy, he was one of us! I could hardly speak; crying my eyes out, I told him what had happened to me, that I could not find my parents and that my feet were full of sores and I could not walk. Then he told me:

-Get on my horse and let's go, as they are close by!

Like in a dream, I climbed to the stone and got on the horse with his help. If I believed in miracles, I would have thought that was a miracle. How was it possible that this soldier had come from the front on his own? Usually, he would have come with his battalion, maybe in retreat. But, on his own? When people stopped passing by, that soldier and his horse came to save me; if he had come on foot, he would not have been able to. The gunshot continued, and then, he told me:

-We cannot get shelter; there is no time to waste, fascists are very close by.

I answered him that I did not care, that the sooner we left, the better. Gradually, I got used to the idea that I could save myself, that they would not capture me. And my happiness was so huge that I did not even think that we could die being destroyed by a shell. He just wanted me to run. We were nearly at a gallop, I held his waist tight, that guardian angel who was a present from heaven. And my longing to fight for my life came back again more strongly than ever. I could not stand up on my sore feet; I was nearly flying at a gallop on that horse. I could not ask for anything else. With so much pain and suffering, I thought:

-I am so lucky!

People's fate is unpredictable: I passed from total dejection and absolute surrender

to death to the most optimistic euphoria. And there was still a long way to walk, many bombardments and gunshots. But I felt my natural optimism again, as usual. Fighting, fighting to survive without respite.

The boy told me that he had got lost from his battalion, that he walked through the mountains and that he would meet his battalion in Motril, as they had agreed if they got lost from each other. Hence his delay. I told him that when I found my parents I would go with them. It was my obsession, without thinking that I could not walk. We were running flat out and, at last, we began to reach the last ones in the caravan. There was a huge gunshot behind us. This left us the road to run. We were already in the middle of people when the planes arrived. We could not escape from them; we had to throw ourselves on the ground.

I remember that there was a river. This river, I think, is called Guadalfeo** and it honoured its name. Things were very ugly for many unfortunate people. It was not the river's fault, for it flew calmly through its bed. That is why I was so surprised when I knew that so many people had died in it. But it was the planes that bombed the dam and when it broke, it swept along all the people who were crossing it at that moment and they did not have time to reach the other shore nor to go back. The flood swept them away, exhausted as they were due to the long walk of several days.

The stories we heard were terrifying: whole families died, and what's even worse, some family's members died, and the surviving ones drove mad due to their pain. We had to cross the river because the bridge was destroyed. We were looking for a place to cross it when the planes arrived; we threw ourselves on the ground and sheltered amid the cane plantations on the shore. There were hundreds of us crouched down there.

When the bombardment finished, we kept on galloping. We arrived to Motril at dusk, without having found my parents. We went to an inn where the soldier's colleagues were staying. There was also a girl with the same age as me whose father was one of the soldiers. They gave us some dinner, but I did not eat. I did not feel like eating yet. After dinner, the captain told me that he was driving to Almería in his car and invited me to go with him. The other girl's father told her to go in the car; I refused the offer as I wanted to find my parents, and if I went by car I would not find them. He answered me that I could do whatever I wanted, but that if I could not walk, what was I going to do when I found them? I did not know, but I had to find them. I wanted to know that they were well and alive. Therefore, I stayed. We spent the night in that inn, on the dining-room's floor. The other girl and I slept together. At dawn, she left with the captain and other people in the car. I followed on horseback. The rest of the soldiers were

very kind to me and I changed from one horse to another from time to time in order not to tire them out with two people's weight.

We followed this way and I do not know how many kilometres far from Motril we were when I screamed so strongly that it hurt my throat:

-My parents, my parents!

There they were. They were sitting on one of the road fences. I jumped from the

horse, and crying with happiness, I hugged them. They were alive, they were alive! They also cried.

(*) She was 13 in February 1937.

(**) Translator's note: The word "feo" means *ugly* in Spanish.

Ángeles Vázquez^{*}

Mon père est parti au syndicat pour voir s'il réussissait à avoir un camion. Avant, il nous avait dit de tout préparer. Mon père est enfin arrivé avec le camion. Donc, nous avons chargé nos affaires, c'étaient des habits, des matelas et des ustensiles de cuisine; les vêtements qui étaient encore au soleil mouillés, ma mère les a enveloppés. Quand on est sortis dehors, on a vu beaucoup de gens qui marchaient vers El Palo, beaucoup de gens. On a demandé ce qui se passait et ils nous ont dit que Málaga était attaquée, qu'ils étaient aux environs. Ceci a fait qu'on se dépêche.

On est enfin montés dans le camion et on est partis. On n'était pas seuls: il y avait plusieurs personnes, et on le

remplissait. Dans les rues qu'on traversait, l'affluence de gens qui marchaient vers les environs continuait. J'ai pensé que nous avions eu de la chance en ayant le camion, mais ça n'allait pas durer.

On est arrivés à la sortie de Málaga pour prendre la route d'Almería lorsqu'un groupe de carabiniers est apparu et nous a fait arrêter le camion et descendre. Le chauffeur a discuté avec eux, mais ils lui ont dit que bon, qu'ils avaient besoin du camion pour aller au front, qu'on n'avait qu'à continuer à pied, que plus à l'avant il y avait des autobus pour évacuer tout le monde. Alors, tout le monde pied à terre, avec nos possessions. Eux, ils sont montés dans le camion et ils sont partis, mais en avant, vers Almería, pas en arrière, où devait se situer le champ de bataille. Et ils nous

ont abandonnés, entourés de paquets et de ballots et morts de peine et de désolation. Qu'est-ce qu'on allait faire? Il fallait continuer, on ne pouvait pas retourner en arrière, Málaga était menacée de mort. Il fallait continuer à pied à la recherche de ces autobus qu'on nous avait dit, mais on ne pouvait pas prendre l'équipage avec nous, tous les habits, les draps, les couvertures, les matelas... Elles sont restées là-bas par terre, aux environs de Málaga, les quelques choses qui nous restaient. Pas tout, ma mère nous a distribué quelques vêtements à chacun. Elle m'a donné à moi une corbeille pleine de vaisselle et d'ustensiles de cuisine et un baluchon de vêtements mouillés, qu'elle a mis sur ma tête; ainsi, avec ces deux choses qui pesaient des tonnes, on a



commencé notre marche, tous chargés sauf mes deux petits frères. On a marché avec beaucoup de monde. Le temps passait et les maudits autobus, on ne les voyait pas. Ce que je portais pesait beaucoup, les vêtements sur ma tête étaient en train de me la mouiller et de me l'aplatir et l'anse de la corbeille, avec le poids qu'elle avait, me coupait le bras; je la changeais d'un bras à l'autre, mais c'était de pire en pire. Je ne sais pas combien de kilomètres on a marché. Je disais à mes parents que je n'en pouvais plus; ils me répondaient que je devais tenir encore bon, qu'on arriverait bientôt aux autobus. Mes pauvres parents! À eux aussi, on leur a menti. Il n'y avait ni autobus ni rien! On marchait et on marchait, sans pouvoir supporter le poids. Je n'en pouvais plus.

Après avoir beaucoup marché, on s'est rendu compte qu'il n'y aurait pas d'autobus, qu'il n'y avait que la route pour avancer. Donc, à un moment où on s'est assis pour se reposer sur des parapets, j'ai un peu incliné ma tête et les vêtements mouillés sont tombés de l'autre côté. Ils sont restés là, il était impossible de continuer avec. J'ai encore gardé la corbeille, je ne sais pas pour quoi faire. On gardait peut-être un espoir d'aide, qui s'estompait au fur et à mesure qu'on marchait, puisqu'on ne rencontrait que des gens qui fuyaient comme nous: des familles entières, quelques-unes en larmes, d'autres

sérieuses, tristes, désespérées, comme nous. La corbeille, je ne sais pas quand je l'ai abandonnée, je n'en pouvais plus. Je n'avais qu'une seule envie, c'était pleurer.

Où allait cette caravane de gens désespérés, fatigués, affamés, essayant de trouver des forces pour continuer? Mes pauvres petits frères marchaient et marchaient sans rien dire, sans rien demander à manger et ils devaient être morts de faim. Malgré leur âge, ils se rendaient compte de ce que nous étions en train de souffrir et ils marchaient la main dans la main, en silence, mon frère de trois ans et ma soeur de sept. La seule chose qu'on puisse dire, c'est qu'on marchait tranquilles. Ils ne nous poussaient pas encore. C'est ainsi qu'on a passé Torre del Mar. Mais tout a changé quand on était en train d'arriver à Nerja. Peu avant l'arrivée, les bateaux ont commencé à lancer des coups de canon.

On a tous couru se réfugier dans les roselières. Les obus sifflaient sur nos têtes et ils allaient s'écraser contre les montagnes en face de nous. Les bateaux étaient en train de tirer presque depuis la plage; je crois que c'est ça qui nous a sauvé à beaucoup d'entre nous, puisqu'on était plus en bas. On est restés là beaucoup de temps, mais ça ne terminait pas et, par dessus le marché, il a commencé à tomber une pluie torrentielle, comme il arrive souvent en Andalousie. On était tous trempés, on

ruisselait d'eau partout. Quand ils nous ont enfin laissés tranquilles, même si le soleil s'était levé, on était tous transis de froid, avec les habits mouillés. On a continué la marche comme ça et on est entrés à Nerja. La route était pleine de monde. Tant qu'il faisait jour, tout allait bien, on se voyait les uns aux autres, les familles étaient ensemble. Une marche pénible, puisque les pieds ne répondaient plus, on avait des ampoules et elles faisaient très mal. Moi, en plus, j'avais mes règles. Ceci empirait la marche, car comme je ne pouvais ni me changer ni me laver, je n'étais pas à l'aise. On a continué comme ça toute la journée. La route était une ruée de gens, les uns collés aux autres, comme dans une manifestation, les mères et les pères avec les petits enfants dans les bras. Personne n'avait plus de paquets ou de valises, on les avait tous abandonnés sur la route. Les enfants pleuraient, les parents n'avaient plus de force, même pas pour les consoler. La nuit est ainsi tombée et les enfants pleuraient, car comme on était des milliers, on ne se voyait plus dans l'obscurité, et la peur s'est emparée de nous tous. Ça a alors été une criallerie infernale, on s'appelait tous pour savoir qu'on était à côté. Ainsi, les voix des uns étouffaient celles des autres et les cris de quelqu'un à qui les siens ne répondaient pas à l'appel. Je ne pouvais plus marcher, les ampoules de mes pieds avaient explosé. Je sentais

mes pieds mouillés, ils brûlaient tellement je pleurais de douleur, je pouvais à peine marcher. Je crois que j'ai été la plus faible de tous les miens. J'appelais mes parents en pleurant, et ils me répondaient:

-On est là, ma fille.

Je faisais un effort pour rester à côté d'eux, et je leur demandais de nous asseoir un peu, mais ils me disaient:

-Continue! On s'assiéra plus tard.

C'était la nuit qu'on marchait le mieux, puisque les bateaux et les avions nous laissaient tranquilles. Pendant la journée, depuis tôt le matin, ils commençaient déjà, d'abord les bateaux. Mais ceux-ci me faisaient moins peur, car je ne me souviens pas qu'ils aient tiré directement sur la route. S'ils tiraient vers où on allait, on se jetait par terre et les obus sifflaient par dessus nous. Avec les avions, non. Ceux-ci nous cherchaient et ils étaient aussi bien d'un côté que de l'autre. Ils étaient beaucoup, ils bombardaient et ils nous mitraillaient. Je suppose que ces aviateurs se sentaient très fiers de leur courage: ils attaquaient un ennemi très dangereux, un ennemi fait de femmes et d'enfants principalement. En plus, ils pouvaient nous attaquer tranquillement, puisqu'ils étaient seuls. Je ne sais pas qui je haïssais le plus en ces moments-là, ceux qui nous massacraient ou ceux qui laissaient qu'on nous massacre, sans venir nous aider. Mais, il n'y avait aucun bateau qui aurait pu empêcher

l'action de ceux-là? Il n'y avait pas d'avions de chasse pour attaquer ceux qui nous bombardaient? Il n'y avait pas de camions pour venir nous chercher? Presque toute l'Espagne était encore sous la main du gouvernement, ce n'était pas le chaos final que ce fut à la fin. Comment est-ce qu'ils n'ont pas organisé tout ça? Car ça n'a pas été un seul jour, mais huit jours pour nous; pour d'autres, beaucoup plus, assez de temps pour réagir... Je les ai tous haï et j'ai souhaité qu'ils se retrouvent dans la même situation. De cette fillette heureuse que j'étais, pleine de rêves et d'illusions, il ne restait rien. Je les ai haï de toutes mes forces pour ça et pour m'avoir rendue insensible et dure, car en voyant les morts mis en pièces je ne pensais que "heureusement que je m'en suis bien sortie". Et je passais à côté d'eux presque sans m'effrayer.

Je marchais très lentement. Je n'avais envie que de me laisser tomber par terre et de me reposer et dormir. Le brouhaha continuait et il était tel qu'il fallait être très près pour reconnaître la voix des tiens. On ne voyait presque rien, juste la silhouette d'une masse noire. Je continuais à appeler ma mère. J'étais derrière eux et mes soeurs. Mes parents tenaient mes plus petits frères dans leurs bras ou par la main. J'avais les pieds pleins de plaies. Je ne sais pas si à un moment j'ai mis trop de temps à faire l'appel: quand je l'ai fait, je n'ai pas obtenu

de réponse. J'ai crié de toutes mes forces et rien. Aucun des miens ne me répondait. J'ai commencé à pleurer en les appelant. J'étais terrifiée. Je n'avais plus de force pour continuer et j'étais perdue... Je pleurais avec accablement sans m'arrêter de marcher, je prenais mon courage à deux mains et j'appelais mes parents entre sanglots. Mais rien. Pas de réponse. Juste les cris des autres s'appelant, indifférents à mon désespoir, chacun à ses affaires. De toutes façons, on ne pouvait rien les uns pour les autres. On était tous dans la même situation: malgré tout, quelqu'un à mes côtés, un homme, m'a dit de m'appuyer sur son bras, il m'aiderait à marcher. Je l'ai fait ainsi. Cela ne m'aiderait qu'à me maintenir debout, car mes pieds continuaient à me torturer et, même si je voulais me dépêcher pour essayer de rattraper mes parents, je ne pouvais pas. Cet homme a été très patient, puisqu'il devait marcher à mon rythme. Je n'ai même pas su son nom. Toutes mes pensées se dirigeaient à retrouver mes parents. Il commençait déjà à faire jour et comme je n'en pouvais plus, je me suis assise à côté de la route. Il s'est aussi assis et le jour a fini de se lever. Alors l'homme m'a dit qu'il n'allait pas continuer par la route, qu'il allait partir par la montagne, qu'il prendrait un raccourci et qu'il éviterait les bombardements. Il m'a proposé de continuer avec lui. J'ai dit non, que si je

continuais par la route je pourrais peut-être retrouver mes parents. En plus, si c'était déjà pénible de marcher par la route, par la montagne ce serait encore pire. Alors il m'a dit au revoir, je l'ai remercié de son aide, et il est parti. J'étais à nouveau seule. Je ne pleurais plus. Je marchais presque en traînant mes pieds. Il n'y avait plus autant de monde sur la route, ils allaient tous plus vite. J'ai continué comme ça quelque temps, mais je n'en pouvais plus, les pieds me faisaient un mal horrible. Et je me suis rendue! Je me suis assise sur une pierre à côté de la route, à un tournant qui partait vers la mer, et j'y suis restée en attente, résignée à tout, en pensant toujours au pire. Les gens passaient de moins en moins et, à un moment donné, il ne passait plus personne. Je continuais assise là-bas, en entendant les explosions du côté de Málaga et les fusillades. Je pensais que Málaga n'avait pas seulement été vaincue, mais qu'ils l'avaient dépassée, puisque la fusillade s'entendait clairement, pas très loin.

Essayer de marcher. Impossible! Ce n'était pas la peine de faire un pas de plus, je ne pouvais plus continuer. Je me suis assise de nouveau et j'ai commencé à pleurer de peur, surtout en me voyant seule là-bas. Je ne voyais plus une âme sur la route. Je suis restée longtemps comme ça: je voyais les bateaux en face de moi, qui s'apprêtaient à lancer des coups de canon.

Je ne peux pas expliquer tout ce que je sentais à ce moment-là, si je sentais encore quelque chose. Les bateaux ont commencé à lancer les coups. Je n'ai pas bougé, ce n'était plus la peine de me battre pour survivre...

J'ai embrassé mes jambes, j'ai posé la tête sur mes genoux, en me faisant le plus petite possible, comme si je voulais disparaître. Je pensais: Maman, Papa! Où êtes-vous? Ils vont me tuer, je vais mourir! Comment ça peut m'arriver à moi, comment j'ai pu arriver à cette situation? Pourquoi moi? Pourquoi moi?

Les pensées se rassemblaient. Vous pouvez imaginer cette fillette si naïve, si dupe, si rêveuse, se voir dans une réalité si cruelle, si horrible, si inhumaine, sans rien comprendre et sans vouloir mourir. Et ressentant la mort de près, dans la solitude, dans la terrible solitude dans laquelle j'étais, sans pouvoir faire un pas de plus, sans pouvoir me battre pour ma vie, abandonnée par tous, sans forces. Mes pleurs étaient d'impuissance et de peine. Maintenant, quand j'y pense et je me souviens de tous ces moments, je me mets à pleurer. Une fillette comblée de rêves, pleine de choses à faire, de vie, de profiter de la vie! J'étais là-bas, seule, en attendant le pire, terrifiée en pensant à ce qui allait m'arriver, en voyant comme ils s'approchaient. Je pouvais voir la fumée des coups de feu. Ils étaient déjà tout près. Que feraient-ils de

moi? La mort, est-ce qu'elle ferait très mal? Ils me tortureraient, ils me violeraient avant de me tuer? À combien de choses je pensais sans vouloir penser! Quelle solitude, quelle horrible solitude, quelle désolation, quelle terrible désolation! Vous pouvez imaginer cette fillette si naïve, si rêveuse, faire face à sa mort? C'était moi. Tellement de choses sont passées par ma tête, sauf celle de sauver ma vie, là, blottie contre mes jambes, en me faisant même mal. J'attendais, j'attendais ma fin, inconsolable et terrifiée... Je ne sais pas combien de temps je suis restée comme ça, pendant que sur ma gauche, vers Motril, on pouvait entendre les coups de canon des bateaux et, sur ma droite, les coups de feu, dont je pouvais voir la fumée. Et moi en plein milieu, seule, impuissante, en pensant à ce qui m'attendait et sans pouvoir rien faire pour l'éviter. Mes pauvres pieds m'avaient condamnée et je n'avais plus d'issue. J'ai même pensé que ce serait mieux au plus vite, comme ça la souffrance de ce terrible calvaire serait finie...

J'étais de cette guise lorsque, tout-à-coup, j'ai entendu à droite, sur la route que je ne pouvais pas voir (j'étais au tournant vers la mer), le trot d'un cheval. Le sang s'est glacé dans mes veines. Ils étaient déjà là! Les fers des chevaux tapant sur la route tapaient aussi sur mes tempes, mon cœur a commencé à battre plus fort

que ces fers, les jambes et les bras me faisaient mal tellement je les serrais fort. Je ne pourrai jamais décrire tout ce que j'ai ressenti! Jusqu'à ce que le cheval s'est arrêté devant moi, je n'ai pas levé la tête.

Je ne voulais pas voir mon bourreau. Seulement quand j'ai entendu une voix qui me disait:

-Mais qu'est-ce que tu fais là toute seule, fillette?

Alors, j'ai levé la tête et je l'ai regardé. Sur le coup, je ne pouvais pas croire ce que je voyais. Ce n'était pas un ennemi, c'était un des nôtres! Presque sans pouvoir parler et toute en larmes, je lui ai dit ce qui m'arrivait, que j'avais perdu mes parents et que j'avais les pieds pleins de plaies et que je ne pouvais pas marcher. Alors il m'a dit:

-Monte sur mon cheval et allons-nous en tout-de-suite, ils sont très près!

Moi, presque comme dans un rêve, je suis montée comme j'ai pu sur la pierre et, avec son aide, je suis montée sur le cheval. Si je croyais aux miracles, je penserais que ça en a été un. Comment était-ce possible que ce soldat vienne lui seul du côté du front? Il aurait dû venir avec son bataillon, en retraite peut-être. Mais, seul? Lorsque plus personne ne passait, ce soldat et son cheval sont venus me sauver moi, parce que s'il était venu à pied, je n'aurais pas pu. Les coups de canon continuaient et, alors, il m'a dit:

-On ne peut pas se mettre à l'abri ; il n'y a pas de temps à perdre, car les fascistes sont tout près.

Je lui ai répondu que ça m'était égal, que ce serait mieux de nous éloigner au plus tôt. Petit à petit, je me faisais à l'idée de me sauver, ils ne m'attraperaient pas. Et ma joie a été si grande que je n'ai même pas pensé qu'on pourrait mourir déchiquetés par un obus. Je ne voulais qu'il coure. On allait presque au galop, moi, accrochée très fort à sa ceinture, à cet ange gardien qui m'était tombé du ciel. Et j'ai de nouveau eu envie de me battre pour ma vie, avec plus de force que jamais. Moi, qui ne pouvais pas me soutenir sur mes pieds si douloureux, je volais presque au galop sur ce cheval. Je ne pouvais pas en demander plus. Parmi tant de douleur et tant de souffrance, j'ai pensé:

-Quelle chance!

C'est que le destin des gens est imprévisible: je suis passée du découragement total, de la résignation absolue à mourir, à l'euphorie la plus optimiste. Et même s'il restait encore beaucoup de route, beaucoup de bombardements et de coups de canon. Mais mon optimisme naturel est réapparu en moi, comme toujours. Me battre, me battre sans trêve pour survivre.

Le jeune homme m'a raconté qu'il avait perdu son bataillon, qu'il était parti par les montagnes et qu'il rejoindrait son

bataillon à Motril, comme ils avaient accordé si ceci se passait. De là son retard. Je lui ai dit que dès que je retrouverais mes parents, je partirais avec eux. C'était mon obsession, même sans penser que je ne pouvais pas marcher. On allait au grand galop et, enfin, on a commencé à rejoindre les derniers de la caravane. Nous étions déjà parmi les gens lorsque les avions arrivèrent. On ne pouvait pas leur échapper, il fallait se jeter par terre.

Je me souviens qu'il y avait un fleuve. Ce fleuve, je crois, s'appelle Guadalfeo** et il a fait honneur à son nom. Les choses ont été horribles pour beaucoup de pauvres gens. Ce n'était pas de sa faute, lui, il coulait tranquillement dans son lit. C'est pour ça que ça m'a tellement étonnée que tant de gens soient morts dans ce fleuve. Mais les avions ont bombardé le barrage et celui-ci, en se cassant, a emporté tous les gens qui étaient en train de le traverser à ce moment et ils n'ont eu le temps ni d'arriver à l'autre côté ni de revenir en arrière. L'inondation les a emportés, crevés comme ils étaient par la longue marche des jours précédents. Les scènes qu'on a vues étaient effrayantes: des familles entières sont mortes, et, encore pire, des membres d'autres, pendant que ceux qui n'étaient pas morts devenaient fous de douleur. On devait traverser le fleuve parce que le pont était détruit. Quand on cherchait un endroit pour le passer, les avions sont

arrivés, on s'est jetés par terre et on s'est réfugiés dans les roselières de la berge. On était des centaines, blottis.

Quand le bombardement a terminé, on a continué à galoper. On est arrivés à Motril à la tombée du soir, sans avoir trouvé mes parents. On a été à une auberge où se trouvaient les compagnons du soldat. Là, il y avait aussi une fillette de mon âge, la fille d'un des militaires. Ils nous ont donné à manger, mais je n'ai pas mangé. Je n'en avais pas encore envie. Après le dîner, le capitaine m'a dit qu'il allait partir en voiture à Almería, que je pouvais y aller aussi.

L'autre fille partait dans la voiture, son père le lui avait dit, mais moi, ce que je voulais, c'était retrouver mes parents et si je partais en voiture, je n'allais pas les trouver. Il m'a répondu de faire ce que je voulais, mais que, si je ne pouvais pas marcher, qu'est-ce que j'allais faire si je les retrouvais? Je ne le savais pas, mais je devais les retrouver. Je voulais savoir qu'il ne leur était rien arrivé, qu'ils étaient vivants. Je suis donc restée. On a passé la nuit dans cette auberge dans le salon, par terre. L'autre fille et moi, on a dormi ensemble. Au lever du jour, elle est partie en voiture avec le capitaine et quelques autres. J'ai continué à cheval. Tous les autres soldats ont été très gentils avec moi et je changeais d'un cheval à l'autre de temps en temps pour ne pas les fatiguer avec le poids de deux personnes. On a continué comme ça jusqu'à ce que,

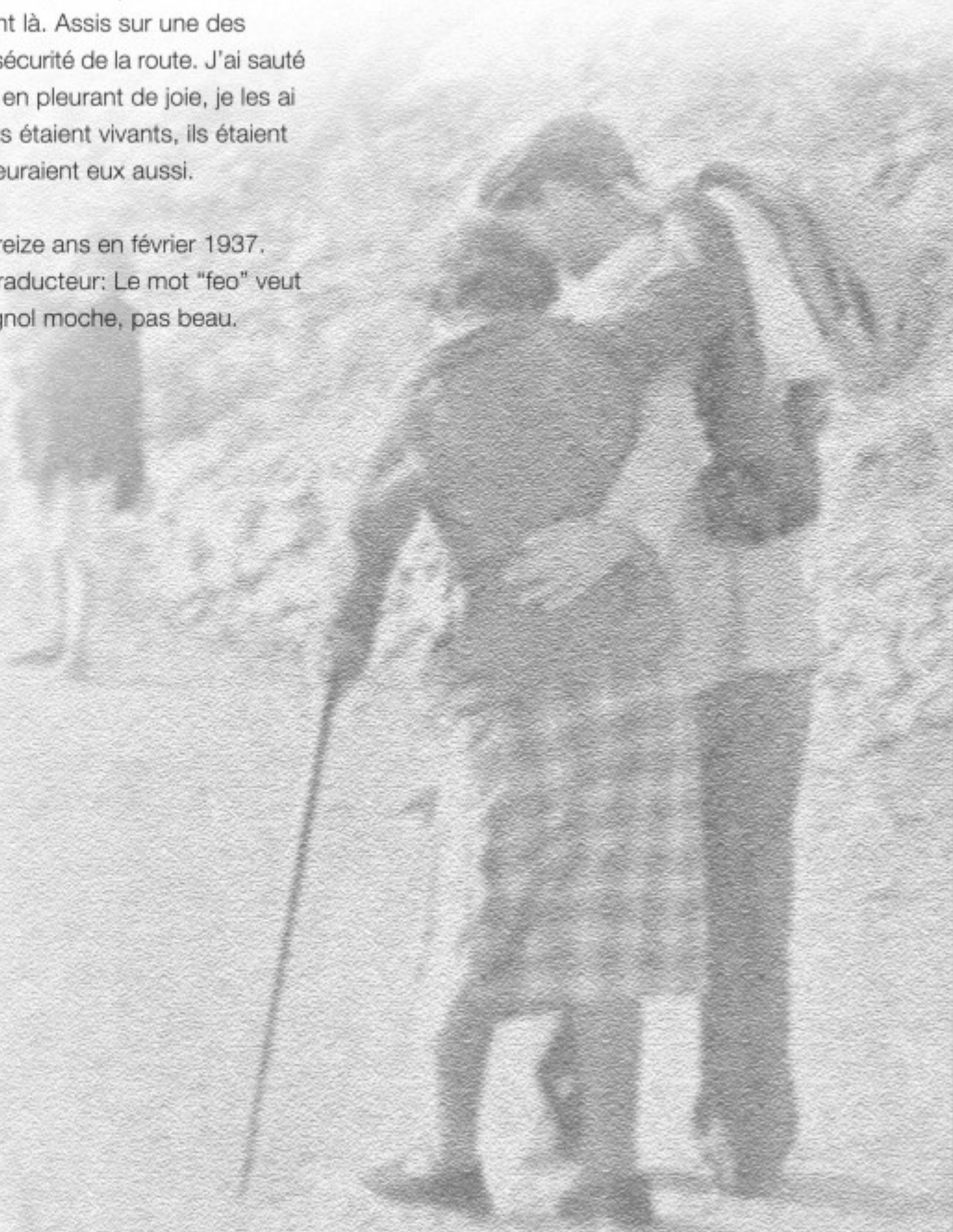
à je ne sais combien de kilomètres de Motril, j'ai poussé un cri qui m'a fait mal à la gorge:

-Mes parents, mes parents!

Ils étaient là. Assis sur une des glissières de sécurité de la route. J'ai sauté du cheval, et en pleurant de joie, je les ai embrassés. Ils étaient vivants, ils étaient vivants! Ils pleuraient eux aussi.

(*) Elle avait treize ans en février 1937.

(**) Note du traducteur: Le mot "feo" veut dire en espagnol moche, pas beau.



Yo nací en Cuevas de San Marcos en 1917. En el año 35 hice la mili en Alicante, y cuando empezó la guerra entré en el ejército republicano; así es que estuve cuatro años de miliciano: uno antes de la guerra y los tres de la guerra. Pertenecía a las Juventudes Socialistas. En febrero de 1937 estaba destinado en el cuartel de Capuchinos de Málaga. Recuerdo que el domingo día 7 almorzamos arroz con almejas, y por la tarde nos encomendaron labores de vigilancia en el Cerro Coronado. Desde allí vimos acercarse una tanqueta italiana de exploración, y dijo nuestro teniente: "Mañana estamos copados". Era domingo de carnaval. Aquella noche me fui a la posada de la Victoria, calle del Agujero, donde por una peseta dormías y te daban de comer.

Cuando a la mañana siguiente me dirigía con mi fusil al cuartel, alguien me dijo que había sido abandonado y saqueado, y que los italianos estaban entrando en Málaga. Aquel día cayó Málaga. Con otros dos milicianos me dirigí hacia la carretera de Vélez. Intentamos poner en marcha algún vehículo que encontrábamos, pero todos estaban averiados. Yo me adelanté un poco, y en el Palo dos —debían de ser falangistas— me dijeron que soltara allí el fusil; me entretuve hasta que llegaron mis dos compañeros, y cuando les dije lo que ocurría uno de ellos dijo: "si quieren los fusiles que los

cojan por el cañón"; como nosotros éramos tres y ellos dos, nos dejaron pasar.

En Málaga el ejército estaba desorganizado, y la ciudad se rindió sin ninguna oposición. Tal y como estaba la situación era muy difícil defender el único corredor que la unía a la zona republicana (la carretera hasta Almería) y abastecer la ciudad. Nosotros fuimos de los últimos que salimos de Málaga: era el lunes día 8, y no llegamos a Almería hasta el sábado por la tarde. Hicimos todo el camino sin parar, andando de día y de noche, pero la noche en que llegamos a La Rábida no pudimos aguantar más y nos quedamos dormidos. La carretera iba llena de gente. Nosotros llevábamos lo puesto y el fusil. Pero la gente llevaba lo que podía en carrillos, caballos, burros y bicicletas. Coches no había ni uno. La tarde del día en que salimos de Málaga, se acercó a la orilla un barco y empezó a bombardearnos. Nosotros pudimos resguardarnos tras un pequeño montículo. A Nerja llegamos al caer el sol, y como teníamos mucha hambre, cogimos tomates de un huerto. Mucha hambre pasamos durante toda la huida: en La Herradura cogimos unas naranjas, y en La Rábida encontramos en una casa abandonada un jamón medio-hueso. Aunque no encontrábamos comida, no pasábamos mucha sed. Antes de llegar a Salobreña yo me desvié un poco del camino para beber en un arroyo. Aquello me salvó

la vida, porque en ese momento aparecieron cinco aviones fascistas, que empezaron a bombardear el camino: pasaba uno y soltaba las bombas; pasaba otro y lo mismo; así una y otra vez. Cuando terminaron las bombas, disparaban con las ametralladoras. Se marcharon. Cuando volví al camino me encontré con el espectáculo más horrible que he visto en mi vida: niños, mujeres, borricos por el suelo; unos muertos, otros heridos; quejidos: "¡Socorro!", "¡Ampárame!"...

Cuando llegábamos a Salobreña oímos una fuerte explosión: poco más adelante vimos que los republicanos habían volado el puente, para dificultar el paso de los fascistas. Era ya bien de noche y teníamos que vadear el río. Con mucho miedo, con las orejas desolladas por las muchas cañas que había en la orilla y sin saber muy bien por dónde conseguimos pasar a la otra orilla encontramos un camino de herradura, por el que seguimos adelante.

Llegamos a Motril por la mañana. Habían bombardeado la tarde anterior: en las calles quedaban todavía animales muertos; a las criaturas ya las habían retirado. Cambié allí mis botas viejas por unas alpargatas que encontré en una tienda saqueada.

Continuamos el camino y en La Rábida nos paramos a descansar y nos quedamos dormidos. A la mañana

siguiente en la recta de Adra nos cruzamos con unos camiones de una Brigada Internacional que iban en dirección a Motril. Allí luego se cerró el frente. En la recta de Adra no se veía la carretera: era tanta la gente que caminaba hacia Almería, que todo el camino era una mancha de gente.

En Aguadulce entregamos las armas. Llegamos a Almería el sábado por la tarde. Dormimos en un cuartel con camas pero sin mantas. Yo me abrigué con un capote. Nos dieron de comer lentejas. Tenía mucha hambre, y pude comer cuantas lentejas quise.

A los pocos días volvimos los milicianos hacia el frente de Motril para relevar a la Brigada Internacional.

(*) Tenía 20 años en febrero de 1937

José Ginés^{*}

I was born in Cuevas de San Marcos in 1917. In 1935, I did my military service in Alicante, and when the war began I joined the Republican Army, so I was a militiaman for four years —a year before the war and the other three years during it. I was a member of the Young Socialists. In February 1937, I was posted to the Capuchinos Barracks in Málaga. I remember that on Sunday 7th we had rice with clams for lunch, and in the evening we were assigned vigilance tasks on the Cerro Coronado. From there, we saw an Italian scouting tank approaching us, and our lieutenant said: "Tomorrow we will be cornered." It was a Carnival Sunday. That night I went to the inn of the Victoria, on Agujero Street, where you could sleep and eat for one peseta.

When the following morning I went with my rifle to the barracks, somebody told me that the barracks had been abandoned and looted, and that the Italians

were entering Málaga. That day Málaga fell. I went with two other militiamen towards the road to Vélez. We tried to start up some vehicles that we found on the way, but all of them were broken down. I went ahead a little, and in El Palo, two men —they were probably Falangists— told me that I had to leave the rifle there; I passed the time until my two colleagues arrived, and when I told them what was happening, one of them said "if they want the rifles they will have to take them by the barrel"; as we were three and they were two, they let us continue our way.

In Málaga the army was disorganized, so the city surrendered without opposition. Taking into account how the situation was, it was very difficult to defend the only corridor that joined it to the republican area (the road to Almería) and to supply the city. We were among the last to leave Málaga: it was Monday 8th, and we did not get to Almería until Saturday evening. We walked non-stop day and night, but the night we

arrived to La Rábida we could not stand it any more and we fell asleep.

The road was crowded. We just carried what we were wearing and the rifle. But people carried what they could on wheelbarrows, horses, donkeys and bicycles. There were not cars at all. The evening we left Málaga a ship approached the shore and began to bomb us. We could get shelter behind a small hillock. We arrived to Nerja at dusk, and as we were hungry, we picked up some tomatoes from a vegetable garden. We were very hungry during all the flight: we picked up some oranges in La Herradura and in La Rábida we found half a cured ham bone in an abandoned house.

Although we did not find food, we were not very thirsty. Before arriving to Salobreña, I strayed a little from the road to drink water from a stream. That saved my life, because at that moment five Fascist planes appeared and began to bomb the road one after the other, over and over

again. When the bombardment stopped, they fired with machine guns. They left. When I came back to the road again, I saw the most dreadful scene I had ever seen in my life: children, women, donkeys spread on the road, some of them dead, others wounded, moaning: "Help! "Help me!"...

When we arrived to Salobreña we heard a strong explosion: further on we saw that the Republicans had blown up the bridge to obstruct the way to the Fascists. It was late at night and we had to wade across the river. We were very frightened and our ears were skinned because of the canes on the shore, and without knowing very well where, we

managed to cross to the opposite shore and found a bridle path along which we went ahead.

We arrived to Motril in the morning. It had been bombed the evening before: there were still dead animals in the streets; human beings had already been removed from there. I changed there my old boots for a couple of canvas shoes that I found in a looted shop.

We followed our way and we stopped in La Rábita to have a rest and we fell asleep. The following morning we found some trucks of an International Brigade on their way to Motril along the straight road to Adra. Later, the front was closed there.

On the straight road to Adra the road surface could not be seen: there were so many people walking towards Almería that the whole road was a human mass. We handed over the weapons in Aguadulce. We arrived to Almería on Saturday evening. We slept in a barrack with beds but no blankets. I covered myself with a cape. They gave us lentils for lunch. I was very hungry and could eat as much as I wanted. A few days later, we, the militiamen came back to the front of Motril to relieve the International Brigade.

(*) He was 20 in February 1937

José Ginés *

Je suis né à Cuevas de San Marcos en 1917. En 35 j'ai fait mon service militaire à Alicante et, quand la guerre a commencé, j'ai rejoint l'armée républicaine. J'ai été milicien pendant quatre ans: un an avant la guerre plus les trois de la guerre. J'appartenais aux Jeunesses Socialistes. En février 1937 j'étais affecté à la Caserne des Capuchinos de Malaga. Je me rappelle que le dimanche sept, au déjeuner, nous avons mangé du riz avec des palourdes et, l'après-midi, on nous a chargés de travaux de surveillance au Cerro Coronado.

Et là, nous avons vu un petit tank de reconnaissance italien qui s'approchait et notre lieutenant dit: «demain ils vont nous couper la retraite". C'était dimanche de Carnaval.Cette nuit-là je suis allé à l'auberge de la Victoria, rue de l'Agujero, où pour une peseta tu avais le gîte et le couvert.

Le matin suivant, alors que je me dirigeais vers la caserne armé de mon fusil, quelqu'un m'a dit que celle-ci avait été abandonné et mise à sac, et que les italiens étaient en train d'entrer dans Malaga. Ce jour-là Malaga est tombée. Avec deux autres miliciens j'ai pris la direction de la route de Velez. Nous avons essayé de

mettre en marche les véhicules que nous rencontrions mais tous étaient en panne. Je marchais seul devant lorsque à El Palo deux soldats - ce devaient être des phalangistes- m'ont dit de jeter mon fusil; j'ai gagné du temps jusqu'à ce que mes deux camarades soient arrivés et quand je leur ai dit ce qu'il se passait l'un d'eux m'a dit: "S'ils veulent les fusils, qu'ils les prennent par le canon". Comme nous étions trois et eux seulement deux, ils nous ont laissés passer.

À Malaga, l'armée était désorganisée et la ville s'est rendue sans aucune opposition. La situation était telle qu'il était très difficile de défendre le seul couloir qui reliait la ville à la zone républicaine (la route jusqu'à Almería) et de l'approvisionner. Nous avons été parmi les derniers à quitter Malaga: c'était le lundi huit et nous ne sommes arrivés à Almería que le samedi après-midi. Nous avons parcouru le chemin sans nous arrêter, marchant le jour et la nuit, mais le soir où nous sommes arrivés à La Rábita nous n'en pouvions plus et nous nous sommes endormis.

La route était pleine de gens. Nous ne portions sur nous que nos vêtements et notre fusil. Mais les gens portaient ce qu'ils pouvaient sur des charrettes,

chevaux, ânes et bicyclettes. Il n'y avait pas une seule voiture. L'après-midi du jour où nous sommes partis de Malaga, un bateau s'est approché du bord de mer et a commencé à nous bombarder. Nous avons pu nous mettre à l'abri derrière un petit monticule. Nous sommes arrivés à Nerja au coucher du soleil et, comme nous avions très faim, nous avons pris des tomates dans un jardin potager. Nous avons beaucoup souffert de la faim durant toute notre fuite: à La Herradura nous avons cueilli quelques oranges et à La Rábita nous avons trouvé dans une maison abandonnée un jambon moitié viande moitié os.

Bien que nous ne trouvions pas de nourriture, nous ne souffrions pas trop de la soif. Avant d'arriver à Salobreña je me suis éloigné un peu du chemin pour boire dans un ruisseau. Cela m'a sauvé la vie car à ce moment-là cinq avions fascistes ont fait leur apparition et commencé à bombarder le chemin: un avion passait en lâchant ses bombes ; un autre passait ensuite et faisait de même ; et ainsi plusieurs fois. Après avoir épuisé leurs bombes , ils tiraient à la mitrailleuse. Ils sont partis. Quand je suis revenu sur le chemin j'ai trouvé le spectacle le plus horrible que j'aie vu dans ma vie: des enfants, des femmes, des ânes sur le sol ; des morts , des blessés ; des plaintes: «Au secours!» , «Protège-moi!»...

En arrivant à Salobreña nous avons entendu une forte explosion: un peu plus loin nous avons vu que les Républicains avaient fait sauter le pont pour ralentir la marche des Fascistes. Il faisait à présent nuit noire et nous devions passer à gué la rivière. Morts de peur, les oreilles écorchées à cause des nombreux roseaux qu'il y avait sur la rive et sans savoir très bien où nous allions, nous avons réussi à rejoindre l'autre rive où nous avons trouvé un chemin muletier que nous avons suivi.

Nous sommes arrivés à Motril dans la matinée. Un bombardement avait eu lieu l'après-midi du jour d'avant: des animaux morts restaient encore dans les rues, les enfants avaient déjà été retirés. J'ai changé mes vieilles bottes pour des espadrilles que j'ai trouvées dans un magasin mis à sac.

Nous avons continué à marcher et à La Rábita nous nous sommes arrêtés pour nous reposer et nous nous sommes endormis. Le jour suivant, dans la ligne

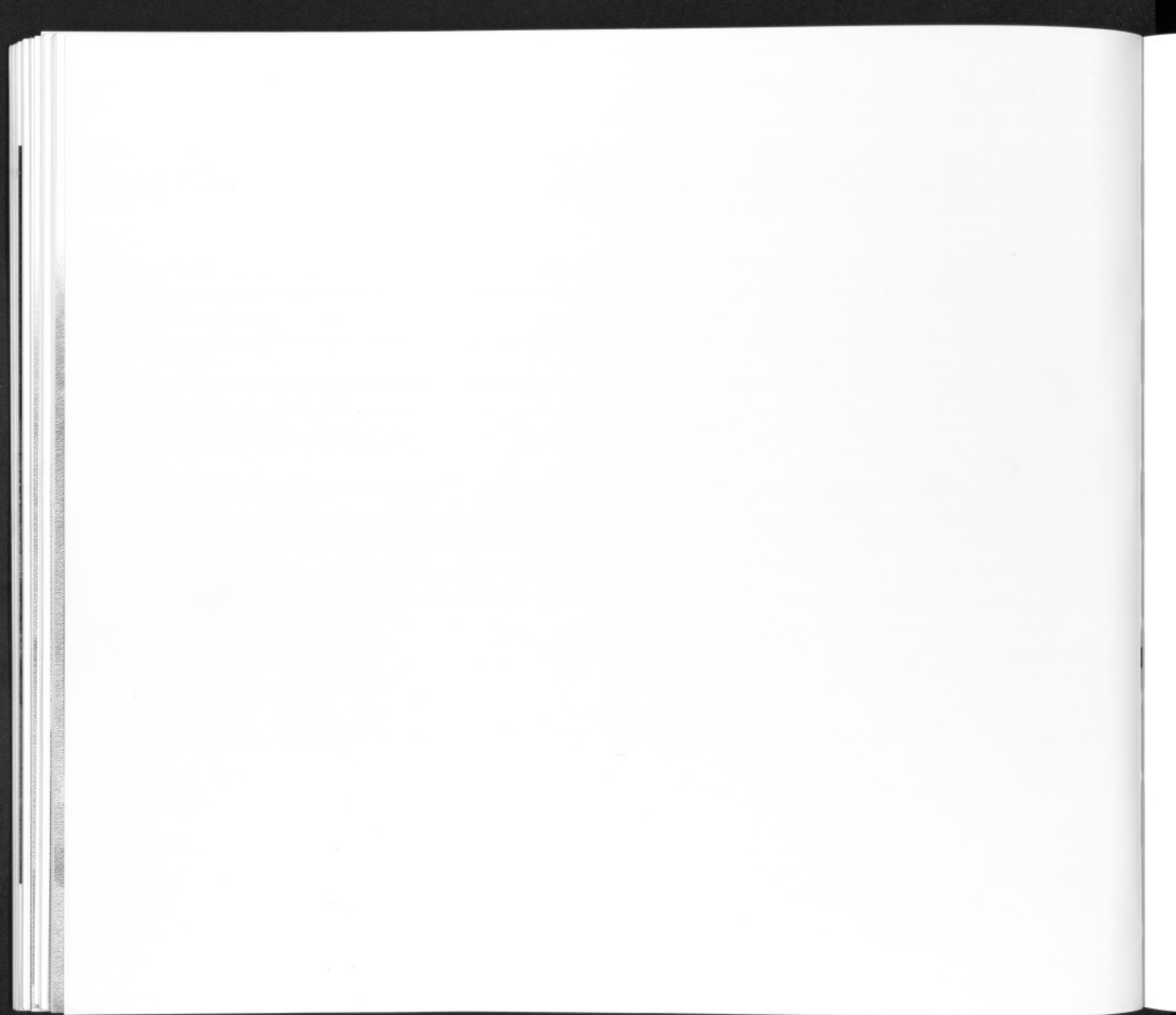
droite d'Adra, nous avons croisé les camions d'une Brigade Internationale qui se dirigeaient vers Motril. C'est à cet endroit que le front s'est fermé. Dans la ligne droite d'Adra on ne voyait plus la route tellement les gens qui allaient vers Almeria étaient nombreux; le chemin ressemblait à une marée humaine. A Aguadulce nous avons rendu les armes. Nous sommes arrivés à Almeria le samedi après-midi. Nous avons dormi dans une caserne, dans des lits mais sans couverture. Moi je me suis couvert avec une capote. On nous a donné des lentilles à manger. J'avais très faim et j'ai pu en manger autant que j'ai voulu.

Peu de jours après nous les miliciens, nous sommes retournés sur le front de Motril pour relever la Brigade Internationale.

(*) Il avait vingt ans en février 1937



Capítulo V



Exposición

Norma Bethune



Bethune en España

Bethune in Spain

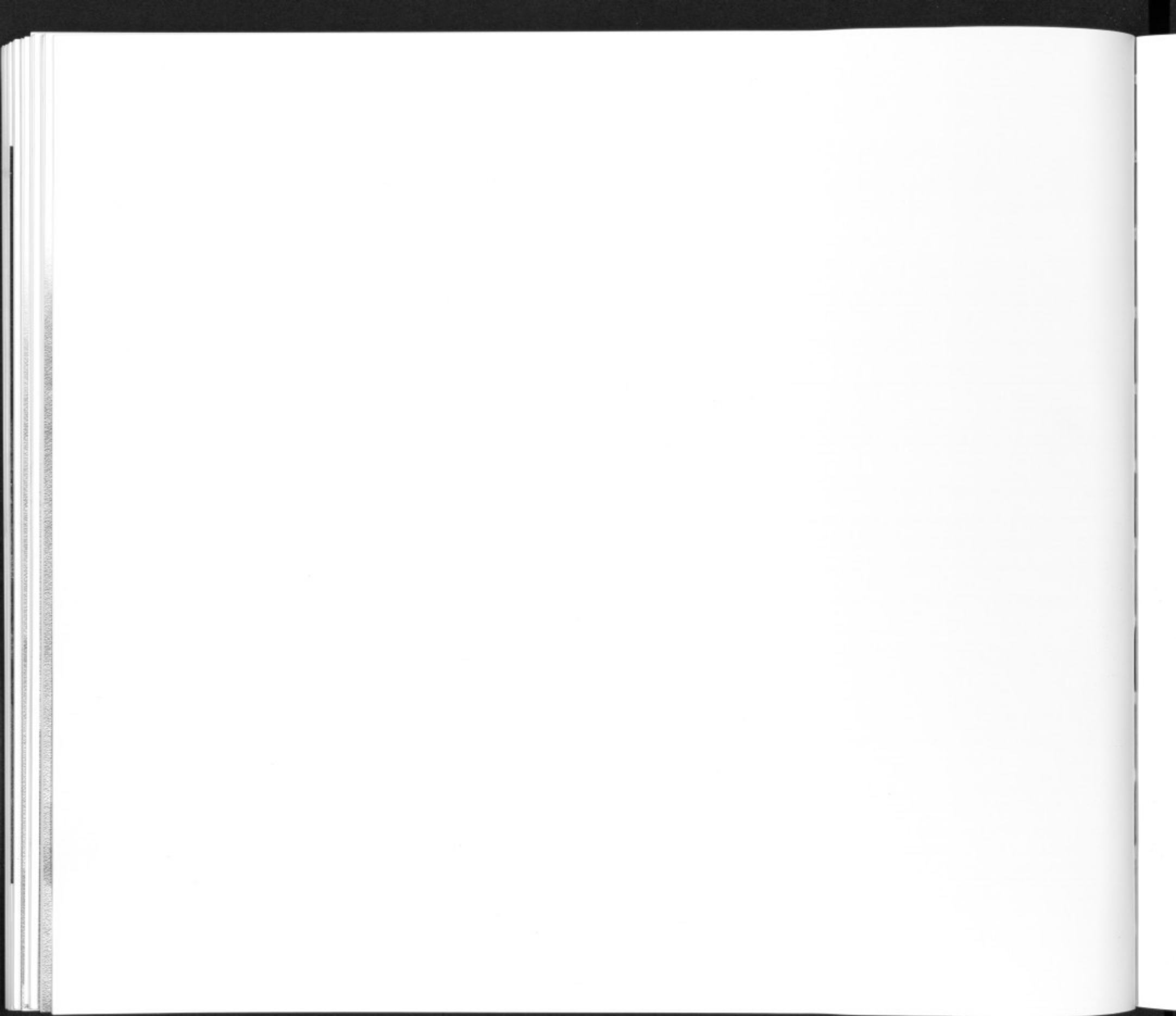
Bethune en Espagne



El crimen de la carretera Málaga-Almería

The crime on the road Málaga-Almería

Le crime de la route Málaga-Almería



Norman Bethune

Me niego a vivir sin rebelarme contra un mundo que engendra crimen y corrupción



I refuse to live in a world that spawns murder and corruption

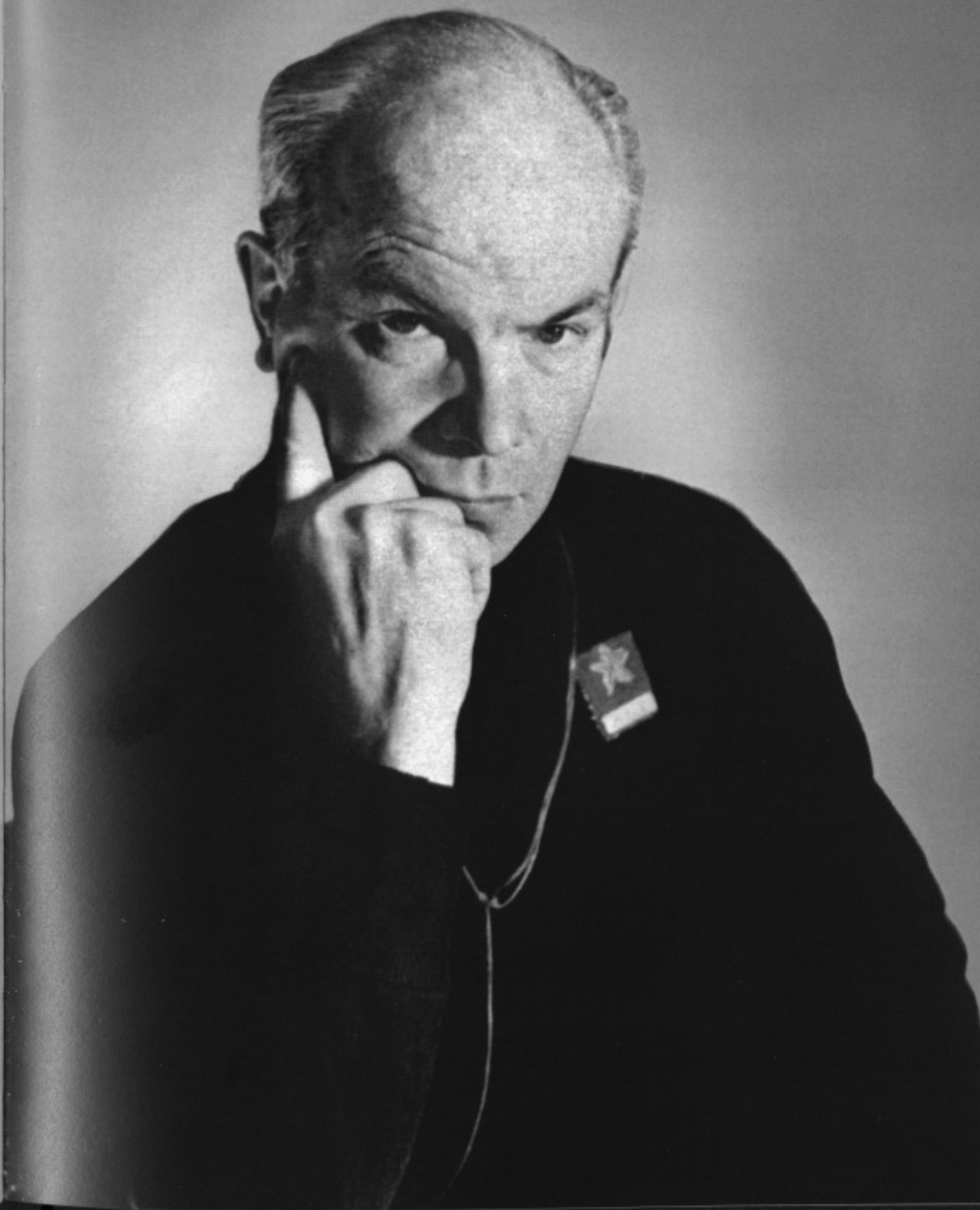


Je refuse de vivre dans un monde qui engendre la corruption et le meurtre.

Hay personajes que subyugan por encima de ideologías, confesiones o pronunciamientos políticos. Son esos personajes altruistas, solidarios, desinteresados y generosos que dedican su vida a una idea. Son esos personajes en quienes la idea que les marca el camino les lleva siempre a ayudar a los demás. Son esos personajes a quienes los jóvenes deseosos de cambiar el mundo miran como punto de referencia. Entre estos personajes se encuentra Norman Bethune. Dedicó su vida a atender a los más desfavorecidos primero en Canadá, su país; luego en España; y finalmente en China, donde murió.

There are individuals who rise above ideologies, creeds and political dicta. They are altruists – committed, unselfish and generous –and they devote their lives to an idea. The idea that dictates the course of their lives inclines them to help others always. These are the individuals to whom the younger generation, eager to change the world, look as their point of reference. Norman Bethune was one of them. He devoted his life to helping the world's neediest citizens, first in his native Canada, then in Spain, and finally in China, where he died.

Il y a des personnes qui s'élèvent au-delà des idéologies, des credo et des opinions politiques. Ce sont des personnes altruistes, dévouées, désintéressées et généreuses qui consacrent leur vie à une idée. Et cette idée qui leur indique le chemin à suivre les amène toujours à aider les autres. Ce sont des personnes qui sont considérées comme des modèles par les jeunes qui veulent changer le monde. Parmi ces personnes se trouve Norman Bethune. Celui-ci a consacré sa vie à venir en aide aux citoyens les plus démunis du monde, d'abord au Canada, sa terre natale, puis en Espagne et finalement en Chine, où il a fini ses jours.





Nacido en 1890 en Gravenhurst (Ontario, Canadá), alternó en su juventud unos estudios no siempre brillantes con trabajos esporádicos como leñador. Interrumpió su carrera de medicina en la Universidad de Toronto para enrolarse como camillero de ambulancia al comenzar la Primera Guerra Mundial. Luego obtuvo la licenciatura como médico en 1916.

Estamos bien, somos felices haciendo lo que creemos que debemos hacer. ¿Qué más podemos pedir?

Norman Bethune

Born in 1890 in Gravenhurst, (Ontario, Canada). As a young man he was an erratic student and worked in a logging camp. At the start of the First World War he dropped out of medical school at the University of Toronto to enlist as a stretcher-bearer. He obtained his degree in medicine in 1916.

We are well and happy and believe we are doing good. What more can one ask?

Norman Bethune

Norman Bethune est né à Gravenhurst (Ontario, Canada) en 1890. Dans sa jeunesse, il entreprend des études avec plus ou moins de sérieux et travaille dans un camp de bûcherons. Au début de la Première Guerre mondiale, il interrompt ses études en médecine à l'Université de Toronto pour s'engager comme brancardier. Il obtiendra sa licence de médecine en 1916.

Nous sommes bien et heureux, et croyons bien faire. Que pouvons-nous demander de plus?

Norman Bethune

Bethune (centro), con veinte años, trabajando en el norte de la Bahía Georgian, 1911

Bethune (centre), at the age of twenty, working north of Georgian Bay

Bethune (au centre), âgé de vingt ans, travaillant dans le nord de la baie Georgienne

De 1928 a 1936 fue cirujano torácico en Montreal. Llegó a ser un célebre especialista en el tratamiento de la tuberculosis: desarrolló nuevo instrumental quirúrgico y escribió un tratado que se convirtió en referencia esencial de cualquier cirujano.

La tuberculosis causa más muertes por la falta de dinero que por la falta de resistencia a la enfermedad: el pobre muere porque no puede pagarse la vida.

Norman Bethune

From 1928 to 1936 he was a thoracic surgeon in Montreal, becoming a celebrated specialist in the treatment of tuberculosis. He developed new surgical instruments and wrote a treatise that became an essential reference for surgeons.

Lack of money kills more cases of pulmonary tuberculosis than lack of resistance to that disease. The poor man dies because he cannot afford to live.

Norman Bethune

De 1928 à 1936, Bethune travaille comme chirurgien à Montréal où il deviendra un spécialiste renommé dans le traitement de la tuberculose. Il mettra au point de nouveaux instruments chirurgicaux et rédigera un traité qui deviendra un ouvrage de référence essentiel pour les chirurgiens.

La tuberculose cause plus de morts par manque d'argent que par manque de résistance à la maladie: le pauvre meurt parce qu'il n'a pas les moyens de vivre.

Norman Bethune

El Dr. Bethune, a la izquierda, con otros colegas en el Hospital Trudeau, New York State (1927)

Dr Bethune, left, with colleagues in the Trudeau Sanatorium, New York State

Le docteur Bethune (à gauche), avec d'autres collègues au sanatorium Trudeau dans l'État de New York



Pero la preocupación principal de Bethune era la socialización de la medicina. Comprobó que la mortandad era más alta entre sus pacientes más pobres por la falta de higiene y de cuidados médicos adecuados. Bethune propuso al gobierno de Canadá la implantación de una Seguridad Social que alcanzara a todas las personas. Su propuesta no fue aceptada, pero años más tarde sus recomendaciones terminaron por implantarse en el seno del sistema sanitario canadiense.

Si no puede cambiarse el modo de funcionamiento de la sociedad, si no estamos seguros de poder detener la pobreza y la iniquidad, entonces es necesario actuar de forma que otras cosas -como la atención sanitaria pública- sean ofrecidas en un nivel aceptable que ayude a nivelar esta desigualdad.

Norman Bethune

But Bethune's main concern was the need for socialized medicine. He observed that the higher mortality among his poorest patients was due to a lack of hygiene and of adequate medical care. He recommended to the Canadian government the establishment of a Social Security Service to cover all Canadians. His proposal was rejected, but years later his recommendations were implemented in the Canadian Health Service.

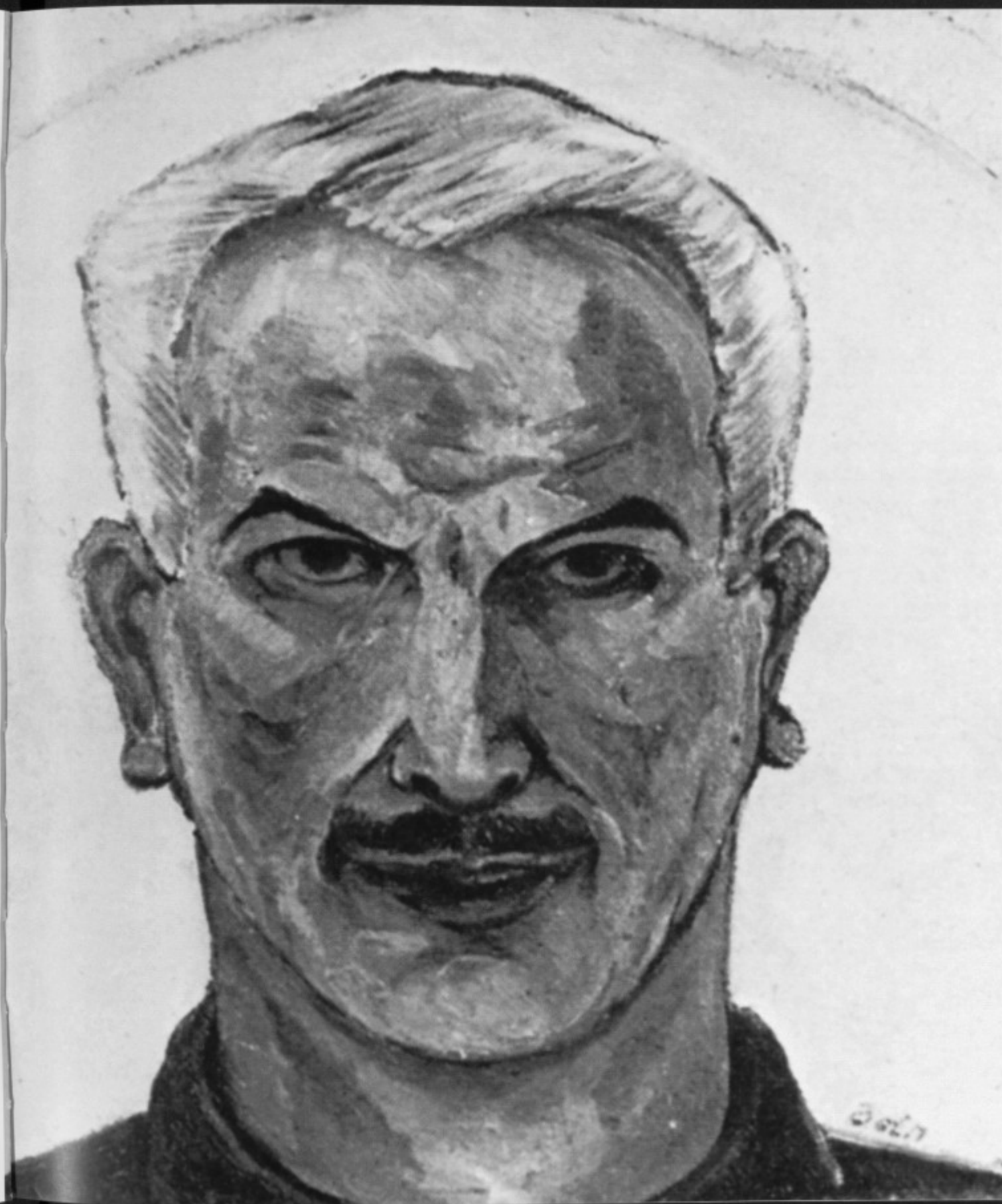
If the way society functions can not be altered, if we are unsure about being able to stop poverty and iniquity, then it will be necessary to act in a different manner so that other things, such as the public health care, may be offered at a more acceptable level to help to even out that iniquity.

Norman Bethune

Ce qui préoccupe Bethune avant tout, c'est la socialisation de la médecine. Il constate que le taux de mortalité est plus élevé parmi ses patients les plus pauvres, en raison d'un manque d'hygiène et de soins médicaux appropriés. Il propose donc au gouvernement canadien de mettre sur pied un service de sécurité sociale qui serait offert à toute la population. Sa proposition est refusée, mais des années plus tard, ses recommandations seront prises en considération lors de la création du système de soins de santé au Canada.

Si on ne peut changer la façon dont fonctionne la société, si nous ne sommes pas sûrs de pouvoir enrayer la pauvreté et l'iniquité, alors il est nécessaire d'agir différemment, afin que d'autres choses, comme les soins de santé publics, puissent être offertes à un niveau acceptable et contribuer ainsi à niveler cette inégalité.

Norman Bethune



Autorretrato, 1935. Bethune, además de médico, era pintor y poeta

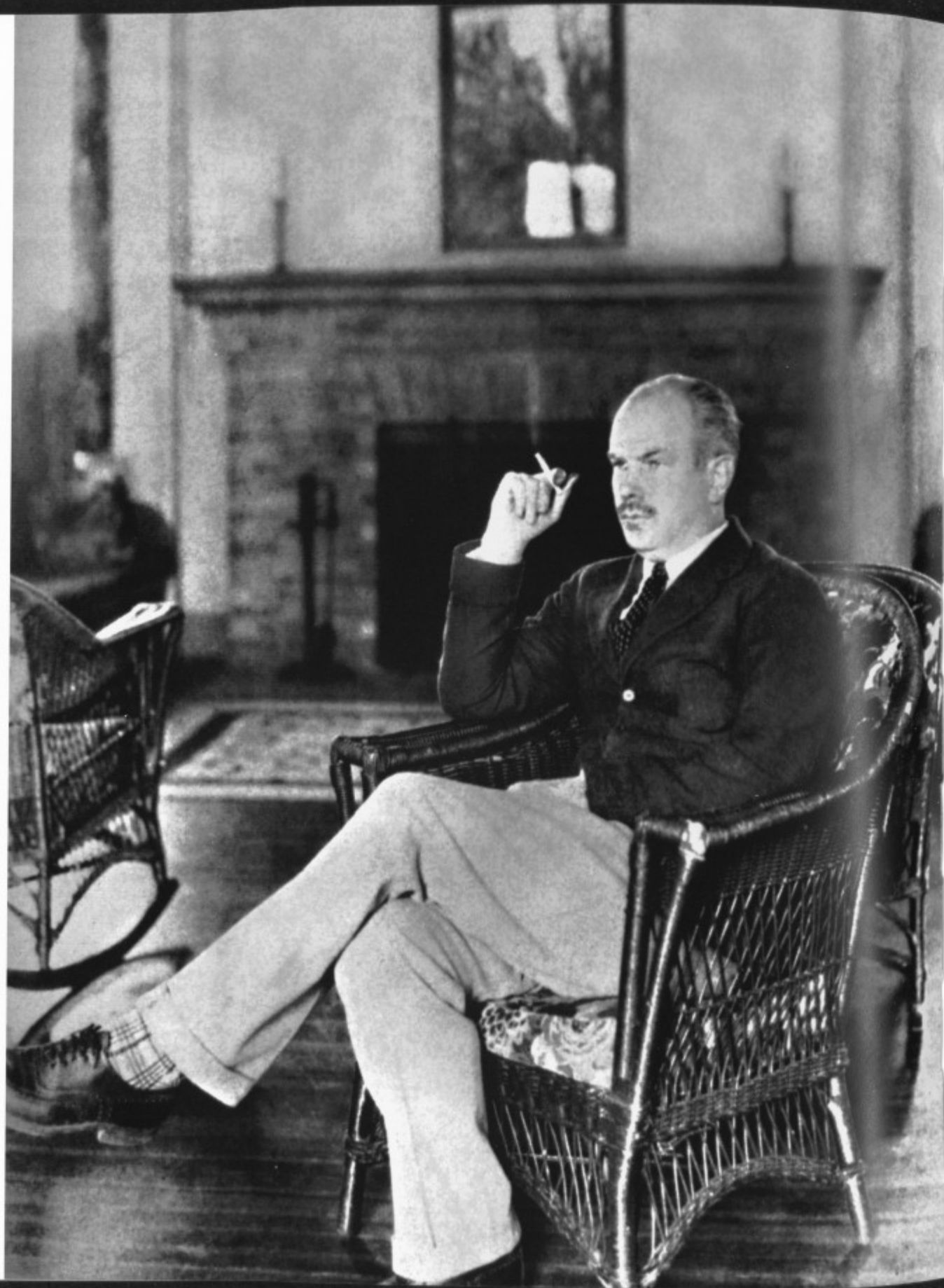
Self-portrait, 1935. Bethune, was not only a doctor but also a painter and poet

Autoportrait, 1935. En plus d'être médecin, Bethune était peintre et poète

Norman Bethune,
fumador impenitente,
en otoño de 1936

Norman Bethune,
an inveterate smoker,
in autumn 1936

Norman Bethune,
fumeur invétéré,
à l'automne 1936



En aquellos momentos de su vida Bethune había alcanzado éxito, fama y riqueza. Despilfarraba el dinero con la misma facilidad que lo ganaba. Creó una clínica de atención gratuita para necesitados y fundó una escuela de arte para niños pobres. Las deficiencias de los servicios de sanidad pública y el fascismo eran sus enemigos personales.

Deberíamos ser como los monjes, yendo por esos mundos en sandalias y harapos. El propósito de nuestras vidas es el de cuidar y resucitar el cuerpo humano. Eso debería ser el sagrado propósito; y nuestra dedicación debería ser tan sagrada como nuestro propósito.

Norman Bethune.

At this point in his life, Bethune had achieved success, fame and wealth. He squandered money as easily as he earned it. He opened a free clinic for the poor and founded an art school for underprivileged children. The inadequacy of the public health system and Fascism were personal enemies for him.

We should be like monks, yes, going about in sandals and threadbare garments. Our purpose is to guard and resurrect the human body; it should be a holy purpose, and our dedication should be as holy as our purpose.

Norman Bethune

À cette étape de sa vie, Bethune a atteint le succès, la renommée et la richesse. Il gaspille son argent aussi rapidement qu'il le gagne. Il ouvre une clinique de soins gratuits pour les nécessiteux et fonde une école d'art pour les enfants pauvres. Le système de santé public déficient et le fascisme sont ses ennemis personnels.

Nous devrions être des moines, en sandales et vêtus de bure. Notre mission consiste à protéger le corps et à le ressusciter. C'est une mission sacrée, et notre dévouement devrait être à la hauteur de notre mission.

Norman Bethune



Norman Bethune
en el barco que lo
traía a España
(1936)

Norman Bethune
on the ship that
took him to Spain

Norman Bethune,
sur le bateau qui
le mena en
Espagne

En octubre de 1936 abandonó su puesto de Jefe de Servicio del Hospital *Sacré-Coeur* de Montreal, y se dirigió a España para trabajar como médico voluntario durante la Guerra Civil. Organizó el servicio móvil de transfusión de sangre del ejército republicano en el frente de Madrid. Sus servicios también llegaron hasta Valencia y Barcelona.

En febrero de 1937 ayudó a la población civil de Málaga, que huía en masa de la ciudad.

Con voz como la trompeta de Gabriel querría rugir al oído del mundo dormido, ahogando a los necios y falsos que aún siguen extendiendo la mentira. Con la voz de la trompeta de Gabriel despertaría a los millones de indiferentes que hay más allá de las fronteras de esta España invadida: ¡Vuestras manos están manchadas de sangre de inocentes; todos vosotros, que dormís tranquilamente esta noche...!

Norman Bethune

In October 1936 he left his position of Chief of Service at *Sacre Coeur* Hospital in Montreal and sailed to Spain to work as a volunteer doctor. He organized the mobile blood transfusion service of the Republican army on the Madrid front. Transfusion units were also sent to Valencia and Barcelona. In February 1937 he helped the civilian population of Málaga, who were fleeing the city en masse.

With a voice like Gabriel's trumpet I would roar at the ears of the slumbering world, drowning the fools and liars still spreading their clamorous deceit abroad. With a voice like Gabriel's trumpet I would awaken the indifferent millions beyond Spain's invaded borders: Your hands are polluted with innocent blood, all you who sleep peacefully tonight!

Norman Bethune

En octobre 1936, Bethune quitte son poste de chef de service à l'Hôpital *Sacré-Coeur* de Montréal, et s'embarque pour l'Espagne afin de travailler comme médecin volontaire dans durant la guerre civile.

Il met sur pied l'unité mobile de transfusion sanguine de l'armée républicaine sur le front de Madrid. Des unités de transfusion sanguine seront aussi envoyées à Valence et à Barcelone. En février 1937, il vient en aide à la population civile de Málaga qui fuit la ville en masse.

Telle la trompette de l'archange Gabriel, je hurlerai dans les oreilles d'un monde qui dort, étouffant le discours des menteurs et des illuminés qui clament partout leur tromperie. Telle la trompette de l'archange Gabriel, j'éveillerai les masses qui dorment dans l'indifférence, par-delà les frontières de l'Espagne: Vos mains sont souillées, vous tous qui dormez paisiblement ce soir, souillées du sang des innocents!

Norman Bethune

En junio de 1937 regresó a Canadá y Estados Unidos. Realizó una gira en la que, a través de conferencias y de la proyección del documental *Corazón de España*, dio a conocer el trabajo realizado por el Servicio Canadiense de Transfusión de Sangre.

Bethune ya no volvió. Sólo había permanecido ocho meses en España. Con el dinero recaudado en esta gira, el Servicio Canadiense de Transfusión de Sangre siguió funcionando.

España es una herida en mi corazón. Una herida que nunca cicatrizará. El dolor permanecerá conmigo, recordándome siempre las cosas que he visto.

Norman Bethune

In June 1937 he came back to Canada and the United States to make a speaking tour, screening his documentary *Heart of Spain*, to publicize the work being done by the Canadian Blood Transfusion Unit. Bethune never returned to Spain, where he had spent only eight months. With the funds raised from his tour, the Canadian Blood Transfusion Unit continued to operate.

Spain is a scar on my heart. It is a scar that can never heal. The pain will be with me always, reminding me of the things I have seen.

Norman Bethune

En juin 1937, Bethune revient en Amérique du Nord. Il entreprend au Canada et aux États-Unis une tournée de conférences au cours de laquelle il présente son documentaire, *Cœur d'Espagne*, afin de faire connaître le travail réalisé par le Service canadien de transfusion sanguine. Bethune ne retournera jamais en Espagne où il n'est resté que huit mois. L'argent récolté lors de sa tournée permettra au Service canadien de transfusion sanguine de poursuivre ses activités.

L'Espagne est une cicatrice sur mon cœur. Une cicatrice qui ne guérira jamais. La douleur ne me quittera jamais, me rappelant les choses que j'y ai vues.

Norman Bethune

Bethune ante la Oficina
Médica de Ayuda a la
Democracia Española
(1937)

Bethune in front of the
Medical Bureau to Aid
Spanish Democracy

Bethune devant le Bureau
médical d'aide à la
démocratie espagnole

cina
a la
riola
(337)

of the
Aid
racy

reau
à la
nole

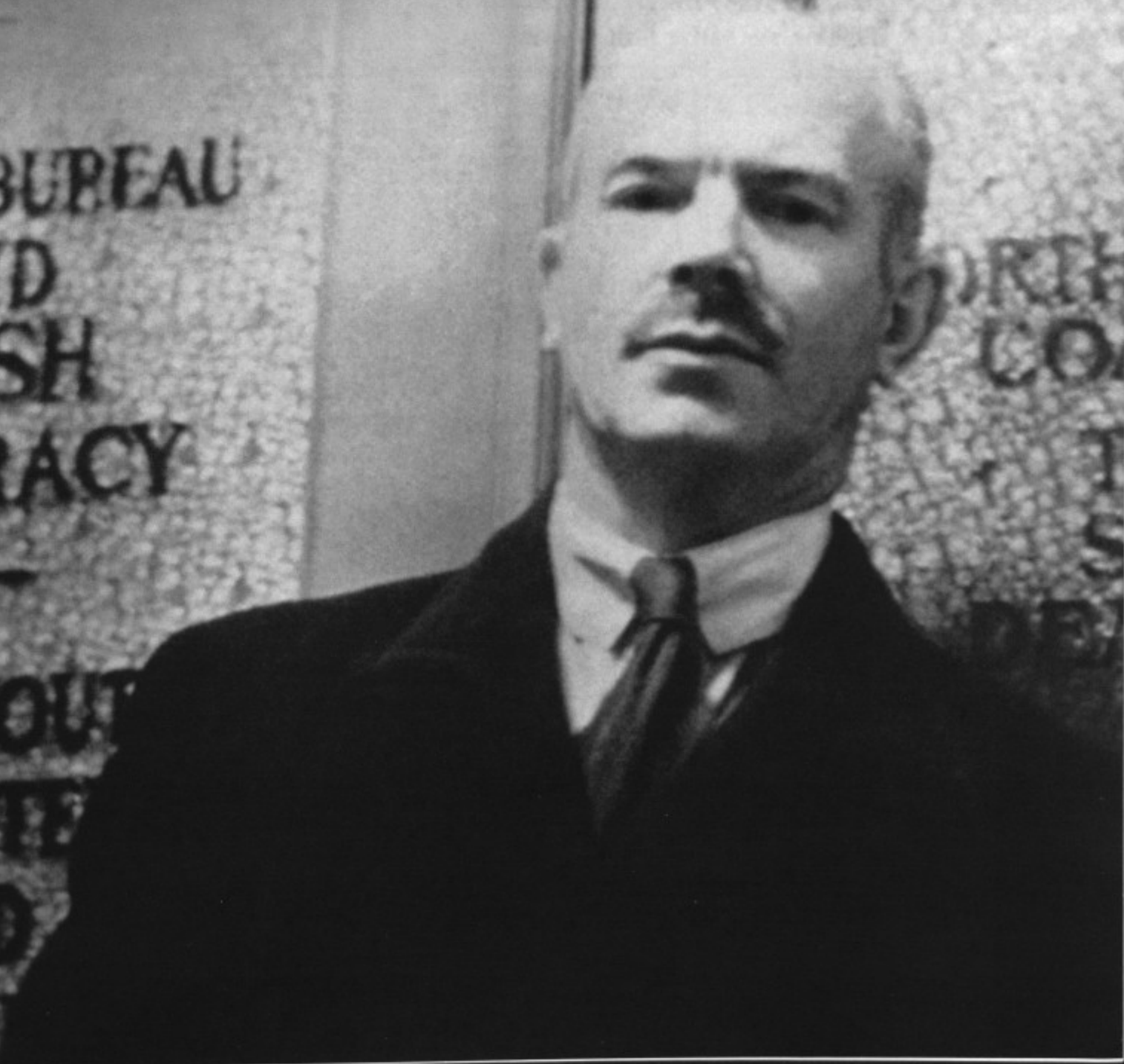
212
MEDICAL BUREAU
TO AID
SPANISH
DEMOCRACY

YOUTH

COMMITTEE

TO AID

SPANISH





En 1938, Bethune se fue a China para ayudar como médico a las tropas de Mao Tse-Tung en su lucha contra la invasión de los japoneses. Enseguida le encomendaron la Jefatura de los Servicios Médicos del Ejército Rojo.

España y China están comprometidas en la misma lucha. Me voy a China porque creo que es allí donde las necesidades son más urgentes y donde yo puedo ser más útil.

Norman Bethune

In 1938 Bethune went to China to offer his services as a doctor to Mao Zedong's troops in their fight against the Japanese invasion. He was immediately appointed head of the Red Army's medical services.

Spain and China are part of the same battle. I am going to China because I feel that is where the need is greatest; that is where I can be most useful.

Norman Bethune

En 1938, Bethune part en Chine pour offrir ses services de médecin aux troupes de Mao Tsé-Tung dans leur lutte contre l'invasion des Japonais. On lui confie immédiatement la direction des services médicaux de l'Armée rouge.

L'Espagne et la Chine sont des batailles d'une même guerre. Je vais en Chine parce que c'est là que le besoin est le plus grand et que j'y serai le plus utile.

Norman Bethune

Bethune y el general
Nieh Jung-Chen (centro)
con un periodista en junio de 1938

Bethune and General
Nieh Jung-Chen (centre) with a
journalist in June 1938

Bethune et le général
Nieh Jung-Chen (au centre)
avec un journaliste, en juin 1938



Beth
oper
direc
carni

Beth
oper
a wo
direc

Beth
doit c
direc
git su

Planificó la medicina del ejército y enseñó sus conocimientos a los médicos chinos. Asimismo, llevó a cabo la implantación y organización del sistema de sanidad pública.

Qué hermoso es el cuerpo humano; qué perfecta cada una de sus partes; con qué precisión se mueve; qué obediente, orgulloso y fuerte. ¡Qué terrible cuando está destrozado! La trémula llama de la vida se consume poco a poco y se apaga al impulso de un parpadeo. Como una vela, callada y suavemente.

Norman Bethune

He organized the army's medical services and created classes for Chinese doctors and nurses. He also helped to set up a public health system.

How beautiful the body is; how perfect its parts; with what precision it moves; how obedient, proud and strong; how terrible when torn. The little flame of life sinks lower and lower, and with a flicker goes out. It goes out like a candle, quietly and gently.

Norman Bethune

Bethune met sur pied les services médicaux de l'armée et organise des cours pour les infirmières et les médecins chinois. Il participe également à l'implantation d'un système de santé public.

Comme le corps est beau. Comme il est parfait dans toutes ses parties. Quelle précision dans ses mouvements. Il est fier, fort, obéissant, et terrible quand il est déchiré. La petite flamme de la vie vacille, baisse, puis s'éteint dans un dernier sursaut. Comme une chandelle, sans bruit, doucement.

Norman Bethune

Bethune, inclinado sobre el paciente, operando en el campo. Éste, traído directamente de la batalla, yace en una camilla de madera (1938-1939)

Bethune, bending over the patient, is operating in the field. The patient lying on a wooden stretcher has been brought directly from the battlefield

Bethune, ici penché au-dessus d'un patient, doit opérer en pleine campagne. Amené directement du champ de bataille, le patient gît sur un brancard de bois

A pesar de los limitadísimos medios de que disponía, creó la primera unidad médica móvil del mundo, que salvó la vida a multitud de soldados. Se componía de ocho personas: un intérprete, su cocinero-ayudante Ho Tzu-hsin y el personal médico.

El hospital central tiene ahora 350 camas, todas ellas ocupadas. Debería ampliarse inmediatamente hasta 500. Otro cirujano y yo hemos realizado 110 operaciones en 25 días. Esta gente necesita todo. Les adjunto una lista de sus medicinas en almacén. Lamentable, ¿no? ¿Pueden enviarnos morfina, codeína, instrumental quirúrgico, salvarsán, carbasona...? Aquí hay demasiada disentería.

Norman Bethune

In spite of the very limited means available to him, Bethune created the world's first mobile medical unit, which saved the lives of many soldiers. It consisted of eight people: an interpreter, the cook-assistant Ho Tzu-hsin and the medical staff.

The base hospital here is at present 350 beds and filled. It should be enlarged to 500 immediately. Brown and I have done 110 operations in 25 days. These people need everything. I am enclosing a list of their drugs in stock. Pitiful isn't it? Can you send us morphine, codeine, surgical instruments, salvarsan, carbasona... There is quite a lot of amoebic dysentery here.

Norman Bethune

Malgré les moyens très limités dont il dispose, Bethune crée la première unité médicale mobile au monde qui sauvera la vie à de nombreux soldats. Elle se compose de huit personnes: un interprète, l'aide-cuisinier Ho Tzu-hsin et le personnel médical.

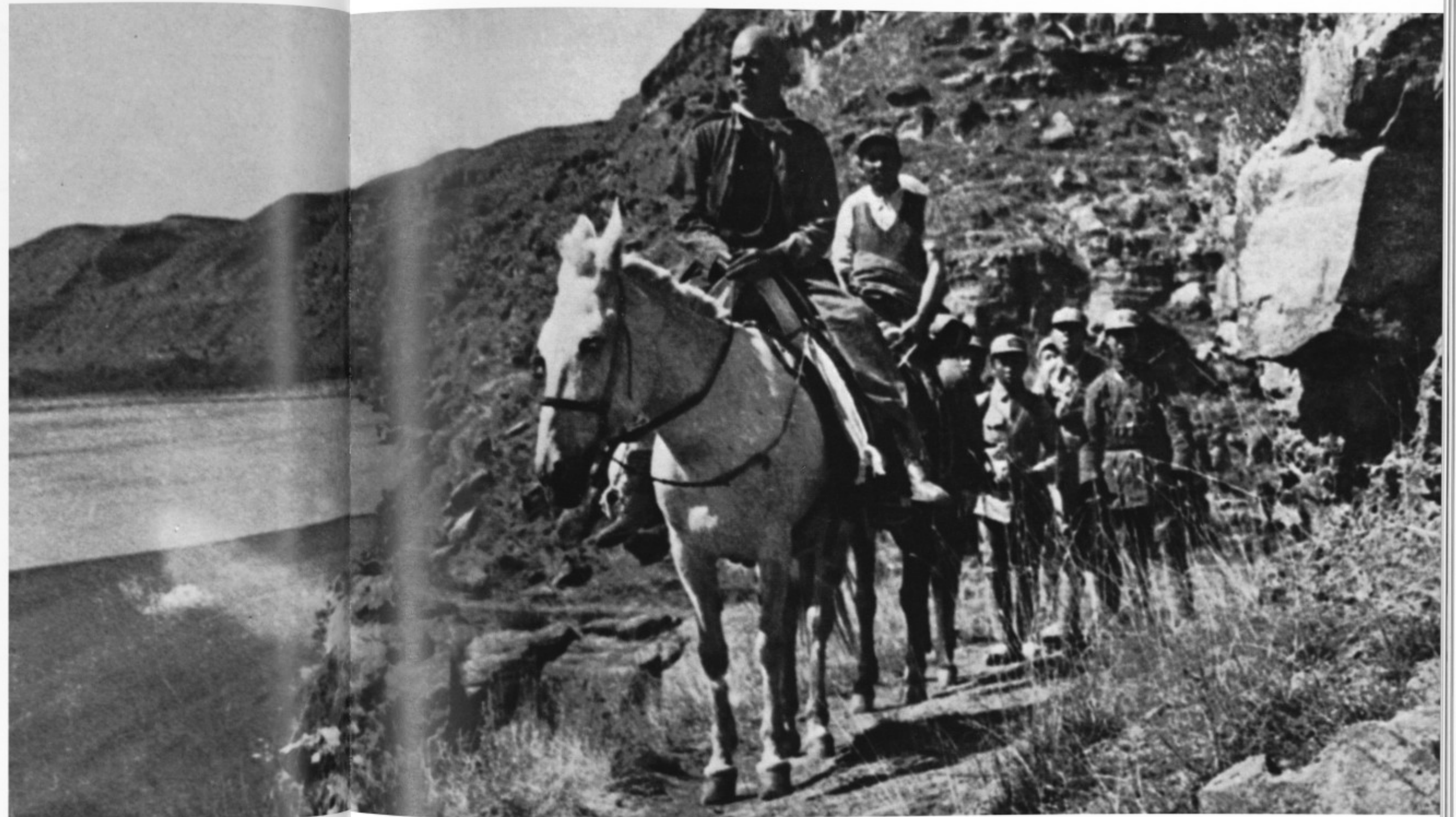
L'hôpital central a en ce moment 350 lits, tous occupés. Il faudrait immédiatement l'agrandir jusqu'à 500 lits. Browns et moi avons réalisé 110 interventions chirurgicales en 25 jours. Ces gens manquent de tout. Je vous envoie ci-joint une liste de leurs médicaments en stock. Lamentable n'est-ce pas? Pourriez-vous nous envoyer de la morphine, de la codéine, des instruments chirurgicaux, de l'arsphénamine, de la carbasona...? Ici il n'y a que trop de dysenterie amibienne.

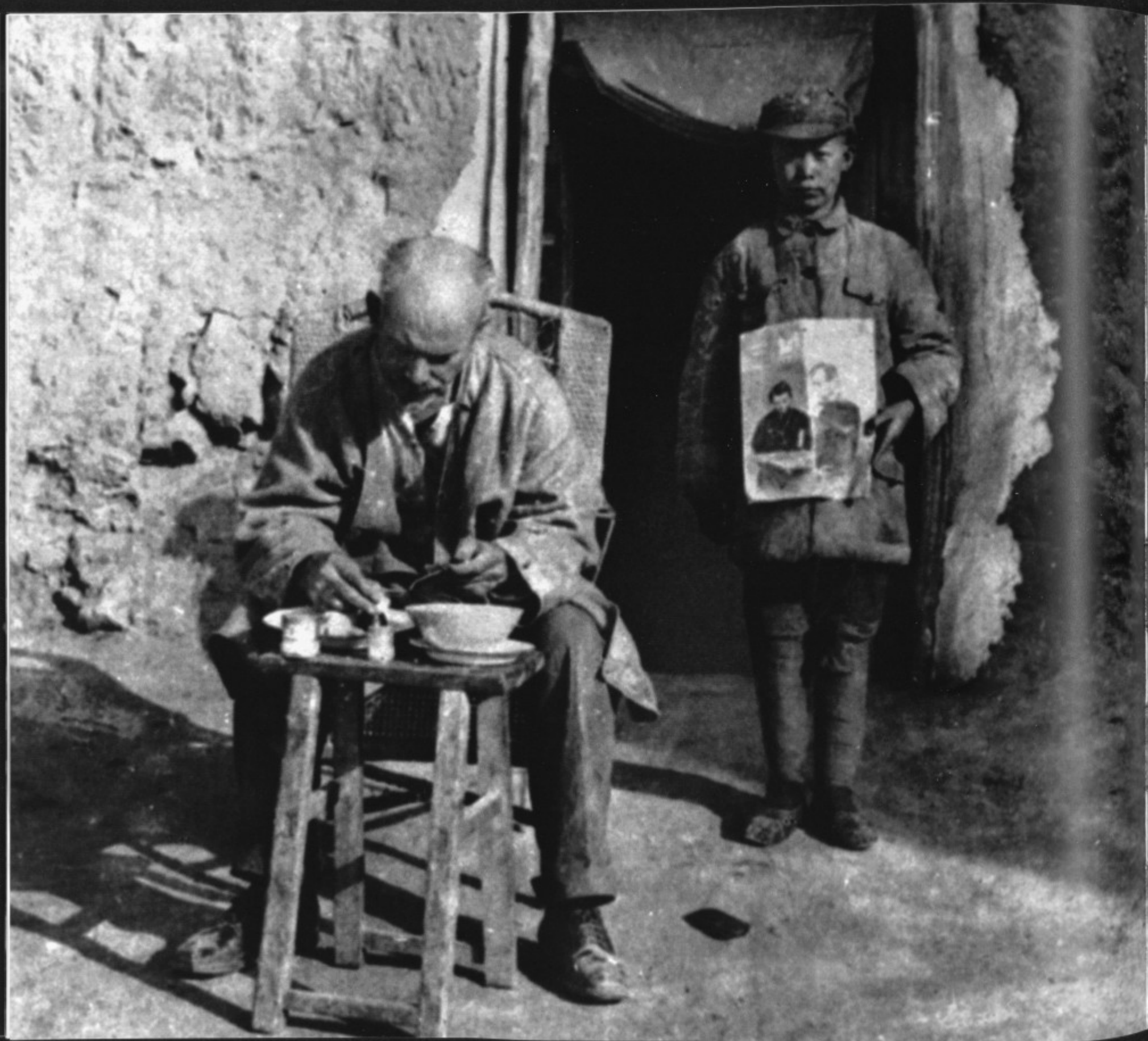
Norman Bethune

Bethune cabalga por China central, a la cabeza de su equipo médico, a lomos de un caballo blanco que le regaló el general Nieh después de haberlo capturado a los japoneses (1938-1939)

Bethune riding through Central China at the head of his medical team, on a white horse that General Nieh gave him after capturing it from the Japanese

Bethune chevauchant en Chine centrale, à la tête de son équipe médicale, à dos d'un cheval blanc qui lui avait été offert par le général Nieh qui l'avait dérobé aux Japonais





Be
fo
su
a c
a e

Be
ce
Ho
eg

Be
cé
Ho
cu

Su vida en China fue muy solitaria. Sólo su intérprete sabía inglés; él aprendió sólo unas pocas palabras y frases elementales en chino. Para Bethune, brillante orador y conversador, tuvo que resultar difícil y dolorosa esta situación de incomunicación. Tal vez por ello dedicaba sus ratos libres a escribir.

No dispongo de radio. Hace ocho meses que no leo un periódico en inglés. Recibo el correo cada dos meses y medio. Puedes imaginar la alegría con que recibo tus cartas, especialmente porque me dan noticias importantes de lo que pasa ahí. De hecho, si no fuera por tus cartas viviría en la oscuridad...

Norman Bethune

Bethune's life in China was a lonely one. Only his interpreter knew English; and he himself had learned just a few words and basic phrases of Chinese. For this brilliant speaker and conversationalist, it must have been difficult and painful to be unable to communicate. Perhaps this was why he spent his spare time writing.

I have no radio. I have not seen an English newspaper for 8 months now. I receive mail about every 2 and half months apart. So you can well imagine my delight to receive your letters, especially as they give me important news of changes at home. In fact, if it were not for your letters, I should be in the dark.

Norman Bethune

En Chine, Bethune mène une vie très solitaire. Seul son interprète parle anglais. Lui-même ne connaît que quelques mots et phrases élémentaires en chinois. Pour Bethune, brillant orateur et causeur, ce manque de communication doit être difficile et douloureux. C'est peut-être pour cette raison qu'il consacre ses temps libres à l'écriture.

Je n'ai pas de radio. Je n'ai pas vu un journal en anglais depuis plus de huit mois. Je reçois le courrier environ tous les deux mois et demi. Tu peux imaginer la joie avec laquelle je reçois tes lettres, d'autant plus qu'elles me donnent d'importantes nouvelles sur ce qui se passe au pays. En fait, si ce n'était de tes lettres, je vivrais dans l'obscurité...

Norman Bethune

Bethune celebró con esta fotografía que Ho Tzu-hsin, su ayudante, aprendiera a cocinar huevos como a él le gustaban (1938-1939)

Bethune took this photograph to celebrate the fact that his assistant Ho Tzu-hsin had learnt to cook eggs as he liked them

Bethune prit cette photo pour célébrer le fait que son assistant Ho Tzu-hsin avait appris à faire cuire les oeufs comme il les aimait

Escribía infatigablemente libros, directrices para médicos y enfermeras, informes, cartas y artículos desde el frente, en demanda de ayuda médica. La máquina de escribir era uno de sus pocos efectos personales. Se conserva en el Museo Bethune de Shih-chia Chuang.

¿Alguno más? Cuatro prisioneros japoneses. Traedlos. En esta cofradía del dolor no hay enemigos. Rasga el uniforme ensangrentado. Para la hemorragia. Que se tumbe junto a los otros. ¡Santo Dios, si parecen hermanos de los nuestros!...

Norman Bethune

He wrote tirelessly: books, directives for doctors and nurses, reports, letters and articles from the front requesting medical help. His typewriter, one of his few personal belongings, is on display in the Bethune Museum in Shih-chia Chuang.

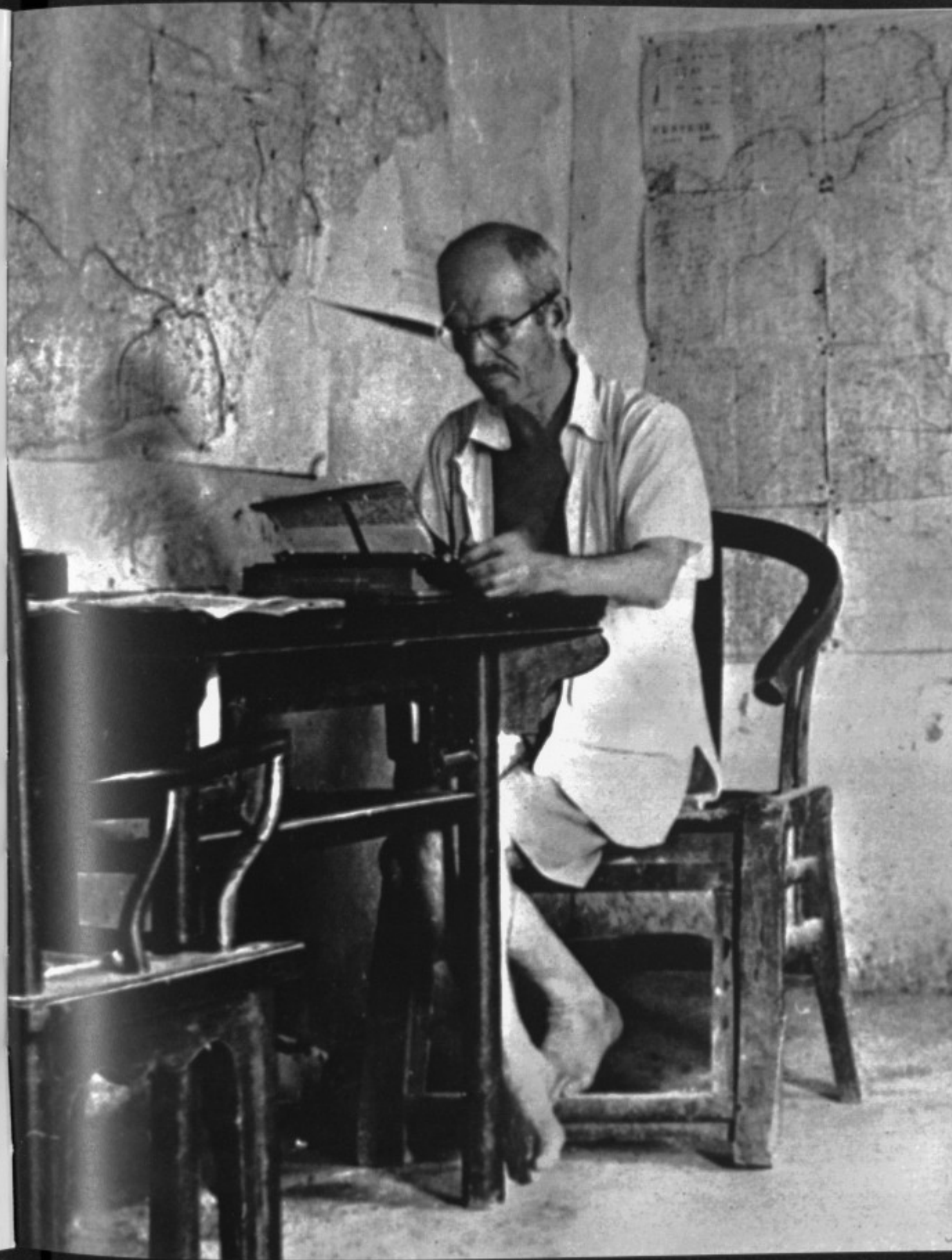
Any more? Four Japanese prisoners. Bring them in. In this community of pain there are no enemies. Cut away that bloodstained uniform. Stop that hemorrhage. Lay them beside the others. Why, they're alike as brothers!

Norman Bethune

Sans jamais se lasser, Bethune écrit des livres, des directives destinées aux médecins et infirmières, des rapports, des lettres et des articles depuis le front, pour demander une aide médicale. Sa machine à écrire est l'un de ses rares effets personnels. Elle se trouve aujourd'hui au Musée Bethune de Shih-chia-chuang.

D'autres? Quatre prisonniers japonais. Amenez-les. Dans cette confrérie de la douleur, il n'y a pas d'ennemis. Coupez et enlevez ces uniformes trempés de sang. Arrêtez l'hémorragie. Couchez-les près des autres. Les voilà semblables, comme des frères.

Norman Bethune



Bethune ante su máquina
de escribir (1938-1939)

Bethune in front
of his typewriter

Bethune devant
sa machine à écrire



La falta de equipamiento y suministros con que desarrollar su actividad era su principal problema. La ausencia de guantes de goma para operar tuvo consecuencias funestas. En agosto de 1938 escribía:

Hoy he operado durante todo el día, y estoy agotado. Diez casos, y cinco de ellos muy complicados. Tengo un dedo infectado, y es imposible evitarlo operando sin guantes heridas infectadas. Es la tercera vez que me sucede en dos meses.

Norman Bethune

His main problem was the dearth of medical equipment and supplies. The lack of surgical gloves had tragic consequences. In August 1938 he wrote:

I have operated all day and am tired. Ten cases, 5 of them very serious. I have an infected finger—it's impossible to avoid them, operating without gloves in these dirty wounds. This is the third in 2 months.

Norman Bethune

Le manque d'équipement sanitaire et de fournitures médicales constitue le plus gros problème de Bethune. L'absence de gants de caoutchouc pour opérer aura d'ailleurs des conséquences funestes. En août 1938, il écrit:

J'ai opéré toute la journée et je suis fatigué. Dix cas, dont cinq très graves. J'ai un doigt infecté, ce qui est inévitable puisque je dois opérer sans gants dans des blessures infectées. C'est la troisième fois que cela m'arrive en deux mois.

Norman Bethune

Bethune operando en el frente sin guantes y con sandalias de campesino (1939)

Bethune operating at the front without surgical gloves, wearing peasant's sandals

Bethune en train d'opérer sur le front sans gants chirurgicaux et chaussé de sandales de paysan

A finales de octubre de 1939 se cortó un dedo durante una operación de urgencia. Su condición física era ya delicada, y la herida se infectó. Enseguida la infección se propagó por todo el cuerpo. Murió el 12 de noviembre de 1939. Un día antes dictó su última carta a su intérprete:

Regresé del frente ayer. Ya no tenía sentido seguir allí. No podía levantarme de la cama ni operar. Se me infectó un dedo. Todo el día he tenido escalofríos y fiebre incontrolada. Temperatura alrededor de 39,6 °C. Malo. El día 9 más vómitos y fiebre alta. Todo el 10 he estado en la camilla, vomitando. Fiebre alta, más de 40°C. Pienso que tengo una septicemia con fiebre gangrenosa o fiebre tifoidea. No consigo dormir, pero tengo la mente muy lúcida. Fenacitina y aspirina, antipirina, cafeína... todo inútil. Te veré mañana, espero.

Norman Bethune

At the end of October 1939 he cut his finger while carrying out an urgent operation. He was already debilitated, and the wound became septic. The blood poisoning spread, and on November 12th, 1939 he died. The previous day he had dictated his last letter to his interpreter:

I came back from the front yesterday. There was no good in my being there. I couldn't get out of bed or operate. I have an infected finger... Had uncontrolled chills and fever all day. Temp. around 39.6°C., bad. Next day (9th), more vomiting all day, high fever. Next day vomiting on stretcher all the day. High fever, over 40°C. I think I have either septicaemia from the gangrenous fever or typhoid fever. Can't get to sleep, mentally very bright. Phenacitin and aspirin, antipyrin, caffeine, all useless. Will see you tomorrow, I expect.

Norman Bethune

À la fin du mois d'octobre 1939, Bethune se coupe un doigt pendant une opération d'urgence. Comme sa santé est déjà fragile, la blessure s'infecte. L'infection se propage rapidement dans tout son corps. Il meurt le 12 novembre 1939. La veille de sa mort, il avait dicté sa dernière lettre à son interprète :

Je suis revenu du front hier. Je n'y ai été d'aucune utilité. Je ne pouvais sortir du lit ni opérer. J'ai un doigt infecté... Toute la journée, j'ai eu des frissons incontrôlés et de la fièvre. Température autour de 39,6°C. Mauvais. Le lendemain (le 9), encore plus de vomissements et une forte fièvre. Le lendemain, j'ai vomi toute la journée couché dans un brancard. Une forte fièvre, plus de 40°C. Je pense que j'ai une septicémie avec fièvre gangreneuse ou une fièvre typhoïde. Je ne peux pas dormir, mais j'ai l'esprit très lucide. Phénacétine et aspirine, antipyrine, caféine... tous inutiles.

Je te verrai demain, je suppose.

Norman Bethune

Bethune operando, sin guantes, en un templo budista (1938-1939)

Bethune operating without gloves in a Buddhist temple

Bethune en train d'opérer, sans gants, dans un temple bouddhiste





Bethune murió en la humilde
cabaña de un campesino (1939)

Bethune died in a
peasant's hut

Bethune est mort dans
une humble cabane de paysan

En China la figura de Bethune alcanzó enseguida dimensiones de mito y se convirtió en uno de los personajes más heroicos de la Revolución.

¿Así es que la guerra, la agresión, las guerras de conquista coloniales son simplemente grandes negocios? Sí, eso es, aunque los perpetradores de tales crímenes intenten camuflar el verdadero objetivo bajo el estandarte de altisonantes abstracciones e ideales. Se inventan la guerra para captar mercados por medio del asesinato, materias primas por medio de la violación...

Norman Bethune

In China, Bethune's story immediately took on legendary dimensions, and he became known as one of the Revolution's most heroic figures.

Are wars of aggression, wars for the conquest of colonies, then just big business? Yes, it would seem so, however much the perpetrators of such national crimes seek to hide their true purpose under the banner of high-sounding abstractions and ideals. They make war to capture markets by murder; raw materials by rape.

Norman Bethune

En Chine, Bethune est rapidement devenu une figure légendaire, et il fut reconnu comme l'un des plus grands héros de la Révolution.

Les guerres d'agression, les guerres coloniales, ne seraient-elles donc qu'un grand commerce? Il semblerait que oui, même si les auteurs de ces crimes nationaux cherchent à dissimuler leurs véritables mobiles sous le drapeau des grands idéaux et des nobles abstractions. Ils font la guerre pour conquérir les marchés par le meurtre, et pour s'emparer des matières premières par le viol.

Norman Bethune

En su honor se levantaron numerosas estatuas por toda China. Su figura ha llegado a alcanzar la aureola de un santo: benefactor, solidario y desinteresado.

¿Cómo son esos enemigos de la raza humana? ¿Llevan quizás una señal en la frente que los identifique como contaminados o los condene como criminales? No. Todo lo contrario. Son personas dignas de respeto. Son quienes reciben los honores. Se denominan y son denominados caballeros. Son los pilares del estado, de la iglesia, de la sociedad.

Norman Bethune

Many statues were erected in his honour throughout China. He acquired posthumously a halo of sanctity as a committed, unselfish philanthropist.

What do these enemies of the human race look like? Do they wear on their foreheads a sign so that they may be shunned and condemned as criminals? No. On the contrary, they are the respectable ones. They are honoured. They call themselves and are called, gentlemen. They are the pillars of the state, of the church, of society.

Norman Bethune

De nombreuses statues ont été érigées en l'honneur de Bethune dans toute la Chine. Il a acquis après sa mort une auréole de sainteté, étant considéré comme un philanthrope dévoué et altruiste.

À quoi ces ennemis de l'humanité ressemblent-ils? Sont-ils marqués au front, pour qu'on les reconnaisse et qu'on les condamne comme des criminels? Bien au contraire. Ce sont des gens que l'on dit respectables. On les honore. Ils se disent gens de bien et nous les croyons. Ce sont les piliers de la société, de l'Église, de l'État.

Norman Bethune



Estatua de Bethune levantada
delante del Hospital Internacional
Norman Bethune, en Shih-chia
Chuang

Statue of Bethune erected in front
of the Norman Bethune
International Hospital in Shih-chia
Chuang

Statue de Bethune érigée devant
l'Hôpital International Norman
Bethune, à Shih-chia-Chuang



Bethune en España

No he venido a España a derramar sangre, sino a darla.

■
I did not come to Spain to shed blood, I came to give blood.

■
Je ne suis pas venu en Espagne pour verser du sang mais pour en donner.



Desde América se dirigió a Francia. Con el dinero proporcionado por el Comité Canadiense de Ayuda a la Democracia Española compró en París y Londres una ambulancia y diverso instrumental médico. Llegó a Madrid el 3 de noviembre de 1936.

La democracia se debate entre la vida y la muerte. Comenzaron en Alemania, en Japón, ahora en España, y después en todas partes. Si no los detenemos en España, ahora que aún podemos hacerlo, convertirán el mundo en un matadero.

Norman Bethune

From America he made his way to France, buying an ambulance and various medical instruments in Paris and London with funds provided by the Medical Bureau to Aid Spanish Democracy. He arrived in Madrid on November 3, 1936.

Democracy struggles between life and death. They've begun in Germany, in Japan, now in Spain, and they're coming out into the open everywhere. If we don't stop them in Spain while we still can, they'll turn the world into a slaughterhouse.

Norman Bethune

Parti d'Amérique, Bethune est allé en France. Avec l'argent fourni par le Bureau canadien d'aide à la démocratie espagnole, il a acheté une ambulance et divers instruments médicaux à Paris et à Londres. Il est arrivé à Madrid le 3 novembre 1936.

La démocratie lutte entre la vie et la mort. D'abord l'Allemagne, puis le Japon, maintenant l'Espagne, et cela se propage partout. Si nous ne les arrêtons pas en Espagne pendant qu'il est encore temps, ils vont transformer le monde en boucherie.

Norman Bethune

Bethune (derecha) con su compañero Sorensen durante su viaje desde Francia a Madrid (1936)

Bethune (right) with his comrade Sorensen on his way from France to Madrid

Bethune (à droite) avec son camarade Sorensen pendant son voyage de la France à Madrid

Bethune se incorporó a los servicios médicos de la República, cerca de las Brigadas Internacionales. Los brigadistas eran voluntarios extranjeros que vinieron a España a defender al gobierno legítimo de la República y a luchar contra el fascismo, representado en el golpe de estado promovido por el general Franco.

Me niego a vivir sin rebelarme en un mundo que engendra crimen y corrupción. Me niego a cerrar los ojos por pasividad o por negligencia ante las guerras que hombres codiciosos desencadenan contra otros hombres...

Norman Bethune

Bethune joined the medical services of the Republic, near the International Brigades. The brigadists were foreign volunteers who came to Spain to defend the legitimate government of the Republic and to fight the Fascism represented by General Franco and his coup d'état.

I refuse to live in a world that spawns murder and corruption without raising my hand against them. I refuse to condone, by passivity, or by default, the wars which greedy men make against others...

Norman Bethune

Bethune s'est joint aux services médicaux de la République, près des Brigades internationales. Les brigadistes étaient des volontaires étrangers venus en Espagne pour défendre le gouvernement de la République et lutter contre le fascisme, représenté par le coup d'État du général Franco.

Je refuse de vivre dans un monde qui engendre la corruption et le meurtre, sans lever le petit doigt. Je refuse d'approuver, par inaction ou par insouciance, les guerres que des hommes avides mènent contre d'autres...

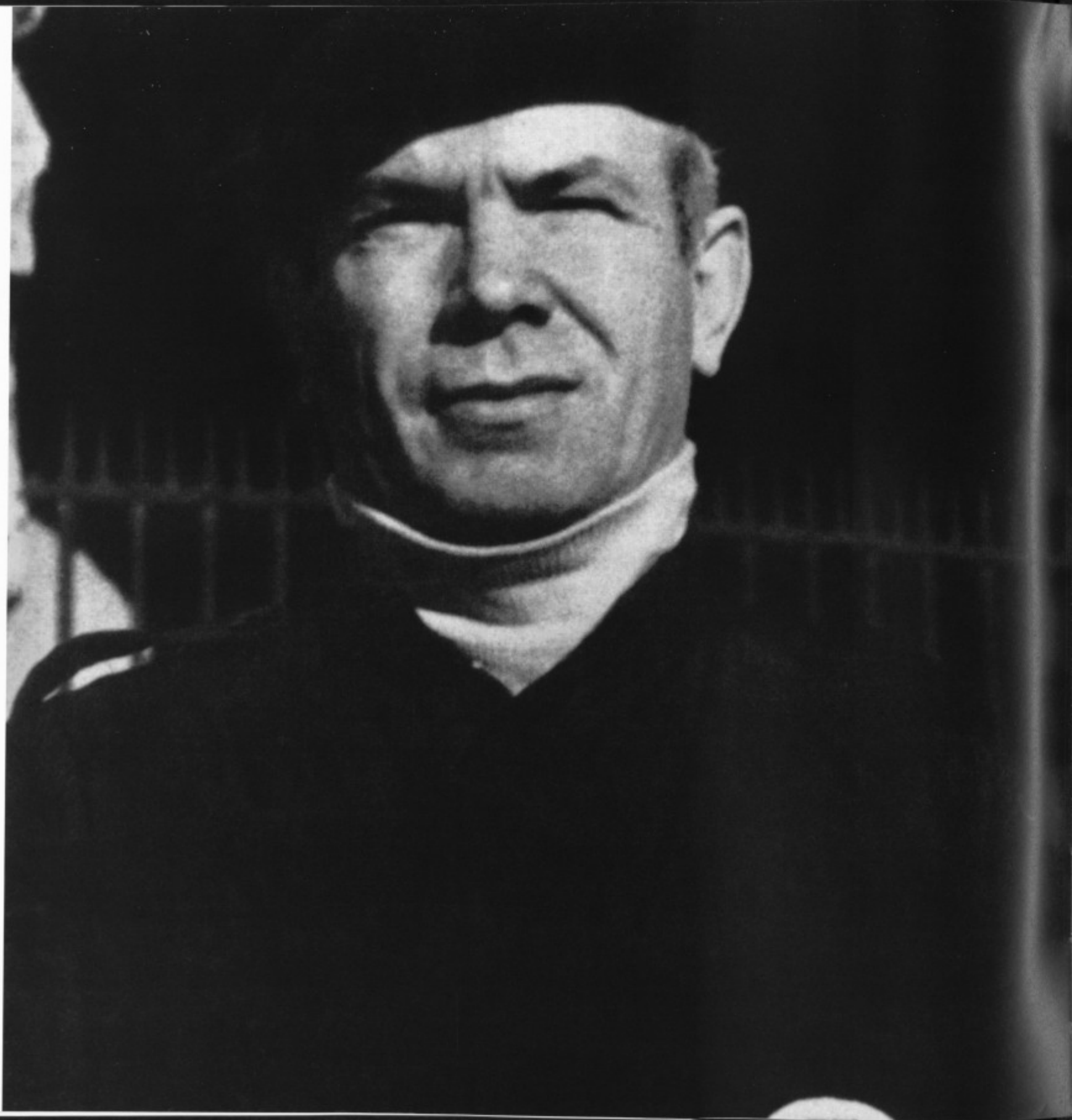
Norman Bethune

Bethune con un grupo
de brigadistas internacionales (1937)

Bethune with a group
of international brigadists

Bethune avec un groupe de
brigadistes internationaux





Propuso a los servicios médicos de la República la creación de una unidad móvil de transfusión de sangre. La transfusión móvil nunca se había hecho en el mundo y la idea pareció "utópica e impracticable".

Pero Bethune ofreció encargarse él solo de la organización y la financiación del proyecto.

Conseguí un tipo de vehículo adecuado para nuestro propósito y compré un equipo completo para un servicio móvil de la transfusión de sangre. Siempre tuvimos presente la idea de la movilidad. Por ello todos los aparatos que compramos (refrigeradores, el autoclave, las incubadoras, etc.) podían funcionar con gasolina o con keroseno, sin necesidad de corriente eléctrica.

Norman Bethune

Bethune proposed the creation of a mobile blood transfusion unit to the Republican medical services.

Nowhere in the world had mobile blood transfusion units been created, and the idea seemed "utopian and impracticable". But Bethune offered to take sole charge of organizing and funding the project.

Made a good type of transportation for our purpose so I bought complete equipment for a mobile blood transfusion service. The idea of mobility was always kept in mind so such apparatus as refrigerators, autoclave, incubators, etc all were purchased to run on gasoline or kerosene and to be independent of electrical power.

Norman Bethune

Bethune propose aux services médicaux de la République la création d'une unité mobile de transfusion sanguine.

La transfusion mobile n'a jamais été pratiquée dans le monde et l'idée paraît «utopique et irréalisable». Mais Bethune propose de se charger entièrement de l'organisation et du financement du projet.

J'ai trouvé un type de véhicule convenant à nos besoins, et j'ai donc acheté l'équipement complet pour un service mobile de transfusion sanguine. La notion de mobilité était essentielle, et c'est pour cela que tous les appareils que nous avons achetés, comme les réfrigérateurs, l'autoclave, les couveuses, etc., fonctionnent avec de l'essence ou du kérosène et ne nécessitent pas de courant électrique.

Norman Bethune

Bethune al poco tiempo
de su llegada a España (1936)

Bethune shortly after arriving
in Spain

Bethune, peu de temps après
son arrivée en Espagne

Creó el Servicio Canadiense de Transfusión de Sangre, cuya misión era la de llevar sangre a los hospitales de Madrid. En una camioneta Ford instaló un frigorífico, un esterilizador y diverso material médico.

Esta ambulancia la utilizó en febrero de 1937 para el rescate de la población fugitiva de Málaga.

Al frente del Servicio estoy yo, Henning Sorensen es el oficial de enlace, y Hazen Sise (joven y talentoso arquitecto canadiense, hijo del presidente de la Compañía Eléctrica del Norte) es el conductor y la persona encargada de solucionar problemas de tipo general; además tenemos dos estudiantes españoles de medicina, un biólogo español, y a la señora Celia Greenspan de Nueva York (esposa del periodista M. Greenspan) como técnico. Estamos bien y somos felices.

Norman Bethune

He created the Canadian Blood Transfusion Unit for the purpose of supplying blood to the hospitals in Madrid, equipping a Ford van with a refrigerator, a sterilizer and some medical equipment. He used this ambulance in February 1937 to rescue the refugees fleeing from Málaga.

I, myself am of course director, Henning Sorensen is Liaison officer, Hazen Sise is driver and general utility man (he is a Canadian, the son of president of the Northern Electric Co., a talented young architect); then we have 2 Spanish medical students, a Spanish biologist and Mrs. Celia Greenspan of New York (wife of M. Greenspan the journalist) as technician. We are all well and happy.

Norman Bethune

Bethune crée le Service canadien de transfusion sanguine dont la mission est d'approvisionner en sang les hôpitaux de Madrid. Pour ce faire, il installe un réfrigérateur, un stérilisateur et de l'équipement médical dans une camionnette Ford. Il a utilisé cette ambulance en février 1937 pour porter secours à la population qui fuyait Málaga.

Je suis à la tête du Service. Henning Sorensen est l'officier de liaison, et Hazen Sise (jeune et talentueux architecte canadien, fils du président de la Northern Electric Co.) est le chauffeur et l'homme à tout faire. Nous avons en plus deux étudiants en médecine espagnols, un biologiste espagnol et Madame Celia Greenspan de New York (épouse du journaliste M. Greenspan), comme technicienne. Nous sommes tous en bonne forme et heureux.

Norman Bethune

Bethune y los componentes de su equipo (1936)

Bethune and the members of his team

Bethune et les membres de son équipe





Bethune y sus colaboradores junto al edificio del Servicio de Transfusión (1937)

Bethune and his co-workers beside the building housing the Transfusion Unit

Bethune et ses collaborateurs devant le bâtiment du Service de transfusion

En un piso de la calle Príncipe de Vergara instaló su banco de sangre. Durante tres días la prensa anunció la petición de donantes... Al amanecer, dos mil personas abarrotaban la ancha avenida. Al anochecer aún quedaban varios cientos, y ya estaban llenos de botellas todos los frigoríficos. Uno de los métodos que usaba para recolectar sangre era cambiarla por vino, que regalaba a los donantes en los frentes.

Nos hemos instalado en un magnífico y palaciego piso de quince habitaciones ocupado antes por un diplomático alemán huido ahora a Berlín. Disponemos de 175 recipientes de cristal de todo tipo: frascos al vacío para la sangre, botellas de goteo, envases, etc. Tenemos tres equipos completos de transfusión directa de sangre, un equipo completo de instrumental de análisis, 2000 sets de análisis de grupo sanguíneo, lámparas a prueba de viento, caretas antigás, etc.

Norman Bethune

He installed his blood bank in a flat in Príncipe de Vergara Street. For three consecutive days the media publicized the appeal for donors... At dawn, two thousand people crammed the wide avenue. At dusk several hundred were still there, and the refrigerators were full of bottles. One of the methods Bethune used to collect blood was to exchange it for wine, which he gave to the donors at the front.

Now we are installed in a 15 room flat formerly occupied by a German diplomat (Fascist, now in Berlin) very magnificent and palatial, at the above address. Then in addition we have 175 pieces of glassware of all varieties and kinds—vacuum bottles, blood flasks, drip bottles, containers, etc. We have 3 complete direct blood transfusion sets, complete set of test instruments, 2000 sets for testing blood groups, hurricane lamps, gas masks, etc.

Norman Bethune

Bethune installe sa banque de sang dans un appartement de la rue Prince de Vergara. Pendant trois jours, la presse lance un appel aux donneurs de sang... Au lever du jour, deux mille personnes envahissent la grande avenue. À la tombée de la nuit, il en reste encore plusieurs centaines, et tous les réfrigérateurs sont déjà pleins de flacons de sang. L'une des méthodes que Bethune utilise pour collecter le sang consiste à échanger celui-ci contre du vin qu'il offre aux donneurs qui se trouvent sur le front.

Nous nous sommes installés dans un magnifique et grandiose appartement de quinze chambres, occupé auparavant par un diplomate allemand, un fasciste qui s'est enfui à Berlin.

Nous disposons de 175 récipients en verre de toutes sortes: des bouteilles sous vide pour le sang, des flacons, des bouteilles compte-gouttes, des contenants, etc. Nous avons trois ensembles complets de transfusion directe de sang, un ensemble complet d'instruments d'analyse, 2 000 troussees d'analyse du groupe sanguin, des lampes-tempêtes, des masques à gaz, etc.

Norman Bethune

En un primer momento su trabajo consistió en distribuir la sangre de los donantes por los distintos hospitales de Madrid. Pero pronto Bethune y sus ayudantes empezaron a salir de la ciudad y llegaron a las líneas de los frentes cercanos a ella.

A través de la prensa y sobre todo de la radio local difundimos diariamente solicitudes dirigidas a los donantes. Ahora tenemos millares de voluntarios y estamos ocupados en clasificarlos. Hay cerca de 56 hospitales en la ciudad. Hemos examinado la situación entera y tenemos una lista de ellos que contenía la información en cuanto al tamaño, capacidad, direcciones, bajo qué organización, teléfono, principal cirujano, tipo del servicio, etc. Un mapa grande de la ciudad en nuestra oficina nos indica inmediatamente la ruta adecuada hacia cada hospital.

En cuanto recibimos la llamada de un hospital transferimos la sangre desde los frascos a las botellas esterilizadas al vacío; las introducimos en una mochila con otras botellas adicionales, el suero fisiológico caliente y la solución de glucosa.

Norman Bethune

Initially the work consisted of distributing the donors' blood to the Madrid hospitals. But soon Bethune and his assistants began to travel outside the city, going as far as the front lines near Madrid.

Through the press and daily over the local radio we broadcast appeals for blood donors. As a result we have thousands of volunteers and are busy grouping them and card-indexing them. There are about 56 hospitals in the City. We have surveyed the entire situation and have a list of them containing the information as to size, capacity, addresses, under what organization, telephone, chief surgeon, type of service, etc. A large map of the City in our office gives at once the route to the hospitals.

On a call from the hospital the blood flasks are transferred to heated vacuum bottles and carried in knapsacks with additional bottles, warm physiological serum and glucose solution.

Norman Bethune

Au début, le travail consiste à distribuer le sang des donneurs dans les divers hôpitaux de Madrid. Mais bientôt, Béthune et ses aides commencent à sortir de la ville, allant jusqu'aux lignes de front se trouvant à proximité.

Nous sollicitons quotidiennement les donneurs de sang par l'entremise de la presse et de la radio locale. À présent, nous avons des milliers de volontaires, et nous sommes occupés à les classifier. Il y a environ 56 hôpitaux dans la ville. Nous avons étudié la situation à fond, et nous avons une liste complète de tous les hôpitaux, contenant des informations sur leur capacité, l'organisation interne, leurs adresses et numéros de téléphone, le nom de leur chirurgien principal, leurs services, etc. Un grand plan de la ville affiché dans notre bureau nous indique immédiatement la route qu'il faut prendre pour se rendre à tel ou tel hôpital.

Dès que nous recevons l'appel d'un hôpital, nous transférons le sang des flacons aux bouteilles stérilisées sous vide que nous plaçons dans un sac à dos avec d'autres bouteilles, le sérum physiologique chaud et la solution de glucose.

Norman Bethune



Interior de la ambulancia, con el
generador y el frigorífico (1936-1937)

Interior of the ambulance, with the
generator and refrigerator

Intérieur de l'ambulance, avec le
générateur et le réfrigérateur



El 23 de diciembre Bethune detuvo su ambulancia ante un hospital de campaña de la Casa de Campo. Los heridos yacían por todas partes. Se paró ante un muchacho de unos diecisiete años con una herida en el vientre, la piel lívida, fría y húmeda, los labios flojos, las mejillas hundidas. Explicó su propósito al médico español, que se quedó atónito.

Bethune desgarró la guerrera, subió la manga de la camisa y buscó la vena. Abrió la pinza del tubo y la sangre comenzó a fluir: el herido se agitó, sus dientes dejaron de castañetear. Movi6 la cabeza y abrió los ojos. Con la segunda botella sonrió. Bethune encendió un cigarro, lo puso entre los labios del muchacho y buscó otro herido.

El Servicio ya está en marcha. Hemos tenido una magnífica respuesta del pueblo de Madrid. Las primeras transfusiones en el campo de batalla fueron efectuadas anoche con pleno éxito.

Norman Bethune

On December 23rd, Bethune parked his ambulance in front of a field hospital in the Casa de Campo. The wounded lay everywhere. He stopped beside a boy of about seventeen wounded in the stomach, with pale, cold wet skin, slack lips and hollow cheeks. Bethune explained to the astonished Spanish doctor what he intended to do.

He tore open the tunic and pulled the shirt-sleeve up to find the vein. He unclipped the tube and the blood began to flow: the wounded boy stirred, and his teeth stopped chattering. He moved his head and opened his eyes. During the second bottle he smiled. Bethune lit a cigarette, put it between the boy's lips and looked for other casualties.

Institute launched. Magnificent response from people of Madrid. First test transfusions at front carried out last night with complete success.

Norman Bethune

Le 23 décembre, Bethune arrête son ambulance devant un hôpital de campagne de la Casa de Campo. Les blessés gisent partout. Il s'arrête devant un garçon d'environ dix-sept sept ans, souffrant d'une blessure au ventre : sa peau est livide, froide et humide, ses lèvres sèches, ses joues creuses. Bethune explique ce qu'il compte faire au médecin espagnol qui en reste bouche bée.

Bethune déchire la vareuse, relève la manche de la chemise et cherche la veine. Il ouvre la pince du tube et le sang commence à couler: le blessé s'agite et cesse de claquer des dents. Il bouge la tête et ouvre les yeux. Au deuxième flacon, le garçon sourit. Bethune allume une cigarette, la met entre les lèvres du garçon et cherche un autre blessé.

L'Institut est en service. Réaction extraordinaire des Madrilènes. Avons procédé aux premières transfusions d'essai au front hier soir avec un succès total.

Norman Bethune

Bethune practicando una transfusión en un hospital de campaña cercano a Madrid (1937)

Bethune carrying out a blood transfusion in a field hospital near Madrid

Bethune en train de pratiquer une transfusion sanguine dans un hôpital de campagne près de Madrid

Durante sus visitas al frente observó que muchos heridos no sobrevivían a la pérdida de sangre, pues aunque llegaban vivos al hospital ya estaban demasiado debilitados y fallecían. Decidió entonces ampliar su radio de acción.

Un viento helado soplabá cuando cruzamos la llanura. Llegaba directamente desde las cimas nevadas de Guadarrama, e hizo que nos subiéramos el cuello de nuestros abrigos marrones y que diéramos gracias al sindicato de sastres de Madrid, que nos los habían regalado una semana antes.

Norman Bethune

During his visits to the front, he observed that many of the wounded did not survive the loss of blood, since although they got to the hospital alive, they were too weak and so died. Thus he decided to extend his field of operations.

The wind was piercing cold as we crossed the plain. Blowing straight down from snow-covered peaks of the Guadarrama range on our left, glittering so near, it made us turn up the collars of our warm brown coats and thank again below our breath the generous syndicate of tailors of Madrid who had presented us with them the week before.

Norman Bethune

Lors de ses visites sur le front, Bethune constate que de nombreux blessés ne survivent pas à la perte de sang, car bien qu'ils arrivent en vie à l'hôpital, ils sont si faibles qu'ils en meurent. Il décide donc d'étendre le champ de ses opérations.

Un vent glacial soufflait lorsque nous avons traversé la plaine. Il venait tout droit des sommets enneigés de la sierra de Guadarrama à notre gauche. Il nous fit remonter le col de nos chauds manteaux marron, tout en remerciant le syndicat des tailleurs de Madrid qui nous les avait généreusement offerts la semaine précédente.

Norman Bethune

Con su ayudante Hazen Sise y algunos miembros de una unidad médica de montaña en la sierra de Guadarrama (1937)

Bethune with his assistant Hazen Sise and members of the mountain medical unit in the Guadarrama range

Bethune avec son assistant Hazen Sise et quelques membres d'une unité médicale de montagne dans la sierra de Guadarrama





El Servicio Canadiense, con las aportaciones económicas que llegaban desde América, fue creciendo.

Tenemos planes de expansión hacia fuera, para dar servicio en las montañas de Guadarrama. Puede que más adelante necesitemos otro coche.

Norman Bethune

With the funding coming from America, the Canadian Service was growing.

We have plans to branch out and offer the service up in the Guadarrama. Might need another car but this won't be for several months yet.

Norman Bethune

Grâce aux sommes d'argent en provenance d'Amérique, le Service canadien prend de l'expansion.

Nous avons des projets d'expansion vers l'extérieur de Madrid afin d'offrir nos services dans les montagnes de Guadarrama. Il est probable que dans quelques mois nous ayons besoin d'une autre voiture.

Norman Bethune

Comiendo en la sierra de Guadarrama con los componentes de la unidad médica de montaña (1937)

Having lunch with members of the mountain medical unit in the Guadarrama range

À table, avec les membres de l'unité médicale de montagne, dans la sierra de Guadarrama

La amargura que le producía ver tanta destrucción aumentaba su fe en la causa republicana. Seguía creyendo que formaba parte de una cruzada internacional que acabaría con la perversidad y la barbarie del fascismo.

Sí, necesita una transfusión. Dos torniquetes más en el lugar para comprobar el flujo de la sangre hasta ambas arterias radiales rasgadas. Por su mirada y lo débil del pulso debe de haber perdido más de dos litros. Cinco minutos y estamos listos -sangre calentada a temperatura del cuerpo, jeringuilla totalmente esterilizada-. Miro la etiqueta: "Sangre nº 695, donante nº 1106, grupo IV, recogida en Madrid el 6 de marzo." Todo en regla. No hay hemolisis. Vamos allá -aguja adentro, jeringuilla funcionando perfectamente-. Cinco minutos y hemos acabado.

Norman Bethune

The bitterness he felt on seeing so much destruction reinforced his faith in the Republican cause. He continued to believe he was part of an international crusade that would put an end to the perversity and savagery of Fascism.

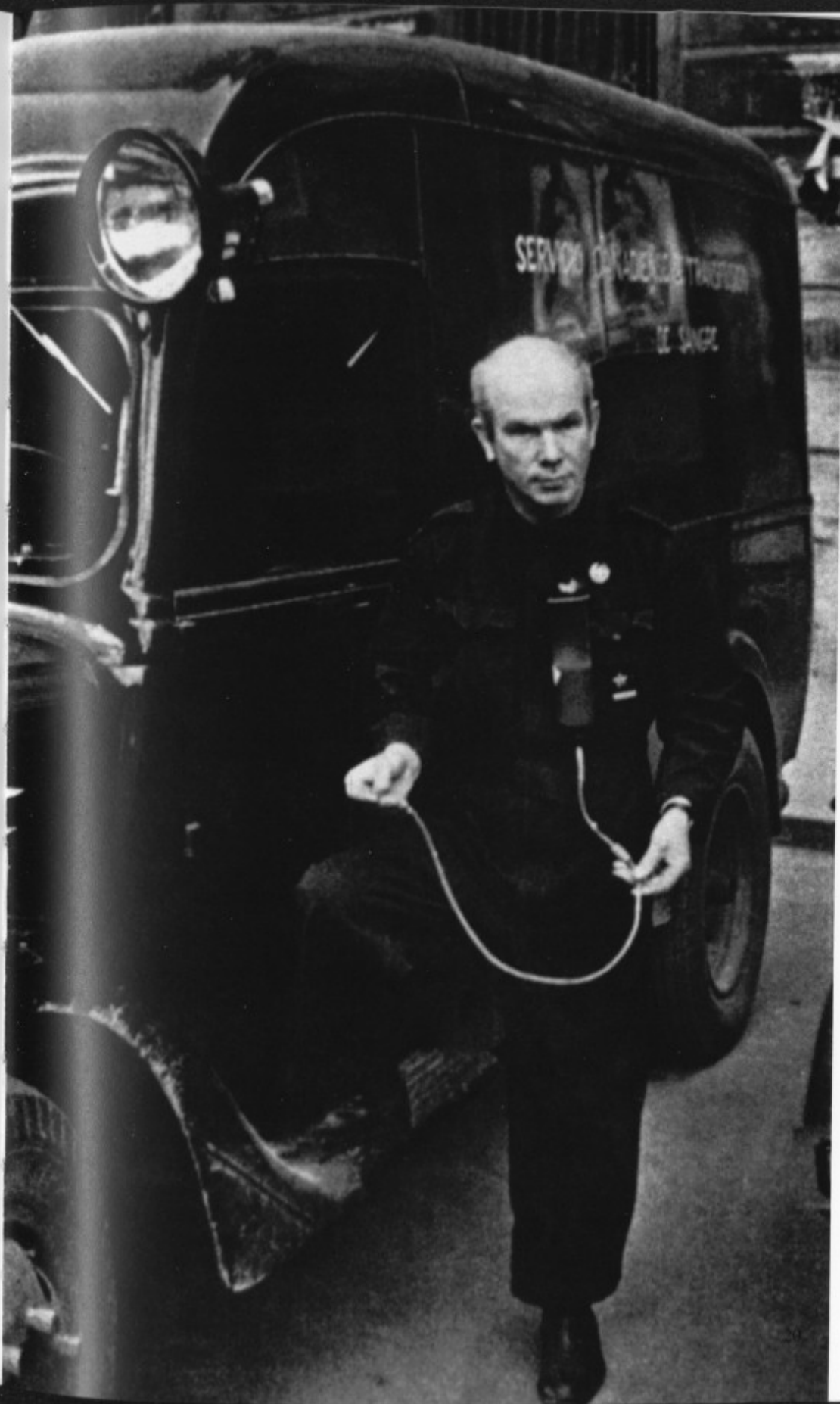
Yes, he needs a transfusion. Two tourniquets still in place to check the blood flow from both torn radial arteries. Must have lost a couple of quarts from the look of his face and feeble pulse. Five minutes and we're ready—blood heated to body temperature, grouped, syringe all sterilized. I look at the label "Blood number 695, Donor number 1106, Group IV, collected Madrid 6th March." Yes, it's O.K. No haemolysis. Let's go—needle in, syringe working smoothly—five minutes and it's finished.

Norman Bethune

Le sentiment d'amertume qu'il éprouve à la vue d'autant de destruction alimente sa foi en la cause républicaine. Il continue de croire qu'il fait partie d'une croisade internationale qui viendra à bout de la perversité et de la barbarie fascistes.

Oui, il lui faut une transfusion. Deux tourniquets sont encore en place pour vérifier le flux sanguin dans les artères radiales déchirées. À en juger par son regard et par la faiblesse de son pouls, il doit avoir perdu deux litres de sang. Cinq minutes et nous sommes prêts - sang réchauffé à la température du corps, seringues stérilisées. Je regarde l'étiquette: «Sang nº 695, donneur nº 1106, groupe IV, recueilli à Madrid le 6 mars». Tout est en règle. Il n'y a pas d'hémolyse. On y va - aiguille insérée, seringue qui fonctionne parfaitement-. Cinq minutes encore et ce sera terminé.

Norman Bethune



Bethune junto a la ambulancia
del Servicio Canadiense (1937)

Bethune beside the Canadian
Unit ambulance

Bethune à côté de l'ambulance
du Service Canadien



Ambulancia del Servicio
Canadiense de Transfusión
de Sangre junto a un arroyo
de la sierra de Guadarrama
(1937)

Ambulance of the Canadian
Blood Transfusion Unit beside a
stream in the Guadarrama
mountains

L'ambulance du Service
Canadien de Transfusion
Sanguine à côté d'un ruisseau
dans la sierra de
Guadarrama

Confeccionó también un mapa de todos los arroyos de la sierra madrileña para poder poner la sangre a refrescar, en caso de que se le estropeará el generador o el frigorífico de su ambulancia.

Atendemos a cien hospitales y en ocasiones puestos de evacuación de heridos en el frente de Madrid y en cien kilómetros de frente de la zona centro.

Norman Bethune

He also made a detailed map of all the streams located in the mountains around Madrid in order to be able to cool the blood, in case the generator or refrigerator in the ambulance broke down.

We are serving 100 hospitals and casualty clearing stations in the front lines of Madrid and 100 kilometres from the front of the Sector del Centro...

Norman Bethune

Bethune a dessiné une carte détaillée de tous les ruisseaux des montagnes entourant Madrid pour que le sang puisse être conservé au frais, en cas de panne du générateur ou du réfrigérateur de son ambulance.

Nous desservons 100 hôpitaux et postes d'évacuation des blessés aux lignes du front de Madrid et jusqu'à 100 kilomètres du front du secteur central.

Norman Bethune

Por los singulares resultados del Servicio de Transfusión, Bethune recibió el nombramiento de Comandante.

Es el primer servicio unificado de transfusión de sangre en la historia militar y de la medicina. Tenemos planes de suministrar sangre a todo el ejército antifascista. Ya estamos trabajando en mil kilómetros de frente.

Norman Bethune

As a result of the outstanding achievements of the Transfusion Service, Bethune was given the rank of Commander.

This is the first unified blood transfusion service in army and medical history. Plans are well under way to supply the entire Spanish anti-fascist army with preserved blood. Your institute is now operating on a 1,000 kilometre front.

Norman Bethune

En reconnaissance du travail extraordinaire accompli par le Service de transfusion, Bethune fut nommé commandant.

Il s'agit du premier service unifié de transfusion sanguine de l'histoire militaire et médicale. Les projets d'alimenter en sang l'ensemble de l'armée espagnole antifasciste vont bon train. Notre institut agit maintenant sur un front de 1 000 kilomètres.

Norman Bethune

Bethune, después de un bombardeo en uno de sus servicios de transfusión, cerca de Guadalajara (1937)

After a bombardment Bethune in one of his transfusion units, near Guadalajara

Bethune dans l'une de ses unités de transfusion près de Guadalajara, après un bombardement



Bethune, muy fotogénico, gustaba de ser fotografiado. En esta ocasión la fotografía fue tomada el 1 de febrero de 1937, una semana antes de su intervención en la carretera Málaga-Almería.

Estoy muy agradecido por el estupendo apoyo del Comité y de la gente de Canadá. Nos sentimos enormemente alentados por esta magnífica ayuda. Puede usted asegurar a los trabajadores de Canadá que sus esfuerzos y su dinero están salvando muchas vidas españolas, francesas, alemanas e inglesas.

Norman Bethune

Bethune, who was very photogenic, liked to have his picture taken. This shot was taken on February 1, 1937, a week before his actions on the Málaga-Almería road.

I can only say how grateful I am for the wonderful backing of the committee and the people of Canada. We all feel enormously encouraged by your grand support. You may rest assured and give our assurance to the workers of Canada that their efforts and money are saving many Spanish, French, German and English lives.

Norman Bethune

Bethune, très photogénique, aimait être photographié. Cette photographie fut prise le 1^{er} février 1937, une semaine avant qu'il n'intervienne sur la route Málaga-Almería.

Je tiens à remercier du fond du cœur le comité et les gens du Canada de leur appui formidable. Ce soutien inconditionnel nous donne énormément de courage. Vous pouvez assurer aux travailleurs canadiens que leurs efforts et leur argent sont en train de sauver beaucoup de vies espagnoles, françaises, allemandes et anglaises.

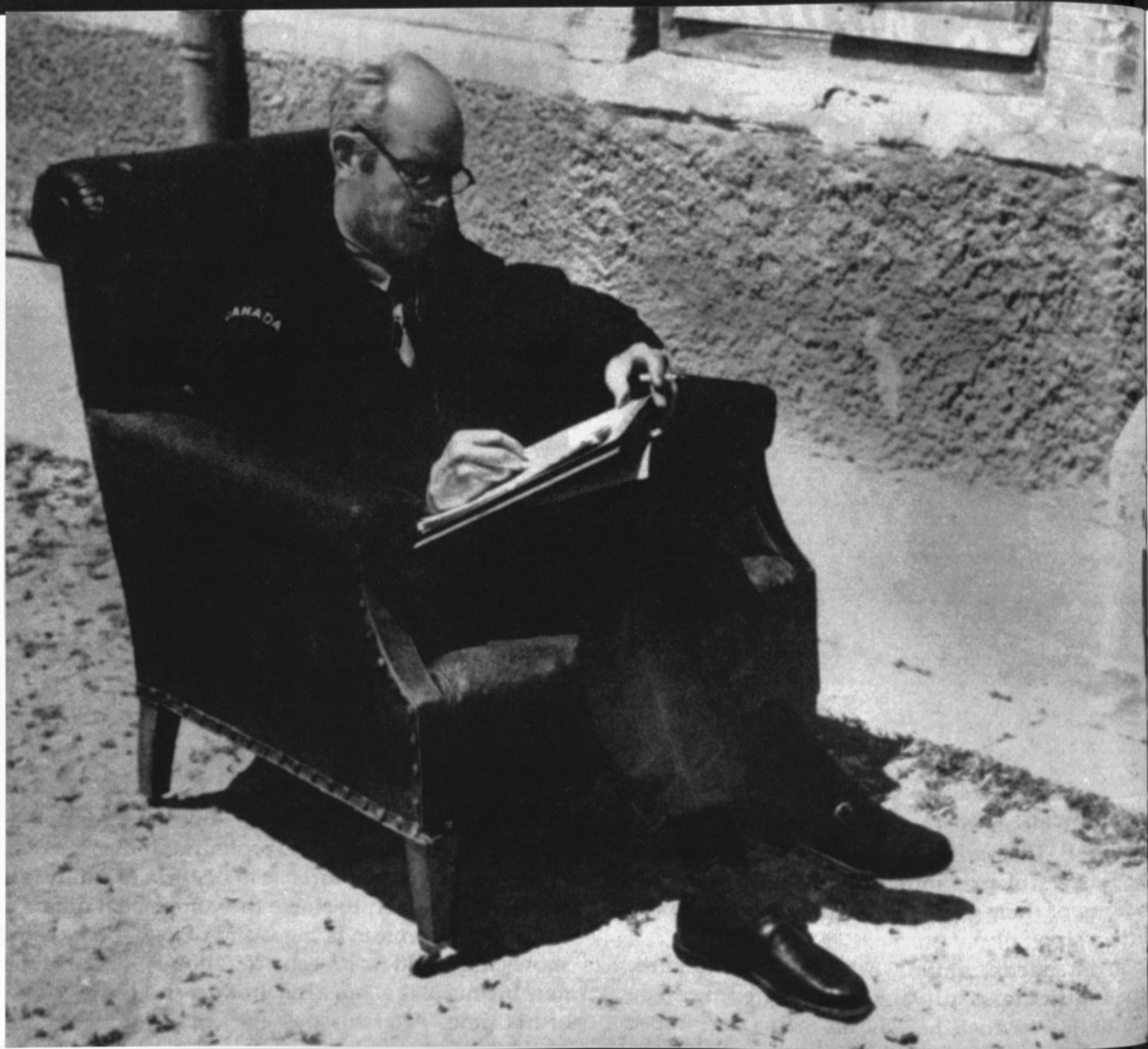
Norman Bethune

Fotografía que Bethune envió
a sus amigos de Canadá (1937)

A photograph that Bethune sent
to his Canadian friends

Une photographie que
Bethune fit parvenir à ses amis
du Canada





Bethur
Canada

Bethur
of the

Bethur
Canada

En los pocos ratos libres que le dejaba su trabajo, Bethune escribía sin descanso: manifestos, solicitudes de ayuda, discursos para la radio...

Es en España donde los verdaderos problemas de nuestro tiempo van a dilucidarse. Será en España donde la democracia muera o sobreviva.

Norman Bethune

In the little spare time that his work allowed him, Bethune wrote tirelessly – manifestos, appeals for help, talks for the radio...

It is in Spain that the real issues of our time are going to be fought out. It is there that democracy will either die or survive.

Norman Bethune

Profitant des rares temps libres que lui laisse son travail, Bethune écrit sans cesse: manifestes, demandes d'aide, discours pour la radio...

C'est en Espagne que seront résolues les grandes questions de notre époque. C'est là que la démocratie mourra ou survivra.

Norman Bethune

Bethune, con uniforme del Servicio Canadiense, escribe (1937)

Bethune writing, wearing the uniform of the Canadian Unit

Bethune, en uniforme du Service Canadien, en train d'écrire



El crimen de la carretera Málaga-Almería

El mundo entero fluía, en este momento, en un único sentido.
André Malraux, Febrero 1937



The whole world was flowing in one direction only at that moment.
André Malraux, February 1937



Le monde entier, à cette minute, coulait dans un seul sens.
André Malraux, Février 1937

Imaginaos ciento cincuenta mil hombres, mujeres y niños que huyen en busca de refugio hacia una ciudad situada a cerca de doscientos kilómetros de distancia. No hay más que un camino. No hay más vía de escape. La ciudad que buscan es Almería, y hay que andar hasta allá cerca de doscientos kilómetros.

Lo que quiero contaros es lo que yo mismo vi en esta marcha forzada, la más grande, la más horrible evacuación de una ciudad que hayan visto nuestros tiempos.

Norman Bethune

Now imagine one hundred and fifty thousand men women and children setting out for safety to the town situated over a hundred miles away. There is only one road they can take. There is no other way of escape. This road, bordered on one side by the high Sierra Nevada mountains and on the other by the sea, is cut into the side of the cliffs and climbs up and down from sea-level to over 500 feet.

Now, what I want to tell you is what I saw myself of this forced march—the largest, most terrible evacuation of a city in modern times.

Norman Bethune

Imaginez cent cinquante mille hommes, femmes et enfants allant chercher refuge dans une ville située à près de deux cents kilomètres. Il n'y a qu'une seule route qu'ils puissent prendre, un seul chemin pour s'échapper. Cette route, bordée d'un côté par les hautes montagnes de la Sierra Nevada et de l'autre par la mer, longe les falaises et monte et descend à plus de 150 mètres du niveau de la mer.

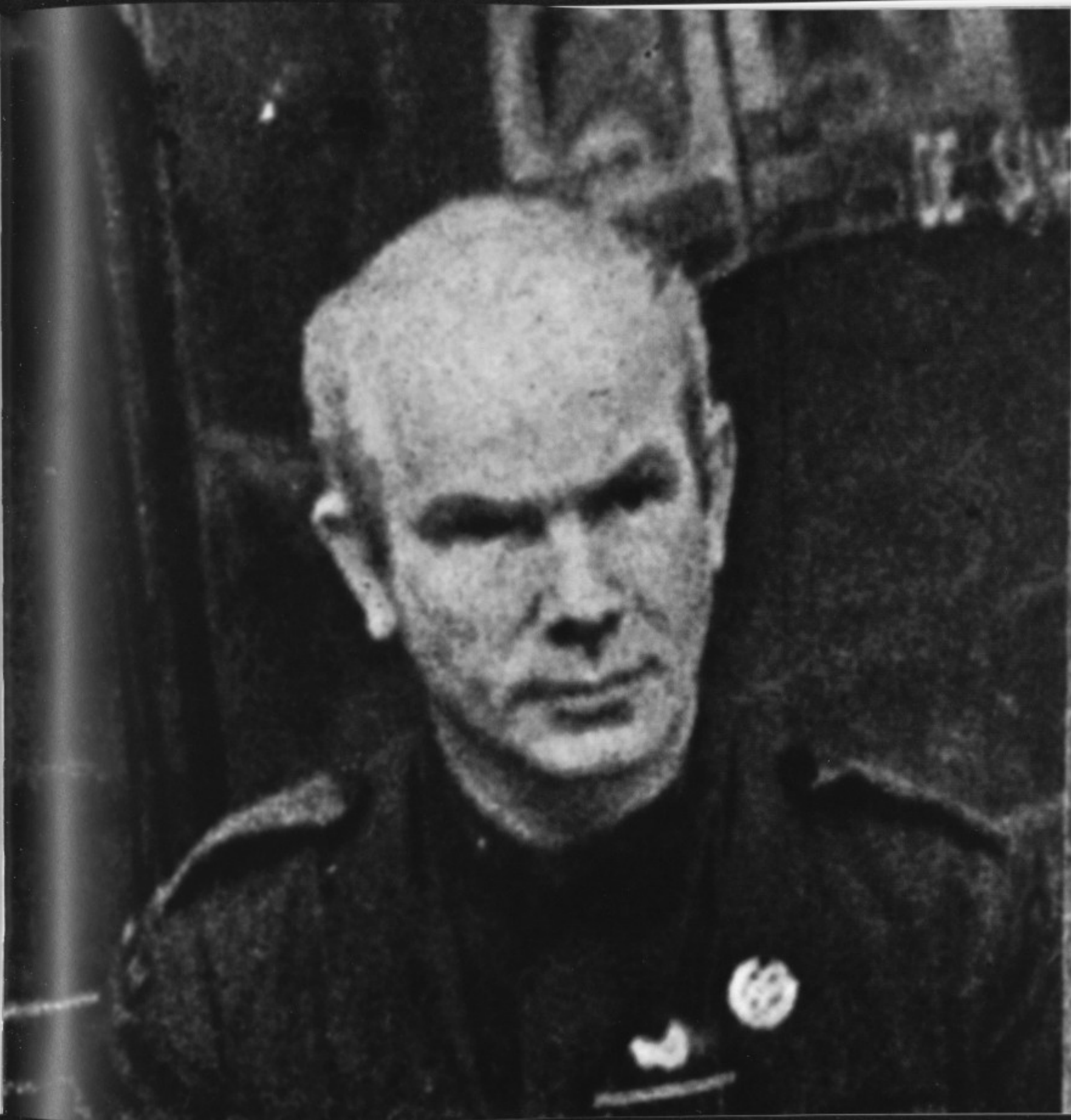
Je veux vous raconter ce que j'ai vu de cette marche forcée, la plus terrible, la plus longue des évacuations d'une ville des temps modernes.

Norman Bethune

El doctor Bethune ayudó
a los refugiados malagueños
en su huida (1937)

Doctor Bethune helped
Málaga's refugees to flee
from their home

Le docteur Bethune aidant
les réfugiés de Málaga
dans leur fuite





El malagueño sale de la ciudad con sus hijos, sus ropas, su tristeza por la ciudad perdida

Málaga's people leave the city with their children, their clothes, their sadness for the lost city

Les habitants de Málaga quittent tristement leur ville en ruines, avec leurs enfants et leurs possessions

Mis pensamientos fueron interrumpidos por una extraña procesión. Miré por el parabrisas con curiosidad. ¿Campesinos? Sí, caminando con el típico asno. Después, cuando nos acercamos, vimos que no eran simples campesinos. Viniendo hacia nosotros nos encontramos a un hombre que llevaba un burro tirado por una cuerda. Caminaba con los pies a rastras, su cabeza caída hacia delante y con un niño a su espalda sujeto con una manta. El burro iba cargado con una colchoneta, cazuelas y sartenes, un par de botas, mantas y una jarra de agua. Un niño iba casi colgado sobre la cola del animal. Tras él venía una mujer con otro niño en brazos, y más atrás un viejo cojeando con un bastón y tirando de otro niño por la mano.

Norman Bethune

Salimos aquella noche sin saber qué rumbo íbamos a coger. Una prima mía y yo íbamos a lomos de las bestias, por ser los más pequeños. No sé los días que estuvimos huyendo, pero a mí me marcó para toda la vida.

Salvador Godoy, 6 años en 1937

My reveries were interrupted by a strange procession. I peered through the windshield wonderingly. Peasants? Yes, plodding along with the ever-present donkey. Yet as they drew closer they were no longer merely peasants. Coming towards us we saw a man leading a donkey by a string, dragging his feet, his head hanging, a child tied onto his hack with a shawl. The donkey was heaped high with a mattress, pots and pans, a pair of boots, blankets, a water jug. A boy hung onto the donkey's tail. Behind him came a woman with an infant in her arms, and behind her an old man hobbling with a stick, dragging another child by the hand.

Norman Bethune

We left that night not knowing which way to go. My cousin and I were mounted on the beasts, since we were the littlest ones. I don't know how many days we were on the road, but it marked me for life.

Salvador Godoy, aged 6 in 1937

Je fus tiré de ma rêverie par une étrange procession. Je regardai par le pare-brise, stupéfait. Des paysans, avec leur éternel bourricot. Mais à mesure qu'ils approchaient, je vis qu'ils n'étaient plus de simples paysans. Nous vîmes venir un homme qui tirait un âne au bout d'une laisse. Il se traînait les pieds, la tête basse, et portait sur son dos, retenu par une écharpe, un petit enfant. L'âne portait un matelas, des casseroles, une paire de bottes, des couvertures et une cruche. Un petit garçon s'agrippait à sa queue. Derrière suivaient une femme avec un bébé dans les bras et un vieil homme appuyé sur une canne et tenant un autre enfant par la main.

Norman Bethune

Cette nuit-là, nous sommes partis sans savoir par où aller. Ma cousine et moi allions montés sur des ânes car nous étions les plus petits. Je ne saurais dire combien de jours nous avons marché, mais cela m'a marqué à jamais.

Salvador Godoy, âgé de 6 ans en 1937

El segundo grupo pasó a nuestro lado, y ya me inundó un sentimiento de ira, pena e impaciencia. Seguíamos adelante y en cada curva del camino encontrábamos más refugiados. Al principio eran grupos dispersos. Después aparecían a intervalos más frecuentes, y por último una hilera continua, unos pisando los talones a los otros. Una muchedumbre de personas y animales ocupaba todo el ancho de la carretera.

Norman Bethune

La carretera iba llena de gente. Nosotros llevábamos lo puesto y el fusil. Pero la gente llevaba lo que podía en carrillos, caballos, burros y bicicletas. Coches no había ni uno.

José Ginés, 20 años en 1937

The second group stumbled by us and I felt a jab of pity, anger, impatience. We drove on, and around every bend there were more refugees. At first they came on in scattered groups, then at more frequent intervals — a hundred yards apart, fifty yards, then following on each others' heels: a thin line flowing without break along the side of the road, with the hot sun above and the sea below.

Norman Bethune

The road was crowded. We had only the clothes we were wearing and the gun. But people carried what they could on wheelbarrows, horses, donkeys and bicycles. There wasn't a single car.

José Ginés, aged 20 in 1937

Quand le second groupe passa à côté de nous, je ressentis un élan de pitié, de colère, d'impatience. Nous avançons, et chaque détour de la route nous révélait d'autres réfugiés, d'abord clairsemés, puis se suivant de plus en plus près. À tous les cent mètres, à tous les cinquante mètres, puis sur les talons les uns des autres, un fleuve ininterrompu sur le côté de la route, avec le soleil brûlant en haut et la mer en contrebas.

Norman Bethune

La route était pleine de gens. Nos seules possessions étaient les vêtements que nous portions et notre fusil. Mais les gens transportaient tout ce qu'ils pouvaient sur des brouettes, des chevaux, des ânes et des bicyclettes. Il n'y avait pas une seule voiture.

José Ginés, âgé de 20 ans en 1937

Burros, mulos,
enseres de la casa del pobre

Donkeys, mules,
the belongings of the poor

Des ânes et des mules portant
les maigres biens des pauvres





Caminando hacia Almería

On the way to Almería

Sur la route d'Almería

Había familias que caminaban juntas llevando unas cuantas posesiones sin valor. Hombres y mujeres que parecían ir solos, caminando sin remedio al paso que marcaban los demás. Niños con cara alucinada pasando de mano en mano. Parecían haber nacido del suelo; otras veces eran como sombras moviéndose hacia ninguna parte.

Norman Bethune

Todos cargaban con más de lo que podían llevar: utensilios de cocina, colchones, etc. Pero a medida que se iba alargando el camino se iban desprendiendo de todo, y lo que se conservaba eran las mantas y algún objeto para llevar comida.

Cristóbal Criado, 16 años en 1937

There were families walking together, carrying a few trivial possessions; men and women who seemed to be alone, moving without choice at the pace set by the others; children with tired, bewildered faces, passing from hand to hand. They seemed to have sprung from the ground; they were like shadows moving from nowhere to nowhere.

Norman Bethune

Everybody took more than they could carry: pots and pans, mattresses, etc. But as the journey got longer and longer they gradually abandoned everything, and only kept blankets and something to carry food in.

Cristóbal Criado, aged 16 in 1937

Il y avait des familles, serrées ensemble, transportant leurs maigres biens; ou des hommes et des femmes en apparence seuls, suivant la cadence imposée par les autres; des enfants fatigués, ahuris, qu'on se passait à tour de rôle. Ils semblaient surgir du sol, telles des ombres venues de nulle part et n'allant nulle part.

Norman Bethune

Tous les gens emportaient avec eux plus qu'ils ne le pouvaient : des ustensiles de cuisine, des matelas, etc. Mais voyant que le chemin s'éternisait, ils abandonnaient tous leurs biens, ne conservant que les couvertures et un objet quelconque pour transporter la nourriture.

Cristóbal Criado, âgé de 16 ans en 1937

Sise detuvo el camión. Yo salí y me paré en medio de la carretera. ¿De dónde venían? ¿A dónde iban? ¿Qué estaba ocurriendo? Me miraban tímidamente. No tenían fuerza para seguir, pero temían detenerse. Decían que los fascistas venían detrás de ellos. ¿Málaga? Sí. Málaga había caído. Málaga. Nada más. ¿A dónde iban? A donde el camino los llevara. No había otra carretera. Los fascistas habían llegado a Málaga. Las armas habían tronado. Las casas fueron arrasadas. La ciudad había sido golpeada duramente, y toda persona capaz de andar se había echado al camino. "Den la vuelta", nos aconsejaban. No había quedado nada. Nada tras ellos, excepto más gente en la carretera y más atrás aún, los fascistas otra vez.

Norman Bethune

Pasamos mucha hambre. Al salir de Málaga se llevaba algo, pero a los dos días de marcha ya no quedaba nada. Se comía lo que se podía: caña de azúcar o alguna hortaliza. Nosotros nos encontramos una bolsa de harina, y fue fenomenal: nos apartamos a un vivero de Obras Públicas, y con agua y sal hicimos unas gachas. Llevábamos dos días sin comer nada.

Cristóbal Criado, 16 años en 1937

Sise stopped the car. I got out and stood in the centre of the road. Where were they from? Where were they going? What had happened? They looked at me slowly, sideways. They had no strength to go on, but feared to linger. The fascists were behind them, they said. Málaga? Yes, they were from Málaga, and Málaga had fallen. Málaga! Nada mas! Where were they going? Wherever the road led. There was no other road. The fascists had come to Málaga, the guns had roared, the houses had crumbled, the city had been gored and everyone able to walk had taken to the roads. Turn about, they advised; there was nothing left... nothing behind them but more people on the road, and behind them again, the fascists.

Norman Bethune

We were very hungry. When we left Málaga we had something to eat, but after two days walking we ran out of food. We ate what we could: sugar cane and some vegetables. We found a bag of flour, and it was great. We turned off to a Public Works nursey and made some porridge with water and salt. We had gone two days with nothing to eat.

Cristóbal Criado, aged 16 in 1937

Sise arrêta le camion. Je descendis et je restai au milieu de la route. D'où venaient-ils? Où allaient-ils? Qu'était-il arrivé? Ils me regardaient du coin de l'oeil, lentement. Ils n'avaient plus la force d'avancer, mais craignaient de s'attarder. Les fascistes étaient derrière eux. Málaga? Oui, ils étaient bien de Málaga, mais Málaga était tombée. Málaga! Nada más! Où allaient-ils? Là où cette route les mènerait. Il n'y en avait pas d'autre. Les fascistes avaient pris Málaga, les canons avaient tonné, les maisons étaient détruites, la ville éventrée. Tous ceux qui pouvaient marcher avaient fui. N'y allez pas, nous disaient-ils. Il n'y a plus rien... plus rien que des fugitifs sur la route et, plus loin, les fascistes.

Norman Bethune

Nous avons beaucoup souffert de la faim. En quittant Málaga, nous avons emporté quelques vivres, mais deux jours de marche plus tard, il ne restait plus rien. Nous mangions ce qui nous tombait sous la main : de la canne à sucre ou bien quelques légumes. Nous avons trouvé un sac de farine et ce fut merveilleux : nous sommes allés à l'écart dans une pépinière des Travaux publics, et avec de l'eau et du sel, nous avons fait des « gachas », une sorte de bouillie. Nous n'avions rien mangé depuis deux jours.

Cristóbal Criado, âgé de 16 ans en 1937

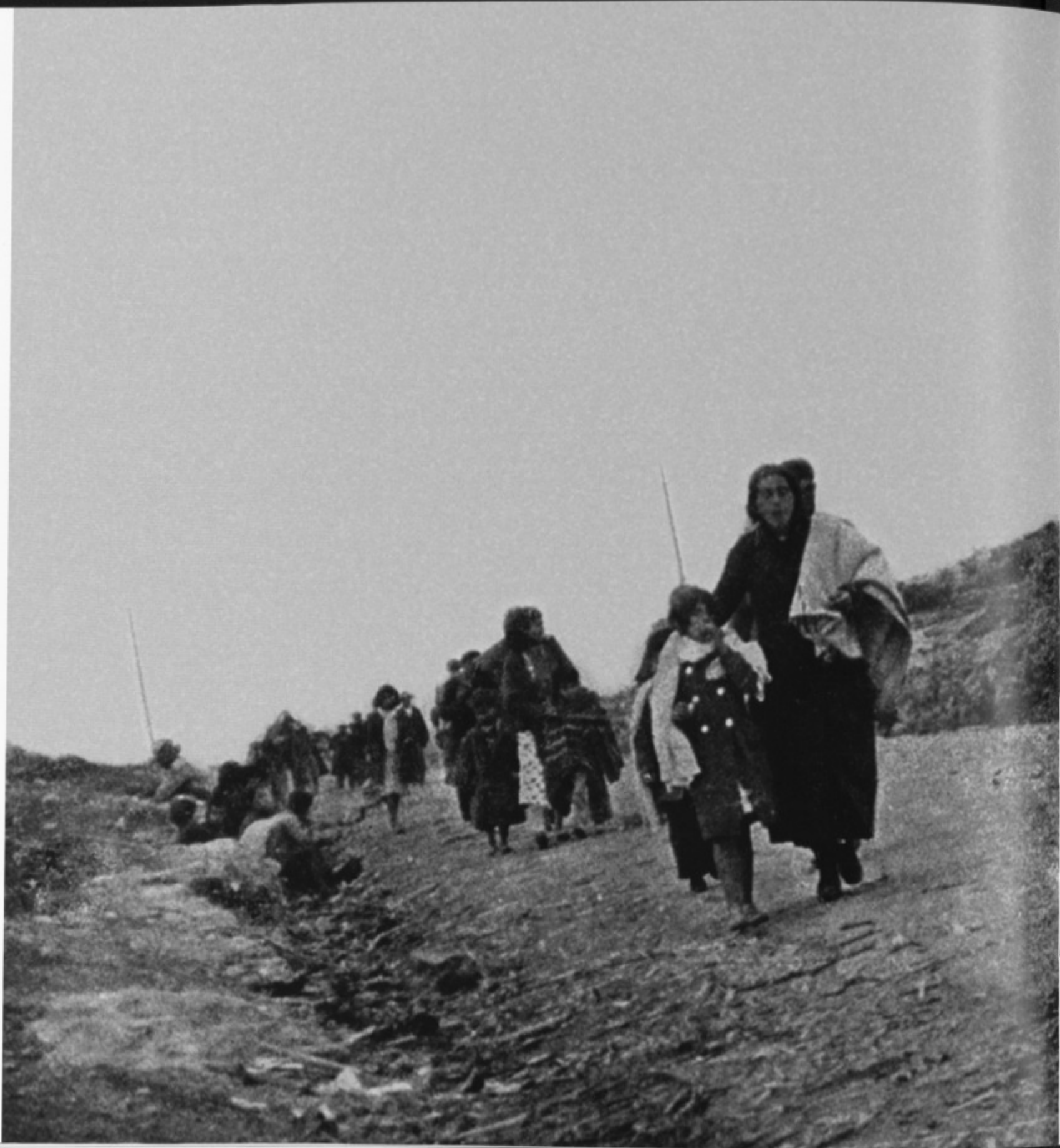
La caña de
azúcar como
escaso y
único alimento

Sugar
cane—the
scarce and
only food

Un morceau
de canne
à sucre
pour toute
nourriture



El interminable desfile
The endless parade
Le défilé interminable



...El sol de España era aquel día tan despiadado como los fascistas. El calor era un enemigo temible. La carretera giró hacia el mar de nuevo. El ruido de las olas sobre las rocas retumbaba en la distancia bajo los sonidos del éxodo. Ahora había más signos de pánico, prisa y desorden. Teníamos que maniobrar entre los carros rotos y los camiones abandonados. Los burros moribundos habían sido arrojados a las playas, donde la gente yacía también, con la lengua inflamada en sus bocas secas.

Norman Bethune

La carretera estaba llena de gente, como la calle Larios en ferias o en Semana Santa. Mi padre cada poco llamaba: ¡Natalia!, ¡Antonio!, ¡Maruja!... para que no nos perdiéramos. Una noche durmió a nuestro lado un muchacho de Antequera, como de catorce años, que se había perdido de su hermano y de sus padres.

Natalia y Maruja Montosa, 14 y 13 años en 1937

The Spanish sun was as merciless as the fascists that day. The heat became a tangible, hated enemy. The road swerved back to the sea, and we heard the sound of the surf on the rocky coast again, rumbling like a distant drum beneath the sounds of the exodus.

Now there were more signs of panic, hurry, disorder. We had to manoeuvre around broken-down carts and abandoned trucks. Dying burros had been pushed on to the beaches below, where people lay stretched in exhaustion, their swollen tongues hanging from puckered mouths.

Norman Bethune

The road was crowded, like Larios Street in fair time or Holy Week. Every so often my father would call our names: Natalia!, Antonio!, Maruja!... so we wouldn't get lost. One night a fourteen-year-old boy from Antequera, who had got separated from his parents and brother, slept next to us.

Natalia and Maruja Montosa, aged 14 and 13 in 1937

Ce jour-là, le soleil espagnol était aussi impitoyable que les fascistes. La chaleur est devenue un ennemi tangible et détesté. La route rejoignit la mer et nous entendîmes de nouveau le bruit du ressac sur les rochers de la côte, comme un lointain roulement de tambours accompagnant la rumeur de l'exode.

Les signes d'affolement et de panique se faisaient plus nombreux. Nous devions contourner des chariots brisés et des camions abandonnés. On avait jeté sur la grève des ânes mourants. À côté d'eux gisaient des fugitifs épuisés, la langue enflée pendant entre leurs lèvres desséchées.

Norman Bethune

La route était bondée comme la rue Larios les jours fériés de la Semaine Sainte. Mon père nous appelait sans cesse : Natalia! Antonio! Maruja!... de crainte que nous nous perdions. Une nuit, un garçon d'Antequera, âgé de quatorze ans environ, a dormi à côté de nous car il avait perdu son frère et ses parents.

Natalia et Maruja Montosa, âgées de 14 et 13 ans en 1937



Los niños huyen
del invasor
montados en el
burro blanco

Children flee
from the invader
on a white
donkey

Des enfants
fuyant
l'invasisseur sur
un âne blanc

Eran de todas las edades, pero sus caras estaban dibujadas con los mismos rasgos de agotamiento. Pasaban al lado de nuestro camión sin expresión. Una joven, como de dieciséis años, iba montada en un burro con la cabeza inclinada sobre un niño apoyado en su pecho. Una abuela, con la cara medio oculta en su pañuelo arrastrándose entre dos hombres; un patriarca consumido hasta quedar apenas en piel y huesos, con sus pies descalzos goteando sangre sobre el camino... Una mujer sujetando su estómago, sus ojos abiertos, aterrorizados. Era una corriente silenciosa de hombres y animales: los animales gimiendo como hombres, y los hombres impasibles como animales.

Norman Bethune

Mi padre era de derechas, y durante los siete primeros meses de la Guerra apenas salía de casa por miedo a que lo cogieran. Por eso cuando la gente empezó a irse, él no quería hacerlo. Pero nosotras teníamos mucho miedo, especialmente yo (Natalia) porque decían que iban a entrar en Málaga los moros y que cortaban los senos a las niñas y a las muchachas, y las violaban. También teníamos miedo porque oíamos a Queipo de Llano por la radio, que decía: "Malagueños, maricones, ponedle pantalones a la luna..." Además, un vecino nuestro llegó el día 7 diciendo que el Gobierno Civil (la Aduana) estaba cerrado y que había un cartel que decía: "Sálvese quien pueda". Convencimos a mi padre, y salimos.

Natalia y Maruja Montosa, 14 y 13 años en 1937

They were of all ages, but their faces were drawn with the same weariness. They flowed past our truck without expression: a young girl, hardly sixteen, straddling a donkey, her head drooping over an infant at her breast; a grandmother, her old face half-hidden in her dark shawl, dragging along between two men; a patriarch, shrivelled down to skin and bone, his bare feet dripping blood on the road; a young man with a pile of bedding strapped to his shoulders, the leather thongs cutting into his flesh with every step; a woman holding her stomach, her eyes wide and fearful — a silent, haggard, tortured flood of men and animals, the animals bellowing in complaint like humans, the humans as uncomplaining as animals.

Norman Bethune

My father had right-wing views, and during the first seven months of the War, he hardly left the house for fear of being captured. So when people began to leave, he did not want to. But we were very frightened, me especially (Natalia) because people said that the Moors were going to enter Málaga and that they cut off girls' breasts and raped them. We were also frightened because we heard Queipo de Llano on the radio saying: "Men of Málaga, you cowards, we're coming in and you can't stop us!" Besides, on February 7th a neighbour came to tell us that the Civil Government (the Customs) was shut and there was a sign saying "Every man for himself!" We convinced Father to leave and we left.

Natalia and Maruja Montosa, aged 14 and 13 in 1937

Il y en avait de tous les âges, mais les visages étaient tous pareillement tirés. Ils défilaient sans expression à côté du camion : une jeune fille, seize ans peut-être, assise sur un âne, la tête penchée sur l'enfant qu'elle allaitait; une grand-mère, le visage ridé à demi caché par un châle noir, avançant péniblement entre deux hommes; un vieillard, n'ayant plus que la peau et les os, dont les pieds nus laissaient des taches de sang sur la route; un jeune homme portant sur ses épaules une pile de draps retenue par des courroies de cuir qui s'enfonçaient dans sa chair à chaque pas; une femme, se tenant le ventre, les yeux exorbités et pleins de crainte — tout un troupeau d'hommes et d'animaux, silencieux, hagards, terrorisés. Les animaux se plaignaient comme des hommes, les hommes étaient muets comme des bêtes.

Norman Bethune

Mon père était de droite et pendant les sept premiers mois de la guerre, c'est à peine s'il est sorti de la maison de crainte d'être capturé. C'est pour cette raison que, lorsque les gens ont commencé à partir, il a refusé d'en faire autant. Mais nous, nous avions très peur, surtout moi [Natalia], parce qu'on disait que les Maures allaient entrer à Málaga, qu'ils coupaient les seins des filles et qu'ils les violaient. Nous avions peur aussi car nous avions entendu Queipo de Llano à la radio qui disait : « Habitants de Málaga, lâches, nous arrivons et rien ne peut nous arrêter! » En plus, un de nos voisins est arrivé le 7 février en disant que le gouvernement civil [les Douanes] était fermé et qu'il y avait une affiche sur laquelle était écrit : « Sauve qui peut ». Nous avons convaincu mon père et nous sommes partis.

Natalia et Maruja Montosa, âgées de 14 et 13 ans en 1937

Pasamos al lado de muchos rezagados. Familias descansando al lado del camino. Hombres y mujeres amontonados, durmiendo sobre la tierra. Atravesamos pueblos tristes, vacíos por la retirada general.

Norman Bethune

La huida fue totalmente desorganizada. Íbamos mi padre, mi madre, mi hermano Antonio y nosotras dos; con nosotros también iba una familia vecina nuestra. Salimos el día 7, que era domingo de carnaval, a las diez de la noche, y siempre fuimos andando, hasta que llegamos a Maro el miércoles.

Cada cual llevaba lo que más apreciaba: el ajuar, el traje de novia, máquinas de coser...; yo (Natalia) cogí los zapatos blancos (habían costado 13 pesetas) y el vestido celestino de escobón que había estrenado ese día...

Natalia y Maruja Montosa, 14 y 13 años en 1937

We drove past stragglers, families resting by the roadside, men and women huddled together, sleeping on the bare earth; through wretched villages emptied by the general retreat.

Norman Bethune

Our flight was totally disorganised. My father, my mother, my brother Antonio and we two set out, along with a family of neighbours. We left on the 7th, which was Carnival Sunday, at ten o'clock at night, and we kept on walking until we got to Maro on the Wednesday.

Everyone took what they most cared about: a trousseau, a wedding dress, sewing machines...; I (Natalia) grabbed my white shoes (they'd cost 13 pesetas) and the sky-blue dress I had put on for the first time that day...

Natalia and Maruja Montosa, aged 14 and 13 in 1937

Nous vîmes ensuite des retardataires, des familles qui se reposaient au bord du chemin, des hommes et des femmes qui dormaient par terre, blottis les uns contre les autres, des villages désertés.

Norman Bethune

Notre fuite fut totalement désorganisée. Il y avait mon père, ma mère, mon frère Antonio et nous deux. Une famille voisine se trouvait également avec nous. Nous sommes partis le sept, qui était le dimanche du Carnaval, à dix heures du soir et, sans nous arrêter, nous sommes arrivés à Maro le mercredi.

Chacun emporta son bien le plus précieux: un trousseau, une robe de mariée, des machines à coudre... Moi [Natalia], j'avais pris mes chaussures blanches qui avaient coûté treize pesetas et ma robe bleu ciel que j'étais en train de porter ce jour-là.

Natalia et Maruja Montosa, âgées de 14 et 13 ans en 1937

Niños cansados,
madres tristes,
abuelos impotentes

Tired children, sad
mothers, helpless
grandparents

Des enfants épuisés,
des mères prostrées,
des grands-parents
en détresse





En
atra

In t
cro

Dan
trav

Yo pensaba en Málaga. ¡Una gran derrota! ¿Cómo había sucedido? Pero ahora no servía de nada pensar en ello. Lo que importaba ahora era que en alguna parte las fuerzas leales se estarían reagrupando. En algún lugar habría nuevas defensas y nuevas respuestas más duras aún. Al final del camino habría lucha, al menos acciones de retaguardia, heridos y moribundos que necesitarían la sangre que habíamos traído desde Madrid.

Norman Bethune

La verdad es que conocíamos por la gente que había venido de otros pueblos, incluso por boca de algunos que se habían querido escapar en el momento en que los iban a fusilar, de qué manera entraban y las atrocidades cometidas con el pueblo por el hecho de ser de izquierdas, haber pertenecido a algún comité, a algún partido o por rencillas particulares.

Cristóbal Criado, 16 años en 1937

I thought of Málaga; a stunning defeat! How had it happened? But it was no use thinking about that now. What mattered was that somewhere this side of the captured city Loyalist lines, surely, would be reforming. Somewhere there would be new defences, more bitterly contested now. Somewhere down the road there would be fighting, rear-guard actions at the very least, wounded lying, needing the blood we had brought from Madrid.

Norman Bethune

The truth is that we heard from people who had come from other towns, even from some who said they had escaped just before they were gunned down, how they marched in and about the atrocities they committed on the townsfolk for having held leftist views or belonging to a committee or to some political party or just because of private quarrels.

Cristóbal Criado, aged 16 in 1937

Je pensais à Málaga : quelle défaite écrasante! Comment était-ce arrivé? Mais c'était une question futile. Ce qui comptait, c'était que quelque part de ce côté-ci de la ville capturée, les troupes loyalistes allaient sûrement se reformer, installer de nouvelles défenses, plus âprement disputées que jamais. Quelque part le long de la route, on se battrait certainement, ne fut-ce qu'un combat d'arrière-garde. Et il y aurait des mourants, des blessés qui auraient besoin du sang que nous aurions apporté de Madrid.

Norman Bethune

La vérité, c'est que nous apprenions par les gens venus d'autres villages – et même par la bouche de ceux qui avaient réussi à s'échapper au moment de la fusillade – de quelle façon les franquistes entraient dans les villages et commettaient des atrocités sur les villageois pour le simple fait d'être de gauche, d'avoir appartenu à quelque comité ou quelque parti que ce soit, ou encore par rancœur personnelle.

Cristóbal Criado, âgé de 16 ans en 1937

En los pueblos que
atraviesa la carretera

In the villages
crossed by the road

Dans un village
traversé par la route

En la oscuridad un hombre sujetaba a un niño en brazos, sus ojos fijos en mí. Me mostró al niño, escuálido, con temblores de fiebre. Comenzó a hablar deprisa. No necesitaba traducción. Habría sido comprendido en cualquier idioma: "Mi chico, muy malo... Morirá antes de llegar a Almería... Tómelo. Déjelo en donde haya un hospital. Dígales que yo iré detrás. Diga que es Juan Blas, y que yo iré pronto a buscarlo". Cogí al niño y lo puse sobre el asiento. El hombre tomó mi mano convulsivamente e hizo el signo de la cruz sobre mí.

El camión se fue. Las mujeres lloraban por los hijos que se habían ido y por los que habían quedado atrás. Los hombres cargaron los bultos a la espalda de nuevo y comenzaron a avanzar, con el enemigo en el pensamiento como una amenaza constante.

Norman Bethune

A lo largo del camino se oía: "Juanillo, María, niños..." Así siempre. Era el vocerío sordo y lleno de inquietud con que las madres continuamente llamaban a los suyos, a los que trataban de no apartar un instante de su lado, para asegurárselos mejor.

Manuel Sánchez, miliciano

In the darkness a man held a child on his shoulder, his wide eyes fixed on me. He held out the child, emaciated, shivering with fever, and began to talk quickly. I needed no translation; the words were universal; they would have been understood in any language: "My child is very ill... He will die before I carry him to Almería... I will stay behind... I ask only for him... Take him - leave him wherever there is a hospital... Tell them that I will follow... Tell them this one is Juan Blas and that I will come soon to find him." I took the child and laid him gently on the seat. The Spaniard seized my hand convulsively and made the sign of the cross over me.

The truck was gone, the women wept for their departed children, for the children left behind, the men hoisted the packs to their backs, they moved forward again, the thought of the enemy like a hot wind on their necks.

Norman Bethune

Along the road we could hear "Juanillo, María, children..." All the time. It was the quiet, anxious voices of mothers continually calling their children, trying not to let them become separated even for a moment, to make sure they were still there.

Manuel Sánchez, militiaman

Je vis dans l'obscurité un homme les yeux fixés sur moi, un enfant sur les épaules. Il me tendit l'enfant émacié, frissonnant de fièvre, et se mit à parler rapidement. Je n'avais pas besoin d'interprète: il disait des choses que j'aurais comprises dans n'importe quelle langue: «Mi chico muy malo... L'enfant est très malade... Il mourra avant que nous arrivions à Almería. Je vais rester ici, prenez-le. Ne prenez que lui. Emmenez-le à l'hôpital et dites que j'arriverai bientôt... Dites qu'il s'appelle Juan Blas et que j'irai le chercher». Je pris l'enfant et le déposai doucement sur la banquette. L'Espagnol me prit la main très fort et me marqua du signe de la croix.

Le camion avait repris la route. Les femmes pleuraient leurs enfants partis, ceux restés derrière eux. Les hommes reprurent leurs fardeaux et se remirent en route, la pensée de l'ennemi comme un vent chaud sur la nuque.

Norman Bethune

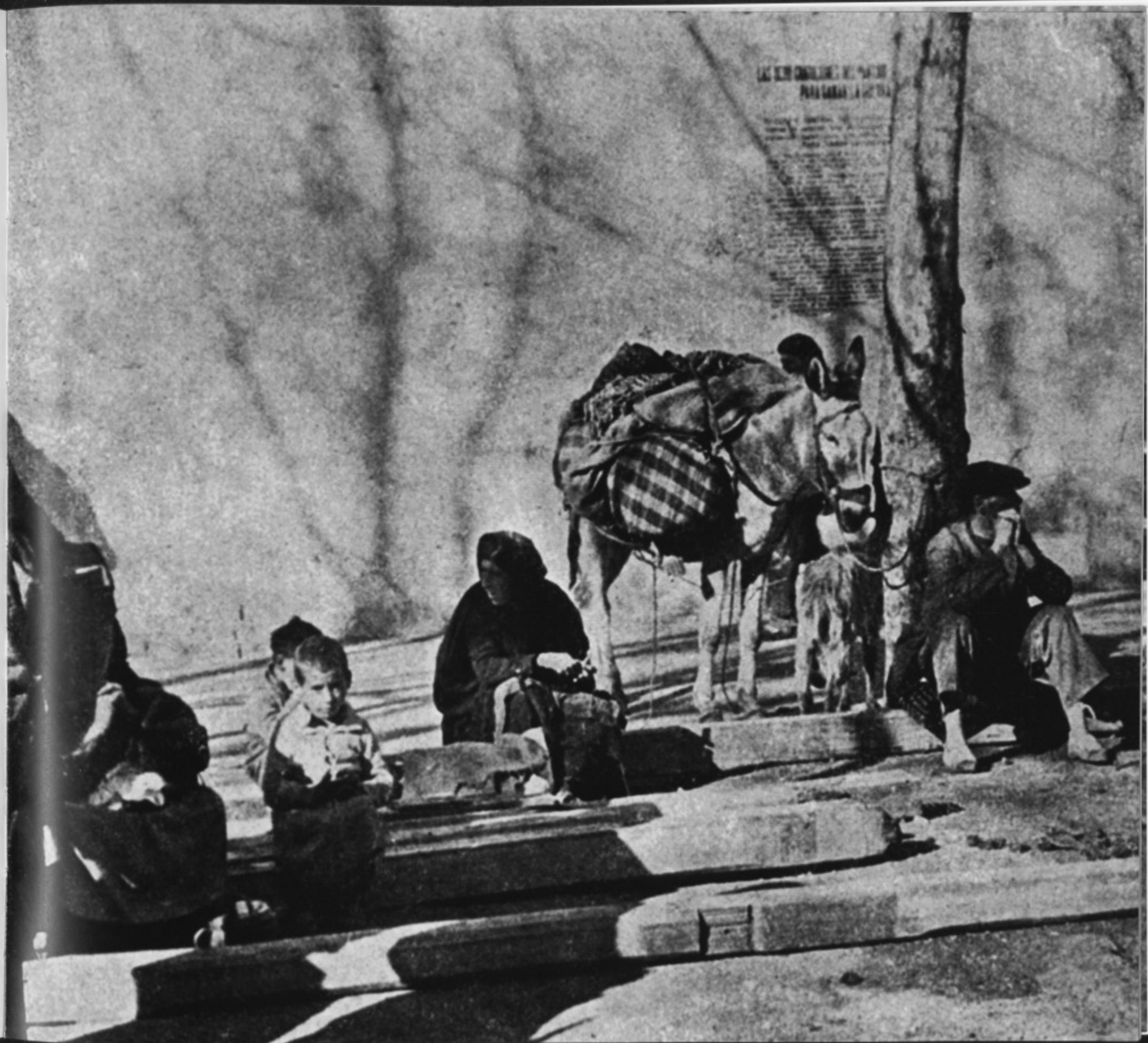
Tout au long du chemin on entendait crier : « Juanillo, María, les enfants... » C'étaient les cris sourds des mères rongées par l'inquiétude, appelant sans cesse leurs enfants pour les garder à leurs côtés de peur qu'ils ne s'égarent.

Manuel Sánchez, milicien

Descanso
sin agua y sin pan

A break without
water or bread

Repos sans
eau et sans pain



Ayudando a los evadidos a
subir en el coche ambulancia

Helping the refugees to get on
the ambulance truck

Bethune aidant des réfugiés
à monter dans l'ambulance



Tienen razón —dije—. No tiene sentido seguir avanzando ahora. Sólo podemos hacer una cosa: llevar a cuantos podamos a Almería. Descargaremos todo lo de la trasera del camión para hacer sitio y mandaremos todo el material con la primera ambulancia que pase. Acogeremos sólo a los niños. Paramos el camión en la estrecha carretera, descargamos el equipo y las existencias de sangre, y después abrimos las puertas traseras. Se podía ver la excitación en los rostros de los refugiados.

Norman Bethune

Un médico, el jefe de Servicio Canadiense de Transfusión de Sangre, había venido con ellos. Un anciano, reducido a tendones y nervios, de esa vejez correosa que sólo parece existir en los campesinos, llamaba, llevando en el brazo izquierdo replegado un niño de pocos meses. Muchas y muy grandes angustias podían verse a lo largo del camino, pero quizá el hombre es más vulnerable a la infancia que a cualquier otra debilidad: el médico hizo detener el automóvil...

André Malraux, *L'Espoir*

"They're right," I said. "It's senseless now to go further. There's only one thing we can do—get as many of these people to Almería as we can manage. We'll unload everything in the back to make room, and send the stuff along with the first ambulance that comes by. We'll take children only..."

We turned the truck about on the narrow road, unloaded the equipment and stores of blood, and when we were finished I opened the back doors of the van. A thrill of excitement ran through the refugees.

Norman Bethune

A doctor, the head of the Canadian Blood Transfusion Unit, had come with the bus. An old man worn down to just sinews and nerves, the sort of tough old person you only seem to find among country people, turned up, holding in his left arm a baby only a few months old. All along the road grief just as profound could be seen, but perhaps this man was more moved by the suffering of children than by any other distress. The doctor stopped the vehicle.

André Malraux, *L'Espoir*

«Ils ont raison, dis-je. Il serait insensé d'aller plus loin. Il n'y a qu'une chose à faire: emmener à Almería le plus de gens possible. Nous allons vider le camion pour faire de la place. La première ambulance à passer prendra l'équipement. Et nous ne prendrons que les enfants. » Nous fîmes volte-face sur la route étroite, déchargeâmes l'équipement et les stocks de sang. J'ai ensuite ouvert l'arrière du camion. Un frémissement d'excitation parcourut la masse des réfugiés.

Norman Bethune

Un médecin, le chef du service de transfusion de sang canadien, était venu avec l'auto.[...] Un vieillard, réduit aux tendons et aux nerfs, de cette vieillesse cordée qui ne semble exister que chez les paysans, appelait, portant dans le bras gauche replié un enfant de quelques mois. Il y avait le long de la route bien des détresses aussi grandes; mais peut-être l'homme est-il plus vulnérable à l'enfance qu'à toute autre faiblesse.

André Malraux, *L'Espoir*

De pronto una mujer, delante de mí, se agarró a las puertas del camión y, con alguna dificultad, subió adentro. Yo la agarré del tobillo mientras juraba en voz baja; pero ella se soltó y se colocó en el espacio que había libre y se dio la vuelta para mirar. -Fuera -le ordené mostrándole a la niña-. Tú o ella, ¿entiendes?; ¿vas a ocupar el sitio de la niña?

Era una joven de pelo negro largo que le caía sobre la cara pálida. Me miró con ojos suplicantes. Después abrió su camisa y me mostró su vientre en el que se veía que dentro había otra criatura. Por un momento nos quedamos mirándonos, yo con la niña en mis brazos y ella con su hijo en el vientre. Se agachó, apretujada en el pequeño espacio que quedaba bajo sus pies, con su gran barriga entre las rodillas. Me sonrió y alargó sus brazos. Con los ojos, las manos y la sonrisa parecía decirme: -Mira, yo cogeré a la pequeña y será como si yo no estuviera aquí, como si no ocupara el sitio de otro.

Y así, colocó a la niña sobre sus rodillas, que apoyó su cabecita sobre su hombro.

Norman Bethune

También nos ametrallaron desde los aviones. Mis padres nos cubrían con sus cuerpos. A nosotros no nos pasó nada, pero yo vi que a otros les habían alcanzado.

Rosendo Fuentes, 12 años en 1937

Suddenly a woman pushed in front of me, seized the door-jambs and clambered into the truck. I caught her ankle in mid-air and swore, but she shook free and turned about in the confined space to face me. "Get out!" I ordered, holding the child towards her. "It's you or the child! Do you understand? Will you take the place of the child?"

The woman was young. Her long black hair fell about her pale face. She looked at me with haunted eyes, then flung open her cloak and raised her cotton shift high. Her belly was distended with child.

For a moment we looked at each other, I with the child in my arms, she with the child in her womb. She pressed herself down on the tiny space of flooring at her feet, her great stomach between her knees, smiled at me and held out her arms. With her eyes and her arms and her smile she seemed to be saying: "See, I will take the child, and it will be as if I am not here, as if I am taking nobody's place." She placed the girl on her knees, pillowing the little head on her shoulder.

Norman Bethune

We were also machine-gunned from the planes. My parents covered us with their bodies. Nothing happened to us, but I saw other people who had been hit.

Rosendo Fuentes, aged 12 in 1937

Soudain, une femme se précipita devant moi, s'agrippa à la portière et se hissa dans le camion. Je l'attrapai par la cheville en jurant, mais elle m'échappa et se retourna pour m'affronter. «Sortez!» lui dis-je, en tendant l'enfant. «C'est vous ou la petite. Vous comprenez? Allez-vous prendre la place d'un enfant?»

Elle était jeune. De longs cheveux noirs encadraient son visage blême. Elle me regarda d'un air affolé, puis ouvrit son manteau et releva très haut sa robe de coton. Le ventre était gonflé, elle était enceinte.

Nous nous regardâmes un instant, moi l'enfant dans les bras, elle forte de celui qu'elle portait. Elle se recroquevilla dans le petit espace qui restait, le ventre entre les genoux, et me regarda en souriant et en tendant les bras. Elle semblait me dire, avec ses yeux, ses bras et son sourire : « Regarde! Je vais la prendre. Ce sera comme si je n'étais pas ici, comme si je ne prenais pas de place. » Elle mit la petite fille sur ses genoux, lui calant la tête contre son épaule.

Norman Bethune

Les avions nous tiraient dessus à la mitrailleuse et mes parents nous protégeaient de leurs corps. À nous, il n'est rien arrivé, mais j'ai vu d'autres personnes qui avaient été touchées.

Rosendo Fuentes, âgé de 12 ans en 1937

En la casa que da
al camino las
madres reposan

Women rest in the
house by the road

Des femmes
profitant d'un
moment de répit
dans une maison
au bord
de la route

LA
MUJER X





Todos los vehículos pasan colmados, rápidos, imposibles para la mayoría de huidos

All vehicles pass by overcrowded, fast, unreachable for most of the refugees

Tous les véhicules passent rapidement, bondés, inaccessibles pour la majorité des réfugiés

Me puse de pie sobre el pescante del camión, haciendo visera con la mano protegiéndome los ojos del sol para mirar la llanura. La carretera ya no se veía en ningún sitio. Estaba desbordada por los refugiados. Miles y miles, agolpados, cayéndose unos sobre los otros, como un enjambre de abejas entrando en la colmena, llenando la llanura con un murmullo de voces, gritos, lamentos y los grotescos ruidos de los animales.

Norman Bethune

El tren no funcionaba. Pasaban muchos camiones y muchos coches, pero no llegaron muy lejos porque se acabó la gasolina. La mayoría de la gente iba andando... Luego, mucho más adelante, empezamos a ver muchas cosas abandonadas por la carretera, porque la gente no podía cargar con ellas; nosotras queríamos coger las cosas, pero mi padre no nos dejaba porque pesaban mucho. Nosotras creíamos que en un día de caminata llegaríamos a Almería, pero hasta Maro tardamos dos días y medio.

Natalia y Maruja Montosa, 14 y 13 años en 1937

I hoisted myself onto the running board, shielding my eyes to look down onto the plain. Nowhere was the road visible. It was blotted out by the refugees, thousands upon thousands of them, pressed together, falling against each other, like bees swarming in a hive, and like bees filling the plain with the hum of voices, cries, wailings, the grotesque noises of the animals.

Norman Bethune

The train had broken down. Many trucks and cars passed by but they did not get far because they ran out of petrol. Most people were walking... Then, much further on, we began to see lots of things left by the roadside because people could not carry them; we wanted to take things, but my father would not let us because they were too heavy. We thought that in a day's walking we would reach Almería, but it took us two and a half days to get as far as Maro.

Natalia and Maruja Montosa, aged 14 and 13 in 1937

Je me mis debout sur le marchepied, pour mieux voir dans la plaine, en me protégeant les yeux du soleil. La route avait disparu. Elle était couverte de réfugiés, des milliers et des milliers de réfugiés, pressés les uns contre les autres, se bousculant, comme des abeilles à l'entrée d'une ruche, et comme des abeilles aussi, emplissant l'air d'un bourdonnement constant de voix, de cris et de pleurs, de grotesques bruits bestiaux.

Norman Bethune

Le train ne marchait pas. Beaucoup de camions et de voitures passaient, mais ils n'allaient pas très loin car ils finissaient par manquer d'essence. La plupart des gens marchaient... Par la suite, beaucoup plus loin, nous avons commencé à voir de nombreuses choses abandonnées sur la route parce que les gens ne pouvaient plus les transporter. Nous voulions en prendre quelques-unes, mais mon père s'y opposa car elles étaient trop lourdes. Nous croyions qu'en un jour de marche nous arriverions à Almería, mais nous avons mis deux jours et demi pour arriver jusqu'à Maro.

Natalia et Maruja Montosa, âgées de 14 et 13 ans en 1937

Imaginemos lo que serían cuatro días de andar escondiéndose en las montañas, perseguidos por los aviones de los bárbaros fascistas, y cuatro noches de caminar en grupo compacto hombres, mujeres, niños, mulas, burros y cabras, tratando de mantenerse juntas las familias, llamándose por el nombre propio, buscándose en las sombras.

Norman Bethune

La aviación nos bombardeó por la Cuesta de los Caracolillos. Había unos acantilados muy pronunciados y la gente o se iba para el monte o para la orilla. Mi familia se dispersó; yo estaba al lado de un malecón. Oíamos silbar las bombas muy cerca. Cuando dejaron de bombardear vi muertos por todas partes. Tratamos de reunirnos la familia, pero allí se perdió una hermana mía, la más pequeñita, que tenía ocho años; el resto nos fuimos reuniendo al rato de ir adelante, sin mi hermana. Pasada una hora iba con otra familia cogida de un carrito pequeño, y la vi yo... (en este momento el relator rompe a llorar).

Cristóbal Criado, 16 años en 1937

Imagine four days and four nights, hiding by day in the hills as the fascist barbarians pursued them by plane, walking by night packed in a solid stream: men, women, children, mules, donkeys, goats, crying out the names of their separated relatives, lost in the mob.

Norman Bethune

On the Cuesta de los Caracolillos the planes bombed us. There were steep cliffs and people ran towards the mountains or to the shore. My family scattered; I was beside a dike. We heard the bombs whistling very close by. When they stopped bombing I saw dead bodies everywhere. The family tried to find each other, but my youngest sister, who was eight years old, got lost there; the rest of us met farther on shortly afterwards, but without my sister. For an hour she was with another family clinging to a small pram, and I saw her...(at this point the narrator began to cry)

Cristóbal Criado, aged 16 in 1937

Imaginez quatre jours et quatre nuits, se cachant le jour derrière les collines pour échapper à la poursuite des avions fascistes, marchant la nuit, entraînés par une foule compacte: hommes, femmes, enfants, mules, ânes, chèvres. On entendait des gens appelant désespérément des membres de leur famille, perdus dans la foule.

Norman Bethune

L'aviation nous a bombardés sur la Cuesta de los Caracolillos. Il y avait des falaises très abruptes et les gens couraient vers les montagnes ou le bord de la mer. Ma famille s'est dispersée; je me trouvais à côté d'une digue. Nous entendions siffler les bombes très près de nous. Quand ils ont cessé de bombarder, j'ai vu des morts partout. Nous avons essayé de réunir toute la famille mais une de mes sœurs avait disparu. C'était la plus petite et elle avait huit ans. Nous avons pu réunir le reste de la famille et partir, sans ma sœur. Elle avait passé une heure en compagnie d'une autre famille, s'accrochant à un petit landau, et c'est alors que je l'ai vue [à ce moment-là, le narrateur se met à pleurer].

Cristóbal Criado, âgé de 16 ans en 1937

Niños, juguetes,
misericordia, odio,
desolación

Children, toys,
poverty, hate,
desolation

Des enfants, des
jouets, de la misère,
de la haine et de la
désolation



La llanura se extendía tan lejos como la vista podía alcanzar, y por ella serpenteaba una hilera de treinta kilómetros de seres humanos, como un gusano gigantesco con innumerables pies que levantaba una nube de polvo que se extendía hasta más allá del horizonte a lo largo de la árida llanura y se elevaba hasta las montañas.

Una fila interminable a lo largo del camino con el sol encima y el mar por debajo. Una muchedumbre de personas y animales ocupaba todo el ancho de la carretera. Mujeres gritando, burros rebuznando, caras pegadas a nosotros y, tan pronto como llegamos al alto, la muralla de refugiados se había formado de nuevo tras el camión.

Norman Bethune

Continuamos el camino y en La Rábita nos paramos a descansar y nos quedamos dormidos. A la mañana siguiente, en la recta de Adra, no se veía la carretera: era tanta la gente que caminaba hacia Almería, que todo el camino era una mancha de gente.

José Ginés, 20 años en 1937

The plain stretched into the distance as far as the eye could see, and across the plain, where the road should have been, there wriggled twenty miles of human beings, like a giant caterpillar, its many limbs raising a cloud of dust, moving slowly, ponderously, stretching from beyond the horizon, across the arid, flat country and up into the foothills.

A thin line flowing without break along the side of the road, with the hot sun above and the sea below. The truck jolted to a stop against a shuddering wall of refugees and animals. They filled the entire road. Women screamed, donkeys reared, faces pressed in upon us, and as quickly as we had reached the hilltop, the wall of refugees reformed to move around the truck.

Norman Bethune

We followed the road and in La Rábita we stopped to rest and fell asleep. The next morning, on the straight part towards Adra we could not see the road: there were so many people on their way to Almería that the whole road was just a mass of people.

José Ginés, aged 20 in 1937

La plaine s'étendait à perte de vue, et au lieu de la route, sur une trentaine de kilomètres, c'étaient des hommes que nous voyions, comme une gigantesque chenille, soulevant des nuages de poussière de ses milliers de pattes, avançant lentement, péniblement, s'étirant au-delà des limites de l'horizon, à travers la plaine aride, jusqu'aux contreforts.

Un fleuve ininterrompu de réfugiés sur le côté de la route, avec le soleil brûlant au-dessus et la mer en contrebas. Le camion s'est arrêté abruptement devant un mur trépidant de réfugiés et d'animaux. Ils emplissaient la route. Des femmes criaient, des ânes se cabraient, des visages se pressaient le long du camion, et dès que nous avons atteint le sommet de la colline, le mur de réfugiés s'est refermé derrière nous.

Norman Bethune

Nous avons suivi la route et une fois arrivés à La Rábita, nous nous sommes arrêtés pour nous reposer et nous nous sommes endormis. Le lendemain matin, sur le chemin menant à Adra, on ne voyait plus la route tellement les gens qui allaient à Almería étaient nombreux; le chemin ressemblait à une marée humaine.

José Ginés, âgé de 20 ans en 1937

La interminable
caravana se remansa
junto a los pueblos
de la ruta

The endless caravan
slows to a halt at the
villages along the route

L'interminable caravane
fait halte dans les
villages le long
de la route





El a
ent

A t
sce
giv

Un
tou
d'e

A un lado del camino estaba sentada la mujer que tenía las piernas sangrando, mirando hacia arriba con la misma expresión de resignación en su cara consumida por el dolor. Cogí un rollo de venda y le vendé los pies. "Vamos! -le dije- queda un largo camino hasta Almería. Continuaremos un rato hasta que estemos seguros para descansar". Ella no entendió nada, pero me dio sus manos y la levanté suavemente, mientras le hablaba en aquella lengua extraña que antes nunca había oído. Juntos, con su cabeza contra mi hombro, alcanzamos al resto de los refugiados y seguimos el duro peregrinar hacia Almería (...)

Norman Bethune

Ya no tenía sentido seguir adelante, pues ya no podíamos llegar a Almería, porque los nacionales habían conseguido cortar la carretera en Motril. Comenzamos el regreso a Málaga. Por la carretera vimos muchos muertos: entre otros, milicianos ahorcados, una familia entera (el padre miliciano, la madre y tres niños) con tiros en la cabeza; muchos prefirieron suicidarse y dar muerte a su familia antes que caer en manos de los nacionales. Mi madre tenía las piernas hinchadas y no podía andar más.

Natalia y Maruja Montosa, 14 y 13 años en 1937

At the side of the road I found the old woman with the bleeding legs. She was sitting on the ground, her head on her knees. She looked up, the same calm resignation on her gaunt face. I took a tube and bandage from my kit and bandaged her feet. "Come," I said, "it's a long way to Almería. We'll walk a while, till it's safe for you to rest." She understood nothing of what I said, but she gave me her hands. I raised her gently, talking to her in the strange language she had never heard before. Together we joined the other refugees on the road, her head resting on my shoulder. Together, with the others falling in behind, we began the trek to Almería.

Norman Bethune

It made no sense to go ahead as now we could not reach Almería, since the nationals had succeeded in cutting off the road in Motril. We began to walk back to Málaga. We saw many dead bodies on the road: among them, hanged militiamen, a whole family (the militiaman father, the mother and three children) shot in the head; many had chosen to commit suicide and kill their families rather than fall into the hands of the nationals. My mother's legs were swollen and she could not walk any more.

Natalia and Maruja Montosa, aged 14 and 13 in 1937

Je trouvai au bord de la route une vieille femme dont les jambes saignaient. Elle était assise par terre, la tête sur les genoux. Elle me regarda, le visage amaigri, l'air résigné. Je pris dans ma trousse un peu d'onguent et des bandages et je lui pansai les jambes. «Venez, lui dis-je. Almería est encore loin. Nous allons marcher un peu et trouver un endroit sûr pour vous reposer». Elle ne comprit rien de ce que je lui disais, mais me donna la main. Je l'aidai à se lever, en lui parlant dans cette langue étrange qu'elle n'avait encore jamais entendue. Nous rejoignîmes les autres réfugiés sur la route. Elle s'appuyait la tête sur mon épaule. Et ensemble, avec tous ceux qui nous suivaient, nous reprîmes la longue marche vers Almería.

Norman Bethune

Il ne servait à rien de continuer à avancer car nous ne pouvions plus arriver à Almería étant donné que les nationalistes avaient réussi à bloquer la route à Motril. Nous avons commencé à rebrousser chemin vers Málaga. Sur la route nous avons vu beaucoup de morts: des miliciens pendus, les membres d'une famille entière (le père milicien, la mère et les trois enfants) abattus d'une balle dans la tête. Nombreux étaient ceux qui préféraient tuer les membres de leur famille et se suicider plutôt que de tomber aux mains des nationalistes. Ma mère avait les jambes enflées et ne pouvait plus marcher.

Natalia et Maruja Montosa, âgées de 14 et 13 ans en 1937

El auxilio
enternecedor

A touching
scene of help
given

Une scène
touchante
d'entraide

Lenta y metódicamente fui abriéndome paso gritando entre la multitud histérica:

- Niños, solamente niños.

Parecía cruel, ahora, decidir quién se iría y quién se quedaría. Más aún que estar mirando impasible.

- Tú -dije señalando a una mujer que llevaba a un bebé en brazos-. Llevaremos a este niño.

Enseguida, docenas de manos voluntariosas la empujaron hacia mí. Pronto estuve junto a ella.

- Llevaremos al niño- repetí.

Pero la madre me miró con ojos grandes asustados y sujetando más fuertemente al niño. Quizá no me entendió. Alargué los brazos, pero ella seguía mirándome sin expresión, y enseguida vi que el hijo era demasiado pequeño para separarlo de su madre. Sentí de pronto un momento de indecisión. Era muy fácil decir "niños sólo", pero los ojos de aquella mujer me habían contestado: "Llévate a mi hijo sólo y nos matarás a los dos".

Norman Bethune

Había muchos milicianos que pasaban con vehículos y ofrecían llevarse a los niños, pero mi padre nunca permitió que nos separáramos.

Natalia Montosa, 14 años en 1937

Slowly, methodically, I fought my way into the hysterical ranks of the refugees, shouting, "Niños! Solamente niños!" It seemed gruesome now to decide who would go and who would stay, more terrible even than to be a helpless onlooker. "You," I called, pointing over the heads at a woman holding a baby about her neck. "We'll take your child!" Willing hands pushed her towards me. Soon I reached her, standing close in the press of bodies. "We'll take the child," I repeated, but the mother merely looked up at me with great, dark, sunken eyes and held the child tighter. Perhaps she didn't understand? I put out my arms, but still she made no move, looking up at me without expression, and I saw that the child was too young to be separated from the mother. I felt a stab of uncertainty. It was easy to say, "Children only," but this woman's dark, sunken eyes replied: "Take my child alone, and you kill us both."

Norman Bethune

There were many militiamen who passed by with vehicles and offered to take the children, but my father never allowed us to be separated.

Natalia Montosa, aged 14 in 1937

Lentement, méthodiquement, je me frayai un chemin dans les rangs des réfugiés hystériques en criant: «Niños! Solamente niños!» Cela semblait horrible de devoir choisir entre ceux qui allaient partir et ceux qui devraient rester, mais c'était plus terrible encore pour moi que pour le spectateur impuissant. «Vous!», dis-je, en montrant une femme qui tenait un bébé contre elle. «Nous allons emmener votre petit». On la poussa vers moi. Nous étions tout près l'un de l'autre, pressés par la foule. «Nous allons emmener votre petit », répétais-je. Mais elle se contenta de lever vers moi de grands yeux sombres et hagards et s'agrippa à l'enfant. Peut-être ne comprenait-elle pas? Je tendis les bras, mais elle ne réagit pas, me regardant sans expression. Je vis alors que l'enfant était trop jeune pour être séparé de sa mère. Un doute m'envahit. Il était facile de dire « Les enfants seulement! », mais les yeux creusés et éteints de cette femme me disaient : «Ne prenez que l'enfant, et vous nous tuerez tous les deux».

Norman Bethune

Il y avait beaucoup de miliciens qui passaient dans des véhicules. Ils proposaient de prendre les enfants, mais mon père n'a jamais voulu que nous nous séparions.

Natalia Montosa, âgée de 14 ans en 1937

Murió su marido y ella
salvará a sus
pequeños

Her husband has
died but she will save
her children

Son mari est mort,
mais elle doit sauver
ses enfants





El doctor Bethune y sus camaradas Hazen Sise y Thomas Worsley

Dr. Bethune and his comrades Hazen Sise and Thomas Worsley

Le docteur Bethune et ses camarades Hazen Sise et Thomas Worsley

Así estuvimos cuatro días y cuatro noches yendo y viniendo, trabajando para evacuar a lo que quedaba de una ciudad entera. Sise estuvo al volante durante cuarenta y ocho horas mientras yo me quedaba en la carretera preparando el siguiente grupo. Nuestras caras estaban ya partidas por falta de sueño. Perdimos la noción del tiempo. Vivíamos con el dolor de los que habían quedado atrás, pero con la alegría de los que habíamos llevado a la salvación. Trabajamos sabiendo que cada viaje podía ser el último y con el miedo de que los últimos refugiados fueran aniquilados por los fascistas.

Norman Bethune

No sabría precisar cuántos muertos hubo, pero yo vi muchos. A la vuelta íbamos los primeros. En Torre del Mar, en una noria vi muchos muertos, y por el camino de vuelta había alguna que otra anciana que quedó abandonada.

Cristóbal Criado, 16 años en 1937

Back and forth we shuttled, for four days and four nights, working furiously to evacuate the remnants of a whole city. For 48 hours Sise stayed behind the wheel while I stayed on the road, assembling the next group to be transported. We grew white-faced with lack of sleep. We lost track of time. We lived with the heartbreak of those left behind, and the weary joy of those brought to safety. We worked with the knowledge that every trip might be the last, with the fear that the evacuees furthest from the city would be swept up by the fascists.

Norman Bethune

I could not tell exactly how many dead there were, but I saw many. We were among the first to turn back. In Torre del Mar I saw many dead bodies in a water wheel, and here and there on the way back there was an old woman who had been left behind.

Cristóbal Criado, aged 16 in 1937

Nous fîmes la navette quatre jours et quatre nuits, travaillant comme des damnés pour évacuer les survivants d'une ville entière. Sise resta au volant quarante-huit heures pendant que sur la route, je rassemblais le prochain groupe à transporter. Nous étions morts de fatigue. Nous avions perdu la notion du temps. Nous vivions le désespoir de ceux qui devaient rester derrière et la joie mêlée de lassitude de ceux que nous menions en lieu sûr. Nous travaillions en nous disant que chaque voyage était peut-être le dernier, et avec la crainte que les fascistes ne rejoignent les évacués les plus éloignés de la ville.

Norman Bethune

Je ne saurais dire le nombre de morts qu'il y a eu, mais j'en ai vu beaucoup. Nous fûmes parmi les premiers à revenir sur nos pas. À Torre del Mar, dans une roue à aube, j'ai vu beaucoup de morts, et sur le chemin du retour, nous avons croisé une vieille femme abandonnée.

Cristóbal Criado, âgé de 16 ans en 1937

Aquella anciana con heridas abiertas en las piernas ¿habría podido sobrevivir cinco días en la carretera? Pero allí estaba, arrastrando su vestido sobre el polvo. ¿Y los niños? de todas las edades, casi todos descalzos ¿habían sobrevivido? ¡Demasiados niños! Una rápida mirada a lo largo del camino le producía a uno un fuerte escalofrío: kilómetros de gente, y en medio miles de niños.

Había una mujer de sesenta años que no podía dar un paso más: la sangre de las úlceras de sus piernas hinchadas teñía de rojo sus alpargatas blancas. Muchos viejos abandonaban toda esperanza y, tumbados en la cuneta del camino, esperaban la muerte.

Norman Bethune

El día de mi cumpleaños, por la mañana, un hidroavión italiano nos bombardeó en el pueblo de Motril. Lo recuerdo muy bien porque una bomba nos tiró por los aires a un tío mío y a mí. Fue una suerte que estuviéramos en un campo recién arado: según se dijo, la bomba, de no gran tamaño, penetró en la tierra y esto atenuó la explosión.

Rosendo Fuentes, 12 años en 1937

That old woman with the open ulcers on her legs—could she have survived five days and five nights on the open road? Yet here she was, her cloak trailing in the dust, swallowed up now behind the truck. And the children . . . of all ages, most of them barefoot—could they too have survived? Too many children! One quick glance along the road immediately ahead gave one a sickening wrench. Five squirming miles of people, and among them thousands of children!

Here was a woman of sixty unable to stagger another step, her gigantic swollen legs with their open varicose ulcers bleeding into her cut linen sandals. Many old people simply gave up the struggle, lay down by the side of the road and waited for death.

Norman Bethune

On my birthday, in the morning, an Italian seaplane bombed us in Motril. I remember that very well because a bomb threw my uncle and me into the air. Luckily we were in a field that had been recently ploughed; they said that the bomb, which was not a big one, landed in the soft earth and that limited the explosion.

Rosendo Fuentes, aged 12 in 1937

Cette vieille femme que j'ai vue, avec des ulcères aux jambes, comment avait-elle pu survivre cinq jours et cinq nuits sur la route? Et pourtant, nous l'avons croisée, traînant son manteau dans la poussière, bientôt disparue derrière nous. Et les enfants... de tous les âges, la plupart pieds nus, comment avaient-ils survécu? Il y en avait tant! Un seul coup d'œil devant soi, et on en avait un haut-le-cœur. Une colonne qui serpentait à l'infini, et des enfants par milliers!

Il y avait une femme de soixante ans, incapable de faire un pas de plus, avec ses énormes jambes enflées dont les ulcères variqueux laissaient couler le sang sur ses sandales de toile. Beaucoup de vieilles gens renonçaient, s'étendaient sur le côté de la route et attendaient la mort.

Norman Bethune

Le jour de mon anniversaire, dans la matinée, un hydravion italien nous a bombardés dans le village de Motril. Je m'en souviens très bien parce qu'une bombe nous a projetés en l'air, un de mes oncles et moi. Heureusement que nous étions dans un champ fraîchement labouré: la bombe, pas tellement grosse, a pénétré dans la terre meuble et grâce à cela, son explosion a été atténuée.

Rosendo Fuentes, âgé de 12 ans en 1937

Rendidos,
deshechos, casi
muertos junto al
camino hostil

Exhausted,
shattered, almost
dead by the
unforgiving road

À bout de forces
sur la route hostile



os,
asi
al
still
ad,
ost
he
ad
es
ile



Los
de

The
hav

Les
doi
ma

Bien puede el mozo sano y robusto caminar cuarenta o cincuenta kilómetros al día; pero la jornada representa para estas mujeres, para estos ancianos y para estos niños, una caminata de cinco días con sus noches, cuando menos. Y no encontrarán alimento en los poblados por donde pasan, ni trenes ni autobuses para transportarlos. Tienen que caminar... y caminan tambaleándose, tropezando, abriéndose los pies en los pedernales del camino polvoriento.

Norman Bethune

Los ochenta niños del orfanato esperábamos en la acera, cada uno con su ropa y alguna cosa más en un hatillo, a que llegaran unos autobuses del Socorro Rojo que iban a llevarnos. El gentío que pasaba era enorme. Llegaron los autobuses y toda la gente quería subir. En ese momento alguien dio la alarma y apareció un avión que, siguiendo la línea de la carretera, ametrallaba y bombardeaba a baja altura. Muchos salimos corriendo a refugiarnos en el campo; otros prefirieron quedarse en el autobús para asegurarse la plaza hasta Almería. Cuando se marchó después de hacer varias pasadas en las que arrojó bombas incendiarias, volvimos y encontramos nuestro equipaje y los autobuses ardiendo: los que se quedaron estaban muertos. Todo el mundo trataba de reencontrarse, pero del grupo de niños quedamos diez; de los demás y de los profesores no volvimos a saber nada en todo el camino. Y los diez, juntos y solos, nos fuimos hasta Almería.

Miguel Escalona, 10 años en 1937

A strong, healthy young man can walk on foot forty or fifty kilometers a day. The journey these women children and old people must face will take five days and five nights at least. There will be no food to be found in the villages, no trains, no buses to transport them. They must walk and as they walked they staggered and stumbled with cut, bruised feet along that flint, white road.

Norman Bethune

We eighty orphanage children were on the sidewalk, each of us with our clothes and a few other things in a parcel, waiting for buses from the Red Cross that were going to take us away. There was a huge crowd. When the buses arrived everybody tried to get aboard. At that moment, somebody gave the alarm and a plane appeared flying along the line of the road, machine-gunning and bombing us at low altitude. Many of us ran to take refuge in the fields; others chose to stay in the buses to be sure of a ride to Almería. When the plane left, after dropping a number of incendiary bombs, we came back and found our luggage and the buses on fire; those who had stayed in the buses were dead. People tried to find each other, but of the group of eighty children, now there were only ten of us; all the way back we heard no news of the rest nor of the teachers. We ten, together and alone, reached Almería.

Miguel Escalona, aged 10 in 1937

Un homme jeune, fort, peut parcourir à pied quarante à cinquante kilomètres par jour. Le voyage de ces femmes, de ces enfants, de ces vieillards durera au moins cinq jours et cinq nuits. Pas de nourriture dans les villages traversés en route, pas de trains, pas d'autobus pour les transporter. Il faut marcher à pied... et ils marchent, hagards, chancelants, trébuchant sur leurs pieds blessés et sanglants, le long de cette route poussiéreuse.

Norman Bethune

Nous étions quatre-vingts orphelins, chacun chargé de ses vêtements et d'un minimum de choses dans un balluchon, attendant sur le trottoir l'arrivée des autobus de la Croix Rouge qui allaient nous emmener à Almería. La foule était énorme. Les autobus sont arrivés et tout le monde voulait y monter. À ce moment-là, quelqu'un a sonné l'alarme et un avion, qui suivait la ligne de la route, a surgi en mitraillant et bombardant à basse altitude. Nous avons été nombreux à courir pour nous réfugier dans les champs, mais d'autres ont préféré rester dans l'autobus pour garder leur place jusqu'à Almería. Quand l'avion est parti, après avoir lancé plusieurs bombes incendiaries, nous sommes revenus et nous avons trouvé nos bagages et les autobus en train de brûler: ceux qui étaient restés étaient morts. Tout le monde essayait de se retrouver, mais sur les quatre-vingts enfants de l'orphelinat, nous n'étions plus que dix. Nous n'avons plus rien su de nos camarades ni des professeurs. Ensemble, tous les dix, nous nous sommes rendus à Almería.

Miguel Escalona, âgé de 10 ans en 1937

Los niños han
de caminar

The children
have to walk

Les enfants
doivent
marcher



Descanso en el
camino hostil

A break on the
relentless journey

Un répit pendant
l'interminable fuite

Y un silencio repentino se produjo entre todos los presentes mientras la luz de la verdad iluminaba sus mentes, como una visión. Era el silencio del patio de cárcel mientras el verdugo fijaba la cuerda alrededor del cuello del condenado, mientras los espectadores intentan darse ánimos para asistir al increíble acto final. Pero aquí no había espectadores. Todos eran víctimas. Todos sentían la soga alrededor de sus cuellos.

Norman Bethune

Pasamos muchas calamidades. Conforme iba pasando la avalancha de refugiados, todo se iba agotando. Era tal el terror, que si se divisaba a lo lejos un cuervo, se llegaba a pensar que era un avión, y la gente huía aterrorizada. Después de varios días andando, nos habíamos quedado sin calzado, y caminábamos descalzos. Nunca he olvidado a aquella mujer que, herida por un obús, en medio de un charco de sangre amamantaba y abrazaba a su hijo de dos meses.

Miguel Escalona, 10 años en 1937

And there was a sudden silence as the truth dawned on the waiting refugees with a blinding vision: this was the silence that filled the prison courtyard as the hangman fitted the noose about his victim's neck and the spectators braced themselves for the last unbelievable act. But here there were no spectators. Here all were victims, all felt the noose tightening about their own necks.

Norman Bethune

We suffered much hardship. As the torrent of refugees moved along, supplies were running out. We were so terror-stricken that if anyone saw a crow in the distance, we thought it was a plane, and people fled in panic. After some days walking our shoes had worn out and we went barefoot. I have never forgotten a woman hit by a shell who was sitting in a pool of blood, nursing and cuddling her two-month-old baby.

Miguel Escalona, aged 10 in 1937

Le silence se fit. La vérité jaillit comme une lumière, aveuglant la foule des réfugiés qui attendaient: ce silence, c'était celui qui emplissait la cour de la prison lorsque le bourreau passait un nœud autour du cou du condamné pendant que les spectateurs s'armaient de courage en attendant le dénouement fatal. Mais il n'y avait pas de spectateurs. Il n'y avait que des victimes qui sentaient le nœud se resserrer autour de leur cou.

Norman Bethune

Nous avons beaucoup souffert. À mesure que s'avancait la caravane des réfugiés, les vivres et le matériel s'épuisaient peu à peu. La terreur était telle, que si on apercevait un corbeau dans le lointain, on croyait qu'il s'agissait d'un avion, et pris de panique, tout le monde fuyait. Après plusieurs jours de marche, nous n'avions plus de chaussures et nous avançons pieds nus. Je n'ai jamais oublié cette femme qui, blessée par un obus, donnait le sein à son enfant de deux mois en l'étreignant au milieu d'une mare de sang.

Miguel Escalona, âgé de 10 ans en 1937

Miles de niños (contamos cinco mil menores de diez años), y por lo menos mil de entre ellos descalzos y cubiertos apenas con un harapo. Las madres los llevaban echados al hombro o tiraban de ellos por la mano. Pasó un hombre con sus dos pequeños a la espalda, niños de uno y dos años, y cargando además con cacerolas y trastos, y recuerdos queridos de su hogar.

Norman Bethune

En la marcha iban muchísimos niños. Hubo familias que se llevaban a niños que no eran suyos. La mayoría no podían andar y los llevábamos a cuestras. Yo llevaba a un primo mío de dos o tres años que estaba grueso. Nos hacía retardar mucho el paso. Pero nadie dejaba niños abandonados; todos trataban de llevarlos adelante.

Cristóbal Criado, 16 años en 1937

Thousands of children, we counted five thousand under ten years of age, and at least one thousand of them barefoot and many of them clad only in a single garment. They were slung over their mother's shoulders or clung to her hands. Here a father staggered along with two children of one and two years of age on his back in addition to carrying pots and pans or some treasured possession.

Norman Bethune

There were many children on the march. Some families took along children who weren't their own. Most of them could not walk and we carried them on our backs. I carried my cousin, who was two or three years old and fat. He slowed us down a lot. But nobody left abandoned children behind; everybody tried to take them along with us.

Cristóbal Criado, aged 16 in 1937

Il y avait là des milliers d'enfants – au moins cinq mille de moins de dix ans –, dont plus d'un millier pieds nus, à peine vêtus. Ils étaient accrochés aux épaules de leurs mères ou pendus à leur main. Ici, un père trébuchait le long du chemin, deux enfants d'un et deux ans agrippés à son dos, portant en outre des pots et des casseroles ou quelque autre trésor domestique.

Norman Bethune

De très nombreux enfants marchaient sur la route. Certaines familles emmenaient avec elles des enfants qui ne leur appartenaient pas. La majorité d'entre eux ne pouvait pas marcher et nous les transportions sur nos épaules. Moi, je portais un de mes cousins âgé de deux ou trois ans; il était gros et il nous retardait beaucoup. Mais personne ne laissait derrière des enfants abandonnés; tous les gens essayaient de les emmener avec eux.

Cristóbal Criado, âgé de 16 ans en 1937

Familia
descansando

A family
having a rest

Une famille
au repos



Desfallecidos a lo
largo de la ruta

Fainting children
along the road

Des enfants
épuisés au bord
de la route



Entonces, unos cuantos aviones pasaron sobre nuestras cabezas. Brillantes aviones plateados: bombarderos italianos y Heinkels alemanes. Se lanzaron hacia la carretera y, como en una maniobra de tiro rutinaria, sus ametralladoras trazaban complicados dibujos geométricos entre los refugiados que huían (...)

Norman Bethune

En ese momento aparecieron cinco aviones fascistas, que empezaron a bombardear el camino: pasaba uno y soltaba las bombas; pasaba otro y lo mismo; así una y otra vez. Cuando terminaron las bombas, disparaban con las ametralladoras. Se marcharon. Cuando volví al camino me encontré con el espectáculo más horrible que he visto en mi vida: niños, mujeres, borricos por el suelo; unos muertos, otros heridos; quejidos: "¡Socorro!", "¡Ampárame!"...

José Ginés, 20 años en 1937

Then the planes swept overhead—glinting, silvery Italian fighters and squadrons of German Heinkels. They dived toward the road, as casually as at target-practice, their machine guns weaving intricate geometric patterns about the fleeing refugees...

Norman Bethune

At that moment five fascist planes appeared and began to bomb the road: one plane passed dropping bombs; and another plane and another, over and over again. When the bombing stopped, they opened up with machine guns. Then they left. When I came back to the road, I found the most horrible sight I have ever seen: children, women, donkeys on the ground; some of them dead, others wounded; moans of "Help!", "Save me!"

José Ginés, aged 20 in 1937

Puis vinrent les avions : flèches brillantes, chasseurs italiens argentés, escadrons de Heinkels allemands. Ils plongeaient sur la route, comme s'ils exécutaient un exercice de routine, leurs mitrailleuses dessinant des motifs compliqués dans la poussière parmi les réfugiés en fuite...

Norman Bethune

À ce moment-là, cinq avions fascistes sont apparus et ont commencé à bombarder le chemin: un avion passait en lâchant ses bombe; un autre arrivait et faisait de même, et ainsi de suite. Après avoir épuisé leurs bombes, ils ont tiré à la mitrailleuse. Puis ils sont partis. Quand je suis revenu sur le chemin, j'ai trouvé le spectacle le plus horrible que j'aie vu dans ma vie: des enfants, des femmes, des ânes sur le sol; des morts, des blessés; des plaintes: «Au secours!», «Aidez-moi!».

José Ginés, âgé de 20 ans en 1937



Detrás del autobús una niña con el dedo en la boca gemía agachada al borde de la carretera. Vi a un miliciano tender la mano y coger la niña a la espalda. Al lado, un campesino llevaba a hombros a una mujer como si fuera un saco de patatas.

Norman Bethune

Caminaba muy despacio. Sólo tenía ganas de dejarme caer al suelo y descansar y dormir. No se veía casi nada, sólo la silueta de una masa negra. Mis padres llevaban a mis hermanos más pequeños de la mano o en brazos. Yo seguía llamando a mi madre. Iba detrás de ellos y de mis hermanas. Yo tenía los pies llenos de llagas. No sé si en un momento tardé en hacer la llamada: lo cierto es que cuando la hice no obtuve respuesta. Grité con todas mis fuerzas y nada. Ninguno de los míos me contestaba. Empecé a llorar, llamándolos. Estaba aterrorizada. No tenía fuerzas para continuar y me había perdido...

Ángeles Vázquez, 14 años en 1937

Behind the bus a little girl crouched beside the road, all alone, howling with her thumb in her mouth. Out of the line of refugees I saw a militiaman's hand reach out and hoist her on his back. Beside the militiaman a peasant was carrying a woman over his shoulder, like a sack of potatoes.

Norman Bethune

I walked very slowly. I felt like just dropping to the ground to rest and sleep. I could hardly see anything, just the outline of a black mass of people. My parents were carrying my younger brothers. I kept on calling my mother. I was walking behind them and my sisters. My feet were all blistered. I don't know if at one point I waited too long before calling, but when I did there was no answer. I shouted as loud as I could, but no-one replied. None of my family responded. I began to cry as I called to them. I was terrified. I had no strength to go on, and I was lost...

Ángeles Vázquez, aged 14 in 1937

¿Abandonada?
¿Perdida? La niña
sufre hasta el
extremo de olvidar
o desdenar su
tesoro de ayer

Abandoned? Lost?
The little girl is in
such distress that
she even forgets or
no longer cares
about something
she treasured only
yesterday

Abandonnée?
Perdue? Le
désespoir de
l'enfant est si grand
qu'elle en oublie la
poupée qu'elle
chérissait hier

Derrière l'autobus, il y avait une petite fille recroquevillée sur la chaussée et qui hurlait, le pouce dans la bouche. Un milicien s'écarta de la file des réfugiés et la prit sur ses épaules. À côté de lui, un paysan transportait une femme sur son dos, comme un sac de pommes de terre.

Norman Bethune

J'avancé très lentement, et je n'avais envie que de me laisser tomber par terre, me reposer et dormir. Il faisait noir. On voyait à peine la silhouette d'une masse noire qui avançait. Mes parents portaient les plus petits de mes frères dans les bras. Moi je les suivais de près, derrière mes sœurs, appelant ma mère à tout moment pour ne pas les perdre de vue. Mes pieds étaient couverts de plaies. Je ne sais pas si j'ai trop tardé à rappeler ma mère, mais quand je le fis, je n'obtins pas de réponse. Je criai de toutes mes forces, mais aucun des miens ne me répondit. Je me mis à pleurer en les appelant encore. J'étais terrorisée. Je n'avais plus la force de continuer et j'étais perdue.

Ángeles Vázquez, âgée de 14 ans en 1937

En cuatro días la ciudad se había convertido en un vasto campamento. Las calles estaban llenas de refugiados que no tenían dónde estar ni adónde ir. Varios miles estaban en la plaza principal, al aire libre. Hombres y mujeres se levantaban lentamente del suelo para dejarnos pasar.

Norman Bethune

Llegamos a Almería el sábado por la tarde. Dormimos en un cuartel con camas pero sin mantas. Yo me abrigué con un capote. Nos dieron de comer lentejas. Tenía mucha hambre, y pude comer cuantas lentejas quise.

José Ginés, 20 años en 1937

In four days the city had become a vast encampment. The streets were filled with refugees who had nowhere to stay and nowhere to go. Several thousand were quartered on the main square, out in the open. Men and women rose wearily from the pavement to let us through.

Norman Bethune

We got to Almería on the Saturday evening. We slept in a barracks with beds but no blankets. I wrapped myself up in a cape. They gave us lentils for dinner. I was very hungry and could eat as much as I wanted.

José Ginés, aged 20 in 1937

En quatre jours, la ville est devenue un immense campement. Les rues grouillaient de réfugiés qui n'avaient nulle part où loger, nul endroit où aller. Des milliers s'étaient installés sur la grande place, à la belle étoile. Les hommes et les femmes avaient peine à se lever pour nous laisser passer.

Norman Bethune

Nous sommes arrivés à Almería le samedi soir. Nous avons dormi dans une caserne, dans des lits mais sans couverture. Moi, je me suis enveloppé dans un manteau. On nous a donné des lentilles à manger. J'avais très faim et j'ai pu en manger à volonté.

José Ginés, âgé de 20 ans en 1937

Diálogo en las
calles de Almería

A conversation in the
streets of Almería

Conversation dans
les rues d'Almería





¡Muerte y castigo eterno para aquella furia de asesinos que mataba mujeres y niños! ¡Infamia y maldición para los que miraban indiferentes! Y para los pobres inocentes que, engañados en todas partes, miran a los enterradores cavando las fosas sin pensar que pronto se abrirán para ellos, piedad y una advertencia.

Norman Bethune

Lo mismo que pasó en la carreta de Málaga-Almería lo he visto luego, y lo sigo viendo, muchas veces en el cine y en la televisión. Creo que lo que hicieron en Málaga fue como un ensayo de lo que posteriormente sucedió en otras guerras. Pero la primera vez que se atacó y bombardeó así a la población civil fue a nosotros, en aquella carretera: ocuparon Málaga y prepararon una trampa criminal a la salida.

Rosendo Fuentes, 12 años en 1937

Death and damnation to the evil, murderous brood that slaughtered women and children! Infamy and a curse for those who stood by with smirking indifference! And for the deluded, the innocents in all lands still watching the gravediggers without thinking the same grave would some day open wide for them — pity, and a warning.

Norman Bethune

I have since seen scenes similar to what happened on the Málaga-Almería road, and I keep on seeing it, often in the movies or on TV. I think that what they did in Málaga was a sort of rehearsal for what happened later in other wars. But the first time a civilian population was attacked and bombed in this way was on that road: they occupied Málaga, and set a wicked trap for us as we left.

Rosendo Fuentes, aged 12 in 1937

Mort et malédiction à cette race maudite et meurtrière qui a massacré des femmes et des enfants! Malheur à tous ceux qui ont laissé faire, indifférents! Et pitié pour tous les innocents et les naïfs qui regardent encore les fossoyeurs sans voir que c'est pour eux que l'on creuse. Pitié, et puissent-ils s'ouvrir les yeux.

Norman Bethune

Depuis lors, je vois souvent des scènes qui rappellent ce qui est arrivé sur la route Málaga-Almería, que ce soit au cinéma ou à la télévision. Je crois que ce qu'ils ont fait à Málaga a été comme une sorte de répétition pour ce qui est arrivé par la suite dans d'autres guerres. Mais c'est sur cette route qu'une population civile a été attaquée et bombardée de la sorte pour la première fois. Ils ont occupé Málaga et nous ont tendu un piège infernal à la sortie de la ville.

Rosendo Fuentes, âgé de 12 ans en 1937

En Almería, la metralla
internacional también
persigue a los
malagueños indefensos

In Almeria, the
international shrapnel
still persecutes the
helpless people of
Málaga

À Almería, la mitraille
internationale continue
de persécuter
cruellement les
habitants de Málaga
sans défense

Documentación



Documentación ■ Documentation ■ Documentation

Bibliografía / Bibliography / Bibliographie

Norman Bethune

- ALLAN, Ted and GORDON, Sydney: *The Scalpel, The Sword*. Montreal, McClelland and Stewart, 1952, revised 1971, reprinted 1981.
- Asociación Española de Estudios Canadienses: *Homenaje a Norman Bethune. Cuaderno conmemorativo del LX aniversario de su llegada a España*. Universidad de La Laguna, 1996.
- CHUNG, Chih-cheng: *Norman Bethune in China*. Beijing, Foreign Languages Press, 1975.
- HANNANT, Larry: *The Politics of Passion: Bethune's Writing and Art*. University of Toronto Press, 1998.
- MAJADA, Jesús: *Norman Bethune. El crimen de la carretera Málaga-Almería*. Benalmádena (Málaga), Caligrama, 2004.
- PARK, Libby; RYERSON, Stanley and MACLEOD, Wendell: *Bethune: The Montreal Years*. Toronto, James Lorimer & Co., 1978.
- SHEPARD, David A.E. and LÉVESQUE, Andrée (ed.s): *Norman Bethune: His Times and His Legacy*. Ottawa: Canadian Public Health Association, 1982.
- STEWART, Roderick: *Bethune*. Markham: General Publishing Co., 1975.
- STEWART, Roderick: *Norman Bethune*. Toronto: Fitzhenry and Whiteside, 1974. Series- Famous Canadians.
- STEWART, Roderick: *The Mind of Norman Bethune*. Toronto: Fitzhenry and Whiteside, 2002.

La caída de Málaga y la huida hacia Almería The fall of Málaga and the flight to Almería La chute de Málaga et la fuite jusqu'Almería

- BETHUNE, Norman: *El crimen de la carretera Málaga-Almería*. Madrid, Publicaciones Iberia, (1937).
- BOLÍN, Luis: *España, años vitales*. Madrid, Espasa, 1967.
- CHALMERS-MITCHELL, Sir Peter: *My House in Malaga*. London, Faber & Faber, 1938.
- KOESTLER, Arthur: *Invisible writing (an autobiography)*, volume 5, 1954.
- KOESTLER, Arthur: *Dialogue with Dead*. London, Collins Hamish Hamilton, 1954.
- KOESTLER, Arthur: *Spanish testament*. London, Victor Gollancz Left Book Club, 1937.
- MAJADA NEILA, Jesús y BUENO PÉREZ, Fernando: *Carretera Málaga-Almería (Febrero de 1937)*. Benalmádena (Málaga), Caligrama, 2006.
- MALRAUX, André: *L'Espoir*. París, Gallimard, 1937.
- NADAL SÁNCHEZ, Antonio: *Guerra Civil en Málaga*. Argural, 1984.
- PRIETO BORREGO, Lucía y BARRANQUERO TEIXEIRA, Encarnación: *Población y Guerra Civil en Málaga: Caída, éxodo y refugio*. Málaga, CEDMA, 2007.
- RAMOS HITOS, Juan A.: *Guerra civil en Málaga 1936-1937. Revisión histórica*. Málaga, Algazara, 2004.

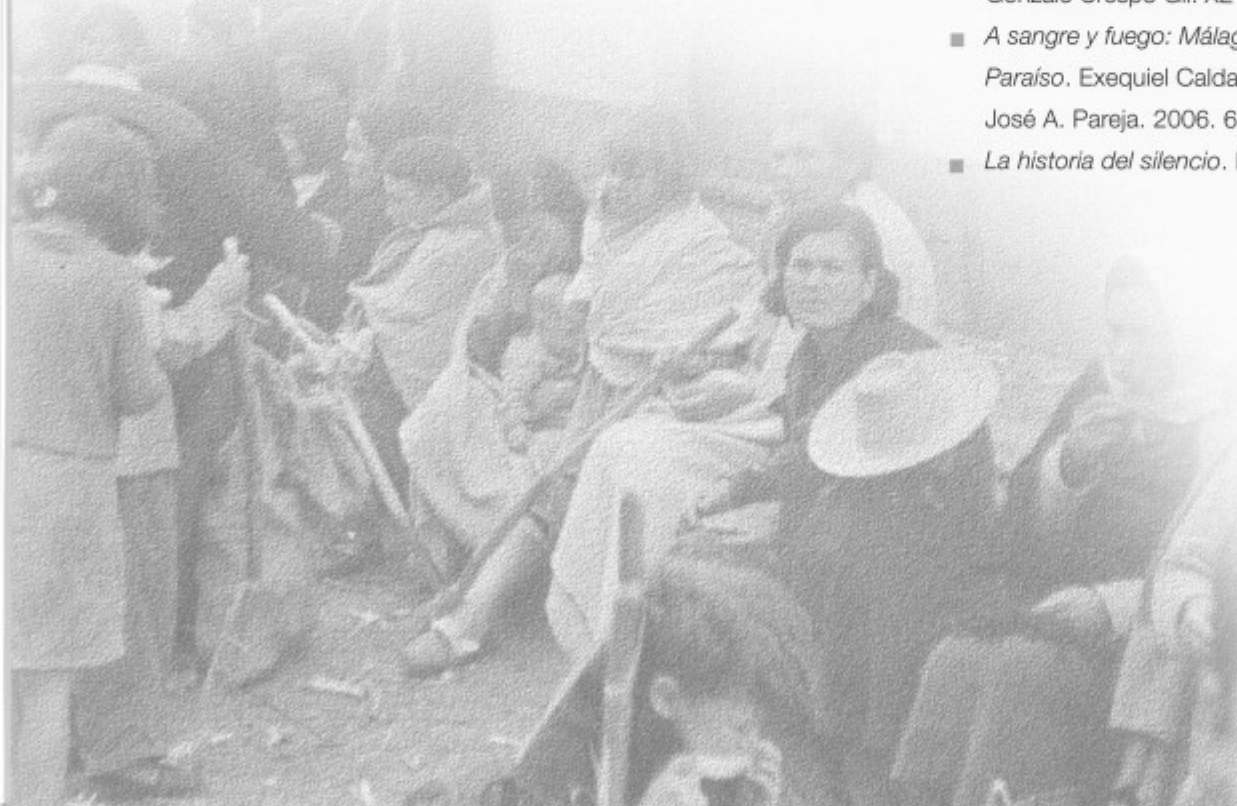
Filmografía / Filmography / Filmographie

Norman Bethune

- *Heart of Spain* (1937). Dir. Herbert Kline & Geza Karpathi. Frontier Films. 30'.
- *Bethune, héros de notre temps* (1965). Dir. Donald Brittain. Office National du Film du Canada. 53'.
- *Canada Vignettes: Bethune Memorial House / La Maison-Commemorative-Bethune* (1980). MI Productions Limited. 3'.
- *Brittain on Brittain – Bethune* (1989). Dir. Ray Harper. National Film Board of Canada. 88'.
- *The Making of a Hero* (1990). Dir. Philip Borsos. Movies Unlimited. 115'.

La caída de Málaga y la huida hacia Almería The fall of Málaga and the flight to Almería La chute de Málaga et la fuite jusqu'Almería

- *La liberazione di Malaga*. Giorgio Ferroni, 1937. Istituto Nazionale LUCE. 13'
- *Carretera de la muerte* ("Los reporteros", programa 672). Canal Sur TV, 2005. 30'.
- *Málaga, 1937. La carretera de la muerte* (La memoria recobrada, capítulo III) Argonauta Producciones, 2006. 52'
- *El lento avance nacional* (La Guerra Civil en Andalucía, capítulo IV). Gonzalo Crespo Gil. XL Producciones- Canal Sur Televisión, 2006. 39'
- *A sangre y fuego: Málaga 1936. Guerra y Revolución en la Ciudad del Paraíso*. Exequiel Caldas, Francisco J. Sánchez, Antonio D. Bravo y José A. Pareja. 2006. 61'.
- *La historia del silencio*. Leonor Jiménez (Málaga, 2007). 28'.



Fotografías / Photographs / Photographies

Página / Page / Page,

Autor / Author / Auteur,

Año / Year / Année,

Procedencia / Origin / Origine.

- 24, Hazen Sise, 1937, Bibliothèque et Archives Canada (BAC).
26, H. Sise, 1937, BAC.
37, H. Sise, 1937, BAC.
38, H. Sise, 1937, BAC.
40, H. Sise, 1937, BAC.
42, H. Sise, 1937, BAC.
45, H. Sise, 1937, BAC.
48, H. Sise, 1937, BAC.
115, H. Sise, 1937, BAC.
116, Desconocido / Unknown / Inconnu, 1911, BAC.
119, Desconocido / Unknown / Inconnu, 1927, Familia Bethune /
Famille Bethune / Bethune Family.
121, Desconocido / Unknown / Inconnu, 1934, BAC.
122, Desconocido / Unknown / Inconnu, 1936, BAC.
124, H. Sise, 1937, BAC.
127, Desconocido / Unknown / Inconnu, 1937, Roderick Stewart.
128, Desconocido / Unknown / Inconnu, 1938, BAC.
130, Desconocido / Unknown / Inconnu, 1938-1939, BAC.
133, Desconocido / Unknown / Inconnu, 1938-1939, BAC.
134, Desconocido / Unknown / Inconnu, 1938-1939, BAC.
137, Desconocido / Unknown / Inconnu, 1938-1939, BAC.
138, Desconocido / Unknown / Inconnu, 1939, BAC.
141, Desconocido / Unknown / Inconnu, 1938-1939, BAC.
142, Desconocido / Unknown / Inconnu, 1939, Osler Library-McGill
University Montreal.
145, Desconocido / Unknown / Inconnu, Desconocido /
Unknow / Inconnu, BAC.
148, H. Sise, 1936, BAC.
151, Geza Karpathi, 1937, BAC.
152, H. Sise, 1936, BAC.
155, H. Sise, 1936-1937, BAC.
156, H. Sise, 1937, BAC.
159, H. Sise, 1936-1937, BAC.
160, H. Sise, 1937, BAC.
163, H. Sise, 1937, Familia Sorensen / Famille Sorensen /
Sorensen / Family.
164, H. Sise, 1937, Familia Sorensen / Famille Sorensen /
Sorensen Family.
167, H. Sise, 1937, BAC.
168, G. Karpathi, 1937, BAC.
171, G. Karpathi, 1937, BAC.

173, H. Sise, 1937, BAC.

174, H. Sise, 1937, Desconocido / Unknown / Inconnu.

179, H. Sise, 1937, Biblioteca Nacional de España (BNE):

El crimen de la carretera de Málaga-Almería,

Ediciones Iberia, 1937.

180, H. Sise, 1937, BNE.

183, H. Sise, 1937, BNE.

184, H. Sise, 1937, BNE.

187, H. Sise, 1937, BNE.

188, H. Sise, 1937, BNE.

190, H. Sise, 1937, BNE.

193, H. Sise, 1937, BNE.

194, H. Sise, 1937, BNE.

197, H. Sise, 1937, BNE.

198, H. Sise, 1937, BNE.

201, H. Sise, 1937, BNE.

202, H. Sise, 1937, BNE.

205, H. Sise, 1937, BNE.

207, H. Sise, 1937, BNE.

208, H. Sise, 1937, BNE.

211, H. Sise, 1937, BNE.

212, H. Sise, 1937, BNE.

215, H. Sise, 1937, BNE.

216, H. Sise, 1937, BNE.

218, H. Sise, 1937, BNE.

221, H. Sise, 1937, BNE.

222, H. Sise, 1937, BNE.

224, H. Sise, 1937, BNE.

227, H. Sise, 1937, BNE.

228, H. Sise, 1937, BNE.



Índice ■ Index ■ Index

Capítulo/Chapter/Chapitre I. Norman Bethune.....	Pág. 7-20
Capítulo II. El crimen de la carretera de Málaga-Almería Chapter II. The crime of the road Málaga-Almería Chapitre II. La crime de la route Málaga-Almería.....	Pág. 21-36
Capítulo III. El bisturí, la espada Chapter III. The scapel, the sword Chapitre III. Le bistouri, l'épée.....	Pág. 35-68
Capítulo IV. Testimonios Chapter IV. Testimonies Chapitre IV. Temoignages.....	Pág. 69-109
Capítulo V. Exposición Chapter V. Exhibition Chapitre V. Exposition.....	Pág. 111-233
Norman Bethune.....	Pág. 115-147
Bethune en España Bethune in Spain Bethune en Espagne.....	Pág. 149-177
El crimen de la carretera Málaga-Almería The crime on the road Málaga-Almería La crime de la route Málaga-Almería.....	Pág. 179-229
Documentación Documentation Documentation.....	Pág. 233-238